



HQN™

El Peccado

MEG FERRERO

*El
Pecado*

MEG FERRERO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2013 María Esther García Ferrero

© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

El pecado, n.º 226 - abril 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime y Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1307-540-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Epílogo](#)

[La receta de María para Jason](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*A mi madre,
por su apoyo incondicional.
Si de algo me siento orgullosa,
es de ser tu hija.*

*El amor, como ciego que es, impide a los amantes
ver las divertidas tonterías que cometen.*

William Shakespeare

Capítulo 1

La huida

Córdoba, España. 1808

—¡Date prisa, mi niña! —urgió Isabel a María, en el silencio de la noche—. ¡Todo está preparado!

El corazón de María latía de forma violenta. Había terminado de empaquetarlo todo para el viaje que su madre había dispuesto de forma tan atropellada, para aquel viaje clandestino que no podía comprender todavía. Como tampoco podía creer que fuera a apartarse de su adorada madre de una manera tan abrupta.

—¡Mamá, por favor, no quiero separarme de ti! —sollozó la pequeña.

A Isabel se le partió el alma al ver la expresión de su querida hija, pero aquello era la única solución. No tenía otra alternativa si quería salvar a su pequeña de un destino similar al que ella había vivido.

—Por favor, mi ángel, tienes que ser fuerte —dijo, mientras se arrodillaba a su altura y la sujetaba por los hombros con fuerza, para inspirarle valor—. Ya te lo he explicado. Tu padre te ha arreglado un matrimonio con un francés para fortalecer sus alianzas y yo no quiero ese destino para ti. Ese matrimonio te condenará a la desdicha. ¡Tienes que huir!

—Pero, mamá, no me importa, al menos estaré contigo. Yo no quiero separarme de ti... A Londres... con un inglés... ¿Y si ese hombre inglés del que me has hablado no me quiere y me trata igual de mal que mi padre? ¿Cómo puedes enviarme tan lejos sin saberlo? —demandó con miedo y desesperación.

Isabel estaba destrozada. Hacía dos días, cuando se había enterado de los

planes de don Felipe para con su hija, le había revelado a su pequeña su pasado. Un pasado que había ocultado con celo durante diez años. Un pasado doloroso que ahora se podía convertir en la salvación de su hija. Aunque ella también estaba muy asustada. Esperaba que *su lord inglés*, aquel hombre que le había robado el corazón hacía una década, no hubiese cambiado y se hiciese cargo de su pequeña María, como también se quiso hacer cargo de ella en su momento. Era su única salida, la única persona que podría ayudarla con aquel problema... y ella debía intentarlo.

—¡María, mi niña! —declaró con inmenso amor en los ojos—. Él te amará igual que yo te amo. Él es tu verdadero padre. No temas. Allí encontrarás una vida nueva y conseguirás la felicidad que yo no he podido encontrar, salvo en ti.

—¡Mamá, no me dejes, por favor! ¡Te lo suplico!

—No te preocupes. Estaremos en contacto —aseveró mientras la abrazaba contra su pecho, ya que la niña no parecía tener consuelo.

María sabía que tenía que ser fuerte por su madre, la había visto sufrir demasiado, pero toda su fortaleza se desmoronaba según se acercaba el momento de la separación. Aquello superaba por completo la mente de una niña de diez años que no podía asimilar de forma tan brusca lo que su madre le contaba. Por muy mayor que María siempre se hubiese creído, en un vano intento de ayudarla con su difícil vida, era demasiado para ella haberse enterado hacía dos días de que don Felipe no era su padre, sino un rico lord inglés. Era muy doloroso tener que escapar, y más sin su madre. Pero don Felipe era un hombre ruin que había destrozado sus vidas tanto como había podido. Además, a Isabel parecía hacerle feliz el hecho de poder salvar a su hija... y ella no quería que su madre siguiera sufriendo así. Así que hizo acopio de fuerzas para intentar dejar de llorar, aunque sin mucho éxito.

—¿Y si no consigo encontrarlo, mamá? ¿O si está muerto? ¿Qué haré? —tartamudeó con miedo.

—¡Gabriel no puede estar muerto! —reflexionó en voz alta, negándose a sí misma la posibilidad de que el destino fuera tan cruel—. ¡Lo encontrarás! —afirmó con decisión, rechazando cualquier pensamiento que enturbiase aquel plan desesperado—. Te vas con todo el dinero que he podido reunir en tan poco tiempo y sin llamar demasiado la atención. Y... si no lo encontrases —titubeó por un momento—, prométeme que comenzarás una nueva vida. Pero no vuelvas, mi niña. Te he enseñado muchas cosas para que salgas adelante en

la vida. Me hubiera gustado pasar más tiempo contigo... pero el destino es así, y no quiero que sufras por estar lejos de mí. ¡Te amo demasiado, hija mía! —murmuró, con los ojos nublados por las lágrimas que no podía reprimir por más tiempo—. ¡Escríbeme en cuanto puedas! Pero recuerda que debes hacerlo a la casa del campo de la abuela. ¡No podemos arriesgarnos en nada!

Isabel había planeado aquel viaje de manera atropellada ante los recientes acontecimientos, pero llevaba demasiado tiempo pensando en alejar a María de toda aquella farsa que era su vida; de aquella guerra que había sumido a España en un caos... Ahora era aliada de Inglaterra contra Francia. ¡Quién lo hubiera dicho! Muchas veces se había planteado escapar con su hija, pero sabía que Felipe las encontraría. Enviaría a su ejército tras ellas si hacía falta. Pero si enviaba sola a su hija, distraería a su marido el tiempo que hiciese falta para otorgarle toda la ventaja del mundo a su niña. Además, ahora que Inglaterra había cesado el bloqueo a los puertos españoles, sería mucho más fácil escapar, pero solo si conseguían llegar al barco antes de que Felipe se diese cuenta. Y ella se encargaría de que no la echase en falta durante todo el tiempo que pudiera, mientras su hija huía. Una vez en alta mar le sería más difícil encontrarla. Felipe no sabría si había salido o no del país y, si lo deducía, para cuando quisiera darse cuenta, ya no sabría dónde buscarla.

—Señora —susurró la voz de Ana desde el vano de la puerta—. Andrés ya está en el carruaje esperándonos. Tenemos que partir antes de que el señor se dé cuenta.

Ana era la nana de María desde el día en que nació y se había empeinado en que sería ella la que acompañase, en el aquel loco viaje, a *su niña*. Era una mujer fortachona de no mucha estatura, pero con un fuerte carácter. Su cara resultaba bondadosa con sus grandes ojos color miel y su largo pelo castaño. Ana amaba a María con toda su alma desde el día que la vio nacer. Ella había perdido a un hijo y a su marido y no pensaba que pudiese querer a nadie más tras la tragedia. Pero María se había instalado en su corazón como si fuera su propia hija y no la dejaría sola por nada del mundo. La había criado junto con Isabel y tampoco quería para la niña el destino que le imponía don Felipe. Así pues, ella se encargaría de velar por la pequeña en aquel viaje.

—¡Recuerda que te amo mucho, hija mía! —susurró Isabel, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Mamá, te quiero mucho! —sollozó María—. ¡Te escribiré tan pronto tenga noticias del lord inglés! —continuó—. ¡Y te echaré mucho de menos!

María dijo esto último en un tono prácticamente inaudible ya que el nudo que tenía en la garganta no le dejaba hablar. Abrazó con fuerza a su madre y se giró hacia el carruaje que le esperaba para enfrentar su nuevo destino. Subió junto a Ana, que se despidió de Isabel, no sin antes asegurarle que la cuidaría con su vida y que esto era lo mejor que podían hacer por ella. El carruaje se puso en marcha y María se quedó mirando por la ventana cómo la figura inmóvil de su madre desaparecía, poco a poco, en la lejanía. María sentía que se moría, pero decidió en ese mismo instante que se forjaría un nuevo futuro y volvería... Volvería para salvar a su madre. Y así, con más determinación y sintiéndose mejor consigo misma, consiguió reprimir las lágrimas.

El carruaje, conducido por Andrés, avanzaba a toda velocidad en las sombras de la noche. Andrés era el lacayo personal de la madre de Isabel, doña Enriqueta. Era un tipo simpático, aunque muy reservado y no del todo feo. Era alto y delgado, de complexión atlética, con el pelo y los ojos muy negros, lo que le daba un aspecto un tanto siniestro y peligroso. Doña Enriqueta estaba prácticamente segura de que era un proscrito, o algo así, cuando entró a su servicio. Una vez, cuando trataron de saquear el carruaje de doña Enriqueta en un camino perdido, Andrés la había defendido y se había enfrentado, él solo, a tres bandidos, dos de los cuales habían resultado muertos. Andrés casi no había ni pestañeado y el hecho de haber matado a dos hombres parecía no afectarle. Luego, poco a poco, se había ido ganando la confianza y el afecto de doña Enriqueta hasta llegar a ser su lacayo personal. Por todo ello, era el hombre ideal para aquella empresa.

Doña Enriqueta había vivido un infierno con la triste vida de su hija y cuando don Clemente, su marido, falleció, había hecho todo lo que había podido para suavizar la situación llevando durante largas temporadas a María e Isabel a su casa. Don Felipe no conocía a Andrés, y eso, junto con la certeza de que él sabría defender a su nieta de los peligros, les confería una notable ventaja frente a don Felipe.

Dentro del coche, Ana miraba con pena y con ternura la cara desanimada de María.

—Todo saldrá bien, tesoro. Ya lo verás —dijo, para tratar de animarla—. Y ahora, ponte tu gorra y vamos a tratar de esconder esa magnífica cabellera tuya.

María levantó la mirada para ver la amplia sonrisa condescendiente que le ofrecía Ana. Estaba tan agradecida de que al menos ella la acompañara...

Siempre la había querido mucho, como a una madre. Y ella la había tratado como a una hija. Así pues, María decidió salir de su estado de aturdimiento y emprender el plan que con tanto cariño habían trazado entre su abuela, su madre y Ana. Se envalentonó cogiendo aire con una fuerte bocanada, como si así pudiese inspirar todo el valor que necesitaba para seguir adelante con aquel descabellado plan.

Cuando llegaron al puerto, tres días después, nadie podría encontrar allí a una niña rica de diez años con su nana de unos cuarenta, ni aunque le fuera la vida en ello. Se habían transformado en una familia de posición social baja, aunque con suficiente dinero para realizar aquel viaje, que se componía de unos padres de mediana edad con un chiquillo de unos siete años. Si don Felipe había descubierto la huida, no los encontrarían. María ocultaba su cara con aquella enorme gorra de lana y cierta suciedad en la cara. Iba todo el tiempo agarrada detrás de las faldas de Ana como el chiquillo tímido que pretendía aparentar. Aunque todo estaba saliendo bien, ni María ni Ana podían con su temblor, mientras que Andrés se desenvolvía como pez en el agua. Cualquiera diría que hasta se estaba divirtiendo, cosa que confundió bastante a la mujer y a la niña. Solo cuando consiguieron embarcar, gracias a las tramitaciones de Andrés, y llegaron al sucio camarote, pudieron respirar tranquilas. ¡Estaban a salvo!

Capítulo 2

La travesía

La travesía se le hizo eterna a María, ya que todos los días tenía que afanarse en ensuciar su cara y disfrazarse de muchacho. Además, estaba Andrés, que había resultado ser un profesor de inglés de lo más estricto e insistente. Su abuela había planeado también aquello. María odiaba las clases de aquella lengua tan enrevesada, pero disfrutaba enormemente con los tremendos esfuerzos, sin ningún tipo de resultado, de su nana. Cada vez que Ana se equivocaba, se levantaba enfurecida con la cabeza bien alta y decía que ella era española, y que si alguien debía aprender un idioma ese era el lord inglés; él debía aprender el castellano para entenderse con su hija y no ellas. Y después, se alejaba muy orgullosa con la espalda muy tiesa para regresar al rato arrepentida. Andrés se limitaba a mirarla ir y venir, pero nunca la reprendía como a María, que al menos aprendía, aunque muy lentamente.

Pero, a medida que se acercaban a la costa inglesa, María sentía crecer el miedo en su interior. Echaba mucho de menos a su madre. Había demasiadas cosas desconocidas en aquel país y no sabía qué le depararía allí el destino. Su principal temor era conocer a su verdadero padre. ¿Cómo sería? Ella desconocía lo que era el amor de un padre y su madre le había dicho cosas tan bonitas de él que tenía miedo de estar alimentando falsamente un sueño; o que, simplemente, ella no le gustara y no la quisiera; o que estuviera casado, con hijos legítimos y renegara de ella... Había tantas posibilidades, tanto desconocimiento y tantas dudas que se pasaba la mayor parte de las noches sin poder conciliar el sueño. Cuando por fin avistaron la costa inglesa, el nudo que tenía en el estómago era tan grande que no era capaz de ingerir ningún tipo

de alimento. Y lo peor fue la espera, una vez allí, hasta que por fin pudieron anclar en los muelles y descender del barco debido al gran tráfico marítimo.

Andrés la había instruido un poco en la historia de aquel país, que al parecer conocía bien. Cada día que pasaba, tanto ella como Ana se asombraban más de las múltiples cualidades de aquel hombre que tan solo habían conocido al salir de España. Pero cuando sus piecitos tocaron por fin tierra firme, María no podía cerrar la boca. El hecho de que Andrés les hubiera contado que era el mayor puerto del mundo no significó que ninguna de las dos no se sintiese deslumbrada. Todos aquellos muelles y todos esos buques formaban hileras interminables que se perdían de vista; aquel ajeteo y todo aquel gentío... Todo contribuyó a que el miedo de María se convirtiese en pánico. Decididamente, jamás encontrarían a su padre. ¿Cómo iban a hacerlo en una ciudad tan grande y con toda aquella gente? La mente de María daba vueltas y vueltas, y cada vez se sentía más mareada.

—¿Estás bien, pequeña? —preguntó dulcemente Ana.

María consiguió apartar de sí sus locos pensamientos y cerrar la boca, por primera vez desde que desembarcaron.

—¡Tengo mucho miedo, Ana! —confesó la pequeña al borde de las lágrimas.

—No te preocupes, cielo. Lo peor ha sido escapar de don Felipe, y eso lo hemos conseguido —aseguró con esperanza—. ¡Siguiente parada, encontrar a tu padre! —animó con una sonrisa en la cara—. ¡Pan comido... pan comido...! —suspiró, mientras levantaba la vista hacia los muelles y su desesperación igualaba a la de la propia María.

Ana agarró con fuerza la mano de la niña y miró a Andrés con ojos suplicantes.

—¿Y ahora, qué? —preguntó con voz temblorosa.

Para el asombro de ambas, Andrés dibujó una amplia sonrisa en el rostro.

—¡A preguntar! —dijo con determinación—. Será fácil encontrar a ese lord si es tan rico como dice doña Isabel.

Y sin más pausa, agarró la otra mano de la niña y comenzaron a caminar hacia el centro de Londres, llenos de esperanzas.

Lo cierto es que no fue difícil localizar al padre de María. Aunque solo contaban con el nombre, pronto descubrieron que Gabriel St. James era un marqués y, como tal, era conocido en todo Londres. Después de caminar lo que parecían días enteros, por fin se encontraron al pie de la residencia de su

supuesto padre. Era la mansión más grande que María había visto en su vida. Aquello no tenía nada que ver con su hogar de España. Por supuesto, no es que ella no hubiese visto grandes casas en su vida, pero a juzgar por la expresión de Ana esta debía de ser la más grandiosa del mundo entero.

María quería salir corriendo, pero las piernas le fallaban y lo único que quería hacer era vomitar. Vomitar a su padre no sería la mejor manera de comenzar una buena relación. Sintió que se mareaba e incluso iba a pedirle a Andrés que volvieran en otro momento cuando este llamó enérgicamente a la puerta. Ya no había vuelta atrás. María se escondió tras las faldas de Ana, cerró muy fuerte los ojos y contuvo el aliento.

Capítulo 3

Gabriel

Gabriel St. James, cuarto marqués de Salisbury, se encontraba en un confortable despacho de su residencia de Grosvenor Square junto con su hermano pequeño, Jason.

—¡Lo siento, hermano, pero parece que la familia te reclama un heredero! —bromeó Jason, con una sonrisa burlona en la cara—. ¿Quién será la afortunada? —se regodeó con una fingida expresión de inocencia.

Gabriel gruñó ante el comentario de su hermano. Hacía tiempo que la familia le estaba invitando «forzosamente» a que tomara una esposa. Habían pasado ya varios años desde que su padre había muerto dejando sobre él, como hermano mayor, la pesada carga de la conservación del título a través, por supuesto, del linaje. Pero Gabriel se resistía contra viento y marea a la ardua tarea de desposarse con una mujer a la que no amaba para tener descendencia.

A sus veintisiete años era uno de los solteros más codiciados de todo Londres. Y no solo era por su título, que por supuesto atraía a todas las madres con hijas casaderas. No. Se debía, principalmente, a que era excepcionalmente apuesto. Con su más de metro ochenta y complexión atlética, debido al ejercicio que realizaba en sus cabalgatas matutinas y al boxeo que practicaba regularmente, los hombres le envidiaban porque no existía mejor percha para los trajes. Pero las mujeres, además, se fijaban en aquella cara de ángel con pelo de ébano; aunque tenía un cierto aspecto siniestro debido a aquellos ojos de un verde tan intenso que parecían los de un felino a punto de atacar.

—¡Te cedo el título, canijo! —afirmó con decisión.

—¿Estás loco? —exclamó Jason—. ¡Dios sabe que le doy las gracias todos

los días por no estar en tu pellejo! Tengo una vida maravillosa y ninguna intención de cambiarla, por nada ni por nadie. Gracias.

Jason era el menor de los cuatro hermanos. Tenían otras dos hermanas en medio de ellos dos, pero como varones siempre habían estado muy unidos. A sus veinte años, era uno de los libertinos más conocidos de todo Londres. Y si las damas iban a la caza del hermano, que además incorporaba el título, ninguna se quedaba inmune a los encantos de Jason, pese a su corta edad. Era alto como su hermano y algo menos fornido que él, pero más fibroso. Y era su cara la que dejaba sin aliento a toda anciana, mujer o niña que se atreviera a mirarle de frente. Tenía el pelo negro como su hermano, pero totalmente liso, a diferencia de Gabriel que tenía unas ligeras ondas. Pero la mayor diferencia estaba en sus ojos. Jason tenía los ojos del azul intenso del océano en un día de tormenta y una mirada sensual que no dejaba indiferente a ninguna mujer. Tenía la nariz recta y fina, y unos labios llenos que cuando sonreían daban paso a una hilera de dientes blancos y perfectos. Se decía de él que tenía una sonrisa devastadora.

—¡Yo tampoco me cambiaría si tuviera tu vida! —gruñó Gabriel a regañadientes—. Pero algún día tendrás que cambiar y sentar cabeza.

—¡Pareces papá! ¡Y además, mira quién habla! ¡El que la ha sentado! —declaró sin pensar, a la vez que se arrepentía, porque sabía que su hermano hubiera cambiado su vida si el destino no le hubiese arrebatado al amor de su vida—. ¡Lo siento, hermano! A veces olvido lo que sufriste por esa española.

Gabriel vio en el acto su expresión de arrepentimiento y suspiró.

—No te preocupes —dijo con tristeza—. Tenéis razón. Es hora de que pase página en mi vida y me case. Es solo que me gustaría sentir algo parecido a aquello por la madre de mis hijos —añadió con cierta melancolía.

—¡Vamos, Gabriel, el amor es solo un sueño romántico de las mujeres! A lo mejor te equivocaste; tampoco la conociste tanto y tan solo tenías diecisiete años. Puede que la pusieras en el pedestal que no le correspondía con el paso de los años.

Gabriel decidió que era imposible hacer cambiar de opinión a semejante sinvergüenza y miró a su hermano con expresión divertida.

—Hermanito, algún día te enamorarás y espero que sea de la mujer adecuada, porque si no descubrirás lo cruel que puede llegar a ser la vida si tu amor es imposible.

—¡No digas tonterías! ¡Me enamoro y me desenamoro todos los días, y a mí

la vida no me parece cruel! ¡Es más, me parece maravillosa! —afirmó con expresión burlona.

Jason se levantó del sofá en el que estaba y puso su copa sobre la mesa.

—En fin, hermano, te dejo. Quiero descansar antes de la fiesta de esta noche —dijo como al descuido.

—¿Piensas ir? —preguntó extrañado.

—¡Por supuesto! —se burló con una amplia sonrisa en la cara—. No me perdería por nada del mundo el ver cómo te persigue una avalancha humana de mujeres en cuanto se enteren de que estás buscando esposa.

—Todo esto te divierte, ¿no?

—¡Me encanta! —Y añadió en tono burlón, haciendo un barrido con las manos en el aire, a modo de titulares de periódico—: ¡Gabriel St. James, el soltero más cotizado en el mercado matrimonial! ¡Es genial!

Y con esto, se giró sobre sus talones para salir hacia el vestíbulo acompañado de su hermano. Cuando llegaban a la puerta, el timbre sonó y el señor Hopkins salió a abrir. Mientras, los dos hermanos seguían discutiendo amigablemente en el vestíbulo. Oyeron al señor Hopkins preguntar qué deseaban a alguien y los dos dirigieron su mirada hacia la extraña familia que había en la puerta.

Ana estaba estupefacta y muy quieta ante la gran mansión, como si esta fuera a comérsela. Cuando el criado de mediana edad y con rostro serio y formal abrió la puerta sintió que las rodillas le fallaban por el miedo. Al preguntar el hombre qué deseaban, con aquella extremada educación inglesa, Ana se quedó repentinamente muda. Fue Andrés el que, como siempre, salvó la situación.

—Sí. Deseamos ver a lord Gabriel St. James, por favor —dijo en perfecto inglés.

—Y ¿a quién debo anunciar?

Gabriel, que miraba desde el recibidor, divisó una familia pobre y, sin más, dio una orden con la mirada al señor Hopkins para que los despachase con alguna limosna. Ana, al darse cuenta de la situación, se apresuró a hablar desde la puerta cogiendo todo el aire que pudo.

—¡Isabel San Llorente! —gritó demasiado fuerte y con voz temblorosa.

Gabriel se estaba girando para desaparecer, cuando se detuvo en seco. Su garganta se reseco y creyó por un momento que el corazón se le había parado. Se giró muy despacio, como si hubiese comprendido mal y, si se apresuraba, «Isabel» no volvería ser pronunciado por aquella mujer. Cuando se enfrentó a

la peculiar familia la expectación crecía aceleradamente dentro de él.

—¿Conocéis a Isabel San Llorente, de España? —preguntó con temor a que estuvieran equivocados y le hablasen de otra Isabel.

Ana bajó la mirada ante aquel hombre tan intimidante y se dio cuenta de que sus clases de inglés habían resultado ser, tal como ella esperaba, bastante infructuosas. No había entendido al inglés y miró suplicante a Andrés, mientras aferraba con fuerza la mano de María, que se negaba a salir de detrás de sus faldas y que no estaba entendiendo nada en absoluto de lo que ocurría.

—¡Sí, lord Gabriel, ella nos manda! —anunció Andrés, con educación—. Nos entregó para usted una carta.

Acto seguido, le dio un codazo a Ana y le dijo algo en español que Gabriel no comprendió, para que le diera la carta que Isabel les había entregado.

Gabriel temblaba de excitación. Isabel estaba viva y le mandaba una carta. Mil emociones cruzaban por su mente, pero la principal era que Isabel estaba viva y que quería ponerse en contacto con él. Durante todos estos años había esperado inútilmente algún tipo de contacto por parte de ella, y al final había desistido pensando que se habría casado y le habría olvidado, o incluso que estaba muerta. Maldición, estaba viva y él no había hecho nada por ir a buscarla. Pero allí estaba aquella misiva a la que se aferró como si en ello le fuese la vida y que los nervios le impedían abrir. Al coger el pliego hizo una señal al señor Hopkins para que dejase entrar a la extraña familia, mientras trataba, con dedos temblorosos, de abrir aquella carta.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Jason preocupado ante el repentino cambio en la expresión del rostro de su hermano—. ¿Quién es Isabel? ¿Y quiénes son estas personas?

—¡Mi... mi española, Jason! ¡Es una carta de mi española! —titubeó, mirando con miedo los papeles.

—¡Por Dios, Gabriel, ábrela de una vez y cambia esa cara! —regañó preocupado, sabiendo por todo lo que había pasado su hermano con aquel romance, aunque nunca había sabido el nombre real de «su española».

Gabriel sostenía la carta entre sus manos como si fuese una reliquia, mientras su corazón latía frenéticamente a la vez que comenzaba a leer.

Jason estaba intrigadísimo por el contenido de aquella carta, mientras paseaba la mirada entre su hermano y aquella familia tan harapienta. Pero su curiosidad alcanzó cotas insospechadas cuando su hermano comenzó a palidecer, aún más, a medida que continuaba leyendo aquellos papeles.

—¿Cómo que...? —exclamó casi sin aliento y con los ojos ahora desmesuradamente abiertos—. Pero... ¿dónde? ¿Quién? ¿Dónde está? —preguntó confuso.

—¡Aquí, milord! ¡La traemos con nosotros! —dijo Andrés.

La confusión de Jason iba en aumento, pero no quería interrumpir a su hermano que parecía tan confuso como él. ¿A quién traían? ¿A Isabel? No podía ser aquella mujer y que su hermano no la reconociera; por no decir que su hermano le había hablado de una beldad, y aquella mujer no era nada atractiva y excesivamente mayor.

—¿Qué? —dijo Gabriel atónito—. ¡Pero si es un chico! ¿Qué clase de broma es esta? —preguntó comenzando a enfurecerse.

—¡No, milord! —dijo presuroso Andrés—. ¡Es un disfraz! En la carta os lo explica todo.

Gabriel prácticamente se derrumbó sobre el suelo, cayendo de rodillas, para poder contemplar a la niña. No podía creer lo que estaba leyendo. Isabel le había dado una hija y nunca, en todos estos años, había intentado ponerse en contacto con él para decírselo. ¿Sería realmente padre? ¿Sería aquella criatura realmente su hija? Cuando empezó a leer aquel mensaje había esperado muchas cosas, pero no podía dar crédito a lo que ahora leía.

De manera pausada, tendió un brazo hacia aquella figurita que temblaba de miedo detrás de aquella mujer y le dio la mano, con cuidado para no asustarla y poder tirar suavemente de ella hacia él, para poder contemplarla. La mujer que la acompañaba tuvo que ayudar a salir de detrás de las faldas a la niña que se resistía a dejarse observar por él.

Gabriel no podía creer lo que veía. Aquel sucio chiquillo asustado era la viva imagen de Isabel. El recuerdo de su amada al ver el rostro de la niña le golpeó el alma más allá de lo que podría haber imaginado. Un extraño sentimiento lo invadió; algo que jamás había sentido y que no sabía reconocer. Le retiró con cuidado la gorra y su melena de color azabache comenzó a desparramarse lentamente alrededor de su cara y por toda su espalda. Cuando las lágrimas de la niña amenazaron con salir, Gabriel revivió el instante en la cubierta de un buque, diez años atrás, cuando tuvo que abandonar a Isabel contra su voluntad, y, sin saber muy bien qué hacía, atrajo con suma delicadeza a la niña hacia él y la abrazó, mientras un extraño nudo amenazaba en su garganta con hacerle llorar.

Cuando María sintió el suave tirón de la mano de aquel hombre que la

sujetaba con dulzura, estaba prácticamente al borde del nerviosismo. ¿Y si su padre la trataba mal? ¿Y si era otro tirano? ¿Qué haría ahora que no tenía cerca a su madre? Su mente era como un sube y baja que no podía parar de pensar y pensar. Estaba a punto de comenzar a llorar, cuando aquel hombre levantó su otra mano para retirarle la gorra. Por primera vez desde que llegó, se aventuró a levantar la mirada para poder ver a su padre. El pecho se le oprimió cuando se encontró con su mirada. No parecía haber maldad en aquellos bellos ojos verdes. Y la estaba tocando con suavidad. No parecía que quisiera hacerle daño y eso la reconfortó. Pero, cuando la abrazó con aquella ternura, María dio rienda suelta a sus lágrimas y comenzó a llorar enérgicamente, liberando así toda la tensión y el miedo acumulados en las últimas semanas. Por un momento, se perdió en aquel abrazo y ella también lo abrazó con todo el amor de su corazón, esperando que él fuera para ella el padre soñado que nunca había tenido.

Mientras ellos permanecían abrazados, Jason cogió y leyó aquel escrito. ¡No podía creer todo aquello! Pero allí estaba su hermano. Completamente deshecho en los brazos de aquella criatura, y comprendió la veracidad de aquella carta al ver la expresión de su hermano, cuando al fin consiguió soltar a la pequeña. Entonces, él también se agachó para examinar a aquella niña, que parecía que se iba a convertir en su sobrina. Con cuidado, agarró sus manitas entre las suyas y pudo comprobar lo suave que era, a la vez que miraba aquel rostro de ángel y se perdía en la ternura de aquellos ojos negros.

—¡Preciosa! —le dijo—. ¿Entiendes? —Y entonces estalló en una sonora carcajada al ver el sonrojo de la niña.

—¡Vaya, Vaya! ¿Quieres decirme, Gabriel, que esta preciosa niña tan tímida es mi sobrina? —dijo sin quitarle el ojo de encima a la niña, que enrojecía más por momentos.

—¡Eso parece, hermano! ¡Digna hija de su madre, desde luego! —dijo comenzando a sentir cierto orgullo con una sonrisa en los labios.

—¡Y además parece que entiende nuestro idioma! ¿No es así, preciosa?

—¡Un poco! —dijo por fin María, dejando oír aquella bonita voz a la vez que volvía a enrojecer ante la insistente manía de aquel hombre tan guapo de llamarla «preciosa».

Porque realmente era el hombre más guapo que ella había visto en toda su vida. Y era su tío. María no cabía en sí de felicidad. Parecía que su padre la estaba aceptando y, además, sentía que era un hombre bondadoso tal como le

había dicho su madre. Y aquel hombre tan fascinante, que no podía dejar de mirar, era su tío y también parecía aceptarla. Era más de lo que su mente podía registrar en un solo día. Lo único que sabía era que se sentía la niña más dichosa de la tierra y que por fin, en mucho tiempo, podía estar segura y protegida.

—Señor Hopkins. Lleve a esta gente y a la niña a los cuartos de invitados para que se asean y descansen antes de la comida —ordenó Gabriel, mientras volvía a centrar su atención en la pequeña—. ¡Por favor, no tardes mucho, pequeña! ¡Necesito que hablemos, pero tómate tu tiempo! —Y se volvió incorporándose hacia la pareja que había quedado momentáneamente olvidada, para añadir mirando a Andrés—: Parece que es usted el que habla nuestro idioma, ¿no?

—Sí, milord.

—Bien. En cuanto descanse, le ruego que baje a hablar conmigo. Le esperaré impaciente en mi estudio —destacó, mientras volvía a centrar la atención en la niña y le acariciaba suavemente la mejilla.

Jason, que aún estaba agachado y agarrando a la pequeña, la acercó hacia sí y la estrechó en un suave abrazo.

—¡Bienvenida, preciosa! —dijo con cariño.

Si bien María se había perdido en el abrazo de su padre, en este creyó subir al cielo. En aquellos brazos se sentía como en su casa y su estómago se negaba a estar quieto. Verdaderamente le gustaban mucho su padre... y su tío.

Capítulo 4

Felipe

—¡Te lo preguntaré solamente una vez más! —rugió furiosamente Felipe, incorporado hacia delante, mientras agarraba los apoyabrazos de la silla en la que se encontraba indefensa Isabel—. ¡¿Dónde está María?!

Isabel lo había conseguido. Había conseguido que su pequeña escapase sin que Felipe se enterase de nada. Al día siguiente de la huida, Felipe había preguntado por María, cosa que no hacía habitualmente. Isabel se había sentido aterrorizada pensando que Felipe las había descubierto y que ya estaría trayendo en ese preciso momento a su hija de vuelta. Pero el interés de Felipe era distinto, ya que su único propósito era que el francés con el que la había prometido la conociera aquella misma tarde, puesto que pasaba por allí cerca. Era un contratiempo para la huida, así que Isabel inventó que la niña tenía varicela y que no era el mejor momento para que aquel hombre la viese, debido a que tenía la cara llena de horribles pústulas. Sabía que Felipe había arreglado el compromiso contándole al francés que su hija era de una belleza excepcional y no querría que pensase que la niña era horrorosa. E Isabel sabía que Felipe no correría el riesgo de que el francés rompiera el compromiso.

—¡Juro que te estrangularé con mis propias manos si no aparece la niña! —dijo con la cara desencajada, cercana a la locura.

—¡La he enviado lejos! —aseguró Isabel sin temor alguno, sintiéndose orgullosa de su hazaña—. ¡Jamás la encontrarás y jamás alcanzarás tus propósitos!

Esto último lo dijo con un deje de deleite al saber que en cierto modo había encontrado la manera de vengarse de él por todo el daño infringido tanto a ella como a su hija. Era una satisfacción saber que jamás podría alcanzar sus

objetivos.

La situación en España era muy mala en aquellos tiempos. El pueblo era consciente de que solo quedaba un infante en España y que toda la familia real se había ido. El fracaso hispano-francés en la batalla de Trafalgar y las extrañas consecuencias del Tratado de Fontainebleau de 1807 habían desembocado en el Motín de Aranjuez y en la revuelta popular del 2 de mayo de ese mismo año, que había desatado una guerra contra la invasión francesa. En definitiva, habían pasado de estar en guerra contra Inglaterra en alianza con Francia, a estar en guerra contra Francia en alianza con Inglaterra. E Isabel se alegraba de haber alejado a su pequeña de todo aquello.

Para Isabel, su marido era un traidor o afrancesado, como se denominaba en aquella época a los que colaboraban con la ocupación francesa. Felipe había jurado fidelidad, por interés, a José I, el nuevo rey, el hermano de Napoleón que había llegado al poder por imposición. Pero, para poder colaborar a sus anchas con la administración francesa, Felipe había prometido a su hija con un francés de la corte y así poder afianzar su alianza y su poder. Sin ese enlace, Felipe sabía que si las cosas se ponían feas para Francia él sería, al fin y al cabo, un alto cargo militar, pero español. No. Tenía que fortalecer alianzas por todos los frentes y así estar preparado para lo que pudiese ocurrir con aquella guerra llena de incertidumbre.

—¿Dónde?! —gritó furioso—. ¿Dónde la has enviado?! —dijo agarrando las solapas de la chaqueta de Isabel y comenzando a zarandearla.

Isabel permaneció en silencio mirando desafiante a su marido. Ya no le importaban las brutales palizas que llevaba soportando toda la vida. Ahora no. Ahora que había conseguido poner a salvo a su hija ya no le importaba nada. Nada salvo el hecho de saber que, aunque muriera en el intento, su marido no conseguiría hallar a María ni podría llevar a cabo sus planes de riquezas y poder.

—¡No importa! —despreció Felipe soltándola tan bruscamente que la silla en la que Isabel se encontraba casi cayó hacia atrás—. ¡La encontraré! —dijo esto último más para sí mismo que para Isabel—. En algún momento se pondrá en contacto contigo, y yo estaré cerca para enterarme.

Felipe, pensativo, se dio la vuelta y comenzó a caminar por el cuarto muy lentamente. De pronto, se giró y dijo de manera tranquila, pero con una sonrisa malévola en los ojos:

—Por lo pronto, te encerraré, y cuando la niña se intente poner en contacto

contigo, no podrá. Te enviaré a un convento donde tengo contactos, te pudrirás en una sucia celda y te juró que haré que te arrepientas de haber nacido. Nadie tolerará que una simple mujer pretenda separar a un padre de su *amada hija* —dijo esto último con el tono más burlón que pudo.

—¡Ella no es tu hija! —dijo Isabel arrastrando las palabras, con todo el desprecio que su alma sentía hacia ese hombre.

No sabía de dónde había sacado el valor para decir aquellas palabras. No habían vuelto a hablar de ello desde el nacimiento de la niña e Isabel jamás había sacado a relucir el tema por temor a las represalias. Pero, ahora que se sentía segura teniendo a salvo a su pequeña, lo único que quería era hacerle daño a aquel monstruo que tenía delante.

Hacía diez años, cuando Isabel se dio cuenta de que estaba embarazada, se había aferrado a la idea de que el ser que se estaba formando dentro de ella tenía que ser de su inglés, fruto de aquel maravilloso amor que había vivido en aquel corto espacio de tiempo, antes del matrimonio con Felipe. Su mente y su alma se negaban a creer que hubiese sido obra de aquella brutal violación que su marido le había infringido la noche de bodas. Cuando Felipe comprendió que no era pura, la había castigado físicamente para descargar su rabia. Incluso, ante la duda sobre la paternidad de la criatura, había intentado por todos los medios que Isabel perdiese a su hijo. Pero todo había sido inútil. Aquel bebé nonato se aferraba a la vida con extremada fuerza. Al final, Felipe reconoció a la niña como suya. Isabel siempre pensó que lo hacía para guardar las apariencias y no ser el hazmerreír de todas sus amistades. El trato hacia ellas dos siempre había sido horrible, aunque Isabel daba gracias a Dios todos los días, porque Felipe jamás le había puesto la mano encima a su pequeña. Sin embargo, las palizas y las violaciones habían acompañado a Isabel durante toda su vida. De hecho, estaba convencida de que no había vuelto a concebir porque la había destrozado por dentro a causa de tanto golpe y violación. El único consuelo que tenía era saber que la incertidumbre sobre la paternidad de María había herido profundamente el orgullo de Felipe.

—¿Eso crees? —espetó repentinamente Felipe, con una sonrisa de complacencia en sus malformados labios—. ¿Crees acaso que yo hubiese criado a una bastarda, hija de una zorra como tú?

—¿Llamas a eso criar? —contestó Isabel con voz temblorosa y desconfiando de aquel tono de autosuficiencia de su marido.

—¡Sí, cariño! ¡La he reconocido y la he criado! ¡Y lo he hecho porque sé

que la chica es mía! —dijo con todo el regocijo del mundo, al ver la cara de incredulidad de Isabel.

Isabel no podía creer lo que oía. No podía estar hablando con tal seguridad sobre la paternidad de la niña. Ni siquiera ella podía estar tan segura. Además, María era el fiel reflejo de su madre. No había nada en la niña que denotase la presencia ni de Felipe ni del inglés. Ella misma se había esforzado durante años en buscar algún parecido, algún gesto... algo que le hiciera suponer que la niña era de su inglés. Sin embargo, nunca halló nada. ¿Por qué él estaba seguro de esa manera? Su único consuelo había sido que él nunca hubiese sabido a ciencia cierta si era o no el padre de María.

Es más, ahora que María estaba lejos, quería castigarlo sembrando más dudas al respecto para que se olvidara de la niña y pudiese vivir tranquila. ¿Qué era lo que estaba ocurriendo? ¡No! Debía de ser una estratagema de Felipe para que se sintiera insegura y le dijera dónde estaba María. Pero ella jamás cedería. Además, su hija era del inglés. ¡Tenía que serlo! Cogió aire en un intento de no mostrar el creciente miedo que él había sembrado en ella, y contestó con toda la confianza que pudo reunir en ese momento.

—Entiendo que no quieras que nadie sepa jamás que la niña no es tuya. Pero ya está. ¡Se acabó! ¡María no volverá jamás! ¡Olvídate de ella y déjala tranquila de una vez! —dijo desesperada.

—No, *cariño*. La que no entiende eres tú. ¡María es hija mía y puedo demostrarlo ante la ley y ante ti cuando quiera! Por eso no puedes quitarme a la niña y te castigaré por ello —dijo con regocijo.

Isabel se negaba a creer lo que Felipe le estaba contando. Ante la ley podía demostrar todo lo que quisiera porque legalmente era su hija, pero... ¿delante de ella?

—¿A qué te refieres exactamente, Felipe? —balbuceó, temblando ya de pánico.

—¿Por qué crees que reconocí a la niña? ¿Por qué nunca dije nada más después del nacimiento? ¿Crees acaso que hubiera permitido que te rieras de mí? Todo estaba dispuesto para matar a esa criatura el mismo día que nació y cuando la cogí de la cuna para hacerla desaparecer fue cuando supe que era mía y cancelé el asesinato.

Isabel estaba perpleja y una sensación de sudor frío y de náuseas comenzó a subirle por el cuerpo, al comprender lo cerca que había estado de perder a su pequeña. Su marido era realmente un monstruo atroz. Pero ¿de qué hablaba?

¿Qué lo había detenido? Isabel se sentía incapaz de hablar y comenzaba a sentirse mareada.

—¡La vi y lo supe! —prosiguió Felipe con un regocijo tal, que pensó que su camisa reventaría—. Tú nunca lo supiste porque no has llegado a verme, nunca, desnudo a la luz del día, y cuando te busco en la noche cierras tus estúpidos ojos para no verme cuando te poseo.

Isabel seguía desconcertada y sin comprender a dónde quería llegar Felipe con toda aquella diatriba.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que tendría que haber visto? —tartamudeó ya, rayando la desesperación.

—Las marcas. Las tres marcas que sí habrás visto en la nalga de tu hija.

Isabel comenzó a vislumbrar vagamente la verdad, aunque su mente se negaba a seguir el curso de sus pensamientos. Pero en ese momento, con aire triunfal, Felipe se volvió, al tiempo que desabrochaba sus pantalones, para mostrar a su mujer su gran triunfo sobre ella. La prueba irrefutable de que María era hija de Felipe y no del gran amor de su vida. Isabel comenzó a palidecer al comprender la verdad y todo su mundo se derrumbó alrededor. ¡No! ¡No podía ser! ¿Cómo Dios le jugaba esta mala pasada? Lo único que ella había tenido puro había sido el amor de su inglés y María no era fruto de aquel gran amor. Había sido el fruto de la degradación y del sufrimiento. No podía ser. Esto no era real.

—¡Y ahora... te exijo que me digas dónde se encuentra mi hija! —continuó Felipe con tono autoritario.

Fue ese momento el que le bastó a Isabel para darse cuenta de la realidad de lo que ocurría. Para salir del ensimismamiento en el que durante unos minutos había estado sumergida. La vida le había dado la oportunidad de amar y ser correspondida; y le había dado el mejor regalo, que era su hija, aunque no hubiese sido de la manera que a ella le hubiese gustado. Pero tenía que dar gracias a Dios por lo que había vivido y por haber podido salvar a su pequeña de las garras de aquel tirano que la hubiese matado sin más de no ser su hija. Tomó una fuerte bocanada de aire y miró a su marido como si ya nada ni nadie pudiera sorprenderla en este mundo. Como si tuviese claro cuál había sido el destino de su vida, y este ya estuviera completo. Como si ya no esperase nada más de la eternidad. Con una tranquilidad renovada y una paz en su alma que hacía tiempo no alcanzaba, levantó la vista hacia su marido.

—Nunca lo sabrás —dijo con sosiego y plena confianza en sí misma.

—¡Eso lo veremos! —contestó Felipe con fuego en los ojos.

Capítulo 5

Creciendo en Londres

A María no le costó en absoluto habituarse a aquella vida que, de manera rápida, su padre le había proporcionado. Pronto se instalaron cómodamente en la gran mansión de Gabriel y fue aprendiendo el idioma poco a poco, hasta llegar a hablarlo con facilidad.

El gran temor de María había sido el miedo al rechazo, a que su padre la tratara como siempre lo había hecho Felipe. Pero pronto descubrió que no solo su padre y su tío eran maravillosos. La recepción que tuvo de la extensa familia paterna fue toda una grata sorpresa. La comparación con su familia era abrumadora. En España solo tenía a su abuela y a sus padres. Aquí, la familia era inmensa y la niña fue recibida con los brazos abiertos por todos y cada uno de los miembros.

Su padre tenía dos hermanas más. Clementine era dos años menor que Gabriel, casada y con dos mellizas de ocho años. ¡Quién se iba a imaginar que tenía dos primas y que enseguida la tomarían como modelo por ser la mayor! Clementine era muy abierta y muy parecida físicamente a su padre con su pelo negro ondulado y sus grandes ojos verdes. Y luego estaba Rachel, que tan solo tenía veintidós años, pero aún sin compromiso, cosa que a María le pareció de lo más raro, porque Rachel era igualita que su tío Jason y no sabía por qué no tenía ya esposo e hijos. Lo único de lo que estaba realmente segura era de que Rachel era un auténtico cielo.

María no se imaginaba que su aceptación fuera sorprendente para una familia de la alta burguesía británica, pero más tarde comprendería el escándalo que aquello había conllevado. Aunque también supo que su familia se había visto envuelta en más de un infortunio, con lo cual, ya estaba más que

acostumbrada. Pero el descubrir que Gabriel tenía una hija había sido para la familia un *escándalo* maravilloso.

En cuanto a la alta sociedad, Gabriel no tuvo ningún problema en reconocer públicamente a su pequeña, a la que raudo y veloz puso su apellido con todo lo aquello conllevaba, como tan noble apellido y la posible y más que jugosa dote que su futuro marido se llevaría. Es cierto que durante un tiempo hubo muchas murmuraciones, pero... ¿quién se atrevería a contrariar al marqués, de una familia de tan largo y alto linaje? Gabriel sabía que María era muy pequeña y que, con el paso de los años, todo caería en el olvido. Y tampoco era tan tonto como para no darse cuenta de que María poseería la extraordinaria belleza de su madre, y de que, cuando fuera presentada en sociedad, esa belleza junto con el título haría olvidar a cualquier pretendiente que la niña era bastarda. No, Gabriel no solo no estaba preocupado, sino que estaba encantado con su pequeña rondando por allí. María era un auténtico huracán que revolucionaba a todo el mundo con su curiosidad, su espontaneidad y su simpatía. Y pronto la hubiese malcriado hasta la saciedad de no ser por Ana, que velaba continuamente por su pequeña.

En cuanto a María, echaba horrores de menos a su madre, pero recibía correspondencia a menudo de su abuela con las nuevas de la guerra en España. El país entero se había levantado contra Francia y en Andalucía había movimientos de guerrillas y ejércitos regulares aliados dirigidos por Wellington, que estaban provocando el desgaste de las fuerzas bonapartistas. Su Córdoba natal se había convertido en la base de la guarnición militar del sur de España. Echaba de menos a su madre y el clima de Córdoba, pero se sentía más que feliz con su padre. Lo único que no entendía era por qué su madre no le escribía directamente y lo hacía a través de su abuela, pero se contentaba sabiendo que las dos estaban bien y que se alegraban por ella.

Mientras, Gabriel había conocido y comprendido la difícil situación de Isabel y, aunque lo había aceptado, no lograba entender que no se hubiese comunicado con él antes. Lo único que quería era coger su barco y salir en busca de su amor, pero Ana le había prevenido que no lo intentara, ya que ella se consideraba una mujer casada y, como tal, no iba a abandonar a su marido. Y mucho menos arriesgarse a que se supiera dónde se encontraba la niña. Gabriel estaba muy frustrado y, además, su vida anterior de marinero, que desde su juventud había seguido cultivando como afición, le pasaba factura, ya que se veía obligado a viajar mucho a Jamaica donde poseía innumerables

propiedades, privándolo así de pasar más tiempo con su *nueva hija*. Poseía un gran barco que le gustaba capitanear y, como él decía, navegar por «los siete mares». Le relató a su pequeña mil aventuras que había vivido en alta mar, entre ellas, la historia de cómo conoció a su madre. Pero ahora que María llenaba sus días, no le gustaba tanto viajar y ausentarse durante todo ese tiempo del lado de la pequeña. Además, con su llegada, no había tenido que continuar con la farsa del matrimonio de conveniencia, ya que tenía su linaje asegurado a través de María.

Por su parte, María echaba mucho de menos a su padre cuando se marchaba durante sus largos viajes, pero no le importaba mucho porque se veía protegida por toda la familia, y en especial por su tío Jason, con el que pasaba largas temporadas. Ambos se habían vuelto inseparables y María sentía que no había nadie en el mundo que la conociese mejor. Aparte de ser el hombre más guapo que había visto en toda su vida, era el hombre más cariñoso y tierno de todo el universo con ella y sentía que siempre estarían el uno con el otro.

Cuando María comenzó a crecer y le dejaron estar en alguna reunión social, oía fácilmente hablar a las mujeres sobre Jason. Todas hablaban sobre él. Todas estaban enamoradas de él... y ¡casi todas habían tenido aventuras con él! Nadie reparaba en la pequeña que se deslizaba sigilosamente en aquellas reuniones y que pronto se dio cuenta de que no le gustaba que todas aquellas mujeres estuvieran *a la caza de su tío*. Ella lo consideraba suyo y no le gustaba en absoluto saber que él andaba por ahí de flor en flor. No era capaz de identificar aquel sentimiento, pero le hacía ponerse de muy mal humor.

El tiempo iba pasando y María se estaba convirtiendo en una muchachita que apuntaba ser muy bella. Aquella primavera cumplía dieciséis años y, aunque aún no se había desarrollado, cosa rara para su edad, era de una belleza sublime. Grandes ojos negros, enmarcados por unas espesísimas pestañas que no parecían tener fin, boca de labios llenos y una abundantísima melena rizada color azabache. Pero lo que le confería aquella belleza exótica era el color de su piel. Tenía la piel morena, como buena cordobesa que era, y eso la diferenciaba de toda señorita de alta cuna que se preciaba de su tez inmaculadamente blanca y que, a María, le parecían muertos vivientes.

Hasta a Jason, que con los años se había vuelto más atractivo, si aún cabía, al haber ensanchado aquel cuerpo de chiquillo, convirtiéndose en un hombre

arrebatadoramente poderoso y sensual, comenzaban a hastiarle las rubias de piel tan blanca, cuando las comparaba con su adorada sobrina. Estaba muy orgulloso de la niña y de aquella belleza morena que representaba.

Pero, con el tiempo, comenzó a darse cuenta de que aquella pequeña despertaba en él sentimientos más fuertes que los que le despertaban sus otras sobrinas. No sabía definir aquello y lo rechazó en su mente achacándolo a que pasaba demasiado tiempo con ella porque su padre no estaba, y casi la estaba criando él junto con sus hermanas. Además, cuando estaba con ella tenía que suspender, muy a su pesar, sus actividades nocturnas con las damas, y eso, creía él, le estaba descentrando un poquito.

Así pues, en aquel cumpleaños, cuando llegó su hermano para celebrarlo con su pequeña, quiso cortar de raíz aquel sentimiento que comenzaba a corroerle el interior. Jason sabía que Gabriel había decidido vender sus propiedades en Jamaica y su barco, para instalarse definitivamente en Londres y dedicarse por completo a su hija. Pero tenía que hacer el último viaje para concretarlo todo, y cuando esa noche, después de la fiesta, todo el mundo ya se había retirado a descansar, él se fue con su hermano a la biblioteca a tomar su correspondiente copa y charlar un rato.

—¡Es increíble lo preciosa que está María!, ¿no crees? —comenzó Gabriel con expresión de orgullo en la cara.

—¡No sabes cuánto! —se dijo Jason más para sí mismo que para su hermano, mientras tenía la mirada clavada en su copa de brandy.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Gabriel curioso.

—Que pasas demasiado tiempo fuera —dijo Jason recuperándose al ver la expresión de su hermano, y sin saber muy bien por qué había dicho aquello—. La niña te necesita... necesita a su padre. Ya es bastante malo que no tenga a su madre cerca.

—¡Es cierto! Pero ya sabes que este será mi último viaje. Me encantaría no tener que realizarlo, pero me es imposible —dijo con fastidio.

—Por eso voy a ayudarte, hermano —decretó Jason con resolución.

—¿A qué te refieres? —preguntó curioso Gabriel.

—¡Quédate con tu hija y yo resolveré tus asuntos en Jamaica! —formuló sin más miramientos.

—Pero... eso sería pedirte demasiado. No puedo dejar que hagas eso por mí —replicó incrédulo.

—¡Pero yo insisto! —afirmó en tono tajante—. Hace ya algún tiempo que

vengo pensándolo y creo que es lo mejor.

—¿No te entiendo! ¿Por qué? ¿Qué ocurre? —preguntó desorientado.

—¿Mira, necesito un cambio! Un cambio radical en mi vida. Esta vida de riquezas me está cansando de veras. Estoy harto de evitar a mamás con hijas casaderas y a las hijas que me persiguen allá donde voy. Necesito hacer algo por mí mismo y no estar en el punto de mira de toda una sociedad.

Gabriel comenzó a sonreír. Comprendía a su hermano a la perfección. Por eso se había embarcado en aquel loco viaje a España hacía ya dieciséis años. Y era por eso que recurría a todos esos viajes cuando se hastiaba, ya que le resultaban de lo más gratificantes.

—Bueno, eso puedo comprenderlo, pero... ¿no es más fácil que vayas a pasar una temporada al campo y te olvides de todo? ¿A ti no te gusta navegar! ¿Por qué un cambio tan drástico? —preguntó preocupado.

—Lo cierto es que me quiero alejar, pero lejos de verdad... y durante mucho tiempo. No quiero unas simples vacaciones en el campo de unas pocas semanas de duración. Quiero desaparecer por más tiempo y que nadie me pueda localizar con facilidad, ¿entiendes? —preguntó mirando con fijeza a su hermano.

—Puedo entenderte y lo haré, si me juras ahora mismo que no ocurre nada serio y que no te has metido en ningún lío del que tengas que escapar —replicó con expresión severa.

Jason volvió a mirar su copa de brandy, mientras sonreía y pensaba que era gracioso que quisiera escapar de una niña de dieciséis años y que, para más inri, era su sobrina. No sabía si era cobardía o lo más sensato que iba a hacer en su vida, y tampoco quería ahondar en ese sentimiento que le estaba llevando a cometer semejante locura. ¿Lío del que tuviera que escapar? Sí. El lío de su cabeza. Y como tampoco podía hablarlo con su hermano porque se trataba de su hija, y hasta a él le parecía que el tema era ridículo, volvió la mirada hacia su hermano y le sonrió con sinceridad.

—¿Te juro que no me he metido en ningún problema! ¡Solo quiero desaparecer y pensar en lo que quiero hacer con mi vida! ¡Sin más! —aseguró con serenidad.

Gabriel no sabía qué pensar del comportamiento de su hermano. En el fondo, y también en la superficie, para qué negarlo, lo comprendía a la perfección. Ya tenía veintiséis años y era un vividor que había tenido todo lo que quería en su existencia. Y aunque no había malgastado su tiempo, ya que

había aprendido a administrar sus propiedades y entendía a la perfección de finanzas, podía comprender su necesidad de cambio de aires.

—¡Está bien! Lo cierto es que me haces un inmenso favor —dijo al fin—. ¡Además, a ti se te da mejor que a mí lo de las ventas! —dijo con una amplia sonrisa de confianza en su hermano.

—Me alegro de que lo comprendas. Partiré cuanto antes. Me encargaré de tus asuntos y luego me dedicaré a viajar algún tiempo —dijo con ilusión—. ¡Quién sabe! ¡Para cuando vuelva a lo mejor mi sobrina se ha casado! Porque no dudo que en cuanto la presentes en sociedad será la sensación.

Jason dijo esto último y salió de la biblioteca junto a su hermano para retirarse a descansar. Pero sus propias palabras le dejaron mal sabor de boca y no sabía por qué. Se negaba a pensar en ello. Sí... lo mejor sería irse y alejarse de Londres... cuanto antes.

Capítulo 6

Te echaré de menos

—¿De veras te quedas, papá? —preguntó con gran alegría e ilusión María.

—¡De veras! ¡Ya no tendremos que separarnos nunca! ¡Y si queremos viajar, lo haremos juntos! —dijo con regocijo.

María saltó a sus brazos y se hundió en su padre todo lo que pudo, como si así pudiese transmitirle toda la dicha que sentía dentro. Por fin, por fin iba a tener a su padre todo para ella y todo el tiempo que quisiera. Sería magnífico. Ahora su felicidad sí que era plena. Solo le faltaba su madre para que todo fuera perfecto y estaba convencida de que con el tiempo la tendría junto a ella. ¡Todo, todo era perfecto!

—¿Y qué harás cuando quieras revisar tus propiedades? —preguntó de pronto María en un asalto de temor—. ¿Te volverás a ir? ¡Dijiste que este era tu último viaje porque ibas a vender todo! ¿Es que has cambiado de opinión? —dijo bombardeando a su padre y sin dejar casi que contestara.

María parloteaba siempre sin parar porque su mente iba más rápido que su boca. Su padre no paraba de sorprenderse por esa cualidad de la muchacha, por su curiosidad natural y por la agudeza que tenía para hacer visiones globales de todo. Era muy inteligente para su edad y él estaba muy orgulloso.

—¡No te preocupes! Venderé todo y no volveré, a no ser que sea de viaje contigo. Pero será tu tío Jason el que esta vez se encargue de todo —anunció con tranquilidad.

El corazón de María se paró en seco y toda su dicha se desvaneció de repente.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo va a hacerlo tío Jason desde aquí? —preguntó con miedo, ya que sabía que eso era imposible, pero aferrándose a esa

posibilidad.

—¿Desde aquí? —Gabriel rio abiertamente—. ¡Si hubiera posibilidad de hacerlo desde aquí lo haría yo mismo!, ¿no crees, cielo? —Y entonces continuó, advirtiendo la tristeza de su hija—. ¡Tu tío Jason viajará por mí y así podré pasar más tiempo contigo! ¿No es eso lo que quieres? —preguntó con precaución.

María se encontraba entre la espada y la pared. No quería bajo ningún concepto que su padre se fuese. Pero saber que su tío se alejaría la llenó de repente de una profunda desdicha que no podía controlar.

—¡Claro, papá! —pudo decir al fin—. ¡Pero es que tampoco quiero que se vaya tío Jason! —dijo con tristeza—. ¿Hará un viaje tan largo como los tuyos o será más corto?

Gabriel se relajó al oír aquello. Empezaba a pensar que la niña quería más a su hermano que a él mismo, aunque podía resultar normal, ya que pasaba más tiempo con Jason. Pero al reafirmarse en el amor de María, lo único en lo que podía pensar era que Jason tenía razón y que tenía que pasar más tiempo con su hija. Cada vez le gustaba más la idea de su hermano.

—Siento decir que será más largo todavía. Tienes que entender que tu tío es muy joven y necesita tiempo, pensar y, ¿quién sabe?, quizás sentar la cabeza —comentó como al descuido, sonriendo.

María no supo cómo no se desmayó. Las rodillas se le doblaron, sintió un vacío horrible en el estómago y el campo de visión se le cerró como una nube negra. Consiguió aferrarse a la silla donde su padre estaba sentado, y este la sentó sobre sus rodillas creyendo que la niña, satisfecha con su explicación, buscaba algo de mimo.

Para María ya era bastante malo que el hombre con el que había pasado seis años de su vida, y al que adoraba hasta la locura, se marchase de su lado durante un tiempo, pero que le dijeran que iba a ausentarse mucho la dejó anonadada. ¿Y por qué aquel *sentar la cabeza* había determinado que se mareara? María era un mar de confusión y justo en ese mismo instante entró su tío en el salón con una amplia sonrisa en aquellos bellos labios.

—¡Qué imagen tan tierna! —dijo con regocijo al ver a padre e hija abrazados en aquella silla—. Oye, preciosa, ¿conoces ya las buenas nuevas?

María no pudo soportar el nudo que tenía en la garganta y se bajó de encima de su padre, mientras las lágrimas ya descendían por sus mejillas como un torrente.

—¿Cuáles? ¿Que mi padre se queda... o que tú te vas? —dijo ya sin poder reprimirse y echando a correr hacia la puerta por donde desapareció, dejando boquiabiertos a los dos hermanos.

—¿Qué?! —preguntó desconcertado Jason, mientras veía desaparecer a María por el vano de la puerta.

—¡Te echará mucho de menos! —anunció Gabriel con pena, a modo de explicación.

María se refugió en la protección de su cuarto para ocultar la vergüenza de la escena que acababa de montar. Entró como un remolino y se metió en la cama, como si tapándose pudiera olvidar lo que acababa de suceder. No podía entender cómo había reaccionado así. No se había sentido nunca tan mal cuando su padre se había ido. María prefería pensar que era porque con su tío había pasado más tiempo que con su padre. Sentía que iba a enfermar realmente. ¿Cómo le podía pasar eso? Desde luego, no era comparable a como cuando dejó a su madre en España, pero sentía una desdicha profunda que no la dejaba respirar con tranquilidad. Nunca pensó que se pudiera querer tanto a alguien como para echarlo de menos de esa manera. Y eso que ni siquiera se había ido todavía.

María se sentía de lo más desconcertada cuando unos golpes en su puerta interrumpieron el curso de sus pensamientos. Le entró un pánico instantáneo porque sabía que o su padre o su tío vendrían para preguntar por su reacción. Avergonzada y sin saber cómo iba a explicarse, hizo pasar al que esperaba fuese su padre y no el hombre que ocupaba en esos instantes todo el centro de su universo.

No tuvo suerte. Era su tío el que dejó aparecer aquel bello rostro por el vano de la puerta, preguntando si podía entrar. María accedió, asomando levemente la cabeza por encima del cobertor y pensando que esta era la situación más bochornosa por la que había pasado en toda su vida. Ni siquiera sabía cómo mirar a su tío. Prefirió bajar la mirada y dejar que fuese él el que iniciara la conversación.

—Queríamos saber si ya te encontrabas mejor —preguntó con voz dulce una vez que se sentó a los pies de su cama.

—¿Y mi padre? ¿Por qué no ha subido si quiere saberlo? —preguntó intentando desviar la conversación.

—Bueno... precisamente porque siempre soy yo el que habla contigo y, ahora mismo, después de tu reacción, tu padre se siente un poco inseguro y ha pensado que preferirías hablar conmigo —comentó con un tono algo irónico.

¡Lo que le faltaba! Su padre pensaba que al que quería como a un padre era a su tío y no a él. Encima sentimiento de culpabilidad. Y nada más lejos de su mente en ese momento que querer hablar con su tío en vez de con su padre. Lo cual significaba que al menos Gabriel no sospechaba nada raro de aquella reacción. Quizás su tío tampoco. Quizás solo ella pensaba que aquella reacción escapaba a toda lógica. De todas formas, ni ella misma era capaz de comprenderse... Pero una vocecita interior le decía que aquello estaba mal. Por eso sentía vergüenza. No podía albergar aquellos sentimientos tan profundos por su tío. Pero ¿qué tipo de emociones eran aquellas, en las que no se atrevía ni a pensar? Y lo más importante, ¿quién lo sabía aparte de sí misma? Nadie más que ella. Y no sabía qué era con exactitud lo que ocurría. Así pues, con renovado alivio, pudo por fin levantar la cara y mirar a su tío.

—¿Es porque creéis que te quiero más a ti como padre que a Gabriel? —preguntó directamente María.

Jason quedó sorprendido por la sinceridad de la chiquilla y por un momento no supo qué responder, pues ni por un segundo él quería pensar que así fuese. Nada más lejos de su pensamiento el que aquella muchacha le quisiese como a un padre. Sabía que su hermano así lo creía, pero le daba pánico que ella se lo cuestionase.

—¿Es así? —preguntó sintiéndose algo nervioso por no tener clara la respuesta.

—¡No! —respondió categóricamente María—. ¡Él es mi padre y le quiero como tal! Sé que he pasado más tiempo contigo que con él. Pero a ti te quiero... —Se quedó pensativa por un instante, mirando fijamente a su tío, y pudo ver en las profundidades de sus ojos azules un sentimiento parecido al miedo, cosa que la confundió aún más—. No sé, ¡de manera diferente! —dijo al fin, dejando salir el aire y, sin saber por qué había dicho aquello, mientras volvía a bajar la mirada hacia las sábanas de su cama, sintiendo otra vez vergüenza.

Jason no supo hasta después de que María hubiese acabado aquella frase que había estado conteniendo la respiración, como si estuviese a la expectativa. Pero ¿a la expectativa de qué? Definitivamente tenía que alejarse de allí.

—Solo será por un tiempo —argumentó desconcertado y sin poder mirarla a la cara—. Y así podrás disfrutar más tiempo de tu padre.

—¡Sí, pero te echaré mucho de menos! ¡Eso es todo! —señaló María, con una profunda tristeza.

Capítulo 7

La separación

«¡Pero te echaré mucho de menos!» ¿Que eso era todo? ¡Y una mierda! Tan solo llevaba una semana en alta mar y Jason ya se moría de ganas de volver y ver cómo su adorada sobrina se le echaba encima en un gran abrazo. Quería sentirla cerca, protegerla, abrazarla, olerla, oírla reír, pasar tardes enteras con ella charlando como siempre hacían o jugando al ajedrez, cabalgar por las mañanas juntos por Hyde Park... ¡Eso era todo! ¡Eso era todo! Pero ¿en qué demonios estaba pensando él cuando se ofreció para semejante idiotez? Y además... ¡odiaba viajar en barco!

—La cena está servida, lord Jason —anunció un joven grumete mientras Jason, que se encontraba en cubierta, tenía perdida la vista hacia el horizonte, hacia donde se suponía que estaba su querido Londres y su querida sobrina, al tiempo que parecía que con las manos iba a arrancar la barandilla.

—Está bien, muchacho. ¿Ha bajado ya el capitán? —dijo saliendo de sus pensamientos, pero sin apartar la mirada del atardecer.

—Sí, lord Jason. Le está esperando en su camarote.

—De acuerdo, dígame que enseguida me reuniré con él.

Aquel viaje iba a volverlo loco. Pero debía alejarse de María, porque cuanto más pensaba en ella, más se daba cuenta de la clase de sentimientos que aquella chiquilla espabilada despertaba en él, y aquello distaba mucho de ser correcto. ¡La olvidaría! ¡Con el tiempo se olvidaría de ese loco sentimiento que amenazaba con destruir su paz y su cordura! ¡Aquello no podía ser y no sería! Sin duda, aquel viaje calmaría su alma atormentada y le devolvería esa paz que había desaparecido con la llegada de María. Una paz que había perdido de buena gana, pero que le llevaría, si no podía controlar

aquel sentimiento, a la tumba.

Y así se pasó los siguientes dos años. Tratando desesperadamente de olvidarse de la joven María, pero todas las noches cuando estaba en soledad, al cerrar los ojos, aparecía la luz de la mirada de su sobrina. Como si le estuviera llamando. Como recordándole que ella le echaría de menos. Como si no pudiesen estar separados. Como una obsesión. Como si nunca se hubiese dado cuenta de la necesidad que tenía de estar con ella, hasta que se alejó... Y así continuaban los días y las noches, y parecía que aquello no iba a tener nunca un final. Despertaba cada mañana y sentía la ausencia de aquella jovencita, una ausencia tan grande y tan honda que pensaba que se le iba a desgarrar el alma, y sentía el corazón vacío y silencioso. ¿En qué momento de su vida María había pasado a ser tan sumamente importante? ¡Dios! Aquello estaba acabando con la poca paz que le quedaba. ¡Qué estúpido de su parte pensar que aquella separación iba a calmar su alma atormentada! Lo único que sentía era cómo cada día que pasaba se le acortaba un poco más la vida. Su partida no había servido para nada porque no conseguía olvidarla y no le había dado nada de la calma que él tanto ansiaba. ¡Peor!, daría lo que fuese por verla porque cuando la imaginaba su corazón temblaba.

Jason escribía con regularidad a toda la familia en general. Nunca escribió a María en particular. No quería tener el más mínimo contacto con ella. Se dijo que si estaba metido en aquel lío era precisamente para poner distancia entre ellos y eso era lo que iba a hacer. Pero no contaba con que Gabriel, en cada carta, se extendiera de una manera tan prolífica escribiendo acerca de María, de lo orgulloso que estaba de ella, de la belleza en la que se estaba convirtiendo, de lo inteligente que era, de las cosas que hacía... en fin, que al final siempre la tenía en mente.

El primer año pasó razonablemente deprisa. De día, Jason era el hombre de negocios implacable que se entregaba de lleno a la tarea que su hermano le había encomendado, y de noche se convertía en el libertino consumado que era, esperando ahogar sus penas en las muchachas que encontraba allá donde fuese.

El segundo año, cuando concluyó con los negocios de su hermano, decidió que viajaría durante un tiempo antes de volver. Pero pasó demasiado lento y la vida de libertinaje a la que se había entregado, y que durante algún tiempo

parecía haber liberado su espíritu, ya no le parecía en absoluto atractiva. Lo cierto es que se moría de ganas por volver para enfrentarse realmente al problema. Y fue esa misma tarde cuando encontró la excusa perfecta.

Hacía ya tiempo que no recibía carta de Londres, así que recogió la misiva con especial entusiasmo. Comenzó a leer devorando cada palabra y esperando de forma inconsciente el párrafo en el que Gabriel se explayaría hablando de su pequeña, que ya estaría a punto de cumplir los dieciocho. Según iba leyendo el resto de los acontecimientos de la familia, se impacientó tanto, que comenzó a pasar los párrafos sin leer hasta que llegó al apartado dedicado a María. Gabriel ya le había contado en las cartas anteriores que *la niña* era toda una belleza y que no le haría ni falta presentarla en sociedad, ya que muchos de los amigos de la familia estaban ya más que interesados en la muchacha. Jason sabía que era una manera de hablar porque ninguna joven podía ir a ninguna velada ni casarse sin ser presentada en sociedad, pero Gabriel le estaba dando a entender que María era una beldad y que, en cuanto pudiera, la casaría. Y nunca pensó que Gabriel no fuera a dejar disfrutar a María al menos una temporada para que se divirtiera, ya que era el sueño de toda jovencita para que pudiese escoger con tranquilidad. Pero todavía no había comenzado la temporada y Gabriel le dejaba entrever orgulloso que parecía que María ya se había decantado por el conde de Shelby, el hijo de lord Percival Shelby, como si le fuesen a pedir su mano y él entregarla sin más.

Jason dejó de leer en el acto. ¿El hijo de Percival? ¡Pero si era un mentecato de... cuántos... veintidós o veintitrés años! ¡Pero si era un inútil con un título! ¡Pero desde cuándo le gustaban a Gabriel los Shelby! Y lo más importante, ¿tanto había cambiado María en estos dos años que no era capaz de diferenciar un buen partido de un tonto consumado? Pero ¿qué es lo que estaba ocurriendo?, ¿se habían vuelto todos locos? Jason continuó leyendo la carta mientras su corazón se esforzaba de forma obstinada en ir a un ritmo inusualmente rápido. Gabriel le comunicaba su contento, ya que con un poco de suerte pronto se resolvería también su problema de descendencia.

Jason estrujó la carta entre sus manos y la tiró lejos de sí. Ahora, además, se proponía que María le concibiese un nieto, y ni siquiera la habían pedido en matrimonio. La idea de María en brazos de otro hombre se coló como un veneno en su mente y en ese momento dejó de respirar. Definitivamente se habían vuelto todos locos.

Gruñendo para sí mismo, alejó el torbellino de emociones que comenzaba a arraigar en su mente y se dijo que todo había terminado ya. Podía volver a su hogar. Si María se casaba, su problema estaba resuelto y no tenía por qué esconderse más, hasta de sí mismo. Aquella historia ya tenía un final y él comenzaría a vivir su vida tranquilo, como si María nunca se hubiese entrometido en ella.

Sin más dilación, engañándose a sí mismo y diciéndose que tenía que volver a toda velocidad porque ya no tenía motivos para estar lejos y no aguantaba más tiempo fuera de casa, cogió su maleta y comenzó a empacar todas sus pertenencias. Volvía a casa orgulloso de sí mismo y... tranquilo...

Capítulo 8

El diario

Cuando el tío Jason se fue, María se sumió en una tristeza desconocida para ella. No lograba comprenderlo del todo ya que hacía seis años que se había separado de su madre y, ¿qué podía haber peor que eso? ¡Pues esto era peor... bueno, era diferente, pero peor! Y le molestaba muchísimo que lo fuera, porque no entendía cómo podía tener aquel dolor tan grande y tan hondo cuando no recordaba así la separación de su madre. Ana fue vital para aquellos primeros días en la soledad y tristeza de María.

Una tarde apareció con un cuaderno entre las manos, mientras María estaba acurrucada encima de su cama sumida en sus pensamientos. Ana se encaminó hacia la cama y se sentó con mirada compasiva a sus pies, mientras exhalaba un profundo suspiro.

—María, mi niña, tienes que levantarte y salir de tu cuarto. Tu padre está preocupado y creo que más de uno puede llegar a sospechar algo que no tiene por qué ser.

María se alarmó al escuchar las palabras de su nana.

—¿Sospechar? —preguntó asustada—. ¿Sospechar de qué?

Ana se limitó a mirar el viejo cuaderno que llevaba entre sus manos con la mirada perdida.

—Hija, yo nunca te juzgaré por tus sentimientos, son tuyos y, por desgracia, no podemos cambiar nuestros propios sentimientos a nuestro antojo.

—No sé a qué te refieres —comentó María como al descuido con voz temblorosa, mientras se incorporaba en la cama evitando mirar a Ana a los ojos.

Ana decidió evitar seguir con aquella conversación. Tenía la suficiente vida

como para darse cuenta de cosas que, estaba segura, María ni llegaba a entender. Pero ella ya había dejado sus palabras y su comprensión a María para que supiese que podía confiar en ella, siempre que quisiese. Pero no iba a obligar a una niña a que le contase algo que ni ella misma todavía vislumbraba.

—Te he traído algo...

María estaba desconcertada, pero agradeció el cambio de conversación de Ana y se centró en el extraño manuscrito que su nana llevaba entre las manos.

—Es de tu madre...

María se envaró en la cama observando desconcertada lo que Ana sujetaba con tanto celo.

—¿De mi madre?, ¿es un paquete? —preguntó sorprendida por el tamaño.

—No... Verás, cuando nos fuimos de España, tu madre me dio esto para que algún día te lo diera y pudieses entenderla.

—¿Entenderla?, ¿a qué te refieres?

—Bueno, hija, tu madre siempre ha sido una buena cristiana y cuando tuvo que mandarte aquí tan aprisa... sintió cierta vergüenza al confesarte que tú eras fruto de una relación que se produjo fuera del matrimonio, y cuando estaba prometida a otro hombre...

María estaba tan sorprendida que no era capaz de decir nada. Lo cierto es que nunca se había planteado el por qué ni el cómo de lo que había ocurrido entre ella y su padre. Gabriel ya le había explicado que se habían enamorado durante una travesía, en plena guerra y en bandos contrarios, y que a su madre la habían llevado y casado a la fuerza porque estaba prometida a otro hombre.

—Tu madre escribía siempre un diario cuando era joven y esta parte la conservó para aferrarse más a sus recuerdos...

—¿Qué? ¿Es eso el diario de mamá? ¿Por qué no me lo habías dado antes? —demandó ofendida.

—Verás, hija... en él se relatan ciertas cosas que... en fin, cosas que hasta ahora puede que no pudieses leer... De hecho, no sé si estas preparada para comprenderlo todo, pero al verte estos días... yo... bueno, hija, yo te lo entrego como tu madre me pidió y, si necesitas algún tipo de explicación... pues espero poder ayudarte.

Ana le entregó el cuaderno a María como si de un objeto de mucho valor se tratara.

—Con esto comprenderás muchas cosas de ella... y de ti misma.

Y Ana se levantó con parsimonia, como indecisa por acabar de entregarle aquel escrito y no estuviese segura de si había hecho algo bien o mal.

María tenía la boca abierta y no fue capaz de decir nada más. Solo cuando Ana cerró la puerta de su cuarto, se atrevió a abrir el preciado presente y comenzó a devorarlo como si en ello le fuese la vida.

Océano Atlántico, verano de 1798

Aquella mañana me desperté asustada. No sabía qué había sucedido, pero algo me había sobresaltado. Mi corazón latía violentamente. De repente, un estruendo cruzó el húmedo y cálido aire del camarote del barco en el que me hallaba. No sabía qué estaba ocurriendo, pero otro estruendo hizo mover el suelo bajo mi cama. Arriba se oía el ajetreo alocado de quienes se preparaban para la batalla.

Otro ruido intenso retumbó hasta dentro de mi cuerpo. Rápidamente me vestí con lo primero decente que encontré y abrí la puerta para correr escaleras arriba con el corazón desbocado.

En el preciso instante en que llegaba a cubierta oí a mi padre rugir desesperado:

—¡Isabel! ¡Quédate abajo y enciértrate! ¡Esos cerdos ingleses nos van a abordar!

Sentí que se me salía el corazón del pecho, mientras observaba aterrada la desgarradora imagen del buque en el que viajaba rumbo a España. Todo tipo de metralla había perforado la cubierta y había fuego por todas partes. Pero mi temor se acrecentó al oír los terribles aullidos de dolor de la tripulación herida y al ver la sangre y los muertos esparcidos por entre los restos del Nuestra Señora del Carmen.

—¡Isabel! —bramó mi padre—. ¡Obedece!

Estaba paralizada por el miedo, pero hice acopio de fuerzas y bajé las escaleras a la carrera. Mientras, comenzaba a oír los gritos de guerra y el choque del acero de las espadas, que daban inicio al abordaje. Me encerré en mi camarote temblando y pensando que ese sería mi final.

Allí abajo, oyendo la batalla que se desarrollaba en la cubierta e incapaz de moverme, el tiempo se me hizo eterno. De repente, cuando parecía que todo había finalizado, la puerta del camarote se abrió violentamente. Un hombre corpulento que no conocía y que portaba una espada ensangrentada en la mano, se me quedó mirando desde el umbral. Con la respiración

fatigada por la batalla, me preguntó en inglés:

—¿Comprende lo que le digo, señorita?

Solo atiné a asentir con la cabeza en gesto afirmativo, mientras cada fibra de mi ser temblaba de miedo.

—Bien. Sígame. ¡Es usted nuestra prisionera! —anunció en tono solemne.

Me cubrí con un abrigo y fui hacia la puerta con paso tembloroso.

¡Los ingleses nos habían capturado!

Me encerraron en un camarote del bergantín inglés Vengeance. Sola y sin saber si mi padre aún vivía, pensé que todo eso debía de ser una pesadilla. Me acurrugué en una esquina abrazándome las piernas y enterrando la cabeza en ellas.

Una semana más y habríamos llegado a Cádiz para poner rumbo a mi hogar sin contratiempos. Volvíamos desde La Florida para que yo contrajera matrimonio con don Felipe de Uriarte, a quien yo odiaba. Era un tirano conocido en toda España por su perversidad. Le había suplicado a mi padre que detuviese aquella unión, pero él, don Clemente San Llorente, grande de España, solo pensaba en los beneficios que aquel matrimonio le reportaría.

Entonces me pareció graciosa esa situación. Había rogado a Dios que algo sucediese para impedir aquel matrimonio que convertiría mi vida en un infierno y había sucedido... Y lo cierto es que prefería morir antes que unirme a don Felipe. ¡Por Dios! ¡Si tan solo tenía quince primaveras! ¡Y don Felipe era algo mayor que mi propio padre! Pero ¿qué es lo que me deparaba aquella nueva situación? ¿Violación? ¿Degradación? ¿Muerte? España estaba en guerra con Inglaterra al ser aliada de Francia en la guerra de Napoleón. Y ahora yo, Isabel de San Llorente, era prisionera de los británicos. Pues bien, si ese era mi destino... lo prefería al casamiento.

Unos golpes en la puerta interrumpieron mis pensamientos y mi corazón comenzó a latir violentamente. La puerta se abrió y apareció la figura de un joven enorme de pelo negro. Al observarlo detenidamente, sentí que se me paraba el corazón; aunque no de miedo precisamente. Sin duda era el joven más apuesto que había visto en mi vida. Era alto y musculoso, y su apostura denotaba un gran poder pese a lo joven que parecía. Pero cuando lo miré a la cara se me secó la garganta en el acto y quedé atrapada en aquellos ojos verdes.

María dejó de respirar y levantó la vista del cuadernillo al reconocer esa misma sensación cuando miraba a su tío. ¿Sospecharía Ana que ella sentía algo parecido por él? ¿Por eso le daba ahora aquel diario? ¡Daba igual! Quería seguir leyendo para saber si lo que ella sentía era lo mismo que su madre había sentido alguna vez por su padre. Aunque de ser así... Con una intensa bocanada de aire volvió a bajar la vista hacia aquel diario que su madre le había legado con tanto cariño.

Aquel muchacho me observaba con la misma intensidad que yo. Más tarde me confesaría que no había podido dejar de mirar mis labios... todavía ahora me estremezco con aquella revelación.

María dejó escapar un suspiro de pura satisfacción y un cosquilleo le recorrió el estómago.

Pero, aun así, comenzó a hablarme bruscamente:

—¡Bien! —dijo casi gruñendo—. Me han dicho que entiende perfectamente mi idioma. Durante el resto de la travesía me ocuparé de traerle comida dos veces al día y le proporcionaré todo lo que necesite para que su viaje sea lo más cómodo posible, dadas las circunstancias.

Aquel joven dejó el plato en el suelo al lado del catre. También me dejó un orinal y se giró para irse cuando, con voz temblorosa, lo detuve.

—¡Por favor! ¿Qué me va a suceder? ¿Qué... qué está ocurriendo?

El muchacho se giró y pudo ver el miedo reflejado en mis ojos. También me diría más tarde que en aquel momento había sentido una necesidad casi ridícula de abrazarme porque él, aunque solo tenía diecisiete años, ya era lo suficientemente experto en mujeres como para dejarse embelesar por un par de ojos bonitos.

María soltó una risita nerviosa en la soledad de su cuarto. Nerviosa por lo emocionante de saber que ese par de tontos eran sus padres y que fue ahí donde se enamoraron. Risa franca porque su padre, tan apuesto como era, ya le había comentado más de una vez, hinchándose como un pavo, que las mujeres lo perseguían por doquier y él nunca había rechazado, de joven, los favores que tan prestamente le dispensaban, y que su vida era fácil, quizá demasiado, al ser el heredero de un rico lord inglés, con tal número de títulos que solo de

pensar en ellos se cansaba. Por eso había embarcado a escondidas en el *Vengeance*. Para escapar del aburrimiento y poder hacerse un hombre hecho y derecho, lejos de la vida fácil de Londres. Pero cuando el capitán lo descubrió, a este le había entrado pánico solo de imaginar lo que le haría el padre del muchacho si no lo devolvía sano y salvo. Por eso, a Gabriel lo habían relegado a ocuparse de las tareas de un triste grumete, o peor, «cuidar de la dama» hasta que pudiesen regresar a Londres. Su padre le había comentado más de una vez lo frustrado que se había sentido, aunque gracias a aquello había conocido al amor de su vida.

—*¡Señorita! ¡Es nuestra prisionera hasta que hagamos un intercambio en España! ¡Ustedes por nuestros capitanes capturados!*

—*¿Un intercambio? —pregunté sorprendida—. ¿De eso se trata? ¿Nos dejarán libres?*

El joven me miró divertido y se puso en cuclillas para poder observarme mejor.

—*Sí, de eso se trata —dijo repentinamente más tranquilo—. Estamos en guerra y ustedes tienen capitanes británicos retenidos en España. Nos dan a nuestros capitanes y nosotros les dejamos libres.*

—*¡Vaya! —suspiré tan sorprendida, con tanto alivio y una expresión de incredulidad, que el muchacho no pudo evitar sonreír.*

—*¿Y mi padre? ¿Está vivo? —pregunté atropelladamente.*

—*Sí. Y casi toda la tripulación —dijo ya completamente relajado y deleitándose con mi charla.*

—*¿Y mi padre sabe que estoy viva? —Yo hablaba a toda velocidad y me di cuenta de que había perdido todo el miedo a la situación.*

—*¿Sabe usted que pregunta demasiado para ser aquí la prisionera? —preguntó divertido.*

Me ruboricé intensamente ante el comentario y bajé los ojos hacia el suelo, incómoda con la situación. Aquel muchacho me turbaba... y mucho. Pero había hecho que me sintiera cómoda con él. Cuando se había agachado a mi lado, mi corazón había comenzado a latir desbocado y había visto en aquellos estanques verdes que él no me lastimaría. Estaba segura de ello. Y ahora mi mente trabajaba atropelladamente para salir de aquella nueva situación.

—*Lo siento —dije contrita y sin mirarle—. Estoy demasiado*

desconcertada.

—Le diré a su padre que se encuentra usted bien —dijo amable.

—¡No! —grité, a la vez que levantaba mis ojos para encontrarme con la sorprendida mirada de aquel joven—. ¡Por favor! ¡No le diga nada! ¡No le diga que estoy viva! —balbuceé, bajando el tono de voz hasta que este se redujo a una implorante súplica.

Aquel inglés subió lentamente su mano y acarició mi mejilla como si así pudiese aclarar mi confusión, pero cuando nuestras miradas se encontraron, supe que estaba perdida, que nada me importaba salvo estar en aquel preciso instante y en aquel preciso lugar. Estaba profundamente perdida en sus ojos y en el torbellino de emociones que por primera vez en mi vida experimentaba... Y me besó...

María apretó los papeles contra el pecho suspirando de auténtica felicidad. El corazón le palpitaba fuerte y deprisa, tenía el estómago revuelto y estaba al borde de las lágrimas. ¡Cuánta dicha había sentido su madre! Y qué romántico había sido todo. ¿Le podría suceder a ella algo semejante en la vida? Aunque... esas sensaciones ella ya las conocía...

... y entonces se separó de ella y se levantó con cara de confusión... y se marchó sin decir una palabra y con gesto de furia en la cara.

Volvió a sonreír. Su padre también le había contado aquello, cómo se había sentido atraído por su prisionera y cómo consideraba que con aquello había traicionado a la corona británica...

Conseguí salir de mi estupor con el golpe que él dio en la puerta al salir. No entendía qué había ocurrido, pero me sentía en el cielo y... feliz. Cuando al fin recuperé el dominio de mi cuerpo y de mi mente tras aquel beso, el primero de mi vida, comencé a pensar frenéticamente. Sí, le rogaría a aquel muchacho que me dejara libre y le dijese a mi padre que había muerto. Una vez en tierra buscaría trabajo donde hiciese falta y comenzaría una nueva vida... libre. Aquel chico me ayudaría. Estaba segura. Lo había visto en sus ojos.

El inglés no volvió hasta bien entrada la noche y cuando entró su expresión era una máscara impenetrable.

—Aquí está tu cena —me dijo bruscamente.

Cuando se giraba para irse, le detuve casi gritando:

—¡Espera! ¡Por favor, no te vayas! —supliqué...

Nunca supe cómo ocurrió, pero acabamos sentados en el catre, uno al lado del otro como si fuésemos amigos de toda la vida, mientras le suplicaba por la ayuda necesaria para realizar mi descabellado plan.

Gabriel... se llamaba Gabriel... Y una vez más... Gabriel se marchó sin mirar atrás y sin decir una sola palabra, dejándome en la más completa incertidumbre.

Durante los dos días siguientes Gabriel acudía a mi camarote para traer la comida. Se quedaba a hablar conmigo, pero no mencionaba nada de aquel loco plan y comencé a derrumbarme poco a poco, ya que tampoco me atrevía a preguntarle. El tercer día, cuando ya pensaba que todo estaba perdido, Gabriel me miró a los ojos y dijo casi tímidamente:

—¡Puedo llevarte a Inglaterra! Es decir... si tú quieres. Allí podría ayudarte a encontrar trabajo y comenzar tu nueva vida.

En mi vida se me habían abierto tanto los ojos. No me lo podía creer. ¡Me iba a ayudar! ¡Iba a ser libre y no tendría que casarme con don Felipe! ¡Y me iba con... él! De repente, y sin saber muy bien lo que hacía, me abalancé sobre él y le abracé fuertemente mientras se lo agradecía con toda mi alma.

Su padre le había contado que fue en ese momento cuando lo comprendió. Quería estar con su madre. María conocía la historia porque Gabriel se la había contado. Le había dicho que sabía que nadie en el barco le contradiría. Pero lo que nunca le había contado su padre era la versión romántica y apasionada que su madre había reflejado en aquellos viejos papeles. La versión que la estaba haciendo vibrar de emoción y alegría.

Y entonces, sin más, comenzó a besarme hasta que nuestros cuerpos se fundieron en uno solo. Sabía que nunca en mi vida experimentaría nada igual a aquello y me dejé llevar por la emoción, la alegría y la felicidad de estar con aquel inglés que en tan solo tres días se había convertido en el hombre más importante de mi vida.

Sí. Me hice mujer con Gabriel y durante la semana siguiente fui la muchacha más feliz de la tierra. Él pasaba las noches conmigo y poco a poco comenzamos a hablar del futuro... juntos. Pero el destino nos tenía

preparada una sorpresa.

La madrugada antes del intercambio quiso la suerte que los españoles presos en el Nuestra Señora del Carmen lograsen escapar. Se hicieron con el barco y llegaron al Vengeance, donde estaban los oficiales y yo misma retenidos. Cuando los ingleses quisieron darse cuenta se desató una lucha terrible en la cubierta, pero los ingleses estaban desprevenidos.

Y entonces... me atraparon.

—¡Isabel! —gritó Gabriel con todas sus fuerzas.

Cuando encontré la mirada de Gabriel su desesperación fue total. Me habían encontrado y ahora no solo iba a perder mi preciada libertad, sino también al amor de mi vida.

Gabriel vio cómo las lágrimas cubrían mi rostro lleno de dolor y, aunque hizo acopio de valor para llegar hasta mí... no lo consiguió.

Y los ingleses ordenaron la retirada, mientras algunos lo arrastraban y él seguía luchando por llegar hasta mí.

María no quería seguir leyendo, sabía que ahora llegaba lo malo de la historia.

La sonora bofetada se oyó en el silencio de la espaciosa habitación e hizo que mi cara girase violentamente, a la vez que las lágrimas acudían nuevamente a mi rostro.

—¡Perra! —escupió mi padre con una furia cegadora en la cara—. ¿Cómo has podido? ¡Pero no estropearás mis planes! No dirás nada y te casarás con don Felipe como estaba planeado.

Abrí desmesuradamente los ojos cubiertos de lágrimas. Mi padre no podía hacerme aquello. En cuanto don Felipe se enterara de que no era pura, me mataría.

—Pero, padre... —le imploré.

—¡Silencio! ¡Harás lo que se te ordena! —bramó mi padre.

Y bajé la mirada. Ya nada podía hacer sino enfrentarme a mi destino...

María lloró en silencio por su madre. Isabel siempre la había protegido de su marido y sabía que estaba resignada a esa vida que le había tocado vivir y que, gracias a Dios, estaba bien dentro de lo que cabía. Pero... ¡cuánto sufrimiento! Sabía que su madre la había librado de una vida de penurias

como la suya y le estaba muy agradecida. No quería desaprovechar esa oportunidad que el destino le había brindado, pero... y si su madre la viese ahora... enamorada de su propio tío... y Ana... Ana lo sabía... ¡Era vergonzoso! Pero no la juzgaba... o eso había creído entender. ¡Cuánto iba a echar de menos a su tío! Esperaba que volviese pronto para poder definir todos esos sentimientos que albergaba en su interior y a los que no sabía cómo dar salida.

Capítulo 9

María

María estaba sentada en la silla del tocador en su cuarto. Aunque se estaba mirando en el espejo, no se veía. Solo pensaba y pensaba. Pensaba, como siempre, en su tío Jason. Ya hacía dos años que se había marchado y nunca le había enviado ni una sola carta, ni una que fuera solo para ella... No lo entendía. Siempre habían estado tan unidos... Pero había desaparecido y se había alejado de su vida como si ella fuese la mismísima peste.

Al principio le echó mucho de menos y luego, poco a poco, con el tiempo y al ver la indiferencia de su tío hacia ella, fue aprendiendo a enmascarar aquel sentimiento de dolor que había nacido en su interior y que sabía que jamás desaparecería. María no era tonta y tampoco solía engañarse a sí misma. En el transcurso de esos dos años había llegado a darse cuenta de que siempre, desde el mismo día en el que su tío Jason le había dicho aquel «preciosa», había estado enamorada de él. Puede que al principio hubiese sido de una manera platónica, pero ahora estaba convencida de que lo amaba por encima de todas las cosas y todas las personas a las que había conocido en toda su vida. ¡Dios! ¡Lo quería tanto...! Y lo peor era que jamás se lo podría decir. Sabía de sobra que aquello no podía tener un buen final. Ni siquiera un final.

Para empezar, estaba hablando de su tío carnal, lo cual lo convertía, ya de entrada, en algo imposible y pecaminoso. Ella era católica y la Santa Inquisición la quemaría viva por aquel amor. Y él era anglicano y su Iglesia Anglicana jamás permitiría un matrimonio así. Pero es que también estaba el hecho de que su tío parecía no querer saber nada de ella desde que se marchó. Ella, en su inocencia e ignorancia, había planeado una historia de amor platónica en la que ellos siempre estarían juntos, aunque no como el resto del

mundo, casados y con hijos. Pero juntos, ¿por qué no?, aunque algo había cambiado. Había pasado de ser el centro de la vida de su tío Jason, compartiendo interminables horas de risas y felicidad a su lado, a no ser absolutamente nadie. Lo había pasado muy mal con su indiferencia. Algo tenía que haber sucedido. Pero a ella ya no le alcanzaba el entendimiento para comprender aquella extraña conducta de su tío. Hasta la familia se había sorprendido con el raro comportamiento de Jason hacia María. Todos esperaban que ellos siguieran igual de unidos en la distancia y también ellos se preguntaban qué era lo que había ocurrido entre tío y sobrina para este repentino distanciamiento. Demasiados impedimentos... para lo que había planeado, pensó María.

Por otro lado, parecía que su padre no cejaba en el empeño de que, en cuanto presentara a su hija en sociedad y comenzara la temporada, ella se casaría y así podría darle un nieto enseguida. Y aunque no se lo mencionaba directamente, y le hablaba de lo que iba a disfrutar en su primera temporada, su padre ya tenía en mente al *afortunado*. Al principio, María le había dejado bien claro a su padre que no quería comprometerse durante su primera temporada, que ya tendría tiempo, tiempo que ella necesitaba para que su tío Jason regresara y así poder cumplir con él su sueño de amor platónico. Pero su entusiasmo se fue desvaneciendo con el paso de los meses al ir viendo que su tío parecía que jamás regresaría. ¿Por qué no volvía? Poco a poco, con el paso del tiempo, a lo largo de esos dos eternos años, se fue dejando llevar por la tristeza y la melancolía hasta que llegó a la fatídica conclusión de que su sueño jamás se cumpliría. ¡Ya no le importaba nada más! Y entonces todos aquellos esfuerzos para que su padre no se apresurara en casarla cesaron. Su pena era inmensa y en medio de aquel delirio se dijo que por qué no iba a disfrutar de una familia e hijos con un buen hombre. Si no, se condenaría a la soltería y a la franca decepción de su padre, que la veía como la tabla de salvación para la herencia de sus títulos y tierras. Pero ¿cómo iba ella a olvidar a su tío Jason si, para empezar, no quería?, ¿cómo olvidarlo, si el solo pensamiento le hacía creer que si lo olvidaba iba a morir?

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos. Centró la vista en el espejo y, por unos breves instantes, observó el bello reflejo que este le devolvía. María se había convertido en una verdadera belleza exótica para toda la alta sociedad inglesa; aquel cabello negro azabache abundante y ondulado, la tez morena y unos ojos almendrados extraordinariamente grandes

y negros enmarcados por unas larguísimas pestañas que le conferían una mirada muy sensual, aunque ni siquiera se lo propusiese. Pero lo mejor eran aquellos labios llenos que parecían tener forma de corazón.

—¡María!, ¿estás ahí? —dijo la voz de su prima desde el otro lado de la puerta.

—¡Pasa, Mary Anne! —dijo al fin María, saliendo de su ensimismamiento, mientras Mary Anne pasaba—. Me estaba peinando.

—¡Pues ni siquiera has empezado! —dijo, mirando la larga melena de su prima sin recoger, mientras entraba en el cuarto—. Pero supongo que para ti está perfecto.

Mary Anne y Christine eran sus dos primas gemelas. Las quería muchísimo y se llevaban como si fuesen hermanas en vez de primas. Se lo contaban todo entre ellas, aunque María nunca les había confesado su amor por su tío. Le daba demasiada vergüenza, y no quería que se escandalizaran por aquellos pensamientos y que la pudiesen condenar por aquel pecado. Y es que sus primas eran bastante diferentes a María. Ellas eran unas auténticas damas de la alta sociedad inglesa pese a su corta edad. Eran muy refinadas y morales, y con unos modales impecables. En cambio, María, aunque había recibido la mejor de las educaciones, era una joven rebelde que no quería seguir los dictados de aquella sociedad que, para empezar, no era la suya de nacimiento y que tampoco contaba con su religión. Y había descubierto que disfrutaba mucho siendo María, la escandalosa, la bastarda de St. James. Y lo cierto es que a su padre también le encantaba. No es que le gustase que criticasen a su pequeña y que siempre estuviera en boca de todos, pero Gabriel se lo pasaba en grande con los rumores sobre su hija bastarda y su segura soltería, para más tarde ver cómo todo Londres pretendía a su niña. Ambos disfrutaban de lo lindo viendo sufrir a muchas viejas chismosas que habían intentado herir con comentarios maliciosos a María, y cómo luego sus comentarios caían en saco roto.

—¡Sí, es cierto! —dijo María sonriendo con un deje de malicia en los ojos—. ¡He terminado!

María era diferente en todo. Le encantaba llevar el pelo suelto y su vestimenta no era, para nada, la convencional. Le gustaba ir en contra de todas las normas y sus primas siempre se lo señalaban. Pero ellas, al igual que toda la familia, la idolatraban y perdonaban esas faltas porque eran conscientes de que hiciese lo que hiciese María, siempre iba a estar en boca de todos. Quizás

María actuaba de esa manera para defenderse del resto del mundo, porque desde pequeña siempre había sido el objeto de las críticas y comentarios de esa sociedad en la que vivía, por el hecho de haber nacido fuera del matrimonio aunque su padre la hubiese reconocido como legítima desde el primer momento.

—¿También vas a bajar en bata, o piensas ponerte algo más? —dijo su prima, divertida.

—¡Creo que hoy, y por ser tú quien viene a buscarme, me pondré algo encima! —dijo continuando con la broma.

—¡Pues ponte algo para salir y rápido, que llegamos tarde! —anunció con un halo de misterio y satisfacción.

—¿Tarde? ¿A dónde? —preguntó María intentando recordar si habían quedado para algún evento en concreto, y viendo cómo su prima iba de lo más arreglada.

En realidad, sus primas siempre iban así dada la alta alcurnia de la familia de la que procedían. Y aunque las dos eran muy bellas, Mary Anne tenía algo especial al sonreír y que la hacía más atractiva frente a la seriedad de Christine. Aunque su belleza no se podía comparar con la de María porque eran completamente diferentes. Ellas sí eran la encarnación de la perfección inglesa. Rubias, no excesivamente altas, con unos preciosos ojos azules, un cuerpo bonito, pero no muy curvilíneo, y toda aquella puesta en escena... Sí, cuando iban juntas, y siempre lo hacían, eran como el día y la noche. Ellas, con peinados inimaginables y complicados y María, con su larga melena suelta ondulada al viento. Ellas, encorsetadas y enfundadas en los trajes más elegantes y a la última moda y María, sencilla y sin corsés que le impidieran respirar y disfrutar del viento frío de la calle que la hacía sentirse tan viva. Vestía tan solo sus camisas, con encajes delicados, eso sí, y con amplios escotes para destacar las curvas de su más que generoso pecho, y sus faldas a veces sin más que una enagua. Luego lo adornaba todo con alguna cinta o collar y, casi de manera habitual, llevaba en el pelo sus peinetas de carey. Lo completaba con una esclavina para resguardarse del frío. Por supuesto, ella también estaba bien provista de un amplio guardarropa con vestidos a la última moda inglesa para las fiestas, pero se negaba a ponerse el corsé y de forma invariable llevaba algún detalle español. Se decía a sí misma que ella era española y estaba orgullosa de las curvas de su cuerpo y de vestirse como en España.

—¡Pues al puerto, a dónde va a ser! No me puedo creer que no te hayas enterado. Aunque el tío me dijo que no te lo había dicho porque quería que fuese una sorpresa —espetó con cara de franco asombro, mientras María se vestía con una blusa de seda blanca con encajes y una falda verde.

—¿Enterarme de qué? —dijo al tiempo que se agachaba para completar el conjunto con unos finos zapatos de tela con encaje, mientras el pelo le cubría la cara.

—¡Pues de qué va a ser! ¡Ha llegado el tío Jason! ¡Ya debe de estar desembarcando y nosotras todavía aquí! —exclamó con efusividad.

María agradeció llevar el pelo suelto y que su prima no pudiera ver cómo el color escapaba sin piedad de su rostro. Su corazón le golpeó el pecho con tanta fuerza que creyó que se caería al suelo. Su mente no dejaba de funcionar a una velocidad increíble mientras trataba de recuperarse, al tiempo que una sensación de alegría irracional llenaba cada poro de su cuerpo.

¡Jason había vuelto!

Capítulo 10

El reencuentro

Jason consiguió bajar del barco después de muchas horas de espera, debido al enorme tráfico marítimo que había en el Támesis. No sabía si su nota de llegada habría llegado a tiempo a su casa debido a la rapidez con la que había decidido regresar. Pero le gustaría verlos a todos allí. Lo cierto es que tenía unas ganas locas de reencontrarse con toda la familia. Y, aunque quisiera negarlo, había algo más. Un claro cosquilleo en el estómago que le indicaba que estaba nervioso y no quería, ni por tan solo un instante, plantearse quién era el origen de aquellos nervios.

Mirando hacia adelante, entre la espesura de cuerpos humanos que llenaban los muelles del puerto, pudo distinguir la figura enorme de su hermano que le hacía movimientos con los brazos para acaparar su atención. Al verlo, le invadió una enorme alegría y apresuró el paso hacia él. Fijándose algo más, pudo comenzar a distinguir al resto de la familia que se había congregado, allí mismo, para darle la bienvenida. Su cara se iluminó con una enorme sonrisa y se sintió más que feliz. ¡Estaba en casa!, y con la gente que le quería y a la que él quería. Ahora se daba cuenta de que los había echado muchísimo de menos.

Comenzó a abrirse paso de manera atropellada entre la gente para conseguir llegar hasta su hermano, mientras identificaba con la mirada a los miembros de su familia. Sin darse cuenta estaba conteniendo la respiración y, de pronto, se encontró a sí mismo buscando a María con una ansiedad creciente.

Los gritos y las risas de un grupo de jovencitas que se dirigían hacia él en una alocada carrera, sorteando el tráfico de personas que se acumulaba en el muelle, acapararon por un momento su atención. Al principio no las distinguió y no creyó que aquellas muchachas fueran hacia él. Pero al ver que se le

echaban encima, las miró mejor y se dio cuenta de que las que iban en cabeza eran sus dos sobrinas gemelas. Pero ¿de veras eran aquellas sus sobrinas? ¡Por Dios, cuánto habían crecido y qué bonitas estaban! Eso le hizo fijarse más en todas ellas y darse cuenta de que detrás venía otra muchacha corriendo y riendo. Jason sintió que el corazón se le paraba y la garganta se le secó en el acto. La veía y no podía creérselo. La sonrisa se le borró de la cara y fue sustituida por unos ojos como platos y una gran boca abierta. Aquella otra jovencita que se dirigía hacia él tenía que ser María. ¡Sí! ¡Era ella! Era su niña hecha mujer y él no podía dejar de devorarla con los ojos. Era una diosa de la belleza bajada de las mismísimas alturas que venía corriendo hacia él. De repente, pareció como si todo transcurriera a cámara lenta y como si todo el mundo que estaba entorpeciendo su reencuentro se dispersara hacia los lados, dejando que tío y sobrina pudiesen llegar con facilidad el uno al otro. Su pelo glorioso ondeando como una bandera al viento, aquella cara de belleza extraordinaria junto con aquella sonrisa feliz y aquel cuerpo. ¡Por Dios, aquellos pechos —¿de dónde demonios habían salido?— parecían querer saltar de aquella ajustada blusa justo hacia sus manos, y aquella cintura tan estrecha! De pronto, y para mayor mortificación de su débil cuerpo, María levantó sus faldas para poder correr con más soltura y así poder adelantar a sus primas en aquella loca carrera. Parte de sus extremidades fueron expuestas descaradamente a los ojos su tío, que devoró con avidez aquellas esbeltas piernas. Como hipnotizado por aquella dulce imagen abrió los brazos lentamente y los elevó para poder recibirla con unas ganas locas de estrecharla entre sus brazos y no volver a soltarla jamás.

María consiguió su propósito de adelantar a sus primas y llegar la primera, y se abalanzó hacia él fundiéndose en un cálido abrazo lleno de emociones encontradas con la cara radiante de felicidad.

La erección de Jason fue instantánea. En cuanto ella le rozó, su cuerpo reaccionó como el fuego, consumiéndolo por dentro y mandando al traste dos largos años de separación que habían sido sumamente difíciles para él. ¡Y mucho peor! ¡Ahora también la deseaba! Cerró sus brazos de forma automática sobre ella, como si fuera su posesión más preciada y, por unos instantes de locura, se permitió abandonarse a aquel abrazo, a aquella sinuosa figura suave y dulce, a aquel olor que tanto había echado de menos, al roce del sedoso pelo contra su cara, al agitado aliento que dejaba fuego sobre su cuello.

El choque de sus otras sobrinas contra sus cuerpos consiguió que Jason

reaccionara antes de dejarse llevar y haber provocado el mayor escándalo familiar que jamás hubiese existido en la familia St. James. Se separó apenas de María para así poder, primero disimular a su traidor cuerpo con la chaqueta y después abrazar a sus otras dos sobrinas, a la vez que miraba a María directamente a los ojos. Lo que allí vio provocó en él un torrente de sentimientos contradictorios. María seguía teniendo aquella mirada dulce e inocente, pero se había tornado más atrevida y directa, más sensual, y en lo profundo de su mirada Jason pudo ver alegría, confusión y llamas. Llamas que, estaba seguro, María no comprendía, pero que a él le abrasaron de manera veloz todo el cuerpo. Aquello no podía ser. Estaba loco de remate y esa niña también. Durante un momento de locura, o más bien de cordura, estuvo a punto de dar media vuelta y huir otra vez a la seguridad de su barco, aunque eso significara no volver nunca más a ver a su familia. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Es que no iba a ser él capaz de dominar esta situación? ¡Pues claro que sí! Había tardado dos años en volver. Dos largos años en los que se había jurado que no albergaría ningún tipo de sentimientos hacia su sobrina, porque aquello era uno de los peores pecados. Simplemente no podía ser y toda su alegría estuvo a punto de desaparecer presa del miedo y del enfado. Así que se convenció de que lo que acababa de suceder era a causa de demasiadas emociones al volver a su casa y ver a toda la gente que le quería junta. Se había convertido en un hombre fuerte y no iba a flaquear ahora por un cuerpo bonito. Llevaba mucho tiempo sin desahogar su pasión, por eso había reaccionado así ante María, la había visto como un cuerpo atractivo y no como a su sobrina, y en cuanto la desahogara en otra parte no volvería a ocurrirle eso y asunto zanjado.

Consiguió controlarse y recuperó parte de su buen humor, abrazó y saludó al resto de la familia con una alegría que hacía mucho tiempo no sentía y trató de no volver a mirar a los ojos a María, aunque sentía demasiado cerca su presencia y se moría de ganas de volver a abrazarla y hablar con ella hasta que se hartara.

—¡Por Dios, Jason! ¡Empezábamos a pensar que no ibas a volver jamás! — confesó Gabriel con una gran sonrisa en la cara.

—¿Y dejar que vivieras tranquilo el resto de tus días? ¡Ni pensarlo, hermanito! ¡Necesitas alguien que te guíe por el buen camino! —argumentó con orgullo.

—¿Tranquilo? ¿Estás loco? ¡Me has dejado solo ante el peligro,

completamente rodeado por mujeres! ¡Mi vida es un infierno! —dijo elevando los brazos al cielo, fingiendo suplicar a Dios.

El resto de la familia estalló en carcajadas y todos se apresuraron a abrazarlo por turnos.

—Bueno, cuando me fui muchas eran niñas —dijo evitando mirar a María.

—¡Muchacho... no sabes lo dura que es mi vida! Las mujeres lo quieren controlar absolutamente todo.

—Pero ¿qué estás diciendo? —intervino Rachel—. No nos deja meternos en la educación de la pequeña María. Es un déspota. La quiere solamente para él y corre como un ave de presa cuando alguien se acerca a ella —observó alegremente, mientras abrazaba a su hermano pequeño—. ¿Cómo has estado? ¡Estaba francamente preocupada!

—¡Sí! —intervino Clementine—. Pensábamos que habías encontrado realmente a tu media naranja y que nunca volverías —dijo a la vez que le daba un sonoro beso en la mejilla, mientras lo miraba atentamente—. ¡Fíjate! ¡Estás hecho todo un hombre! ¡Estos años te han sentado bien!

María sintió un verdadero nudo en el estómago esperando que Jason desmintiera que estaba con alguna mujer, pero no lo hizo. Y eso, junto con la insistencia de no mirarla, terminó por enfurecerla. María se sentía como el mar en medio de una tormenta. Todos sus sentimientos estaban en plena ebullición. Cuando había visto a Jason caminando por el muelle, con aquel andar seguro y aquellos movimientos felinos, su estómago había pegado un vuelco. Había habido un cambio sutil en aquel poderoso cuerpo en aquellos dos años. Era más hombre y se le veía más seguro y más atractivo. Tanto, que María entendió por primera vez en su vida la frase de «tener mariposas en el estómago». En su inocencia, atribuyó todas aquellas alteraciones en su cuerpo al amor que sentía por Jason. María todavía no estaba familiarizada con el deseo ya que nunca en su vida lo había experimentado. Cuando lo vio, se había sentido subir al cielo y, cuando su tío le había dedicado aquella mirada tan intensa, no supo qué fue lo que le había ocurrido, pero estaba segura de que quería que volviese a suceder. Y después... ¡indiferencia! ¡Total y absoluta indiferencia! Y fue cuando comenzó a caer en picado y todo su excelente ánimo desapareció por completo.

Una vez que todos lo hubieron saludado, se fueron a sus respectivas viviendas para prepararse para la celebración de bienvenida que Gabriel había organizado en su casa. Por el camino, de vuelta en el carruaje, Jason no

la miró ni una sola vez y tampoco le preguntó directamente a ella nada. María no sabía si reír o llorar. Pero ¿qué demonios le ocurría? ¡Habían sido más que amigos durante muchos años! ¡Ella había sido su sobrina favorita! ¿Es que no merecía ni unas tristes palabras? ¿Es que no se daba cuenta nadie más de que hablaba con todo el mundo menos con ella? ¡Pues bien! ¡Le seguiría el juego y a ver quién ganaba!

Capítulo 11

No me importa

—¿Qué vas a ponerte esta noche para la cena? —preguntó Mary Anne a María, que en esos precisos instantes estaba mirándose en el espejo como si quisiera asesinarlo.

María estaba confundida. No sabía qué ponerse para la cena. Lo único que tenía muy claro era que quería deslumbrar a Jason. Quería obligarlo a que la mirara y a que le hablase. Lo cierto era que había extrañado muchísimo su amistad con él. Nunca había estado tan cerca de ninguna persona como de Jason y quería recuperar aquella felicidad que había perdido hacía dos años. Llevaba mucho tiempo esperando que regresara y no iba a quedarse de brazos cruzados mientras él ignoraba su presencia.

Y tampoco era tan inocente como para no darse cuenta de lo que había ocurrido durante aquel abrazo en el puerto. Al principio se había asustado porque era muy consciente de que aquello no estaba bien. ¡Era su sobrina! Pero ¿no era ella la primera en admitir que estaba enamorada de él? Claro que nunca pensó que Jason albergara algún tipo de sentimientos hacia ella, aunque fueran carnales. Lo cierto era que después de la primera impresión de desconcierto, estaba más que encantada con aquella reacción de su tío.

Pero todo había cambiado con su empeño en ignorarla. Si él se sentía atraído por ella, ¿por qué se alejaba de aquella manera? Bueno, si eso fuera cierto y si él albergaba algún tipo de sentimiento hacia ella... ¡lo lógico era que lo apartara! ¡María estaba hecha un lío! Pero no quería pensar. Solo quería sentir y necesitaba recuperar lo que alguna vez la había unido de una forma tan especial a Jason. Y tenía claro que, de alguna manera, aunque pecaminosa, ella le atraía... Y ella necesitaba desesperadamente volver a ser el centro de su

universo... ¡Como antes de que se hubiera marchado a aquel viaje!

Así que, llena de un sentimiento malicioso y completamente nuevo para ella, María comenzó a vestirse. Vestirse para atrapar la atención del hombre que había llenado todos sus pensamientos durante los dos últimos años, sin pensar, ni por tan solo un segundo, que era su tío. Porque sabía, en lo más profundo de su ser, que si lo pensaba durante al menos un instante se daría cuenta de lo grave y serio de aquella situación.

—No lo sé. No sé si vestirme como lo hago habitualmente o como todos vosotros, a la inglesa —dijo desesperada.

—Nunca te he visto dudar a la hora de vestirte para ningún tipo de evento. ¿Se puede saber qué te ocurre? Es de tío Jason de quien hablamos. No es que vaya a venir el mismísimo rey a casa.

—Es cierto —dijo María, intentando despistar a su prima—. Me vestiré como siempre lo hago, aunque desdiga de todos vosotros esta noche con todas vuestras galas. Lo cierto es que tú estás deslumbrante —dijo mirando a Mary Anne y sintiendo, por primera vez en su vida, una punzada de envidia al ver la magnífica belleza de su prima. Estaba maravillosa con su vestido de seda color melocotón de amplio escote.

—En fin, ayúdame a vestirme, por favor. Ya llegamos tarde.

María decidió ponerse una blusa blanca de escote bajo que resaltaba el color moreno de su piel y sus magníficas formas, por supuesto, sin corsé. No lo necesitaba ni para empujarse su cintura ni para elevar en lo más mínimo su más que generoso y erguido busto. Lo completó con una falda rojo borgoña, color que le favorecía extremadamente y, como siempre, sin enaguas para no disimular lo sinuoso de sus curvas. Dejó su espléndida melena suelta, sujeta en un lado por una de sus peinetas de carey.

Cuando entraron al gran salón, todos las estaban esperando para ir a la mesa a cenar. María sintió que dejaba de respirar al ver posarse la mirada de su tío sobre ella. Había algo en aquella mirada que prometía ¿qué? ¡Oh, Dios! ¡Aquello era una locura! Y María no sabía si quería salir corriendo en dirección opuesta o ir directa a los brazos de su tío. Comenzó a sentir náuseas y pensó para sí misma que sería incapaz de probar un bocado de la succulenta cena que se había preparado en honor de su tío.

—María —dijo Gabriel exasperado—, ¿cómo has tardado tanto? ¡Toda la familia está esperando!

—Lo siento, papá. Me quedé dormida cuando volvimos de recoger a tío

Jason y no me di cuenta de la hora.

Todos se levantaron hablando entre ellos sin dar más importancia al asunto y se encaminaron hacia el salón donde la cena los esperaba. Gabriel agarró a su hermano para ir conversando con él por el camino y solo entonces, lejos de las miradas de los demás y del mismísimo Jason, María se permitió el lujo de admirar al hombre en el que Jason se había convertido. ¡Dios, era todavía más guapo de lo que ella recordaba! Y su apostura era mucho más varonil y fornida que cuando se marchó. Además, se notaba, incluso debajo de aquel traje negro con su impecable camisa blanca, que estaba mucho más musculado que cuando se fue. Se sentía mareada y no sabía por qué. Si ella ya sabía que estaba enamorada de él, ¿qué eran todas aquellas sensaciones nuevas que nunca antes había experimentado? A cada minuto, se sentía más confusa.

La gente comenzó a distribuirse y al final María quedó casi enfrente de su tío y no a su lado, como a ella le hubiese gustado. Lo cierto era que Jason iba a estar muy solicitado esa noche y ella tenía muy difícil no solo llamar su atención, sino poder hablar con él como siempre habían hecho. Jason comenzó a relatar lo sucedido a lo largo de esos dos años y la familia escuchaba atenta. Solo le interrumpían para hacer las preguntas de rigor. Aunque María escuchaba con fervor todo lo que él contaba, no encontraba la manera de hacer alguna pregunta para poder centrar su atención sobre ella. Además, estaba concentrada en intentar no ponerse roja cuando lo miraba y en calmar su maldito estómago que se empeñaba en no parar quieto.

Pero a medida que la velada se desarrollaba, María era consciente de que Jason continuaba en su intento por no hacerle ni caso. Es más, estaba segura de que, si en ese momento tiraba una copa al suelo, absolutamente toda la familia menos él miraría en su dirección. Y durante un instante de locura estuvo tentada de hacerlo. Incluso de lanzarle un plato a la misma cara. María comenzó a beber vino para calmar su irritación y hubo un momento en que creyó que gritaría: «¡Eh, aquí, tío Jason, soy yo, tu sobrina predilecta, ¿tanto he cambiado que no te acuerdas de mí?, porque has hablado con todos excepto conmigo, ¿es que hice algo para ofenderte en algún momento que deba saber y de lo que yo no me he enterado?, ¿pretendes volverme loca?». ¡Por Dios! Estaba francamente furiosa. ¡Si no le dirigía, aunque fuera una triste mirada, lo asesinaría!

Poco a poco, las horas avanzaron y la familia comenzó a retirarse a sus propias casas. Gabriel le pidió a su hermano que esa noche la pasase con ellos

a fin de continuar conversando por la mañana.

María estaba achispada y se encontraba, aparte de furibunda, francamente frustrada y deprimida. Así que procedió a retirarse para ver si se tranquilizaba y ponía en orden todos sus sentimientos.

—Bien. Os dejaré solos para que podáis continuar con vuestra conversación —dijo con la cabeza baja dirigiéndose hacia la puerta, cuando todo el mundo se había marchado.

—¡Espera, hija! —dijo Gabriel con un toque de preocupación—, ¿se puede saber qué os pasa a vosotros dos? No creáis que no me he dado cuenta de que no os habéis dirigido la palabra. Quiero saber qué ocurre.

«Por fin», pensó María. Alguien, además de ella, se había dado cuenta. Levantó la mirada y esperó a que fuese su tío el que explicara aquel raro comportamiento.

Jason sintió cómo aquellos dos pares de ojos se posaban sobre él. ¿Qué esperaban que dijera? ¿Que en el muelle se había vuelto loco de deseo al ver a la mujer de la que había huido dos años atrás, y que, para más inri, era su sobrina? ¿Que cuando la había visto entrar en el salón esa misma noche se le había cortado la respiración al ver a la mujer más bella que su memoria pudiera recordar? ¿Que todo su cuerpo y sus instintos habían clamado por ella cuando bajó la mirada hacia su busto y las curvas de sus caderas? ¿Que había estado en una continua y dolorosísima erección durante toda la cena, porque notaba la mirada de ella acariciándole? ¡Por Dios! ¡Menudo sacrilegio! Tuvo que realizar un enorme esfuerzo para recomponerse un poco y agregó:

—¡Tranquilo, hermano! Os estaba reservando para el final. Sabía que me quedaría esta noche y me he dedicado más al resto de la familia. Yo ya he contado toda mi vida a todos. Ahora os toca a vosotros dos explicarme todo eso del compromiso de María —replicó con una curiosidad morbosa que le estaba corroyendo las entrañas desde que había vuelto a ver a María.

A María se le pasó la borrachera *ipso facto* y solo consiguió quedarse con la boca abierta. Mientras, Gabriel comenzó a moverse un tanto inquieto.

—Bueno, compromiso... compromiso... no hay, Jason. Solo te hablé de una posibilidad... —murmuró Gabriel incómodo.

María sintió que una oleada de furia la recorría de abajo arriba. Esto ya era el colmo. El final *perfecto* para un día *perfecto*.

—¡Papá! ¡Explícame eso ahora mismo! —exigió intentando parecer controlada.

—Bueno... hija... solo le comenté a tu tío en una carta... que podía que hubiese posibilidades... de... poder enlazarte con los Shelby —dijo contrito.

—¡Pero papá! Tan solo te dije que no me parecía mal hombre. No que tuviera ningún interés en él —expresó María con furia creciente—, ¿cómo puedes estar arreglando un compromiso a mis espaldas?

—¡Yo no he hecho tal cosa! —se defendió su padre levantando el tono de voz—. Solo le expresé a Jason una posibilidad. —Y mirando a Jason agregó en tono suplicante—: ¡Díselo, Jason! Tan solo fue un comentario inocente.

Jason se sentía en la gloria por primera vez desde que había llegado. No sabía ni quería saber por qué el *compromiso* inexistente de María lo había aliviado tanto. ¡Y menudo carácter había desarrollado aquella chiquilla! Aunque, cuando él se fue, ya apuntaba maneras. Estaba allí de pie, erguida en toda su gloria con los brazos en jarras, con la mirada furiosa y una respiración tan agitada que pensaba que aquel par de pechos maduros se iban a salir de la camisa... ¡Maldita sea! Su cuerpo comenzaba a traicionarle... otra vez.

—¡Sí! —dijo Jason con un aire de fingida inocencia—. Una posibilidad... de matrimonio... e hijos...

Gabriel quería asesinar a su hermano. ¿No se daba cuenta de que la broma le iba a salir cara?

—¿Qué?! —explotó María—. ¿Cómo te atreves? Te lo advierto, papá, no me casaré con Shelby sin amor —dijo furiosa—, y menos porque tengas prisa en tener un nieto para no tener que casarte tú.

Esto era más de lo que María podía tolerar en un solo día. Al menos ahora tenía la atención de su tío. Pero cuando se giró hacia él y vio la sonrisa de satisfacción en su apuesto rostro... ¿Y este qué se creía ahora!? ¿Que iba a reírse de ella?

—¡Y tú! ¿Puedo saber qué te hace tanta gracia? Todavía no has contestado a qué demonios te ocurre conmigo y por qué no me has escrito en estos dos años —replicó una vez que su furia se había desatado completamente.

—Bueno... he escrito a toda la familia —reconoció ahora con la sonrisa totalmente borrada de la cara.

—¿Y yo? ¿Es que no soy yo parte de esta familia? ¡Pensé que era suficiente importante para ti como para que me escribieses alguna carta solamente dirigida a mí!

—Bueno... estaba al corriente con tu padre. No pensé que te importara —se excusó Jason comenzando él también a enfurecerse porque no quería dar

ningún tipo de explicación.

—¡Y tan al corriente! ¡Al parecer más que yo! ¡Si hasta me estáis haciendo ya un bebé! —soltó totalmente fuera de sí.

—¡Yo no he hecho nada! Solo quería saber cómo habías podido comprometerte con el tonto de Shelby —argumentó antes de darse cuenta de lo que decía, mientras se ponía de frente a María para expresar todo su desacuerdo con una furibunda mirada.

Esto era más de lo que María podía aguantar. O sea, no se preocupaba por ella en dos eternos años y ahora venía a dar su veredicto sobre con quién podía o no podía casarse ella. Pero bueno, ¡esto era el colmo!

—¡Calma, chicos! —apaciguó Gabriel que se sentía completamente excluido de una conversación de la que él era responsable.

—¡Cállate! —gritaron los dos al unísono, sin ni siquiera apartarse la mirada el uno del otro, ya que estaban demasiado enfrascados en su pequeña disputa como para incluir a otra persona en medio.

—¡Tú! —continuó María mirando furiosa a Jason a los ojos—. ¡Pedazo de...! ¿Cómo te atreves? Lord Shelby es un encanto. No desaparece de tu vida sin más y sin dar señales. Me gusta muchísimo y me casaré con él cuando me dé la real gana. Es solo que no lo haré cuando ninguno de vosotros dos digáis o aprobéis.

Esto último lo dijo en un grito, y girando sobre sus talones se dispuso a hacer un espléndido mutis, solo que cuando llevaba tres pasos oyó a su tío decir, antes de desaparecer por el pasillo:

—Bien... por lo que a mí me importa...

Y con las mismas, Jason salió de la habitación, olvidando por completo la presencia de su hermano y dejando a un Gabriel totalmente desconcertado.

Capítulo 12

Damas en apuros

Jason, al igual que María, cerró la puerta de su habitación dando un enorme portazo. Pero ¿qué demonios le ocurría? No entendía cómo había podido descontrolarse de esa manera. No recordaba ni una sola vez en su vida que le hubiera ocurrido. Y María... ¡Por Dios! Esa muchacha era puro fuego cuando discutía. Hacía tiempo que no se sentía tan vivo. Demasiado vivo.

Tenía que hacer algo con su cuerpo y lo tenía que hacer ya, o no podría pasar otro día más en aquella casa sin despertar sospechas. Cogiendo su chaqueta volvió a salir de su habitación y se dirigió al estudio donde su hermano se estaba tomando una copa. ¡Santo Dios! Se había olvidado completamente de él. Esperaba que su hermano no sospechase nada raro o iba a servir su cabeza en bandeja de plata. Tratando de serenarse entró en el estudio con expresión contrita.

—¡Hola, de nuevo!

—¡Vaya! Empezaba a pensar que os habías olvidado de mí —comentó con cinismo, acompañado de una sonrisa—. Es un verdadero huracán, ¿verdad?

No hacía falta decir de quién estaba hablando. Aliviado por la condescendencia de su hermano pudo relajarse algo mientras se servía también una copa para él.

—Lo es, sí. Perdona, me he exaltado un poco. Pero cambiemos de tema. Ya he tenido suficiente por hoy.

—Está bien, hombre —dijo Gabriel soltando una carcajada—. Aunque déjame decirte que, si no hubiese sido porque sois tío y sobrina y os conociese tanto, pensaría que he presenciado una auténtica pelea de enamorados.

Jason se atragantó con su copa de brandy. ¿Enamorados? ¡Pero si ella era su

sobrina! No podía negar, por mucho que todo esto lo incomodara, que sentía algo raro hacia su sobrina. Una especie de exceso de cariño que era lo que lo había llevado a alejarse de allí. Y también una innegable atracción sexual por la mujer en la que se había convertido María, pero... ¿amor? ¡Eso no era amor! Y en cuanto a ese deseo, ese sentimiento nuevo encontrado a su llegada que le hacía sentirse el hombre más sucio de todo el mundo por desear así a María, era precisamente lo que quería solucionar... y ya.

—Hablando de amor, ¿no conocerás a ninguna dama en apuros para esta misma noche?

—¿¡Tan necesitado estás!?! Qué te pasa, hermano, ¿has perdido tus habilidades? —se mofó Gabriel socarronamente.

—Ni de broma, pero digamos que tengo cierta prisa y no tengo tiempo de andarme por las ramas. En este último viaje no había muchas damas dónde elegir, ya me entiendes.

—Está bien, Jason, no hace falta que me des explicaciones. Conozco a un par de damas que te pueden servir para la ocasión —dijo con una amplia sonrisa en la boca.

—Gracias a Dios —dijo Jason sintiendo un gran alivio y pensando que esa era la solución perfecta para sus problemas.

Pero, más tarde, cuando estaba abrazando a la dama en cuestión, se sumergió en la magia de un ensueño en el que le hacía el amor a una brujita misteriosa, morena, con pechos lozanos y curvas sinuosas; y no a la rubia flacucha que se derretía en sus brazos.

Mientras, María se revolvía en su cama y luchaba contra los sueños que se introducían en su mente sin que ella pudiera evitarlo. Sueños de deseo. Algo que nunca había logrado entender y que todas sus amigas le habían contado. Ahora deseaba a un hombre alto, moreno y con los ojos del azul grisáceo de una tormenta.

María se despertó gritando. Había tenido un sueño horrible. Primero había sido de lo más agradable, pero luego... luego la perseguía la Santa

Inquisición. ¡Era una pecadora! ¡Una pecadora de lo más rastrera! ¡Dios mío!, no solo estaba enamorada de Jason, sino que, además, creía que comenzaba a desearlo con locura. Esto tenía que terminar. Era imposible. Era pecado. Era sucio y malo, y no era esto en lo que había pensado cuando había imaginado el reencuentro con su tío y su vida idílica y platónica; esa vida con la que había soñado para permanecer el resto de sus días junto a Jason. Ella había soñado con una vida diferente. Por muy madura que fuese, se daba cuenta ahora de lo ingenua que había sido al pensar que podrían estar juntos más bien como un padre y una hija. Pensaba que eso era lo que necesitaba de su tío Jason. Pensaba que eso iba a calmar sus ansias internas de... no sabía muy bien qué. Pero desde luego jamás pensó que su cuerpo la iba a traicionar con todo ese torbellino de emociones y sentimientos. Tenía que haber sido más lista y comprender que cuando se amaba a alguien de esa forma tan desesperada, como lo hacía ella con Jason, el deseo tendría que aflorar en algún momento. Todas sus amigas se lo habían contado. Todas lo habían experimentado. Solo que cuando Jason desapareció de su vida, ella todavía no sabía qué era aquello. Ahora ella quería que la mirara, ser el centro de su atención y, que Dios la perdonara, quería que la deseara, que la deseara tanto como ella lo deseaba a él. ¿Qué iba a hacer ella? ¿Quién la iba a ayudar?

—¡Dios mío! ¡Tienes que ayudarme! —rogó mirando hacia el techo.

Trató de salir desesperadamente de aquella situación, pasó gran parte de la noche y solo fue capaz de llegar a una conclusión: ¡un clavo sacaba a otro clavo! O al menos eso era lo que decían sus amigas. Su solución pasaba por lord Shelby. Al menos sabía que era un buen hombre y que podría dominarlo con facilidad. Ella no sería nunca un cero a la izquierda en una relación como lo eran sus amigas, las que se habían casado. Sí, tendría que dejarle claro a lord Shelby su interés en él para olvidarse cuanto antes del demonio de ojos azules que habitaba en su mente y en su corazón.

Capítulo 13

Lady Anne

Lady Anne de Hampshire no podía creerse todavía su buena fortuna. Había pasado la última época de su vida bastante preocupada por su futuro incierto, pero cuando vio en su puerta nada más y nada menos que a Jason St. James, supo que su vida estaba a punto de dar un cambio radical.

Tan solo tenía veinticuatro años y ya era viuda, gracias a Dios. De bonita figura, estaba considerada toda una belleza en la alta sociedad gracias a su espléndida melena rubio rojiza lisa y a sus grandes ojos azul pálido. Pero su padre, en su empeño por proteger a su única hija, solo había conseguido convertirla en una mujer altiva y malcriada. La única solución que su anciano padre había encontrado a su problema había sido el casarla, con tan solo diecisiete años, con un viejo lord con fama de ser muy estricto, para que metiera en cintura a su alocada hija y así poder enmendar el grave error que había cometido con ella. Pero el viejo, no solo no había conseguido enderezar la vida de derroche y juego a la que la muchacha estaba acostumbrada, sino que además se había convertido en un cornudo sin ni siquiera enterarse. La muerte del viejo había sido para ella la salvación. De repente, era rica y libre para hacer lo que quisiera con quien quisiera y, además, podría dejarse todo el dinero en el juego, su gran afición. Pero su alegría había durado poco, pues su difunto esposo tenía también grandes deudas que no la dejaron con el dinero suficiente para llevar el tipo de vida que ella deseaba.

Así pues, había decidido pescar otro marido con el suficiente dinero para, esta vez, poder vivir tranquilamente. Al principio había fijado su objetivo en viejos lores ricos, pero, francamente, después de tener que compartir durante dos años la cama con aquel viejo verde, se le habían quitado las ganas. Luego

fijó su atención en los jóvenes y poco a poco se dio cuenta de que con algunos podría hacer lo que quisiera si era lo suficientemente hábil.

En aquella difícil tarea se encontraba Anne la noche que Jason llamó a su puerta. Al principio no se lo podía creer ya que Jason hacía dos años que había desaparecido de Londres y no tenía noticias de que hubiese regresado. Y al ver al hombre en el que se había convertido allí, en su mismísima puerta, se quedó sin respiración. Hacía unos tres años se había acostado con Jason St. James. ¿Cómo no enamorarse de él? Era el hombre más apuesto que jamás hubiese visto. Y en la cama... ¡no tenía precio! Además, aun siendo el cuarto hijo de la familia, todo el mundo sabía que era inmensamente rico, debido a las grandes inversiones que, junto con su hermano mayor, habían hecho. Era simplemente perfecto.

Pero en su contra, aparte de que no tenía una personalidad que se dejara, bajo ningún concepto, dominar, era un libertino empedernido. Sexo y más sexo. Nada más. Y si intentabas profundizar en la relación huía como alma que lleva al diablo.

Anne invitó a pasar a Jason, no sin una tremenda sorpresa, y así pasaron definitivamente la mejor noche que ella pudiese recordar con ningún otro hombre. Pero lo más asombroso estaba por llegar. Las otras veces que se habían encontrado habían sido esporádicas, y él no ponía ningún interés en repetir. Si se volvían a encontrar y surgía... bien. Pero si no, de ningún modo.

Pero esa noche... esa noche, no solo le había hecho el amor con una pasión secreta que jamás pensó que nadie pudiera tener dentro de sí, sino que después de aquello, aunque por supuesto salió prácticamente corriendo de su cama, cuando llegó al vano de la puerta se giró y la enfrentó para preguntarle si acudiría al baile de los Allen ese viernes. Anne, estupefacta, no se lo podía creer. Algo había cambiado. Y ella estaba dispuesta a luchar con uñas y dientes por aquella oportunidad que parecía que el destino le estaba otorgando. Cuando ella, con la boca abierta, había asentido, él había girado sobre sus talones con aquel caminar seguro con el que siempre se desenvolvía y había desaparecido igual que había llegado.

Ya en la calle, Jason todavía no tenía muy claro por qué había *medio quedado* con Anne para ese viernes. Había sido un impulso, por la fuerte conciencia de que esa noche no había hecho el amor con aquella mujer, y que el objeto de sus deseos continuaba arraigado muy fuerte en su mente. Necesitaba más tiempo y más distracciones para acabar con el maldito deseo

que sentía por María. Además, sabía que sus hermanas le obligarían a ir al baile, y no quería pasar cerca de María más tiempo del necesario. Sobre todo después de lo que acababa de ocurrir en la cama de Anne... ¡Cómo le podía estar ocurriendo aquello! ¡Por Dios, tenía que sacarse aquellos estúpidos pensamientos de encima o se iba a volver loco! Si Dios era misericordioso, que intentara perdonarle porque él había cerrado sus ojos y, sin quererlo, María se había introducido en sus pensamientos.

Estaba claro que nadie podía ayudarlo. Se acababa de condenar y ganar el infierno y, aunque a él no le importase demasiado, pues no era muy creyente, no quería ver sufrir a nadie de su familia por lo que él ya consideraba una enfermiza obsesión. ¡No! Dios, si alguna vez había existido para él, ya no estaba dispuesto a ayudarlo. Si quería salir de esta situación, tendría que hacerlo él solito. Sin nadie, sin ningún amigo. No podía confiarle a nadie aquella vergonzosa situación y se encontraba desesperado.

Y por otro lado, lo que acababa de hacer era lo más cercano que había hecho en su vida a quedar con alguna mujer. Y para qué engañarse, no se sentía cómodo. Anne era una chica preciosa que le había servido bien para sus fines, pero también sabía qué era lo que esa mujer andaba buscando. Y aprovecharse más de ella le parecía una canallada. Tendría que dejarle claro en el baile que no quería de ella nada más que diversión y compañía, antes de que ella llegara a formarse algún tipo de ilusión con respecto a él.

Decidió que, ya que el haber estado con una mujer no había aliviado sus problemas, sino que además había añadido otro, lo mejor sería desahogarse con el único amigo que tendría de ahora en adelante: el alcohol. De camino a su club nocturno favorito, su desesperación fue en aumento pensando que estaba realmente condenado. Irse con otra mujer ni siquiera era la solución. No es que alguna vez se hubiese planteado el matrimonio, e incluso siempre lo había rechazado con todas sus fuerzas. Pero ahora pensaba que, si alguna vez hubiera tenido la intención de formar una familia, esa intención ya no podría existir. Ni siquiera podía desahogarse con otra mujer. María se había metido en sus pensamientos de una manera que le daba la impresión de que nunca saldría. Y lo último que quería imaginar sería un matrimonio en el que no pudiera acostarse con su mujer sin dejar de pensar en otra persona mientras tanto.

Capítulo 14

Primer baile

Llegó la noche del viernes y toda la familia se estaba preparando para ir al baile de los Allen. Lord Allen era un buen amigo de Gabriel que hacía poco había contraído matrimonio y quería celebrar una fiesta en honor al cumpleaños de su recién estrenada esposa. A Gabriel no le apasionaban los bailes de sociedad, pero este era una excepción, no solo por la amistad que lo unía con James Allen, sino porque aquel matrimonio había sido realizado por amor y Gabriel quería compartir esa felicidad con su amigo. Toda la familia St. James estaba invitada al evento.

María estaba en su cuarto con sus primas arreglándose para la ocasión. Había acudido a alguna reunión de sociedad, pero, en realidad, este sería su primer baile como tal, aunque todavía no hubiese comenzado la temporada oficialmente. Estaba muy excitada. Sabía que mucha gente acudiría para ver a la hija, que había aparecido de la nada y a la que habían legitimado, de los St. James y quería dejarlos a todos con la boca abierta. Pero solo a los hombres casaderos. No es que estuviese pensando en absoluto en el único hombre que ocupaba sus pensamientos de manera continuada y lo último que estaba haciendo era arreglarse para él. ¡No! ¡Para nada! Era tan simple como que en los últimos días ya había llegado a la conclusión de que lo mejor era encontrar un marido cuanto antes para poder alejarse, de manera definitiva, de Jason. Los dos habían pasado todo el tiempo intentando evitarse, hasta que al fin Jason había podido liberarse de su hermano y volver a su residencia de soltero a tan solo dos manzanas de distancia. Estos dos días sin él en la casa habían sido un verdadero alivio y a la vez un auténtico infierno. María no podía evitar echarlo de menos y lo único que deseaba era salir corriendo a

casa de Jason para poder abrazarlo y pasar las tardes hablando con él, como solían hacerlo hasta hacía tan solo dos años. Resultaba raro que hubiesen perdido todo lo que habían compartido en otra época. Y luego, después de haberlo echado tantísimo de menos, tenerlo tan cerca y estar tan distantes, no entendía qué era lo que ocurría. Solo estaba segura de una cosa: la vida era muy cruel con ella porque parecía que no podía estar cerca de los que más amaba.

Sus primas estaban, como siempre, espectaculares y a la última moda. Hoy se vestiría como ellas, aunque, por supuesto, no pensaba ponerse corsé ni todas esas enaguas. Estaba preciosa con su vestido de seda verde agua marina de amplio escote, ribeteado en negro, y con su hermosa melena recogida en lo alto con una cinta negra, ayudada como siempre de sus peinetas de carey y una rosa fresca. Solamente caían a ambos lados de la cara unos mechones desorganizados de su negra melena, para enmarcar aquel rostro exótico.

—María —dijo Mary Anne con regocijo—, hoy todos los hombres te pedirán bailar. Estás preciosa. Más que eso: deslumbrante. Deberías vestirme siempre así. ¡Qué envidia nos das! Podrás bailar con todos los hombres que se te antojen. Además, este año hay muchos hombres apuestos casaderos. Seguro que en mi puesta de largo no hay ni uno —pensó con un mohín.

—Venga ya —dijo María entre risas—. No necesitas hombres guapos. Necesitas hombres buenos.

—Sí. Eso lo dices porque tú te llevarás de calle a todos los guapos.

—Eso no es cierto. Además, ya he puesto mis miras en alguien y no es, precisamente, el más apuesto.

—¿En serio? Pero ¿de quién se trata? ¿Y por qué no nos lo habías dicho? —preguntó Christine con los ojos como platos.

—Bueno, es solo una posibilidad, pero creo que me agrada lord Shelby.

—¿El hijo de lord Percival Shelby? ¿Estás de broma? Hay millones de hombres más guapos y más ricos que él. Y además es... tan... ¡soso! —dijo horrorizada.

—¡Oh, vamos! Es un buen hombre y eso es lo que importa. Y me tratará como a una verdadera compañera y no como a una sirvienta más de su casa. Estoy harta de ver a mis amigas casadas como un cero a la izquierda de sus maridos —dijo María indignada.

—Pero tú puedes aspirar a mucho más, María.

—Pero no quiero aspirar a más. Quiero poder estar tranquila con un hombre

bueno a mi lado.

—Estás loca. ¿Y el amor? ¿Te has olvidado de él? Hablas como si de un contrato se tratara cuando tú puedes aspirar a casarte con el hombre con el que realmente quieras. ¿No has pensado que podrías enamorarte? —cuestionó Mary Anne apasionada.

«Amor», pensó María. Si ellas supieran. No. El amor no era para ella. Ya lo había entregado a un imposible y no podría recuperar su corazón, ni aunque vendiese su alma al mismísimo diablo. Pero no quiso que aquellos sentimientos entristecieran la velada.

—Voy a sonar algo redicha, pero debo recordaros que casi todos los matrimonios de nuestra sociedad son concertados y el amor poco o nada tiene que ver con ellos —dijo como si fuera una mujer de mucho mundo y no una jovencita con las típicas ilusiones y aspiraciones de encontrar el amor de su vida durante la temporada social—. Pero es cierto. Tenéis razón. Si consigo enamorarme juro solemnemente que intentaré atrapar al *desafortunado* en cuestión —aseveró levantando la mano como si jurara sobre la Biblia, para hacer reír a sus primas.

«Intentar atraparlo». Ni siquiera podía soñar con ello. En fin, al menos esperaba no verlo en el baile, ya que Jason huía de esos eventos tanto como su padre y él no tenía demasiados motivos para dejarse caer por allí.

Jason tenía que ir al baile. Sabía que a su hermano le haría ilusión. Además, estaban sus hermanas, que querían casarlo con desesperación y veían cualquier evento social como una oportunidad. Solo por eso tenía que ir. ¡Oh, al cuerno! ¿Desde cuándo hacía él algo porque le hacía ilusión a su hermano? O peor, ¿desde cuándo se dejaba manipular por sus hermanas? Pero iba a ir a ese baile. Necesitaba ver, de cerca y de verdad, si María albergaba algún tipo de sentimiento por lord Shelby. No es que pensase interferir, María tenía que casarse y, cuanto antes lo hiciera, mejor para él. Pero al menos quería que se casase con un partido algo mejor que Shelby. Él era su tío y tenía que velar por su sobrina, y si su padre tenía tanta prisa por que su hija se casara, que no era capaz de ver que María y Shelby no tenían nada en común, él se erigiría como tutor de la muchacha. Aunque nadie le pidiera opinión. Por eso y solo por eso lo hacía. Por el bien de María. ¡Dios! ¡Con un poco de suerte tendría una úlcera estomacal de tanto pensar en la condenada bruja de su sobrina!

Capítulo 15

Primer beso

Desde el momento en el que entró, María acaparó todas las miradas de hombres y mujeres. Estaba más emocionada de lo que nunca había estado y su padre la llevaba orgulloso del brazo.

—Cariño —dijo su padre con regocijo—, vas a ser la sensación de la temporada.

—Sí... —expresó María con un suspiro—. ¡La bastarda ha llegado!

Su padre estalló en una sonora carcajada que llamó más, si cabe, la atención sobre ellos. Sabía que María era una niña pícara y descarada a la que lo último que le preocupaba era que la llamasen bastarda. Y él estaba muy orgulloso de ella por eso. Su hija no se dejaba amilanar por nadie. Lo había pasado muy mal de pequeña y la había educado para que disfrutara el resto de su vida, ya que no pudo protegerla durante sus primeros años. Jamás consentiría que nadie le hiciese daño. Eso le trajo a la mente recuerdos dolorosos de Isabel que todavía no quería tratar con su hija.

—Papá, ¿te ocurre algo? —preguntó María preocupada al ver el cambio de expresión en el rostro de su padre.

—No, hija —dijo cambiando la cara de inmediato—. Hazme el favor de salir ahí a bailar y disfrutar como nunca.

—¡Eso pienso hacer! —afirmó María con excitación creciente.

En cuanto su padre se separó un poco de ella, a María se le llenó el carnet de baile. ¡Estaba pletórica! Los hombres que no habían podido solicitar un baile con ella porque habían llegado demasiado tarde, se agolpaban a su alrededor para llamar su atención y poder conversar con ella, aunque fuera por tan solo un instante. Sabía que era la comidilla del salón y, no solo no le

importaba, sino que estaba completamente encantada. Estaba decidida a conocer al máximo número posible de hombres para poder ir eligiendo poco a poco al que se convertiría en su marido. Creía que, si tan solo comenzaba un romance, Jason desaparecería de sus pensamientos en un abrir y cerrar de ojos.

La música comenzó a sonar y las parejas se agolpaban en la pista. A María le apasionaba bailar. Estaba feliz. Cuando comenzó la primera pieza y empezó a desplazarse por la pista se sintió como la reina del baile. Para ella no existía nadie a su alrededor. Solo ella con aquella maravillosa música y su acompañante. Pero la realidad era que todo el mundo la miraba, y el lord no-sé-quién con el que estaba bailando, no podía cerrar la boca. Y es que María, sin saberlo, se movía de una manera tan ágil y sensual por la pista de baile que ningún hombre podía quitarle la vista de encima.

Cuando iban por el quinto baile estaba completamente exhausta y se retiró un poco para ir a tomar un refrigerio. Se estaba divirtiendo y no había pensado en ningún momento en su tío. Al menos hasta ese momento.

Decidió tomar algo con un poco de licor. Quería probarlo todo. Esta noche se sentía volar y quería toda la emoción que pudiera reunir para poder conseguir una noche inolvidable. Hasta ese momento no había conocido a ningún hombre interesante, pero, al menos, eran divertidos. Cuando estaba tomando un pequeño sorbo de su licor, alguien llamó su atención tocándola ligeramente en el hombro. Se giró para descubrir a lord Shelby, que la miraba con una sonrisa simpática en la cara.

—Creo que la próxima pieza es mía —dudó con cierta timidez.

Lord Anthony Shelby era un tipo agradable a la vista. Era alto, delgado y moreno, cosa que María agradecía porque no le gustaban en absoluto los hombres demasiado pálidos de tez. Parecía que estaban descoloridos. Y aunque al lado de ella todos eran demasiado claros de piel, al menos los morenos de pelo tenían la piel más oscura que los rubios. No tenía el color saludable y moreno de Jason, y sus ojos, aunque eran azules también, parecían descoloridos al lado de los de su tío. ¿Pero qué demonios estaba haciendo?! Tenía que sacarse a Jason de la cabeza. Lo último que le faltaba era ponerse a comparar a todos los hombres con su tío. Entonces sí que jamás se casaría. No existía hombre más guapo y simpático y... ¿otra vez?! Obligándose a no pensar miró su carnet de baile.

—Sí, lord Shelby.

—Cuando la he visto abandonar la pista de baile, pensé que estaba usted huyendo de mí —bromeó con simpatía.

—Por supuesto que no —dijo María riendo—. Es que tenía bastante sed y me encuentro algo cansada.

—Sí. He de decir que la he visto bailar y es usted muy... enérgica cuando se mueve. No me extraña que necesite un respiro. Si quiere, podemos aprovechar para salir a tomar un poco el aire. Le vendrá bien.

María dudó durante un instante. No sabía si su padre estaría de acuerdo. Trató de buscarlo con la mirada, pero no lo encontró. Sabía de sobra que su padre estaría en conversación animada con sir Allen en algún saloncito alejado del bullicio del baile; los dos hombres lo odiaban. Bueno, lord Shelby era amigo de la familia. No era como si fuese un extraño... extraño. Y tan solo sería un poquito. Lo cierto es que necesitaba aire. Además, el estar a solas con un hombre en el que había pensado como su futuro esposo, sería otra experiencia nueva para la noche que no se quería perder.

—Está bien, lord Shelby —dijo decidida.

—Por favor, llámeme Anthony.

—De acuerdo, Anthony —dijo con una pícaro sonrisa.

Y juntos salieron al balcón, no muy lejos de la vista de la gente, pero lo suficiente para tener cierta intimidad.

—Mi querida María, está usted hoy espléndida. Todos los hombres suspiran por usted y yo me siento un hombre afortunado al contar con su amistad de antemano.

¡Dios mío!, aquel hombre estaba flirteando con ella. ¡Qué emocionante!

—No se ponga tan serio Anthony. Como usted dice, ya nos conocemos de antes.

—Lo siento. Son las circunstancias. Sabía que cuando apareciera en sociedad iba a causar una gran sensación porque, permítame decirle, es usted la mujer más bella que haya conocido jamás; pero, aunque ya me imaginaba que tendría usted a todos los hombres detrás, nunca pensé que tendría que darme tanta prisa. Y por los comentarios de otros hombres... En fin, yo... las circunstancias me obligan a ser un poco brusco quizás...

—Por favor, Anthony —comenzó a decir María con una gran sonrisa en los labios—. Yo no tengo a...

—No, por favor —la interrumpió Anthony cogiéndola de la mano—. Déjeme terminar —dijo y cogió una rápida bocanada de aire—. Sé que antes

de que acabe la noche usted habrá recibido ya unas cuantas proposiciones de matrimonio y yo no quiero quedarme atrás. No soy gran cosa, ni tampoco soy de los hombres más ricos que, seguro, la querrán cortejar. Pero me haría el hombre más feliz del mundo si me dejara visitarla y demostrarle que puedo hacer de usted una mujer completamente feliz.

Lo dijo todo casi sin respirar y María fue precisamente como se quedó: sin respirar. ¡Por Dios, si ni siquiera había comenzado la temporada! Esto sí que no se lo esperaba. Se quedó allí, pasmada y sin poder responder.

Anthony, por su parte, al ver lo quieta y callada que se había quedado quiso dar un paso más allá y se aventuró a intentar besarla, antes de que pasara el tiempo pertinente para volver a la pista de baile y comenzaran las habladurías.

Cuando María vio que Anthony inclinaba la cabeza sabía que iba a besarla y eso la llenó de terror. ¿Quería que ese fuese su primer beso? La cabeza le daba vueltas debido a la excitación de la noche y el alcohol ingerido y no tenía claro que quisiera eso. Pero... ¡qué demonios!, más experiencias para la noche. Además, tendría que saber cómo besaba aquel hombre si lo tenía en mente como posible candidato.

Los labios de él se posaron sobre los de ella en una tierna caricia que duró menos de dos segundos. Cuando se apartó, María no sabía qué pensar. Desde luego había sido una caricia de lo más agradable, pero... ¿no había nada más?, ¿eso era todo?, ¿en eso consistía un beso? Bueno, al menos sabía que si se casaba con él sería agradable. Aunque algo dentro de ella le decía que debería haber algo más.

—¿Qué me dice, María? —preguntó desesperado Anthony.

María tuvo que carraspear.

—Por supuesto, Anthony. Puede usted visitarme cuando le apetezca —aceptó saliendo de sus cavilaciones y con una sonrisa en la cara.

—Gracias, María —dijo como un chiquillo con un caramelo—. No se arrepentirá. Y ahora regresemos al salón —dijo haciéndole un gesto con el brazo para que pasase delante de él—. No queremos que haya rumores, ¿verdad?

Cuando María regresó al salón, algo había cambiado. Ella ya no era el blanco de las murmuraciones. Todas las damas miraban en una sola dirección y a medida que se internaba en la marea de gente podía oír comentarios del tipo: «¿Cuándo ha vuelto?», «¡Qué guapo es!», «¡No me importaría fugarme con él!», «¿Qué hace con esa tipa?». Al final, la curiosidad pudo con María,

que levantó la cabeza en la dirección de todas las miradas... para encontrarse con los ojos asesinos de su tío Jason. Su corazón dio un vuelco y el estómago se le encogió en menos de una décima de segundo.

Capítulo 16

Primer beso

Jason había permanecido, hasta ese momento, oculto con una copa de brandy en un soportal del salón observando a María. Cuando había aparecido, las rodillas se le habían aflojado al contemplar su belleza. Realmente no había mujer que pudiera equiparársele. Aquellos grandes ojos negros que desprendían tanta vida y aquellos labios que prometían pecados inimaginables hacían, junto con aquel lozano y bien torneado cuerpo, que todo hombre presente en la sala la deseara. Jason quería matarlos a todos por mirarla de aquella manera y juró por lo bajo que esa misma noche tendría una seria conversación con su hermano. ¿Cómo podía dejar que fuera así al baile? Nadie podía quitar la vista de aquel tremendo escote que dejaba bien poco a la imaginación.

Pero lo peor vino cuando comenzó a bailar. ¡Por Dios!, María parecía una hechicera sensual, subida del mismísimo infierno para embrujar incluso al hombre más santo de la tierra. En aquel momento agradeció estar oculto en aquel soportal porque su cuerpo era una auténtica llama viva que solo María podía apagar.

Y su mayor enfado vino cuando vio cómo María salía al balcón acompañada por aquel mequetrefe. ¿Y por qué demonios su padre le había permitido salir al balcón con Shelby? ¡Definitivamente, tenía que hablar con Gabriel!

Alguien lo sacó de sus pensamientos cuando su cuerpo cobraba vida propia para ir hacia aquel maldito balcón, tirando de él hacia la oscuridad más profunda del rincón que él mismo había elegido para observar sin ser visto. Lady Anne Hampshire atrajo la boca de él hacia ella antes de que él supiera

qué estaba pasando.

—Comenzaba a pensar que te habías arrepentido de tu sugerencia de venir al baile conmigo —dijo en tono sensual cuando terminó con el tórrido beso—. Aunque no ha sido agradable que viniéramos separados. Es muy poco caballeroso de tu parte —dijo haciendo un mohín en su bella boca mientras pasaba un dedo a lo largo de su musculoso pecho.

—Hay demasiada gente. Me agobian y había decidido refugiarme aquí un rato. Lo cierto es que todavía no te había visto —confesó con una sonrisa torcida por la interrupción, y arrepintiéndose hasta la saciedad de haberle dicho a Anne que fuera al baile.

—Bueno, ¿vamos? —urgió Anne impaciente por aparecer en público del brazo de Jason.

—Vamos —aceptó él exasperado y diciéndose a sí mismo que si se había metido en aquel lío, había sido por su propio bien, el de la familia y el de María mismo. Tenía que sacársela de la cabeza a como diera lugar. Pero ¿cómo hacerlo si, para empezar, todos sus pensamientos estaban en aquel maldito balcón?

Jason se dio cuenta rápido del error de toda aquella noche. Error haber venido. Error haber visto a María y querer saber lo que hacía. Error garrafal haber quedado en el baile con Anne.

A medida que se adentraban en el salón, los comentarios crecían como la espuma y la gente comenzaba a girarse hacia ellos a la velocidad del rayo. Ya era increíble verle a él en un baile, pero lo había hecho fatal al ir acompañado de Anne. De todas formas, no le importaban mucho los comentarios porque lo único que hacía Jason era mirar hacia la entrada del balcón esperando que María volviera. Ya le parecía que había pasado una eternidad e iba a dirigirse hacia allí para traerla arrastras de nuevo hacia el salón, cuando aparecieron los dos *tortolitos*. Lo único que quería Jason era arrancarle la cabeza a Shelby para borrarle aquella estúpida sonrisa de la cara y agarrar a María y llevársela lejos, donde nadie más que él pudiera contemplarla.

Anne se acercó a un grupo de amigas para empezar a hacer las presentaciones, cuando Jason la interrumpió bruscamente.

—Si no te importa y ya que estás en compañía —dijo en el tono más calmo y educado que le fue posible—, tengo que cruzar unas cuantas palabras con mi sobrina.

Dicho esto, realizó una breve reverencia y giró sobre sus talones, sin dar

tiempo a una estupefacta Anne a dar una triste réplica y desapareció entre la multitud.

María, que vio la expresión en el rostro de su tío mientras se acercaba, se preguntó si ese enfado provenía de si él sabía lo que había ocurrido en el balcón. Pero ¿cómo iba él a saberlo? ¡No! Se estaba dejando llevar por su imaginación. Aquello era imposible. Pero, si no era eso, ¿por qué estaba tan enfadado como parecía? Cuando estaba a punto de llegar a ella, María era ya un manojo de nervios y, sin pensarlo más, apuró la copa de licor que todavía conservaba en las manos de un solo trago.

—Si nos disculpa, lord Shelby, tengo que conversar a solas con mi sobrina un momento —exigió en un tono y con una mirada que no ofrecía alternativa.

—Por supuesto, lord St. James —dijo Anthony francamente intimidado.

Mientras Anthony contestaba, Jason ya había agarrado del codo a María y la conducía hacia el mismo lugar por el que acababa de llegar. Por el camino, María comenzó a sentirse indignada.

—¡No había necesidad de apabullar! —dijo molesta—. Anthony es un buen hombre.

—¿Anthony? ¿Ya tenemos esas confianzas? Pensé que te casarías cuando te diera la gana y no cuando tu padre te lo impusiera —masculló, una vez había llegado al balcón y completamente fuera de sí, ahora que nadie podía ni verlos ni oírlos.

—Y por supuesto que lo haré —aseguró levantando orgullosa el mentón.

—¿Y puedo saber entonces, si aún no estás preparada, qué hacías aquí fuera con ese mequetrefe, poniéndote en evidencia?

¡Esto era el colmo! Ahora se mostraba protector. María sintió que se desataba toda su furia interior. ¿Cómo podía estar enamorada de semejante hombre? Pero si no podían mantener una conversación sin gritarse. Y tan pronto la ignoraba completamente como se preocupaba por su futuro. Pero ¿quién se creía que era?

—Eso no es de tu incumbencia —replicó apretando los dientes con rabia.

—Siento contradecirte, pero soy tu tío. Y mientras no vea a tu padre por aquí cerca para darte su consentimiento, sí es de mi incumbencia.

—Te aseguro que si decido o no salir a un balcón a besarme con alguien...

María se paró en seco al darse cuenta de lo que acababa de decir y de la cara de estupefacción del bello rostro de Jason.

—¿Qué has dicho?! ¿Te has besado con ese mequetrefe? —preguntó

incrédulo, mientras auténtico veneno le corroía las entrañas.

—Deja ya de llamarle mequetrefe —se defendió María, intentando no levantar más la voz de lo que ya lo hacía—. Te repito que es un buen...

—Un beso, ¿cómo? —inquirió Jason, interrumpiéndola nuevamente, con una mirada salvaje que hizo que María comenzase a tener miedo.

—¿A qué te refieres? —preguntó algo amedrentada.

—Me refiero a si ese beso era casto o era un beso de amantes —formuló con una calma que a María le puso los pelos de punta.

—Si voy a casarme con él tendré que saber cómo besa, ¿no te parece? —exigió con renovado valor y a la defensiva.

De pronto, Jason estalló en una sonora carcajada, pero que, a la legua, era falsa.

—No creo que ese niño sepa realmente lo que es un beso lleno de pasión —expresó como para incitarla a que lo desmintiera.

—Pues yo creo, y creo saberlo mejor que tú —dijo arrastrando las palabras —, que sabe muy bien lo que hace —espetó, completamente triunfal, viendo la expresión de Jason.

De pronto, Jason la agarró de los brazos con excesiva fuerza y la atrajo hacia él. Quería sacudirla por insolente, pero cuando la tuvo cerca se olvidó del resto del mundo. Solo existían su fragancia, su sedoso pelo, aquel cuerpo turbador pegándose al suyo y aquella boca... aquella boca que él mataría por probar. Tenían los cuerpos completamente pegados el uno al otro, tanto que cada uno era consciente de cada centímetro del cuerpo del otro. Jason se tensó al notar el suave y bien contorneado cuerpo femenino contra el suyo y pudo comprobar que María, tal y como había adivinado cuando la había visto bailar, no llevaba corsé.

—¿No sabes tampoco que se considera indecente no llevar corsé? —preguntó con voz ronca.

A María le costaba respirar estando tan cerca de Jason y cuando habló notó que la voz le temblaba.

—Nunca llevo ropa interior —aseguró, intentando incomodar todavía más a Jason con su descaro.

Pero lo que consiguió fue que la imagen que acudió a la mente de este, a causa de esas palabras, fuese más de lo que, a juicio de Jason, cualquier humano hubiese podido soportar. Y entonces la miró a los ojos... antes de pensar qué estaba haciendo realmente, sus labios volaban hacia los de María.

María se sintió embriagada por aquella fuerza masculina que la mantenía firmemente apretada contra él, por el olor de su dulce aliento mezclado con el brandy y por el fibroso cuerpo que se pegaba al suyo como una segunda piel, sin importar que estuvieran completamente vestidos.

Por su parte, Jason nunca en su vida había probado unos labios más llenos y provocadores que los de María. Tan suaves... Se deleitó lamiéndolos y mordisqueándolos, mientras escuchaba el dulce gemido de rendición de María, que para él fue música celestial.

María se sentía invadida por el éxtasis. ¡Realmente ese mequetrefe no sabía besar! Y Jason hacía delicias en su boca, de tal manera que cuando la lengua de él empujó para ganar más terreno, María se rindió incondicionalmente a aquella dulce invasión.

Jason profundizó el beso, llevando a María a cumbres de deseo insospechadas y se aferró con todas sus fuerzas a él temiendo desmayarse en cualquier momento.

Cuando Jason notó el fuerte abrazo de María estrujándose más contra él, temió perder la razón. No supo cuánto tiempo duró aquel beso que lo dejó sin aliento y temblando de deseo como nunca nadie había hecho en toda su vida. Lo cierto es que un ruido de risas, que provenía de adentro del salón, lo sacó de su estado de ensoñación y la realidad de lo que acababa de hacer se le vino encima como un jarro de agua fría. Realizando el esfuerzo más grande de su vida se separó de María que estaba completamente aturdida; sus labios adorablemente hinchados y rosados y los ojos vidriosos por la pasión. ¡Dios! ¡Era la imagen más erótica y a la vez adorable que había visto en toda su vida! Y él tenía que huir de allí en aquel preciso instante.

—¡Lo siento! ¡Que Dios me perdone porque yo no puedo hacerlo! —rogó con voz profunda antes de soltarla y dejarla sola, temblando, en el balcón.

Capítulo 17

Sentimientos encontrados

María tardó sus más de diez minutos en recobrase de lo que acababa de suceder y poder así volver de nuevo al salón de baile. Sabía que lo que allí había ocurrido no podría saberse nunca. Mientras caminaba, con la mirada perdida, pensaba y pensaba. Trataba de buscar alguna escapatoria a todo el remolino de sentimientos que había en su interior, al novedoso y eufórico sentimiento de que Jason tenía que sentir algo por ella, si no, no la habría besado... y de esa manera. Sin pensar, se llevó los dedos a los labios para así poder rememorar mejor todas las dulces sensaciones que acababa de vivir. Y al mismo tiempo, un sentimiento aplastante de culpabilidad y de desdicha llenaba todo su ser. No había escapatoria para sus pecados y, sin embargo, ella no sentía el más mínimo remordimiento por lo que acababa de suceder. Por Dios, se sabía de matrimonios entre primos y, aunque estaba mal visto, la Santa Madre Iglesia los había aceptado. ¿No era lo mismo en su caso? ¿No podía ella albergar aquellos sentimientos hacia su tío sin que aquello fuese pecado? Necesitaba la absolución y no sabía si la iba a encontrar. Comenzaba a dolerle el pecho y le faltaba la respiración. Y toda su alma clamaba por salir de aquel atolladero mientras sus lágrimas amenazaban con salir. Por primera vez en su vida no sabía qué hacer, qué era lo correcto o lo incorrecto, y le faltaba su acostumbrada determinación cuando chocó contra su padre.

—María, ¿se puede saber dónde demonios te habías metido? —preguntó enfadado—. La gente ya estaba empezando a murmurar.

Aquello fue más de lo que ella podía soportar y sin poder contenerse rompió a llorar como una niña pequeña.

—¡Papá! ¡Llévame a casa, por favor! No me preguntes, te lo suplico. Solo

llévame a casa.

Gabriel, guiado por su instinto protector y lleno de preocupación, tapó con su enorme cuerpo a su pequeña para que nadie pudiese ver lo que ocurría, y en un abrir y cerrar de ojos la sacó de allí para llevarla de vuelta hacia su casa, a la seguridad de su cuarto.

Ana le calentó agua para que se diera un baño, se relajara y, después de tomar algo, se acostara. Pero nunca había visto a su niña con aquella cara ausente, con tanta tristeza, como si fuese el fin del mundo y lo que le ocurriese no se pudiera resolver. Su María siempre había sido fuerte y siempre encontraba una salida para animarse. Incluso, cuando se alejó de su madre, había encontrado la fuerza necesaria pensando que algún día, no muy lejano, volverían a encontrarse y así se lo reflejaba en sus cartas siempre. Eso le daba fuerzas.

—¿Estás segura de que no quieres hablar, mi niña? —preguntó dulcemente Ana.

María la miró como si no la viera.

—Nadie puede ayudarme, Ana. Nadie puede consolarme —dijo tristemente.

—Si me contaras... Además, tu padre está realmente preocupado.

—Ni quiero ni puedo hablar —interrumpió María—. Solo conseguiría que me odiaseis. He hecho algo terrible, Ana. Algo que no tiene perdón de Dios.

—¿Has matado a alguien? —preguntó Ana segura de su respuesta.

—No, pero hay cosas que tampoco se pueden perdonar.

—¡Todo se puede perdonar y todo se puede solucionar! ¡Todo menos la muerte, claro! —dijo con bondad.

—Quizás tú, quizás mi madre... pero no la ley de Dios.

—¡Dios es amor! Seguro que podría perdonarte. Y más cuando los pecados se cometen por amor —cuestionó Ana, tanteando el terreno.

María se giró asustada para enfrentar la mirada de su nana.

—¿Por qué dices eso? —preguntó asustada.

—¿Se trata de tu amor por tu tío? —preguntó con suavidad deseando que ella no se retrajera y pudiese desahogarse con ella de alguna manera.

—¿Cómo sabes...? —preguntó asombrada María.

—¡Sabe más el diablo por viejo que por pellejo! —rio con bondad—. Cuando estáis juntos desprendéis chispas, mi niña. Es algo obvio. Pero, por desgracia, no puedo darte ninguna solución a tu problema. Aunque no seré yo quien te juzgue por ello.

—¿Desprendemos chispas? Él sí, pero de odio. Antes de irse me quería. — No quería confesarle a Ana que pensaba que su tío podría albergar algún tipo de sentimiento por ella porque tampoco era que estuviese muy segura—. Y no sé qué le he hecho para que ahora me aborrezca —dijo sin ver la sonrisa condescendiente de Ana—. Pero gracias, Ana. Necesitaba que alguien lo supiera y no me rechazara. ¿Crees que mamá me rechazaría? No creo que soportara ver su decepción en la cara. ¿Por qué no me escribe últimamente? ¡La necesito tanto...!

Ana dio gracias a Dios de que María no la estuviese mirando en aquel momento, porque el color había escapado de su cara.

—Tu madre está contigo. Puedes estar segura de ello —dijo en un suspiro y luego añadió—: Bajaré a decirle a tu padre que te encuentras mejor. Tú descansa esta noche y no pienses más. Las cosas serán como tengan que ser...

A la mañana siguiente, sus primas fueron a visitarla. Ella se encontraba en su cuarto y le había dicho a Ana que no bajaría a desayunar. Todavía no quería enfrentar a su padre. Pero sus primas subieron como balas a la habitación.

—¿Qué te ocurrió anoche, María? —preguntó Mary Anne preocupada—. Supimos que habías abandonado el baile por sentirte indisputada.

—Nada —contestó María sonriendo—. Bebí un poco más de la cuenta. No estaba preparada...

—Bueno, eso le pasa a mucha gente —aseguró Cristine sin darle más importancia al asunto—. ¿Te has enterado ya de los rumores acerca de tío Jason?

María palideció.

—Ayer —continuó Mary Anne—, mamá nos contó que, mientras tú estabas desaparecida en combate con tu maravilloso lord Shelby, por cierto, ya nos contarás qué ocurrió en el breve espacio de tiempo que estuvisteis en el balcón, tío Jason apareció del brazo de lady Anne Hampshire.

—¿Qué? —gritó ahogada María que, superado el susto inicial, notaba cómo unos estúpidos celos recorrían cada centímetro de su cuerpo—, ¿es que es esa su nueva pareja?

—Parece ser que en los últimos días han estado juntos y... ya sabes cómo es el tío Jason y... todo Londres sabe cómo es lady Anne...

—¡Menuda fulana! —continuó Cristine—. Pretende engatusar al tío y, por lo

visto, parece que lo está haciendo bien. Mamá dice que el que se haya dejado ver en público con ella es significativo de que hay algo serio entre ellos. Son la comidilla de todo Londres y mamá dice que cuando se entere tío Gabriel, va a arder Troya.

¿Troya? ¡Eso era poco comparado con lo que ella pensaba decirle! ¡Menudo cretino! Y él besándola en el balcón. No veía el momento de volver a encontrárselo. Un sentimiento nuevo de indignación comenzó a corroerle las entrañas y, poco a poco, la melancolía en la que se había dejado caer fue dejando paso a la mayor furia que jamás hubiese sentido. Se sentía dolida, humillada... ¿celosa? Y sobre todo una tonta por haber pensado que entre ellos podía existir amor, aunque este fuera imposible. Y ella pensando que él podría amarla... Lo que le ocurría a su tío era lo de siempre. Que le gustaban demasiado las faldas... ¡Bien! Ella no se escondería en su cuarto por culpa de la libido descontrolada de su tío. ¡Pedazo de...! ¡Se iba a enterar ese!

Capítulo 18

La zorra y el mequetrefe

Las semanas pasaron y María no consiguió volver a ver a Jason. La estaba rehuyendo, pero a ella no le importaba. Su vida era bastante más fácil sin tener que encontrarse con él. Podía fingir que nada había ocurrido y continuar con su existencia y su plan de casarse que ahora había cobrado renovada vida. Anthony la visitaba a menudo, y salían a pasear con sus primas como carabinas. Alguna vez, las muy pícaras se despistaban para que pudiesen besarse a la despedida, pero a María no le hacía gracia. Reconocía que era agradable besarle, pero una vez que habías probado la miel... ¿Por qué demonios tendría que haberla besado Jason? Lo cierto es que habría sido más feliz viviendo en la ignorancia.

María no había vuelto a ir a ninguna velada, pero le llegaba información, por parte de sus primas, de que su tío Jason se había dejado ver en alguna que otra y acompañado de la ya afamada lady Anne. Lo cierto es que María sentía que el corazón se le desgarraba cuando le contaban esas cosas y unos estúpidos celos la recorrían por entero. Pero esa noche comenzaba la temporada y por nada del mundo se lo iba a perder; aunque esperaba, sinceramente, que su tío no acudiera.

Esa mañana, cuando regresaba de su cabalgata matutina, entró directamente al estudio de su padre y se encontró allí con los dos hermanos en encarnizada conversación.

—¡Te exijo que dejes de frecuentarla hoy mismo! —le gritaba Gabriel a su hermano—. Mira, yo entiendo que estuvieras necesitado, pero no te mandé a ella para que mantuvieses un romance. Ni siquiera para que la tomases como amante. Se trataba de un rato de diversión.

—Está bien, hermano, ¡cálmate! —lo tranquilizó Jason.

En ese momento entró María con las mejillas arreboladas por el ejercicio y el pelo gloriosamente suelto. El traje ajustado de montar que traía hizo que Jason se revolviere incómodo en su sofá.

—¡Perdón! No sabía que estuvieses ocupado, papá. Volveré más tarde —dijo en tono serio.

—Un momento, jovencita —continuó Gabriel en tono enfadado—. Ya que estás aquí vamos a resolver de una vez por todas, sea cual sea, el problema que os traéis entre manos vosotros dos. Y no me toméis por tonto. Me enteré de que habíais estado juntos en el baile de los Allen justo antes de que comenzases a llorar.

María miró furiosa a su padre por revelar ese dato, al ver el repentino interés de Jason.

—¡Quiero una explicación y la quiero ahora! No quiero que haya odios en esta familia, y vosotros parece que estáis en guerra continua.

—Pregúntaselo a él, papá —acusó María, disfrutando del sonrojo de su tío Jason.

Jason ya estaba harto por hoy de aguantar reprimendas y no lo iba a hacer de una mocosa que andaba tonteando con el tipo más soso de todo Londres.

—¡Quiero saber qué sucedió en el baile! —exigió Gabriel enfáticamente.

—Lo que ocurrió —dijo arrastrando las palabras Jason—, es que el padre de la niña estaba desaparecido en combate, mientras la mocosa provocaba descaradamente a todos los hombres de la sala con su escote y su falta de corsé, bebía como un marinero de taberna y se escondía en los balcones para buscar los besos robados de sus pretendientes —replicó, totalmente fuera de sí, lleno de un sentimiento descontrolado de auténticos celos y mientras se levantaba y miraba a María directo a los ojos, desafiándola a que negara algo o contase lo ocurrido entre ellos—. Y por supuesto, tuve que ir a decirle dos cosas a la señorita.

—¿Decirme dos cosas? —María no se lo podía creer. Y estaba otra vez, cómo no, completamente fuera de sus casillas, gracias a él—. Eres un miserable y un mentiroso. Yo no iba provocando a nadie. Y debo añadir que también eres un cretino, ya que tú estabas demasiado ocupado con *tu lady Anne*, que te esperaba mientras «me decías dos cosas». ¡Eres un cerdo y un auténtico canalla!

Gabriel acababa de perderse otra vez en la conversación y miraba desde

fuera, como si él no estuviese en la sala y esos dos estuviesen hablando de algo que él era incapaz de comprender.

—Pues no me pareció que en ese momento te importase demasiado lo cerdo y lo canalla que soy —dijo elevando más el tono de voz.

—¡Quiero que me dejes en paz y que dejes de entrometerte en mi vida! —exigió María al borde de la locura—. ¡Ya tengo un padre que vela por mí y no eres tú quien debe ocuparse de nada!

—No puedo —protestó con sinceridad Jason—. No puedo dejar que te cases con el mequetrefe ese... cuando hay millones de partidos mejores que él por ahí. Y si tu padre no tiene el buen tino de señalártelo, seré yo quien lo haga.

Gabriel abrió la boca para hablar, incluso llegó a levantar el dedo en protesta por las palabras de Jason, pero María no le dejó ni comenzar.

—¡Mira quién habla de buenos partidos! El que sale con la pelandrusca más grande de todo Londres.

—¡María! —gritó Gabriel, interviniendo rápidamente esta vez—. Cuida ese vocabulario —dijo, mientras se daba cuenta de que ninguno de los dos le había escuchado y no le hacían el más mínimo caso.

—Bien —dijo Jason con calma, pero dejándose llevar por los celos y la rabia del momento—, yo dejo a la zorra y tú al mequetrefe.

¿De dónde demonios habían salido esas palabras? ¿Pero es que se había vuelto rematadamente loco?

—Bien —contestó María antes darse cuenta de lo que había dicho, con un mohín en la cara.

Total, le importaba un pimiento el *mequetrefe ese*, y lo único realmente urgente e importante para María en ese preciso instante era que su tío dejara a *la zorra*.

—Bien —contestó Jason a modo de mofa, y se giró sobre sus talones para abandonar el estudio, completamente enfurecido por el curso de los acontecimientos.

Pero cuando llegó a la puerta se volvió para mirar de nuevo fijamente a María.

—Y ponte el maldito corsé esta noche o te juro que no llegarás ni a pisar la pista de baile —afirmó, arrastrando las palabras y girándose de nuevo para salir a grandes zancadas de casa de Gabriel.

María salió corriendo detrás de él, indignada por su persistencia de mandar

en ella, y dijo a voz en grito para que él pudiese oírlo con claridad:

—¡Ni lo sueñes! ¿Me oyes? Yo soy la dueña de mí misma y tú no tienes ningún derecho a decirme lo que tengo que hacer.

Y acto seguido subió a toda velocidad las escaleras para desahogar su furia en la seguridad de su cuarto.

Gabriel quedó de nuevo solo en su estudio sin saber qué era lo que acababa de ocurrir.

Capítulo 19

Desnuda

Jason llegó a su casa enfurecido. Las últimas semanas habían sido las peores de su vida. No recordaba haberse sentido tan bajo como persona como en el baile de los Allen.

Cuando salió de aquel balcón, supo que había tocado fondo, y en un momento de locura se planteó largarse de Londres, para siempre, sin avisar a nadie. Pero sabía que ni eso le iba a impedir dejar de pensar en María ni en la maravillosa experiencia que había compartido con ella en aquel balcón. Él nunca había sentido nada parecido y lo cierto era que contaba con bastante experiencia. Solo podía describirlo como algo sublime. Luego, decidió ahogar sus penas en alcohol y se pasó tres días en su casa, borracho como una cuba. Después de aquello, volvió al mundo de los vivos solo para encontrarse con una Anne que no le dejaba ni a sol ni a sombra, y no encontraba la mejor manera de desembarazarse de ella. Al final, llegó a la conclusión de que no le molestaba su cháchara incesante ya que, mientras tanto, él estaba abstraído en sus pensamientos y por las noches le calentaba la cama. Ese era el único método que se le ocurría para mantenerse lo más alejado posible de María. Y ahora le había prometido a su pequeña bruja que la dejaría. Lo cierto es que ya estaba harto de Anne y lo único que él quería era que María dejase a Shelby.

Se empeñaba en decirse a sí mismo que era porque Shelby no era un buen partido para ella. Pero ahora... ¿Ahora qué? ¿Ahora quién? Porque María acabaría casándose más temprano que tarde, y él lo único que acababa de conseguir era retrasar lo inevitable. ¿Quién sería el siguiente en la lista? ¿Qué excusa iba a inventarse ahora?

No quería ni imaginarse a María en brazos de otro. No quería que ningún otro hombre sintiera lo que él había sentido con ella. Aquello había sido demasiado especial y no quería que María lo sintiese con nadie más que con él. Pero... era imposible. Y ella acabaría dándole sus labios, sus besos y su cuerpo a otro hombre. Y también se llevaría con ella su sonrisa y aquellas interminables charlas que ellos solían mantener antes de que él se fuera de Inglaterra. ¿Por qué hacía aquello si, al fin y al cabo, no podía ser con él?, se preguntaba una y otra vez. Se sentía tan estúpido por lo que había hecho y tan infeliz...

* * *

Cuando esa noche llegó al baile, no tardó en vislumbrar a María. Seguía siendo la mujer más bella que jamás hubiese visto y además estaba toda rodeada de admiradores.

Su humor era ya bastante malo debido a que la ruptura con Anne había sido más difícil de lo que a él le hubiese gustado. Odiaba cuando las mujeres ponían todas sus armas femeninas al ataque, como llorar con desolación, decir «Me has utilizado» cuando en realidad era ella la que quería usar su dinero, «Yo te quería», «Seré el hazmerreír», y un sinfín de etcéteras que no se atrevía ni a recordar llegando a incluir el típico «Me las pagarás». Toda su familia había tenido razón cuando le dijeron que no era una mujer para frecuentar. Su hermano también le estaría dando la paliza una semana con el «Te lo dije», si se llegaba a enterar del numerito que Anne le había montado.

El baile iba a comenzar y se acercó a María sin que esta lo viera, dirigiéndose en alto a todos los hombres que la rodeaban.

—Si nos disculpan, caballeros, creo que mi sobrina había reservado este baile para mí —anunció con una pícaro sonrisa, que deslumbró a María en el acto, mientras los hombres comenzaban a dispersarse—. ¿Bailamos? —preguntó con una seductora sonrisa mientras elevaba los brazos para invitarla a bailar.

—Por supuesto —contestó María dubitativa, ante el súbito buen humor de Jason.

María se había quedado sin aliento al girarse y encontrar aquella perturbadora sonrisa de Jason. De veras que era el hombre más apuesto que ninguna mujer pudiera ver jamás y estaba tan guapo vestido de negro, en

contraste con aquellos ojos del azul grisáceo de un perfecto día de mar, tan elegante y a la vez tan sobrio, sin adornos ni florituras, simple y salvaje masculinidad por cada poro de su piel... María se estaba acalorando en demasía.

Comenzaron a girar deslizándose por la pista de baile a la vez que Jason la devoraba con la mirada. Llevaba un vestido color borgoña que resaltaba su piel morena, y él podía sentir el poder y el fuego de aquel cuerpo femenino en sus manos.

—Supongo que habrás cumplido con tu promesa —comentó Jason mirando a María directamente a los ojos.

María estaba mareada como nunca. Lo observaba y todo su cuerpo reaccionaba al instante, pero cuando él la miraba de manera fija a los ojos se derretía en el sentido más literal de la palabra.

—He hablado con Anthony y le he sugerido que a lo mejor estábamos llevando nuestra relación un poco más deprisa de lo que yo esperaba y le he pedido que nos demos un tiempo.

—Bien.

—¿Bien? ¿Y tú?

—Yo he cumplido con mi parte del trato, cosa que no puedo decir de ti —dijo demasiado serio.

—¿Cómo que no? —preguntó confundida—. He cumplido. He dejado a Anthony.

Tuvo que callarse porque, de repente, Jason la acercó a sí mismo mucho más de lo que el decoro permitía, haciendo que María diera un respingo de verdadero placer al sentir la boca masculina tan cerca de su cuello. Si no hubiese sido porque eran familia ya habría gente murmurando. Posicionando la boca demasiado cerca del oído de ella, pudo sentir el aliento de él en el cuello y un escalofrío le recorrió toda la columna vertebral.

—No te has puesto corsé —reafirmó dando un pequeño apretón en su cintura para enfatizar lo que decía.

—Eso no era parte del trato —protestó María, a la vez que notaba cómo sus mejillas se sonrojaban.

—Estás preciosa cuando te sonrojas —dijo con una amplia sonrisa.

¿Más cumplidos? ¿Qué demonios le pasaba? ¿Y por qué la miraba con aquella sonrisa tan seductora en la cara?

—¿Qué te propones? —preguntó escéptica.

—Ya te dije lo que sucedería —dijo con tranquilidad.

Y sin más miramientos, en cuanto terminó la pieza de baile, la cogió del codo y comenzó a sacarla fuera de la fiesta.

—¿Qué crees que estás haciendo? —tartamudeó comenzando a enfurecerse.

—Llévate a casa. Cuando aprendas a vestirte, saldrás —aseveró sin inmutarse, ni aminorar el paso ni tan siquiera un instante.

—¡Ah, no! No pienso volver a desaparecer de un baile, así sin más. Voy a ser la comidilla de todo Londres.

—Me da igual.

—Gritaré.

—Solo conseguirás armar más escándalo y llamar más la atención sobre ti.

—Tienes que avisar a mi padre...

—Le he dejado una nota, no te preocupes.

—¿Ya habías...? ¿Que no me preocupe? ¡Eres un déspota y un tirano! ¡No tienes derecho! Y si no me sueltas en este preciso momento yo... yo...

En ese momento, fue lanzada, literalmente, dentro del vehículo que su tío tenía esperando para ellos.

—¡No pienso ir a casa para ponerme un maldito corsé que no me deja respirar! —decretó con los dientes apretados.

—Bien, no saldrás de casa —enfaticó tranquilo.

—Espera a que mi padre se entere de esto. Él no me obliga a poner corsé. Sabe que no lo necesito y no lo aguanto. Cuando sepa que has vuelto a arruinar el que pueda conocer un buen partido, servirá tu cabeza en bandeja.

—Estoy de acuerdo contigo.

Y lo cierto es que lo estaba. Gabriel iba a matarle por esto. Y eso, sin mencionar que su hermano no era tonto y en breve iba a comenzar a sospechar que Jason hacía todo lo posible para que María no encontrase pareja. Solo esperaba que no recelara de los motivos reales. Claro... que ni él mismo los sabía. Después de que había llegado, esa misma mañana, a la conclusión de que tenía que dejar que María continuase tranquila con su vida, ahí estaba él. Sacándola a rastras de una fiesta. Pero es que la imagen de todos aquellos hombres alrededor de ella le había paralizado el sentido común. Ahora la excusa era el corsé. ¿Cuántas más excusas podría encontrar? ¿Y con qué objetivo? ¡Dios, se había vuelto loco! No había otra explicación. Pero ahora no podía echarse atrás.

Fueron el resto del camino en completo silencio. Él con cara de frustración

y ella furiosa.

Cuando llegaron a la casa, Jason intentó suavizar un poco la situación ya que se sentía pero que muy culpable. Pero María no quería ni que la mirase.

—María... yo...

María comenzó a subir las escaleras con paso enérgico sin volverse siquiera para mirar a la fuente de su rabia.

—María, por favor, espera...

Quería disculparse, pero no sabía cómo. Solo sabía que no quería separarse de ella mientras aún estuviesen enfadados. Así que subió las escaleras detrás de ella llamándola, sin obtener ni una sola respuesta, y la alcanzó justo cuando ella estaba entrando en su cuarto.

—María...

—¿¡María, qué!?! —gritó furiosa, girándose para enfrentarlo desde el vano de la puerta—. Tú no eres mi padre, ¿sabes? Y hoy sí estaba él bien a la vista para preocuparse por mí. ¡No tenías ningún derecho a hacer lo que has hecho!

¡Dios! Le encantaba el carácter apasionado de esa chiquilla. De hecho, le volvía loco, pero también conseguía enfurecerlo y, aunque ella tenía razón, no pudo evitar enfadarse.

—¡Ir sin corsé es como ir desnuda! Y si tu padre no es capaz de decírtelo porque te tiene demasiado consentida, lo haré yo mismo las veces que hagan falta —aseguró, repitiéndose en su argumento.

—¡No! ¡No es ir desnuda! —explotó María fuera de sí y harta de la estupidez de su comentario—. ¡Esto es ir desnuda!

Y sin pensarlo más, allí, en plena puerta, se arrancó prácticamente el vestido, que cayó al suelo en un remolino de telas y vuelos, dejando así patente que, efectivamente, esa niña no usaba ropa interior.

La boca de Jason se abrió como nunca en su vida y sus ojos aumentaron de tamaño, para no perder ni un solo detalle de aquella diosa caída del cielo. En menos de un momento, se había quedado como Dios la trajo al mundo salvo por unas medias de seda transparentes que llegaban hasta la mitad de sus muslos y unos zapatos de tacón. ¡Era tan bella y aquella vista tan erótica, que no podía ser real! La visión le paró el corazón en seco y toda su sangre se centró en una parte concreta de su cuerpo. Esa muchacha era gloriosa. Esos grandes pechos desafiando orgullosos la ley de la gravedad, aquella cintura tan estrecha, el vientre plano, sus curvadas caderas y aquellas piernas infinitas...

María solo estuvo allí de pie, orgullosa, durante unos segundos. Acto seguido, y triunfal por la expresión de la cara de Jason, empujó la puerta con todas sus fuerzas para que se cerrara con un fuerte golpe en sus narices, mientras se giraba hacia el interior de su cuarto. Pero la fuerza con la que empujó la puerta hizo que esta, en vez de cerrarse, rebotara y volviera a abrirse para dejar así a Jason la imagen de ella de espaldas, caminando orgullosamente enfurecida hacia su cama.

La imagen de aquel culito respingón terminó de rematarlo, y entonces supo que lo que acababa de ver le perseguiría hasta el mismísimo infierno.

Capítulo 20

El don nadie

Don Felipe de Uriarte se retorció nervioso en el sillón del cuarto que tenía alquilado en una localidad del norte de Francia. Estaba esperando noticias de uno de sus esbirros, que llegaría en breve de Londres. ¡Por fin!, se decía a sí mismo con una malvada sonrisa en la cara, ¡por fin iba a terminar con todos aquellos años de miseria y persecuciones!

Todavía se preguntaba cómo un militar de alto rango español, con un elevado cargo como él y con una gran fortuna como había tenido, estaba repudiado en Francia y viviendo en aquellas míseras condiciones. La guerra de España contra los franceses le había pasado factura. ¡Y de qué manera! Pensaba que había elegido bien el bando cuando todo el conflicto se desató. Pero se había equivocado. En su afán por alcanzar más posición social y beneficiarse económicamente de ello, su plan había fallado. Ahora, su única esperanza de volver a adquirir todo lo que alguna vez había tenido se centraba en encontrar a María. Y parecía que, por fin, después de todos aquellos años la había encontrado. Sí, ella era su salvoconducto para la gran vida que siempre había ansiado.

Se retorció de rabia porque su plan original había sido perfecto, pero la zorra de Isabel lo había truncado al hacer desaparecer a María. Se había aliado con los franceses porque pensaba que serían ellos los que se quedarían con el poder de España. Pero también tenía claro que los franceses siempre lo verían como a un español y no uno de los suyos realmente. Por ello, había querido afianzar aquella alianza con la unión de su hija y aquel francés de la corte. Aquel matrimonio le hubiese reportado muchos beneficios. Entre ellos, que en caso de que la guerra se inclinase hacia el otro bando como realmente

ocurrió, él no sería un exiliado más en Francia como lo era ahora, sino un familiar cercano a la corte francesa. Sería rico y tendría posición.

Con la resolución de las Cortes de Cádiz de 1812, se le habían confiscado todos los bienes al ser colaboracionista de la administración josefina y tuvo que ir camino del exilio, ya que el rey de España, Fernando VII, ordenó la persecución de todos los afrancesados.

Y ahora las cosas se ponían más feas todavía, puesto que el actual regente en Francia, Luis XVIII, no quería tener en su país a un número tan alto de españoles exiliados, ahora acusados de liberales. Y además, su situación jurídica en la nación gala era rara, y los denominaban apátridas. Y todo por una turbulenta ida y venida de la situación política. Ahora, era un perro en España y un perro en Francia.

Estaba claro que tenía que encontrar a María. Todavía tenía una fuerte amistad con el noble francés con el que había acordado el matrimonio de su hija. Jean-Pierre, gracias a Dios, aún estaba interesado en aquel matrimonio con la beldad de la que Felipe le hablaba. Era un hombre retorcido al que le encantaba coleccionar mujeres bellas, y si María resultaba ser una beldad como su padre decía, no le importaría casarse con ella para poder poseerla. Al menos ese era el trato que había hecho con el francés. Así, podría volver a tener poder e influencia en la corte francesa y no volver a ser un don nadie. O al menos eso creía él.

La puerta se abrió de golpe y entró Pedro, con una sonrisa siniestra en la cara.

—Es ella, mi comandante —dijo sin más dilación.

—¡Por fin! —decretó con una mirada siniestra al vacío—. Por fin nuestra suerte va a cambiar, Pedro.

¡Había localizado a María! Habían pasado años de búsqueda y ahora ya la tenía casi en su poder... otra vez.

Cuando María desapareció, casi se volvió loco de furia y creyó que le iba a ser más fácil encontrarla. Al principio pensó que, con un poco de presión, la débil de Isabel se lo diría. Pero, con el tiempo, se dio cuenta de que Isabel no era la mujer pusilánime que él pensaba. En realidad, no la conocía en absoluto y demostró ser un fiero rival. ¡Vaya si lo había demostrado! No había sido gracias a ella que ahora estuviese a punto de tener otra vez en su poder a María. Pero sabía que en algún momento tendrían que ponerse en contacto madre e hija. Fue por ello que la recluyó en un convento de Córdoba. Primero,

como medida de presión para que confesase dónde tenía escondida a María. Y con el tiempo, al no conseguir nada, para aislarla de todo el mundo y poder así tener vigilado cualquier tipo de correo o contacto que pudiera tener con el exterior. Siempre pensó que las atraparía. Pero el tiempo pasaba y no conseguía nada...

En 1814 comenzaron a perseguirlo por afrancesado y tuvo que huir al exilio a Francia. Recogió a su mujer en su empeño de que esa perra que le había arruinado la vida tenía que reparar de alguna manera todos los sueños de distinción y grandeza que alguna vez había tenido y que él consideraba que ella le había robado. Algún día, ella le serviría como moneda de cambio y ese día había llegado. Se refugiaron en casa de doña Enriqueta mientras preparaban la huida. Sin Isabel eso ya le hubiese sido imposible, ya que, desde la muerte de *su querido suegro*, doña Enriqueta casi le tenía prohibida la entrada a su casa. Pero sabía que doña Enriqueta ayudaría a su querida hija. Y si Felipe era un afrancesado perseguido, también lo era su mujer.

Quiso la casualidad, sin duda una gran fortuna para él, que una noche encontrase a doña Enriqueta muy nerviosa quemando algo a toda velocidad en la lumbre del hogar. Fue cuando la apartó de un fuerte empujón y no dio crédito, ni a su buen tino ni a su estupidez, cuando encontró restos de una carta que firmaban con el nombre de María. Una carta de Londres. ¡Demonios! ¿Cómo rayos nunca se le había ocurrido? ¡Inglaterra! Por supuesto, el inglés del que ella había quedado prendada, el gran amor de la estúpida de Isabel. Ella había creído que aquel inglés era el padre de María. ¿Cómo no lo había pensado antes? Y además, la maldita María se había estado comunicando con su abuela y no con su madre como él había estado esperando. ¡Se habían estado burlando de él y delante de sus mismísimas narices! Tenía unas ganas locas de asesinarlas a todas. Pero debía mantener la cabeza fría. Tenía que pensar. El único problema fue que nunca tuvo ni un nombre ni una maldita dirección y Londres era muy grande. Pero por algo se empezaba y él sabía esperar.

Y esperó, aunque siempre buscando, pero parecía que su buen tino le había abandonado, al menos hasta que María cumpliera dieciocho años. Si se encontraba en Londres, la tendrían que presentar en sociedad, como era costumbre allí. Y, si se había convertido en la belleza morena que parecía iba a ser, la encontraría. Su porte español destacaría de entre todas las damas inglesas.

¡Y así había sido! Casi no había comenzado la temporada y ya la tenía localizada. Felipe no podía creer en su buena suerte.

—¿Sabes dónde encontrarla? —preguntó Felipe sombríamente.

—Ha sido fácil. No dura mucho en las veladas y ha sido un juego de niños seguirla hasta su casa.

—Perfecto. ¡Hagámosle una visita!

Desde la habitación contigua, la figura de una mujer se desplomó sobre la cama al oír aquellas palabras. De su garganta brotó un sonido ahogado y las lágrimas comenzaron a bañar su rostro. Felipe había localizado a su María. Isabel lloró con amargura su fracaso de intentar proteger a su pequeña.

Capítulo 21

El chantaje

Después del último gran encuentro entre María y Jason, las cosas parecían haberse calmado un poco. Era como si hubiesen llegado a un acuerdo tácito de soportarse, más o menos, el uno al otro. No se gritaban y se comportaban entre sí con cortesía.

Gabriel no podía dejar de pensar en esos dos y en la extraña conducta que tenían. Esa noche, Gabriel había llevado a María a otro baile. Jason se les había sumado, aunque, esta vez, sin carabina. Parecía que por fin Jason había dejado de frecuentar a Anne. María estaba radiante y era el centro de todas las miradas. Todos los solteros más codiciados de Londres querían bailar con ella. Gabriel estaba realmente feliz.

—Comienzo a pensar que no crees que soy una buena compañía para mi propia hija —comentó Gabriel como al descuido, tomando un sorbo de su copa mientras miraba de reojo a su hermano.

—Eres su padre, ¿por qué iba a pensar yo eso? —contestó Jason, con expresión seria.

—Nunca has querido venir a ningún baile, y desde que presentamos a María en sociedad no te privas ni de uno. Por no decir que no la pierdes de vista en ningún momento —observó Gabriel con suspicacia.

—Sabes que he sido, casi tanto como tú, como un padre para ella. Es simple, me preocupo igual que tú.

—Creo que de manera muy diferente a mí, Jason. Cuanto más os miro, más pienso que algo raro os ocurre a vosotros dos y me gustaría saber lo que es de una vez por todas.

—No sabes lo que dices, Gabriel. ¿Cuántos años tienes? Hermano,

comienzas a chochar —se burló Jason sonriendo, para aliviar la tensión y desviar así los pensamientos de su consanguíneo, antes de que sacase las conclusiones acertadas.

—¿Chochear yo? —expresó indignado Gabriel—. Pero si estoy en la flor de la vida...

—Pues demuéstralo y sal ahí a bailar en vez de estar cotilleando como una vieja solterona —dijo, en el momento en que su hermana Clementine aparecía por allí, para que alguien bailase con ella.

—Está bien —dijo Gabriel con una sonrisa—, pero no pienses que te has librado de mí. Tú y yo tenemos una conversación pendiente —aseguró mientras se llevaba a su hermana a la pista de baile, con una gran sonrisa.

Jason expulsó una bocanada de aire y volvió a fijar la mirada en la mujer que ocupaba todos sus pensamientos. No sabía por qué tenía que ir detrás de ella a todos los sitios, pero sentía la necesidad absurda de protegerla de forma continua... y de saber si avanzaba en su propósito de encontrar pretendiente. Vio cómo se dirigía, sola, hacia el balcón. Por un instante, sintió deseos de ir tras ella, pero llevaban varios días sin gritarse y no quería arruinarle este baile también.

María estaba extenuada y necesitaba algo de aire fresco y un rato de soledad. Los hombres no le daban tregua y comenzaba a sentirse agobiada. Y encima no era capaz de dejar de pensar en Jason. Esa noche, como otras tantas, estaba espectacular. Era tan guapo y todas las mujeres lo comentaban... Total, ella sabía que jamás encontraría nadie de quien enamorarse. Ya estaba enamorada y eso era un imposible. Así que, ¿qué más daba todo aquello? Que su padre eligiese un pretendiente y ella lo aceptaría. Pero ya no quería más jornadas maratónicas de baile donde nunca iba a encontrar lo que ella buscaba. Porque lo que ella buscaba... era a Jason.

María se sobresaltó con un ruido que procedía de los matorrales del jardín. Intentó mirar en la dirección del sonido, pero estaba muy oscuro ahí fuera y no conseguía ver nada. De pronto, de la nada vio surgir la figura de un hombre corpulento. Su corazón comenzó a redoblar como un tambor.

—¡Vaya, vaya! Directa a mí. Últimamente no puedo creer en mi propia suerte. Y además, ahora que te veo de cerca, he de decirte que eres aún más bella que tu madre; lo cual es una gratísima sorpresa para mí, además de una gran ventaja —dijo con regocijo aquella voz desde las sombras.

María se quedó petrificada al oír la mención de su madre. Pero aquello no

podía ser. Nadie en toda Inglaterra sabía quién era su madre.

—Es un cumplido, ¿sabes? —comentó la voz masculina desde las sombras al ver que María era incapaz de reaccionar.

—Disculpe, ¿nos conocemos? —preguntó asustada, pero llevada por la curiosidad del momento.

—¡María, por favor! —soltó de repente, cambiando al castellano—. ¡No me digas que te has olvidado de tu adorado padre! —se burló, saliendo de entre las sombras.

María se quedó sin respiración y comenzó a caminar de manera lenta hacia atrás para huir.

—Si de verdad aprecias en algo la vida de tu madre, yo no haría eso.

María frenó en seco ante las palabras y el tono de voz de Felipe.

—Así me gusta, tesoro. Que seas una niña obediente. Me lo debes después de las penurias que he pasado por tu culpa y de lo que me ha costado encontrarte.

—¿Por qué? —preguntó María con voz temblorosa—. ¿Dónde está mi madre? Y yo no soy tu hija. No entiendo qué haces aquí ni qué quieres de mí.

Felipe soltó una carcajada cruel.

—Veo que todavía eres muy inocente —afirmó con una mezcla de desprecio y satisfacción—. ¿Es que nadie te ha contado la verdad en todos estos años? Veo que ni tu querida abuela ni la zorra de tu madre te lo han contado.

María sintió que el corazón se le paraba. ¿Contarle qué? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Y dónde estaba su madre? Su cabeza era como una montaña rusa que no paraba, intentando conjeturar qué estaba pasando y qué hacía aquel hombre allí.

Después de arribar a Inglaterra le habían llegado nuevas de su madre en las que le contaba que su vida había cambiado desde que ella se había ido, porque Felipe siempre había sospechado que ella no era su hija y, al alejarse, él sentía que había desaparecido el objeto de su burla. La trataba, si no bien porque no estaba en su naturaleza, muchísimo mejor y que seguirían en contacto a través de su abuela. Doña Enriqueta le escribía con relativa frecuencia y le decía que, aunque era un grandísimo dolor para Isabel, pensaba que así ambas tendrían más dicha en la vida. Isabel llevaba una existencia más fácil que cuando estaba junto con su hija y María tendría la merecida vida que a Isabel le hubiese gustado darle.

Pero ahora, ¿qué hacía aquel ser despreciable allí e insultando a su madre?

—Mi madre no es ninguna zorra, ¿dónde está? —preguntó con rabia, mientras las lágrimas del miedo por su madre acudían a sus ojos—. ¡Voy a llamar a mi padre ahora mismo!

—No hace falta que llames a tu padre. Ya estoy aquí y ese inglés no puede hacer nada porque yo soy tu verdadero padre —aseguró al tiempo que se giraba y bajaba su pantalón, para descubrir en su nalga una forma que le era demasiado familiar a María.

María tardó bastante tiempo en reaccionar y en comprender el significado de lo que Felipe quería mostrarle con aquel gesto. Y entonces se le encogió el estómago y pensó que vomitaría allí mismo. ¡Gabriel no era su padre! Lo era el ser despreciable que estaba delante de ella. Su madre estaba equivocada. María no pudo más y tuvo que aferrarse a la barandilla de la terraza para sujetar su cuerpo, que clamaba por desmayarse.

—Veo que me comprendes, cielito. Bien, lo cierto es que no esperaba encontrarte tan pronto y nuestro barco no podrá estar preparado para partir hasta el sábado por la mañana. Pero esto es mucho mejor. Así, tú tienes suerte y dispones de una semana para despedirte. Y te las ingenias para largarte sin que nos sigan. Como tu padre y tutor legal, quiero que vengas conmigo a Francia, ¿sabes? Diles cualquier cosa, no sé, que te vas de viaje durante una temporada larga. Algo que no levante sospechas. Verás, no dudo que tu familia adoptiva te haya cogido cariño y, aunque no sea tu familia realmente, no quiero a nadie pisándome los talones ni arruinando nuevamente mis planes.

—¿Qué te hace pensar que voy a hacer algo parecido? —logró preguntar María, atragantada mientras sus pensamientos volaban sin cesar hacia su madre. ¿Dónde estaba?

—Bueno, me han llegado informes del gran amor que te profesa tu supuesto padre y me imagino que no querrás ver la decepción en la cara de *tu papá* cuando se entere de que no eres su hija; que ha estado criando a una desconocida que no es nada para él. ¿Qué crees que hará cuando sepa que no os une ningún tipo de lazo sanguíneo? Te estoy dando la oportunidad de que te despidas, con la certeza de que aún te quieren. Si no, te arriesgas a verte rechazada por la gente que quieres, incluso expulsada de la que creías era tu casa. Por no hablar de la vergüenza que ello les acarreará a todas esas pobres personas —dijo en tono burlón—. ¿También los sacrificarás a ellos, como hiciste con tu madre, para tu propio beneficio? ¿Sabes?, de pequeña nunca fuiste egoísta —dijo en tono burlón y malicioso.

María estaba perpleja y asqueada.

—Bien, dispones de una semana. —Y ante su cara de incredulidad y su silencio, añadió—: ¿No he sido lo suficientemente persuasivo? ¡Vaya! Perdóname... —Y su cara comenzó a desfigurarse con una máscara llena de odio—. ¡Si no apareces sola el sábado en la posada Emery del puerto, sin nadie que te siga, juro que mataré a tu madre con mis propias manos! Será la venganza perfecta por todo lo que me habéis hecho pasar esa desgraciada y tú. —Y cambiando otra vez su expresión a la burla, añadió—: ¿Es que no quieres volver a ver a tu adorada mamá? Está conmigo, ¿sabes? Y deseando verte...

María sintió, al oír ese comentario, una mezcla de miedo, incredulidad y un inexplicable alivio. Su madre estaba allí, con Felipe. Pero por el modo en el que él hablaba de ella, ¿en qué condiciones?

—Bueno, no nos extendamos, que tendrás que entrar. Quiero verte, exactamente dentro de una semana en el puerto. Ya sabes cómo me llamo. Y María... ¡No quiero a nadie molestándome! Procura deshacerte de todos igual que lo hicisteis tu madre y tú conmigo. Cuento con tus habilidades.

Y desapareció igual que había venido. Pero dejando patas arriba el mundo de María.

Capítulo 22

La verdad sobre Isabel

Aunque Jason había hecho el firme propósito de no ir en busca de María, no pudo evitar pensar que tardaba mucho en regresar al salón y, sin saber muy bien cómo, se encontró acelerando el paso, cada vez más, para llegar hasta aquel balcón. Su visión tardó unos segundos en acomodarse a la escasez de luz, pero pudo ver, durante un fugaz instante, la figura de un hombre que saltaba entre los matorrales y salía a la carrera. Su corazón se aceleró y buscó con ansiedad creciente a María. Y fue entonces cuando la atisbó tambaleándose y pálida como la luna. En cuanto Jason la vio, supo que algo malo le ocurría, su corazón se desbocó al ver su semblante y corrió hacia ella desesperado.

—¿Qué te ocurre?! —demandó preocupado—. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué te ha hecho?!

María estaba completamente ausente. Casi no oía lo que le decía Jason, no veía con claridad y a duras penas se tenía de pie. Jason la agarró con fuerza para sostenerla contra sí, mientras el miedo se apoderaba de él.

—María, por favor. Dime qué te ocurre —dijo, casi suplicando.

María se giró hacia él con los ojos nublados por las lágrimas.

—¿Dónde está mi madre? Jason, por favor, ¿sabes dónde está mi madre? —preguntó en un susurro y dando rienda suelta a sus lágrimas.

Jason no sabía qué ocurría, pero tenía que sacar inmediatamente de allí a María. Pidiendo ayuda a un amigo, consiguió sacarla del baile sin llamar demasiado la atención.

Durante el trayecto de vuelta a casa, María parecía no despertar de su estado de turbación, y lo único que le oía decir era «mami, mami», con un

marcado acento español.

Cuando el carruaje paró, Jason cogió a María en sus brazos con ternura y la subió a su cuarto, como si de un niño pequeño y lloroso se tratase. La tumbó en la cama en el mismo instante en que Ana entraba en el cuarto. Andrés había ido a avisarla de que Jason y María habían regresado temprano del baile y que María se encontraba muy mal.

—¿Qué ha ocurrido, lord Jason? —preguntó asustada.

—No lo sé. La encontré así y no para de preguntar por su madre.

En ese momento, María pareció salir ligeramente de su estado de desconcierto y levantó los ojos vidriosos hacia Ana.

—Tú tienes que saberlo. ¿Por qué mi madre no me escribe, Ana? ¿Dónde está mi madre? —preguntó suplicante—. ¿Qué está ocurriendo?

Ana se puso pálida como la cera y se quiso hacer la despistada, pero en su débil intento fue cuando María supo a ciencia cierta que Ana estaba al corriente de lo que sucedía, ya que no sabía mentir.

—¡Ana! —exigió María temblorosa—. Cuéntamelo ahora mismo.

—¿El qué, mi niña?

—¿¿Dónde está mi madre?! —gritó enfadada.

—¡Cálmate, chiquilla! —respondió Ana, visiblemente acorralada, sin saber qué decir—. Dime qué te ocurre.

Era el turno de María. Pero ¿qué podía decir? Desde luego no podía contar lo que acababa de ocurrir, pero necesitaba saber de su madre y lo necesitaba ya. Su mente aturdida consiguió entretejer una mentira, para poder obtener información mientras Jason, atónito, paseaba su mirada entre las dos mujeres.

—He recibido noticias de mi abuela... una carta... la llevé al baile porque aún no había tenido tiempo de leerla... y salí al balcón a descansar y poder verla... y me ha contado que hace mucho que no sabe de mi madre. — Necesitaba que alguien le contara qué había sido de ella todos aquellos años, en los que solo le había escrito su abuela hablándole de su madre.

—¿Por qué iba a decirte eso doña Enriqueta? —contestó nerviosa intentando, a su vez, sacar información y no decir más de lo debido.

María no podía creer la reticencia de Ana y eso le asustaba más por momentos, así que su mentira aumentó.

—Dice que está enferma, que puede que no volvamos a vernos y... y que no podía dejar este mundo sin decirme la verdad —aventuró María—. Me ha contado que mi madre está con Felipe y que hace mucho tiempo que no sabe de

ella.

El semblante de Ana se derrumbó y las lágrimas acudieron a sus ojos en ese mismo instante.

—María, mi niña, no queríamos que lo supieras. Tu madre quería que tú fueses feliz.

—¿Queríamos? ¿Quiénes? ¿Quién más sabía esto? —preguntó fulminando con la mirada a Jason.

—Te aseguro que no soy yo —dijo con expresión atónita.

En ese momento entró Gabriel por la puerta como un huracán, para comprobar qué era lo que sucedía, ya que le acababan de comunicar en medio del baile que habían visto desaparecer a María con mal aspecto, acompañada de su tío.

—¿Por Dios, María! ¿Estás bien? —dijo al ver a su niña en la cama y con la cara llena de lágrimas.

—¿Tú lo sabías? —preguntó María dolida.

Gabriel miró a su alrededor con expresión interrogante, pero lo único que vio fueron caras de circunstancias.

—¿Sabías que Felipe se había llevado a mi madre y nadie sabe dónde está? —inquirió al darse cuenta de que Gabriel no sabía de qué estaba hablando.

Gabriel sintió una punzada de dolor y, al mirar a Ana, supo que María se había enterado de lo ocurrido.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó con voz triste.

María no podía salir de su estupor. Su padre y Ana estaban al corriente de todo y no se lo habían dicho.

—¡Exijo que me contéis ahora mismo qué está ocurriendo! —dijo explotando del todo.

Gabriel caminó despacio hasta la cama y se acomodó a sus pies.

—Tu madre no quiso nunca que supieses nada para que al menos tú fueses feliz. —Hizo una pausa para ver la expresión de María y continuó con la historia—: Verás, cuando tú apareciste en mi vida fui en busca de tu madre en uno de esos viajes en los que te decía que iba a las Américas. Hasta ese momento nunca había sabido dónde buscarla. Ana me dijo dónde vivíais. Cuando llegué, no encontré ni rastro de tu madre. Pero hallé a tu abuela. Ella me dijo que Felipe la había recluido en un convento. Quise ir a por ella, pero tu abuela me advirtió de que Isabel, no solo no se vendría conmigo, ya que sus creencias religiosas se lo impedirían, sino que, si me intentaba acercar a ella,

Felipe se enteraría y todos sus esfuerzos por alejarte de aquella desdicha se irían al traste.

Llegados a este punto de la historia, Gabriel se había entristecido tanto que de sus ojos comenzaron a brotar lágrimas. María nunca había visto llorar a su padre y se dio cuenta de lo mucho que todo el mundo había sufrido para protegerla a ella. ¡Qué injusta había sido con todos ellos! Miró a su padre con compasión, instándole para que continuase con el relato.

—Decidí respetar sus deseos, ya que pensé que en el convento estaría al menos a salvo de ese desgraciado, y centré mis esfuerzos en darte toda la felicidad que ella hubiera deseado para ti. Pero dejé hombres para vigilarla y que me mantuviesen informado. —Aquí, su rostro cambió ligeramente hacia la rabia y la desesperación—. Pero, hace dos años, Felipe comenzó a ser perseguido por afrancesado y tuvo que desaparecer, y entre la confusión la perdieron. Durante estos años he tenido gente intentando encontrarla, pero ha sido inútil. ¡No sé a dónde se la ha llevado Felipe! Imagino que huiría a Francia, como otros tantos exiliados en su situación. —Y con voz desgarradora, añadió—: ¡Pero no la he encontrado, hija!

María no daba crédito a la historia de su padre. Había crecido feliz, ajena a todo el dolor que se había desarrollado a su alrededor. Y ahora era ella la dolida. ¿Cómo podía haber sido tan egoísta? Todos habían estado sufriendo excepto ella. Todos se habían sacrificado por ella.

María abrazó a su padre con todas sus fuerzas, para intentar así absorber el dolor de todos los años de sufrimiento de su padre y, acto seguido, hizo lo mismo con Ana. Y fue en ese mismo instante cuando decidió que nadie más sufriría nunca por ella. Haría lo que Felipe quisiera, pero, por Dios que nadie más se iba a volver a sacrificar por ella.

—María —inquirió Gabriel dubitativo—, ¿cómo... cómo te has enterado?

María no quería levantar la vista para poder continuar con su mentira. Así que, mirando hacia el cobertor de su cama, le dio la explicación que acababa de darle a Jason y Ana. No pudo ver la expresión en el rostro de su padre porque ni lo miró, pero Gabriel se levantó y se disculpó para irse, con la excusa de que debía descansar.

—Bajaré a prepararte un caldo, para que te recompongas —dijo Ana saliendo también de la habitación.

Jason abrazó a María para que dejara de temblar. Para él, también había sido un duro golpe enterarse de todo de sopetón. No quería ni imaginar por lo

que estaba pasando la pobre María. Cuando Jason notó que dejaba de llorar, la separó de sí para poder mirarla a la cara.

—María, ¿quién era ese hombre? Yo vi una figura en la oscuridad. ¿Qué nos estás ocultando? —preguntó confundido.

—Por favor, tío Jason. No había nadie. Estaba yo sola. No me preguntes más. No me siento con fuerzas para responder a nada.

—Está bien. Me iré y te dejaré descansar.

—¡No! —suplicó en un grito María—. No te vayas. No me dejes. Hoy no. Quédate conmigo, por favor.

—María, ¿qué ocurrió ahí fuera? ¡Cuéntamelo, por favor! Confía en mí, como hacías antes. Deja que te ayude —suplicó, cada vez más preocupado.

—Abrázame —dijo extendiendo los brazos hacia él.

Jason no se resistió en ningún momento a aquellas palabras suplicantes. Se recostó en la cama y la rodeó totalmente entre sus brazos.

Allí, acurrucada, se dio cuenta de que nadie había hablado de la falsa identidad de su padre. Nadie sabía que no era hija de Gabriel. ¡Dios mío! La habían criado como a una St. James. O su madre no había dicho nada para protegerla o se había enterado más tarde. ¿Y si la rechazaban como había dicho Felipe? María comenzó a sentir un dolor muy profundo en su corazón y comenzó de nuevo a llorar. Jason, al oírla, la estrujó más fuerte, si cabe, entre sus brazos. Fue entonces cuando María se dio cuenta de otra realidad importante y que cambió en un segundo toda su existencia. ¡Jason no era su tío! Aquella realidad le golpeó el alma, dándole una tranquilidad y una alegría bastante impropia en ese momento. No sabía cómo debía sentirse. Era demasiado para una sola tarde.

Se quedó profundamente dormida con ese pensamiento, sumergida en una neblina de dolor, rodeada por los brazos seguros de Jason, su fuerza, su cariño y su olor.

Capítulo 23

Sin remordimientos

Cuando María despertó a la mañana siguiente, se sentía una mujer diferente y con muchos problemas que afrontar. Lo primero que percibió fue el firme y suave cuerpo de su tío, ¡no!, de Jason, contra ella. Estaba vestido en su totalidad encima de los cobertores, durmiendo con ella apoyada encima de su pecho. María se permitió el lujo de quedarse observándolo durante un rato, ya que eso era lo único bueno que le depararía el resto de su vida.

Observó con atención la suave curva de su boca y entonces, sí, dejó por primera vez que su cuerpo ardiera con ganas debido al deseo. Ya no se sentía sucia por ello. Rememoró con lentitud aquel beso en el balcón, y sin quererlo su mano acudió a aquella boca sensual, para poder tocar sus labios.

Jason se despertó con el tímido roce de María en sus labios y su cuerpo lo traicionó al instante. Abrió los ojos despacio y lo que vio no ayudó en mucho. La boca de María estaba a escasos centímetros de la suya propia, y los ojos de María estaban oscurecidos y vidriosos por el deseo. ¡No pudo evitarlo! Acercó con suavidad su boca a la de ella, que le esperaba en cálida bienvenida. ¡Iría directo al infierno, pero ahora estaba subiendo al cielo!

María aceptó ese beso con toda la pasión contenida de años, y creyó morir en el intento. Jason tomó posesión de su boca, como si el fin del mundo estuviera cerca y ya no le quedasen más oportunidades. Pero unos golpes en la puerta los sacaron de su pasión momentánea.

—¿María? —preguntó Ana antes de entrar, sabiendo que Jason se había quedado durmiendo junto a ella.

Jason se incorporó y se alejó un poco de María, mesándose los cabellos para recomponer su aspecto, mientras que ella no dejaba de sonreírle. ¡¿Qué

se había perdido?!

—Pasa, nana —dijo María apartando con recelo la mirada de Jason.

Ana pasó a la habitación con una gran bandeja con el desayuno.

—Os he traído algo para comer. Tu padre os espera abajo. Está preocupadísimo. Y se siente muy culpable por no habértelo contado antes. Lo cierto es que yo también —dijo con remordimientos—. Pero queríamos que fueses feliz y tu padre pensaba resolver todo antes de que te enterases. Estaba seguro de que podría encontrar a Isabel y rescatarla para traérsela a Londres con nosotras. No sabes cuánto lo siento, mi niña —dijo con lágrimas en los ojos—. Por favor, no culpes a tu padre de nada. De veras que todo lo ha hecho por tu bien.

María cogió aire de forma sonora. Ella siempre había sido muy fuerte. Y aunque todo esto la estaba superando, sabía que tenía que recomponerse para lo que se le venía encima en los próximos días.

—Bien, tienes razón, nana. No te preocupes. Puede que ayer, al enterarme, me enfadase, pero te aseguro que no os guardo ningún rencor. Os quiero demasiado y sé por qué lo habéis hecho. Además, mamá no querría que yo estuviese triste. Tengo que ser fuerte.

Fuerte, para que nadie adivinara que desaparecería para siempre de la vida de todos sus seres queridos, para enfrentar un destino cruel. Pero no dejaría que nadie sufriera por su causa ni que le ocurriese nada malo a su madre. Nadie lo sabría jamás. Así como su madre se había sacrificado por su felicidad, ella se sacrificaría por todos aquellos a los que amaba.

—Bien, os dejaré desayunar tranquilos —dijo mientras salía por la puerta.

—Bien —dijo Jason incómodo—, yo prefiero bajar a hablar con tu padre mientras desayunas. Voy a ver si consigo que todos nos serenemos. Ya sabes cómo es cuando se altera —aseguró mientras se dirigía a la puerta, a la vez que se metía la camisa en el pantalón.

—¡Jason! —llamó María.

—¿Jason? —preguntó extrañado él arqueando ambas cejas—. ¿Y tío Jason?

María sonrió con dulzura. En verdad era raro, pero ya no era su tío y llamarlo tan solo por su nombre... le producía un cosquilleo de lo más reconfortante en el estómago. Aun así, por supuesto, no se lo explicó.

—Solo quería darte las gracias... por haberte quedado anoche conmigo.

—No hay de qué. Estabas francamente mal. No te quiero volver a ver así jamás. Además, como tú dices, eres mi sobrina predilecta. No hay nada que no

haría por ti.

No había nada que no hiciese por ella. María se quedó sola en su cuarto, disfrutando con plenitud de aquella frase. Pero al final tuvo que apartarla de su mente, para centrarse en lo que le diría a su padre, porque, para ella, Gabriel siempre sería su padre y, el resto, su familia.

Nadie podía enterarse de lo que en realidad había sucedido y debía restarle importancia para que nadie sospechase nada. En ese momento se maldijo por haber perdido la compostura de aquella manera la noche anterior. Ahora no sabía qué explicaciones iba a dar. Pero, por otro lado, ¿cómo se suponía que tenía que haber reaccionado ante tal descubrimiento? El dolor la había desbordado y, además, necesitaba con desesperación que alguien le confirmase que, en efecto, su querida madre estaba a merced de Felipe.

Ahora tenía que armarse de valor para mentir, por primera vez en su vida, a sus seres queridos.

Capítulo 24

Miénteme

Gabriel estaba esperando con nerviosismo a que María bajase. Todavía no lograba entender cómo María se había enterado de todo. Y en esas cavilaciones estaba cuando apareció Jason por la puerta. Los dos hermanos se cruzaron una mirada de complicidad.

—¡Está mintiendo! —afirmó Jason con seguridad, acercándose al sofá en el que estaba acomodado su hermano, en posición de aparente calma.

—Lo sé —dijo Gabriel dejando a Jason perplejo—. Escupe lo que tienes e intentaremos resolver el motivo de esta intriga. María jamás se ha rebajado a mentir. Así que algo grave tiene que estar sucediendo y lo quiero saber ya.

Jason avanzó hacia el sofá pasando por el estante donde se hallaban los licores.

—Necesitaremos esto —dijo vertiendo un poco de whisky en dos copas—. A mí el entendimiento no me da para más —dijo sentándose enfrente de su hermano.

—Te juro —continuó Jason—, que anoche vi una figura abandonar aquel balcón en la oscuridad —explicó, mientras Gabriel se ponía tenso de una—. Pero María se empeña en negarlo. Tuvo que ser esa persona la que le dio esas noticias a María. Por cierto, ¿por qué nunca me contaste lo de Isabel? —exigió con reproche.

—Bueno, cuanto menos gente lo supiera, mejor. Así María tendría menos oportunidades de enterarse —se defendió incómodo—. ¿Sabes?, siempre pensé que la encontraría y la traería conmigo de regreso —dijo con clara tristeza—. Siento que le he fallado a Isabel, a María y a mí mismo. Me siento fracasado. ¡Pero no nos desviemos! —dijo con renovada energía—. Eso que

me acabas de contar despeja, definitivamente, mis dudas acerca de la carta.

—¿Por qué? —preguntó curioso Jason, que sí había creído lo de la carta.

—Para empezar, ¿cuándo ha esperado María un solo instante para abrir una misiva de España? Y encima pretende hacernos creer que la llevaba consigo y la leyó en aquel balcón. Eso es inaudito. Y además, ¿has visto esa carta?

—Pues no. También es raro, aunque tampoco se la he pedido; pero es cierto que siempre que tiene una la viene blandiendo al aire y la lee a toda velocidad.

—Y yo ya me he informado y esta semana no ha llegado correo de España.

—Luego, la única manera de que se haya enterado reside en la figura misteriosa de anoche.

—¡Exacto!

—Bien, ¿por dónde empezamos? —preguntó Jason impaciente.

—Ya he empezado —inquirió Gabriel—. Antes de hablar contigo solo tenía la pista de la carta y cabía suponer que fuese cierto. Así que, esta mañana puse a mis hombres a investigar si había llegado algún barco mercante de España que hubiese podido traer alguna misiva a María sin que yo me hubiese enterado. Pero, ahora, con lo que acabas de contarme...

—Hay que buscar cualquier tipo de barco procedente de España —concluyó Jason.

—Exactamente.

En ese momento oyeron pisadas que se acercaban al salón. Cuando María apareció por el vano de la puerta, Gabriel contuvo la respiración para comprobar cómo se encontraba su pequeña. Pero María bajaba demasiado serena dados los acontecimientos.

Había pasado mucho tiempo en su cuarto, pensando qué iba a hacer en los próximos días para salir de aquel atolladero. No quería que nadie sufriera y tampoco quería ver la decepción en el rostro de su padre; bueno, de aquel hombre maravilloso que había cuidado de ella como si de su hija se hubiese tratado, durante todos aquellos años. Mientras pensaba, se había dado cuenta de lo importantes que se habían vuelto para ella todos los que integraban aquella familia. La pena la invadió al darse cuenta de que no volvería a verlos jamás. Iba a perder de una a la que ella consideraba que era su única familia y al amor de su vida. Entonces fue cuando decidió disfrutar con totalidad de todos ellos durante aquella corta semana. La vida se ve de manera diferente cuando tiene fecha de caducidad. Y más cuando está tan cercana.

—Hola, papá —dijo con tristeza, porque le hubiera encantado que ese hombre hubiera sido su padre.

—Hija, ¿cómo te encuentras? —preguntó Gabriel preocupado.

—Bien —dijo sonriendo—. Ha sido duro enterarme de lo de mamá.

—María, Jason dice que ayer vio a alguien en aquel balcón —comenzó Gabriel—. Por favor, dime cómo te has enterado. Estoy muy preocupado y creemos que no estás siendo sincera con nosotros.

Era un último intento desesperado de que María dijese la verdad y poder enterarse de lo que estaba ocurriendo realmente.

—Os digo que allí no había nadie. Me había llegado una carta de la abuela, y como no había tenido tiempo para leerla, me la había llevado al baile en la limosnera para aprovechar un hueco y poder leerla. Eso es todo. No sé lo que vio el tío, pero os aseguro que allí no había...

—Sí, pero...

—Papá. Ya basta —dijo empezando a ponerse nerviosa—. No tiene más importancia. Lo único que importa es que deberías habérmelo dicho tú hace mucho tiempo —dijo acusándolo, para intentar desviar la conversación hacia otro punto diferente.

Funcionó. Su padre se mostró contrito enseguida.

Y aunque ninguno de los dos hermanos se creía ni una sola palabra, no incidieron sobre el tema porque estaba claro que María no iba a ceder. La gran cuestión era el porqué. ¿Por qué les estaba mintiendo de aquella manera?

—Cariño, creímos que era lo mejor para ti —dijo volviendo al tema.

—Pues os equivocasteis. Soy más fuerte de lo que parezco, y merecía saber la verdad de vuestra mano.

—Tienes razón, hija. No sabes cuánto siento el sufrimiento que has padecido.

—Está bien, papá. No fue tu culpa. Pero me siento muy rara. Vacía.

Después de unos instantes de desgarrador silencio, María alzó su cara y la llenó con una gran sonrisa.

—¡Papá! —dijo con entusiasmo—. ¿Podríamos organizar una cena para esta noche para toda la familia? Tengo ganas de estar rodeada de todo el mundo, de mi familia, de la gente que quiero y que me quiere.

—Pues claro que sí, mi cielo. Nos reuniremos todos, para que puedas llenar ese vacío con todo el amor que tenemos para ti —dijo con efusividad.

—Gracias, papá —dijo en un susurro.

Capítulo 25

Quédate conmigo

María no había asimilado el cruel destino que le aguardaba, pero la inminente pérdida de toda la gente a la que consideraba su familia hacía que quisiera acaparar cada pequeño instante de aquella semana para llevarlo siempre en su recuerdo. Y eso, aunque le dolía en el alma, la hacía sentirse extrañamente feliz. Feliz de poder pasar aquellos preciados instantes con ellos. No pensaba pasarlos sumida en la melancolía. Sabía que su madre estaba viva y en Londres. Sabía que la vería en unos días. Necesitaba recuerdos maravillosos que atesorar para cuando estuviera lejos de los que había considerado su familia hasta el momento. No quería pensar en lo que iba a ocurrir como en una despedida definitiva. Prefería pensar que iba a realizar un larguísimo viaje y que no vería a sus seres queridos en mucho tiempo. Al menos, así fue como logró superar la separación de su madre.

Se había vestido para la ocasión con sus mejores galas. Incluso se había puesto corsé en honor a su tío. A Jason. No quería pensar ahora en él o definitivamente se echaría a llorar. Se volvió a mirar en el espejo para comprobar que todo estaba bien. ¡Perfecto! Aquel vestido de seda beis con amplio escote y falda estrecha le sentaba fenomenal. Quería que todos la recordasen así. Y con una gran sonrisa en la cara.

Y con ella bajó a cenar. Cuando entró en el salón, todos se quedaron callados esperando ver el estado en el que María se encontraba debido a las circunstancias. Así que decidió romper el hielo.

—Ya sé que estoy impresionante, pero agradecería que alguien me lo dijera y que no os quedaseis todos con la boca abierta —dijo sonriendo.

Toda la familia estalló en una sonora carcajada. Después de aquello, el

ambiente se relajó y la cena transcurrió de una manera muy agradable. María se sentó frente a Jason para sentir que estaba viva, pues su corazón estuvo redoblando como un tambor durante toda la velada.

Ahora que sabía que no era su tío, no era capaz de quitarle los ojos de encima. Podía sentir lo que quisiera. Se sentía libre. Libre para amarlo. Y libre para desearlo. Era el hombre más apuesto que unos ojos hubieran visto jamás. Y sabía a ciencia cierta que, debajo de aquella máscara que había decidido ponerse hacía dos años, había un hombre cariñoso y bueno. ¡Cuánto lo amaba! Si tan solo supiera lo que ella sentía por él. Le dolía el hecho de no poder decírselo jamás, o peor, que él nunca la hubiera amado como ella a él. Que él nunca hubiera vivido por ella como ella lo hacía por él. Incluso ahora, que no había nada para impedir que lo amase como lo hacía, sus sueños nunca se harían realidad. ¡Qué destino tan cruel, el que hacía que siempre que podía ilusionarse después se estrellase! Porque lo único que siempre había querido era estar con él. Sin duda, sería al que más echaría de menos.

A medida que la noche avanzaba, la familia se fue retirando, y ella temía el momento en que Jason se fuera. Quería pasar más tiempo con él. Mientras su padre estaba fuera despidiendo a su hermana, solo quedaban ellos dos en el salón. Cuando María miró a Jason y vio la intensa mirada que este le ofrecía, habló sin pensar.

—¡Quédate!

—¿Perdón? —preguntó asombrado Jason.

—Por favor, quédate esta noche conmigo. Te lo suplico. Haz como si estos dos últimos años no hubiesen existido y queda en el jardín conmigo para charlar a solas, como hacíamos antes —suplicó, sabiendo que era bastante más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Yo no... —comenzó a hablar, pero María, con miedo en el cuerpo por una posible negativa, prosiguió sin dejarle continuar.

—¡Miénteme!

—¿Qué? —Ahora sí que estaba realmente confundido.

—Si ya no me quieres, miénteme, porque te necesito. Finge que todo es como era antes de que te fueras a aquel maldito viaje que te apartó de mí —dijo con lágrimas en los ojos—. Esta noche necesito a mi amigo, al hombre que más quería sobre la faz de la tierra y al que yo idolatraba, el hombre que me hacía reír y que conseguía que yo fuera la niña más importante en el mundo. ¡Por favor!

Gabriel entró en ese mismo instante y percibió algo raro en el ambiente. Pensó que María y Jason habían vuelto a discutir, porque se estaban mirando a los ojos con demasiada intensidad.

—Bueno —comenzó Gabriel enfadado—, empiezo a estar francamente harto de vosotros dos. Me voy a ir a acostar y quiero que os quedéis aquí encerrados hasta que solventéis vuestras diferencias. ¡Sean cuales sean! —afirmó de forma categórica, mientras era consciente de que ninguno de los dos había dejado de mirarse para atender lo que él decía.

—De acuerdo —dijo Jason, sin dejar de mirar a María.

Gabriel, exasperado, volvió a sentirse como si Jason no estuviera hablando con él, sino directamente con María. Pero la contestación concordaba con su pregunta, aunque sentía otra vez que estaba fuera de aquella conversación y no entendía nada. Decidió salir del salón sin despedirse, ya que aquellos dos estaban enfrascados en lo suyo y a él no le hacían ni caso. Como siempre.

María sintió que subía hasta el mismísimo cielo. Jason se iba a quedar otra vez, aquella noche, con ella.

Capítulo 26

Sano deseo

María salió al jardín delante de Jason y ocupó un lugar en el amplio sofá que había en el balcón. Jason se instaló a su lado.

—Gracias por haberte quedado —dijo ante todo.

María era demasiado consciente del poderoso cuerpo masculino que estaba tan cerca del suyo. Podía sentir el muslo de él junto al suyo propio, y eso hacía que un cosquilleo le recorriera toda la columna vertebral.

—¿Qué es lo que te tiene tan angustiada, María?

Ella levantó la mirada con expresión sorprendida.

—Quiero decir, entiendo que estés triste por la desaparición de tu madre, pero no es solo eso lo que te ocurre. Hay algo que te angustia y quiero saber qué es. Me pediste que me quedara y me he quedado, pero te exijo que me digas qué es lo que te está ocurriendo —aseveró de forma categórica.

Ahí estaba, de verdad, su antiguo tío. Aquel hombre que la entendía con solo mirarla. El que siempre la había comprendido mejor que nadie. Al que no podía ocultarle nada. Pero lo peor era que no quería ocultarle nada. No a él. No si esa noche iba a volver a ser como hacía dos años.

—¡No soy hija de Gabriel!

Ya estaba dicho. Así, sin más, sin arrepentimientos. Necesitaba decírselo a alguien y él siempre había sido su mejor amigo.

—No bromees conmigo, María —dijo enfadado.

—No bromeo —dijo muy seria—. Mi abuela me lo confesó todo en la carta.

—Pero... ¿cómo puede estar tan segura? —preguntó incrédulo y confundido.

—Tengo una marca, ¿sabes? Una marca de nacimiento en la nalga derecha, y

que, por lo visto, tiene Felipe también. —Hizo una pausa para ver la reacción de incredulidad de Jason—. No cabe la menor duda. Soy hija de Felipe.

—No me lo puedo creer. Esto es... María, pero... ¿por qué?, ¿y por qué ahora? —demandó preocupado—. ¿Qué me estás ocultando?

—No te oculto nada. Te digo que mi abuela quiere dejar su conciencia tranquila antes de abandonar este mundo. Jason, te estoy contando todo esto porque necesitaba contárselo a alguien. Pero, por favor, no me preguntes más. No quiero hablar de ello. Solo necesito tiempo para poder decírselo a Gabriel. Es lo único que te pido, aparte de poder confiarte este secreto, que me estaba matando —dijo nerviosa—. Te prometo que, en unos días, cuando sea capaz de afrontar todo lo que ha cambiado mi vida desde ayer, os lo contaré todo con detalles. Pero no ahora.

—Está bien, pequeña. Sabes que siempre has podido confiar en mí —dijo, intentando tranquilizarla.

Pero esto no se iba a quedar así. Averiguaría quién demonios era el hombre que había visto en aquel balcón y cómo pudo contarle todas aquellas cosas. Y sobre todo, con qué objetivo.

De repente, todo el peso de lo que eso significaba cayó sobre él, impidiéndole respirar. ¡Él no era su tío! No había besado a su sobrina, sino a la mujer más bella que sus ojos jamás hubiesen visto. Podía tener todas las erecciones que le diera la gana cuando la miraba sin sentirse un ser despreciable. El terrible deseo que lo había embargado esa misma noche cuando la había visto entrar, gloriosa en su belleza, en el salón, ¡era de lo más saludable!

—¿Estás segura de que tu abuela no pudo mentirte? —Tuvo que volver a preguntar, con incredulidad.

—Bastante segura, Jason. ¿Por qué iba a mentirme mi propia abuela cuando esto va en contra de mi bienestar? —aseveró demasiado firme, lo cual hizo que Jason se reivindicara en su afán de búsqueda de aquella siniestra figura.

—Es genial, simplemente genial —dijo más para sí mismo que para ella, al cabo de unos instantes.

—¿Disculpa? —preguntó ella incrédula.

—Nada, perdona, es que se me hace muy raro pensar que... que no eres realmente mi sobrina. —Hizo una pausa para mirarla con intensidad.

—Solo espero que no cuentes nada. Necesito tiempo para asimilarlo y encontrar la mejor manera de decirlo.

—Puedes contar conmigo, como siempre —dijo riendo.

—Tengo miedo, Jason —gimió ella, con la cara encogida por el dolor.

—¿De qué?

—De que dejéis de quererme. De que me olvidéis...

—¿Dejar de quererte? ¿Olvidarte? ¿Por qué? —preguntó preocupado, con miedo por lo que ella pudiese hacer ante tal descubrimiento.

—Ahora no soy de vuestra familia, y no sé cómo reaccionarán cuando se enteren —dijo angustiada—. Tampoco sé cómo has reaccionado tú. No sé qué es lo que piensas.

Jason cogió su cara entre las manos y la obligó a mirarlo directa a los ojos.

—Tú siempre serás querida en esta casa. Que nadie pretenda decirte nunca lo contrario. En cuanto a mí...

Y como para enfatizar sus palabras, Jason unió su boca a la de ella. Solo que esta vez sin barreras, sin arrepentimientos, sin culpabilidad.

Jason tomó posesión de su boca con ansia creciente. Fue como si el tiempo que había pasado deseándola y no pudiendo tenerla se agolpara de pronto en un solo segundo. María aceptó de buen grado aquel beso. El primero sin impedimentos para ellos dos. Y si pensaba que aquel primer beso en el balcón había sido sublime, no sabría cómo calificar este.

Jason introdujo con dulzura su lengua en la boca de ella, que se abrió a él sin condiciones. Con un gemido, la cogió en brazos para sentarla encima de él y poder así besarla con más comodidad.

María quedó impresionada con el poco esfuerzo que él parecía haber realizado para ponerla en aquella posición. Ese cuerpo masculino irradiaba pura fuerza por cada poro. Y María no pudo por menos que aferrarse a su cuello, deseando que nunca la soltara ni parase de besarla.

Jason estaba totalmente invadido por la suave fragancia de María. Aquella boca era tan dulce como la miel y no ponía objeciones a su invasión. Pero su cuerpo anhelaba más que un simple beso, si es que a aquello podía llamársele simple beso. Tenía una mano en la cadera de ella y la otra enterrada en aquella abundante melena azabache. Sabía que tendría que apartarla enseguida o estaría perdido, pero cuando intentó separar un poco sus labios, María soltó un gemido de protesta que fue su perdición. Embargado por una turbulenta emoción que jamás había sentido, comenzó a lamerle con lentitud los labios, mientras ella se rendía totalmente a la caricia. Sus manos cobraron vida propia, lo mismo que otra parte de su cuerpo, y comenzó a acariciarla con

suavidad. Bajó la mano que estaba en su pelo hacia el suave cuello de ella, a la vez que dejaba allí un rastro de fuego con sus húmedos besos. Volvió a ascender con su boca por el sensible cuello, hasta llegar al lóbulo de la oreja, que mordisqueó con fruición.

—María, dulce María... ¡te deseo tanto!

Aquello fue más que suficiente para que María notase que cierta parte de su cuerpo se humedecía en extremo. Pero ella quería más, ansiaba más y no sabía qué. Cada parte de su cuerpo estaba alerta, llena de vida. Tenía en llamas zonas del cuerpo que ni siquiera sabía que existían.

Jason siguió bajando su mano por la garganta hasta llegar al borde de su escote, donde agarró la tela del vestido y tiró sin piedad hacia abajo, hasta que los pechos de María quedaron al descubierto. Durante un instante, que a María se le antojó eterno, él separó la boca de su cuello, para poder observar aquellos gloriosos pechos que tanto lo habían atormentado en sueños.

María iba a cubrirse por la vergüenza, cuando él le sujetó las manos y la miró a los ojos. María tembló al ver que sus ojos habían adquirido un tono grisáceo oscuro.

—No te cubras, quiero verte totalmente desnuda. Si supieras cuantas veces he deseado esto, desde aquella noche, cuando te vi sin ropa.

Y acto seguido posó sus labios sobre uno de sus pechos, torturándolo con sus suaves labios, mientras acariciaba el otro con la mano.

María sentía descargas eléctricas que iban directamente a su entrepierna. Jason mimó su pecho con devoción, para acto seguido darle el mismo trato de favor al otro. Ella no pudo hacer otra cosa, sino aferrarse a su negro cabello para no caer hacia atrás. Entonces, él comenzó a luchar para desatar el vestido que llevaba puesto.

—Bonito día has elegido para ponerte corsé —dijo con voz ronca, mientras le sonreía seductoramente—. Pero te demostraré que no me importa.

La puso de pie tan solo un segundo, y ese fue el tiempo que él necesitó para que el vestido cayera a sus pies. María solo se había puesto el corsé, pero seguía sin ropa interior, y él suspiró en alto al encontrarse a María tan solo con un corsé y unas medias de seda, que le llegaban a la mitad del muslo. Era lo más erótico que había visto en su vida. Sus gloriosos pechos desnudos, su diminuta cintura aún más reducida por el corsé que daba paso a las curvas francamente sinuosas de sus caderas, para dejar al descubierto el negro triángulo de vello entre aquellas esbeltas y largas piernas...

—Retiro lo dicho. Ponte el corsé siempre que quieras —aseguró gimiendo.

Tiró su chaqueta al suelo a modo de sábana, y tumbó allí, con suma delicadeza, a María, que respiraba entrecortadamente. Jason se unió junto a ella para seguir besándola con pasión, mientras acariciaba con dulzura sus pechos.

—¡Eres mía! —dijo con pasión—. ¡Siempre fuiste mía! ¡Solo mía!

María era un mar de confusión, y aquellas palabras penetraron en su alma, dándose cuenta de la realidad de lo que Jason acababa de decirle. ¡Ella siempre había sido suya! Desde la primera vez que lo había visto. Desde la primera vez que la había cogido en sus brazos.

Las manos de Jason la torturaban sin tregua alguna. Le daba la sensación de que estaban por todo su cuerpo y ella se sentía flotar.

Jason hacía lo que podía por intentar ir despacio con ella, pero le era tan complicado. Quería sumergirse en aquel cuerpo de pecado en ese mismo instante, y empujar con profundidad dentro de ella hasta quedar completamente saciado. Pero la inocencia de ella no se lo permitía. Estaba realizando el esfuerzo más grande de su vida y nunca se había sentido así, fuera de control.

Volvió a descender con sus labios hacia los dulces pechos que le esperaban con impaciencia, totalmente hinchados, y tomó en su boca nuevamente aquellos apretados botones. Mientras, comenzó a acariciar lento los muslos de María con una mano. Preparándola con dulzura para él...

María creía que ya había experimentado las más suaves caricias, cuando la mano de Jason se posó directamente en el centro de su cuerpo con suma delicadeza. Creyó que iba a explotar, pero cuando él comenzó a mover sus dedos, realizando suaves círculos en su mojada entrada, creyó que el corazón se le paraba de una. María se arqueó instintivamente, elevando sus caderas para poder acercarse más a aquella mano dulce que la torturaba. Entonces, cuando creyó que no iba a soportarlo más, él introdujo uno de sus dedos en su cuerpo.

Jason ahogó el grito de María con un tórrido beso lleno de pasión.

—Así, mi brujita. Disfruta conmigo —dijo en un susurro—, ábrete para mí.

María abrió más las piernas ante aquellas dulces palabras, y se dejó llevar al reino de los cielos, en una gloriosa explosión dentro de su ser, que se extendió como la espuma por todo su cuerpo. Quedó atrapada en una bruma de placer y solo era consciente de los ardientes besos de Jason. Sin saber cómo, de pronto, él estaba desnudo sobre ella y entre sus piernas. La suave presión

de su duro miembro en la mismísima entrada de su cuerpo volvió a poner el corazón de María en marcha con renovada energía.

Jason quería que aquella fuera la mejor experiencia de María. No quería precipitarse, pero su cuerpo no podía soportarlo más. Volvió a bajar su mano entre las piernas de ella, y aquella suave humedad, junto con el inocente movimiento de las caderas de María, lo excitó de tal forma que casi perdió el control. Poco a poco, y con toda la delicadeza que pudo, haciendo acopio de todo el control que poseía en ese momento, se fue deslizando en la humedad caliente de María. ¡Dios, qué húmeda, suave y estrecha era! Fue dando pequeños envites, hasta que notó que María estaba de nuevo preparada para él, y fue entonces cuando dio un empujón rápido, seguro y certero, que acabó con la virginidad de María. Se quedó allí, quieto, rogando para que María se recuperase pronto del grito ahogado que acababa de dar y que él había absorbido con otro beso. Y de pronto, María comenzó a moverse por instinto, y él comenzó a deslizarse afuera y adentro, al principio con suavidad, para luego ir más y más rápido, mientras la besaba con pasión. Así, hasta que estalló en el orgasmo más espectacular de toda su vida.

María se había quedado sobrecogida con la inesperada punzada de dolor que había sentido cuando Jason la penetró por completo. Pero tan solo fue un instante; un instante de dolor que dio paso a la sensación gloriosa de sentirlo dentro de ella llenándola por completo. Y sin saber cómo, su cuerpo había reaccionado de modo instintivo con aquel movimiento que se hacía cada vez más placentero, según él iba imprimiendo más velocidad. Hasta que la sensación de éxtasis que hacía tan solo unos minutos había sentido volvió a repetirse.

María no supo cuánto tiempo pasaron allí desnudos y abrazados, pero por ella hubiera continuado así por el resto de la eternidad.

Jason se incorporó mirándola con ternura. La cubrió precariamente con el vestido y la cogió en brazos como a una niña pequeña. La llevó envuelta, en la oscuridad de la noche, hasta su cuarto y rezando por no encontrarse a nadie por el camino. Cuando llegaron a las dependencias de María, la depositó con cariño en la cama. Se fue hasta una jofaina con agua, donde humedeció un lienzo y se dirigió hacia la cama para lavar, con sumo cuidado, el interior de los muslos de María, sin decir una sola palabra.

María estaba fascinada con la desnudez de Jason. Nunca había visto a un hombre desnudo, pero dudaba con sinceridad de que alguno se asemejara a

aquel poderoso cuerpo. Su espalda estaba tan musculada y era más ancha de lo que parecía cuando llevaba ropa. Su cadera era estrecha y por Dios que tenía el trasero hecho para ser tocado todo el tiempo. Sus piernas eran largas y fibrosas. Pero de frente, era más que espectacular. María no podía dejar de mirarlo. Aquel amplio pecho, su abdomen liso y aquel... bueno, aquello. Todo él denotaba poder y seguridad en sí mismo. Se paseaba por la habitación completamente desnudo, con gracia felina, y sin ningún tipo de vergüenza. ¡Era fascinante!

Además, se sentía abrumada por tanta atención y no conseguía borrar la sonrisa de felicidad que se había instalado en su cara. No quería pensar en lo que le depararía el mañana. Solo quería vivir este momento, amando al hombre que había cautivado su corazón. Sabía que nunca podría olvidar ni a Jason ni lo que acababa de ocurrir entre ellos.

Cuando Jason terminó, se unió a ella en la cama. Le dio un sonoro beso en la mejilla y los cubrió a ambos con las sábanas. No sabía por qué hacía eso. Jamás había sentido la necesidad imperiosa, como ahora, de pasar el resto de la noche abrazado a una mujer. Pero con María... con María se sentía diferente. Lo había embrujado y no le molestaba en absoluto.

—Descansa, brujita —dijo con voz casi infantil.

María se acurrucó rodeada por él y se sumergió en los brazos de Morfeo, en un estado de completa felicidad.

Capítulo 27

Última petición

María se despertó sola en su cuarto. Al principio se sintió confundida, pero luego comprendió que la casa no podía despertar con ellos en la misma habitación. Con una alegría y una vitalidad que le sorprendió se levantó de la cama para vestirse y bajar a buscar a Jason. Cuando caminaba hacia su ropa, su cuerpo protestó justo entre sus piernas como para recordarle lo sucedido la noche anterior. La sonrisa acudió a su cara. Ya era una mujer. Quizás no bajo las circunstancias que a ella le hubiesen gustado, pero había sido maravilloso e iba a ser demasiado corto. Por eso no quería perder ni un solo instante. Aprovecharía cada segundo que la vida le regalase de esa semana para estar con su padre y con su tío. Bueno, con Gabriel y Jason.

Esperaba de todo corazón que Jason quisiese repetir esos días lo que habían compartido la noche anterior. Sabía de sobra, por las conversaciones oídas a hurtadillas en las fiestas, que Jason casi nunca volvía a estar con la misma mujer y, luego de haber estado con ellas, las rehuía como al demonio. ¡Por favor —rogó a Dios en su fuero interno—, que con ella quisiese estar al menos esa semana!

Cuando bajó, los dos hermanos ya estaban tomando el desayuno.

—Buenos días —dijo con una sonrisa radiante.

—Buenos días —contestaron al unísono, mientras se ponían en pie, para que María tomase asiento.

Gabriel no pudo evitar observar la reacción de ambos y sus caras complacidas.

—Supongo que la conversación de anoche fue fructífera —comentó mirando a su plato.

María se sonrojó en el acto y fue Jason el que tomó la palabra.

—Bueno, si te refieres a si vamos a seguir peleando, puedo asegurarte que, al menos por mi parte, he llegado a una especie de tregua con *mi querida sobrina* —afirmó, lanzándole una intensa mirada a María, que hizo que se le pusieran rojas hasta las raíces del pelo.

—También por mi parte —expresó con voz ahogada, captando el doble sentido de las palabras de Jason.

¿Por qué Gabriel volvía a sentirse fuera de la conversación?

—Jason —dijo María, intentando cambiar de tema—, ¿podríamos hoy salir a cabalgar juntos, como solíamos hacer?

Lo cierto era que necesitaba conversar con él, para pedirle que no se fuera esa semana a ninguna parte, y así poder estar más tiempo con él. No quería presionarle y que saliera corriendo espantado, pero dadas las circunstancias tenía que ir deprisa.

—¿Cabalgar? ¿Hoy? Quizás prefieras dejarlo para mañana, y hoy podemos salir a pasear, si lo prefieres —preguntó lanzándole una mirada intensa, que hizo que a María se le secase la boca.

—No entiendo por qué no... ¡ah! —balbuceó cayendo en la cuenta del dolor que había entre sus piernas—. Puede que tengas razón. Un paseo estará bien —aceptó ya volviéndose completamente escarlata.

Gabriel volvió los ojos hacia arriba y elevó los brazos al cielo en signo de exasperación.

—Bien, veo que volvéis a ser los inseparables Jason y María de antes, pero espero que reserves un rato para mí, hija. También quiero tenerte para mí solo y seguir conversando —dijo, mientras se levantaba de su asiento—. Me voy antes de que me ignoréis todavía más.

Al rato, María se encontraba paseando con Jason del brazo por pleno Hyde Park.

—Bueno, ¿cuándo se lo vas a decir a tu padre? Perdón, a mi hermano —preguntó todavía confuso.

—De eso quería hablarte. Todavía me siento muy confusa y necesito tiempo para asimilarlo. Me gustaría que, por favor, no dijeras nada hasta que esté preparada. Supongo que dentro de unos días veré todo esto de otra forma —dijo con sinceridad—. Tengo demasiadas cosas que asimilar y, además, tengo

que plantearme qué es lo que voy a hacer de aquí en adelante.

Tampoco estaba mintiendo tanto. Era cierto que tenía que plantearse qué hacer, solo que sabía que Jason lo entendería de otro modo. Pero tenía que fingir normalidad.

—¿Cómo que plantearte qué vas a hacer? Está claro, seguirás con nosotros —afirmó de manera categórica antes de darse cuenta de lo que decía.

Jason no sabía todavía cómo afrontar el hecho de que se había acostado con María y que había sido lo más maravilloso que le había ocurrido en la vida. Estaba muy confuso y, llegado a esta situación, no sabía qué hacer, pero la sola sugerencia de ella de irse, por no ser de la familia, hizo que el estómago se le encogiera. Y en ese momento tenía la excusa perfecta para no pensar. Él no podía tener ningún tipo de relación con ella. Aquello era demasiado complicado. Aunque no fuera su sobrina real, sí lo era a nivel legal. No quería pensar en ello, pero lo que sí tenía claro era que no quería que se alejara de él.

A María no le pasó inadvertido que él no hablaba de sí mismo, sino de la familia en general. Bueno, ¿qué esperaba?, ¿que le pidiera matrimonio sin más? Sabía que Jason era un libertino empedernido y hacía tiempo que sabía que la deseaba. Lo que había ocurrido la noche anterior era que ella le había dado la excusa perfecta. No había nada más. Y tampoco lo deseaba. No quería dejar tras de sí un amor imposible para lamentarse el resto de sus días de lo que pudo ser y no fue. Estaba claro que, desde luego, y por parte de Jason, no existía ningún *pudo ser*.

Eso le recordó su siguiente petición:

—Tengo que pedirte un último favor, Jason.

—¿Último? —preguntó asustado—. Sigues hablando como si te fueras a marchar.

—¡No! —contestó María rápidamente—. Último... de esta conversación. Me gustaría que... que... —María no sabía cómo pedir aquello sin parecer claramente atrevida— que te quedases esta semana en casa. Quiero decir, como tú eres el único que sabe lo que me ocurre... yo... puedo desahogarme contigo...

Jason sonrió, claramente encantado.

—Será un placer para mí quedarme para que... te desahogues conmigo —dijo con la mirada más pícaro que aquellos preciosos ojos azules tenían.

María sintió que volvía a ruborizarse. ¿Habría comprendido él lo que ella

quería pedirle? Definitivamente, sí.

Capítulo 28

Intrigas

La semana pasó excesivamente deprisa, como ya había temido María. Pero trató de estar con la gente a la que más quería, para guardar aquellos preciados recuerdos en su corazón.

Reflexionó mucho sobre las palabras de Felipe. La única verdad que no podía obviar en todo aquel enredo era que ese ser despreciable tenía a su madre y que, si no desaparecía junto a él, Dios sabía qué podría hacerle. Tenía que averiguar cómo estaba su madre y acudir en su ayuda.

Luego estaba el innegable hecho de que Felipe era su padre y, como tal, su tutor legal. Tenía que ir con él y, para bien o para mal, obedecerle. Así lo estipulaba la ley y no dudaba en que ejercería su derecho si llegaba el caso.

Por otra parte, estaba la realidad de que ella no pertenecía a la familia a la que tanto adoraba. Su mayor miedo era el rechazo de su Gabriel. No sabía cómo iba a reaccionar ante la noticia. Y también estaba el hecho del escándalo que se iba a formar en toda la clase noble cuando se supiera que un rico lord había criado a una *don nadie*, pensando que era su propia hija. Sería el mayor escándalo de todo Londres. Y seguro que su orgullo saldría mal parado. Ella no quería ver sufrir, por nada del mundo, a nadie de esa familia.

Lo más sensato era desaparecer sin más. Dejaría notas a la familia contándoles que había descubierto, por medio de la carta de su abuela, que no pertenecía a esa familia y que se iba por voluntad propia, para recomenzar la vida que le correspondía. Tenía que continuar el enredo de la misiva, y decir que volvía a España para ver a su enferma abuela, que esperaba estuviese de lo más sana. Y también les diría que se iba en busca de su madre. Eso no era falso. Era precisamente lo que iba a hacer. Si Felipe no montaba ningún

escándalo nadie sabría jamás qué había ocurrido, y Gabriel podría inventar la historia que más le conviniese para no salir mal parado de aquel asunto. Pero tampoco quería irse sin contarles la verdad. Se lo debía a Gabriel y a Jason, aunque este ya la supiera.

Se iría de madrugada, y para cuando quisieran darse cuenta de que María se había ido, no sabrían dónde buscarla; con lo cual, daba tiempo a Felipe para salir del país sin que nadie le molestase, tal y como él había solicitado. Haría exactamente lo mismo que había hecho hacía ahora ocho años. Nadie la volvería a encontrar.

Después de tomar la difícil decisión, no quiso pensar más en el asunto hasta que llegase el momento, y se dedicó a vivir cada instante con avidez.

Solía pasar las mañanas charlando con su padre con tal ansia que a Gabriel la preocupación por el incidente del baile se le acrecentó y llegó a estar angustiado de veras intentando descubrir qué era lo que ocurría. No es que le importase pasar más tiempo con María. Al contrario, adoraba cada momento que atesoraba con su preciosa hija. Pero de vez en cuando notaba nostalgia en la mirada perdida y ausente de su hija. Al principio, lo achacó al recién descubrimiento de lo de su madre. Pero conocía a María y Gabriel sabía que le ocultaba algo importante.

Las tardes se las dedicaba a Ana y Andrés. Ana había sido, durante los últimos ocho años, la perfecta sustituta de su madre. La iba a extrañar muchísimo. Dudó durante varios días si contarle la verdad para llevarla con ella. Pero llegó a la conclusión de que sería demasiado egoísta por su parte. No había visto a Ana nunca tan feliz desde que llegaron a Londres. Claro que, ese hecho se debía sin duda a Andrés. No se lo habían dicho, pero María estaba convencida de que entre ellos existía algo más que una simple amistad. A Ana le costaría mucho dejarlo. No. No se lo diría a ella tampoco.

En cuanto a los atardeceres... María vivía en un sueño de continua felicidad. Jason era realmente el gran amor de su vida. Era perfecto. Había recuperado todo aquello que una vez había tenido con él en el pasado. Era otra vez el hombre sensible, amable, atento y cariñoso que recordaba de su niñez. El hombre divertido con el que podía hablar de todo lo que se le antojase. El hombre con el que sabía que jamás se cansaría de estar.

Y, dejando claro que había interpretado correctamente las palabras de María, por las noches se convertía en el hombre sensual, seductor y pasional que nunca hasta ahora había conocido. El hombre que despertaba en su interior

un deseo tan salvaje que creía que nunca llegaría a satisfacer del todo. El hombre que le hacía el amor cada noche con pasión abrumadora, con hambre voraz...

Pero la realidad de su vida llegó aplastante sobre ella. Cuando se despertó el viernes por la mañana, sabía que ese día su vida acababa. Se giró hacia donde hasta hacía solo un rato había estado Jason; hacia el hueco que todavía estaba caliente, a su lado en la cama, donde el olor de él todavía era patente, y se dejó vencer por las amargas lágrimas que llevaba reprimiendo toda la semana.

Ese día se dejó vencer por la melancolía, e internamente fue despidiéndose de todos, sin que nadie se diese cuenta. Por la noche, esperó con ansia y con nervios la llegada de Jason a su dormitorio. No sabía si podría dominarse. No sabía si podría hacer el amor con él sin llorar, por todo lo que iba a perder en tan solo unas horas.

Cuando Jason entró en el cuarto a hurtadillas, como las últimas noches, sintió que el aliento se le cortaba al encontrar a una descarada María que le esperaba completamente desnuda encima de la cama, en una postura de lo más sexy, mientras se mordía con cierto atrevimiento, quizás para aliviar la vergüenza que él sabía que ella albergaba, su labio inferior. Era la mujer más sensual que jamás hubiese conocido. Todas las noches se repetía esa frase cuando entraba. Todas. Le sería imposible cansarse alguna vez de aquella mujer.

—¿Esperabas a alguien? —preguntó con la voz ronca por el deseo.

—A ti... solo a ti —dijo con descaro.

Jason creyó que tendría un orgasmo allí mismo, así, sin más. Se moría de deseo por ella. Y poco a poco se acercó al borde de la cama para atrapar aquellos labios seductores con los suyos.

Aquel beso dejó desorientada a María, que había planeado una noche diferente. Esa noche, ella iba a saborearlo a él. Quería volverlo loco de deseo. Que jamás en su vida pudiera borrar el rastro que ella pensaba dejarle en el cuerpo y en el alma. Quería demostrarle de manera física, con su pasión, todo lo que sentía por él y que nunca podría traducir en palabras. Jason se separó de ella para despojarse de toda su ropa y así poder unirse a ella en aquella cama. Aunque María llevaba toda la semana admirando su bello cuerpo, no pudo reprimir el gemido que salió de su garganta al verlo desnudo al completo. ¡Ese hombre era magnífico! Un perfecto David, hecho para ser

admirado en un museo.

Jason trepó con gracia felina a la cama y se reunió con ella en el centro.

—¡Eres preciosa! —dijo con devoción, a la vez que comenzaba a acariciarle un pecho.

María cerró los ojos, para así poder sentir mejor la oleada de sensaciones que su toque le producía, a la vez que inspiraba el aire con fuerza. Entonces, él la empujó un tanto hacia atrás para poder tumbarla en la cama, y unió sus labios a los de ella. Comenzó a acariciarla por todo el cuerpo y María hizo exactamente lo mismo. Al principio de manera tímida, pero luego con creciente intensidad y con caricias firmes por todo el cuerpo masculino.

Jason se sintió arder. María estaba siendo atrevida y descarada en sus caricias, y eso le entusiasmaba. Cuando ella bajó la mano hacia su rígido miembro y lo rodeó con aquella suave mano, jadeó a la vez que le guiaba con su propia mano en la caricia.

—Así, María, tócame...

—Es tan suave... —dijo separándose ligeramente de él, para poder admirarlo—. Y duro... y caliente... y... ¡enorme!

Jason no pudo reprimir una sonora carcajada, aun cuando el deseo lo quemaba por dentro.

—Tranquila, amor. Será mejor que me sueltes, si es que no quieres terminar esto ahora mismo.

María se dejó llevar, y Jason comenzó a besarla con pasión, mientras acariciaba los pechos de María hinchados por la pasión. Descendió su boca para torturarlos, mientras una de sus manos se deleitaba en los apretados rizos entre las piernas de María. Ella ya no podía más, y elevaba las caderas contra aquellos dedos que jugaban con su endurecido botón, mientras sus manos se aferraban desesperadas a la cabeza de Jason, para acercarlo más a sus necesitados pechos. Entonces, para volverla todavía más loca, Jason introdujo dos dedos en su interior y comenzó un suave vaivén dentro de ella. María suplicaba por que terminara con aquella tortura cuando él sacó con lentitud sus mojados dedos, para pasar sus manos por detrás y poder sujetar con fuerza aquel maravilloso culito respingón que tanto le gustaba tocar. María iba a protestar, cuando se dio cuenta de la dirección del sendero de besos hacia abajo y... más abajo... y...

—¿Qué estás haciendo?! —preguntó ella con los ojos fuera de las órbitas.

—Te estoy haciendo el amor, preciosa —susurró, con la voz totalmente

ronca por el deseo—. Ábrete para mí, María. Abre tus piernas —murmuró con voz sensual.

Y María lo hizo. La sensación de su lengua allí fue más de lo que ella pudo soportar, y cuando él separó sus tiernos pliegues con la lengua para introducirla dentro de ella, el orgasmo fue instantáneo. Aun así, él siguió lamiendo el mismísimo centro de su ser, saboreando la dulce esencia de María, hasta saciarse completamente de ella.

Cuando terminó el dulce ataque a sus sentidos, María se incorporó y dijo con descaro:

—Me toca.

Aquello sí que cogió a Jason por sorpresa. María agarró la dura verga entre sus manos y la acarició como él le había enseñado hacía tan solo un momento. Jason se dejó caer sobre la cama para saborear el momento, cuando una dulce humedad rodeó su firme vara, haciendo que se endureciera hasta límites insoportables. Abrió los ojos de par en par para observar lo que María le estaba haciendo, y cuando la vio inclinada sobre él, introduciéndose el henchido miembro en la boca, pensó que ardería por combustión espontánea. María comenzó a lamer y chupar, con creciente fervor, el duro miembro de Jason, y además se excitó a sí misma haciéndolo. Comenzó a adquirir un ritmo desbocado, y Jason boqueó y jadeó hasta que no pudo soportarlo más. Separó con rapidez y fuerza a María de sí mismo, y mientras la tumbaba boca arriba para poder penetrarla a placer, la miró a los ojos. La pasión que vio allí registrada en ese momento fue más de lo que pudo soportar y se zambulló dentro de ella, en una solemne, firme y única estocada que terminó con su sufrimiento. Aquel orgasmo fue sublime, y lo dejó exhausto.

Se quedaron así, abrazados, él todavía dentro de ella durante un buen rato, mientras sus respiraciones se tranquilizaban. Cuando por fin se separaron, Jason pudo ver durante un instante la tristeza reflejada en el rostro de María.

—¿Qué ocurre, amor? ¿Te he hecho daño? —preguntó, preocupado por si la fuerza de su pasión desbocada la había lastimado.

—No, no —se apresuró a decir María—. Creo que me ha gustado en exceso.

Jason sonrió y la miró a la cara, mientras se acomodaba a su lado, y los tapaba a ambos con las sábanas.

—Sabes que no puedes mentirme. Te conozco demasiado bien, y sé que algo te pasa —afirmó, mientras la abrazaba con dulzura, y ella instalaba

cómodamente la cabeza sobre su pecho.

Tenía razón. No podía mentirle sin que él lo supiera. La conocía demasiado bien. Así que decidió decirle la verdad, o casi...

—Es que he decidido que mañana le diré a Gabriel que no es mi padre — dijo con tristeza.

—Gabriel nunca te rechazaría. Conozco a mi hermano demasiado bien — dijo para consolarla, conociendo la fuente de su tristeza.

—¿Y si no es así?

—Será así —aseveró con firmeza.

—Tienes razón. Además, ahora no quiero pensar en eso. Tan solo abrázame y dame tu calor esta noche. Te necesito.

Cuando María le decía que lo necesitaba, su alma se encogía y solo podía pensar en que quería protegerla para siempre. De todos modos, esa noche a María le ocurría algo que ella no quería contarle y Jason estaba muy seguro de ello.

María esperó a que Jason se quedara dormido y, solo entonces, dio rienda suelta a sus emociones y comenzó a llorar en silencio.

Jason, poco a poco, se estaba relajando y su respiración haciéndose cada vez más regular, hasta que cuando estaba a punto de quedarse dormido notó la humedad en su pecho. María estaba llorando. Quiso exigirle que le explicara lo que ocurría, pero ella no había querido contárselo, y decidió que esperaría a que estuviese preparada para hablar. Pero su dolor lo golpeó más fuerte de lo que él estaba dispuesto a admitir, y permaneció así, despierto, sin que ella lo supiera, pero recogiendo el llanto entre sus brazos.

Jason no comprendía qué era lo que estaba ocurriendo. Obviamente, era algo demasiado importante y María solo le había contado la punta del iceberg. Había esperado, con ansia creciente, que ella se sincerase con él de manera absoluta y le ayudara a comprender lo que él había descubierto a lo largo de la semana.

Jason era un hombre poderoso y con muchos contactos. Pronto averiguó que un barco de origen español había llegado a puerto desde Francia hacía menos de dos semanas, y que no tardaría en volver a zarpar. Y aunque sabía a la perfección dónde se alojaban, no consiguió averiguar mucho más. Nadie sabía qué era lo que hacía aquel reducido grupo de españoles en los muelles de Londres. Pero las informaciones que le habían llegado a Jason, aparte de sus nombres, que con seguridad eran falsos, eran que parecían ser militares al

mando de uno en cuestión, sobre el que Jason no pudo averiguar nada concreto y que estaba acompañado por una mujer, que casi podría asegurar que era su ramera.

Decidió que no haría nada más que mantenerlos relativamente vigilados, hasta que zarpasen de Londres o María se sincerase con él, y acabase con la agonía que sentía al mirarla. Algo estaba ocurriendo y, si ella no se lo contaba, él estaba atado de pies y manos, y su única alternativa era esperar.

Capítulo 29

La despedida

María no consiguió descansar ni un ápice hasta que, con tristeza, tuvo que abandonar la cama en la que Jason yacía cómodamente dormido.

Lo primero que hizo fue ir con sumo cuidado a las habitaciones de Gabriel y a las de Ana, para dejar en ellas las cartas de despedida que había escrito esa misma mañana.

Primero pasó, con sigilo, al cuarto donde dormía plácidamente Gabriel. Su padre. Él siempre sería su padre para ella. El hombre al que una vez su madre amó, como ella amaba a Jason. El corazón se le desgarró al sentarse sobre la cama para poder depositar un suave beso sobre su cara. Dejó la carta en la mesita de al lado, con manos temblorosas. En ella, le explicaba que había descubierto que en realidad él no era su padre. Que no podía seguir abusando de su confianza y que no quería ser una vergüenza para él. Le agradecía la felicidad que le había otorgado en estos últimos ocho años, pero que, ahora que sabía la verdad, no podía seguir allí. Le aseguraba que ella estaría bien, que volvía a su patria para estar con su abuela en sus últimos días. Le dolía mentirle, pero era necesario para hacer más creíble la historia de por qué se iba; para intentar buscar a su madre... Y le pedía encarecidamente que, si la había amado algo en esos años, no la siguiese porque necesitaba pensar, y que cuando estuviese preparada regresaría para visitarle. Le decía que no pasaría un solo día de su existencia sin pensar en él, y que para ella él sería siempre el único padre que había tenido. Luego, se despedía diciendo que lo amaba muchísimo.

Salió llorando en silencio de la habitación de Gabriel, para dirigirse a la planta baja donde dormían los criados. Entró en la habitación de Ana y, al

principio, se sobresaltó al encontrar a Andrés a su lado. Luego, sonrió para sus adentros, feliz de que Ana hubiese encontrado la dicha en brazos de aquel buen hombre. Besó a Ana en la frente y dejó también allí una carta de despedida, en la que más o menos le contaba lo mismo que a su padre. También se despedía de ella diciéndole que la amaba como a una madre. Ana no tardaría en enterarse de que su abuela no le había escrito y de que no estaba al borde de la muerte, como ella les había hecho pensar, pero para entonces ya estaría lejos, donde nunca nadie la encontraría.

Finalmente, volvió a su cuarto y sacó el hato que tenía preparado debajo de la cama. Se sentó muy despacio en la cama donde Jason estaba tumbado, absorbiendo con avidez cada centímetro de su rostro. Tenía miedo de olvidar sus ojos azules de tormenta, su pícara mirada o su sonrisa cariñosa. Era tan guapo, allí relajado, que le robaba el aliento. Se resistía a dejar la habitación donde estaba el hombre de su vida, pero la hora se echaba encima. Se acurrucó por última vez a su lado para recoger su calor y su olor y poder llevarlo para siempre con ella. No le había escrito ninguna carta. Era demasiado doloroso para ella. No podía y no quería despedirse de él. Jason siempre sería la persona más importante dentro de su ser. Ella siempre le amaría, pero sabía que él no compartía sus sentimientos. Era mejor no despedirse. La idea de que él encontraría pronto otros brazos en los que estar destrozó su corazón. Pero era mejor así. Le deseaba lo mejor. Se acercó lentamente a sus labios y depositó un beso suave y tierno.

—¡Te amo! —le susurró en español.

Se levantó y salió de la habitación sin mirar atrás. Se mezcló con la oscuridad de la casa y, ya en la calle, montó en su caballo y se desvaneció entre las sombras de la noche. Mientras se dirigía hacia el puerto, no veía a causa de las lágrimas que no podía contener, y notó cómo su corazón se desgarraba dentro de su pecho.

Capítulo 30

Deseando morir

Felipe se encontraba en la cantina bebiendo junto a su pequeña tripulación, mientras se regodeaba en su triunfo. Sin duda, la mocosa de María aparecería. Tenía la mejor baza del mundo. Ahora no se arrepentía en absoluto de haberse llevado a su *adorada esposa*. Ahora le tocaba el turno a su venganza y, por fin, Isabel le iba a servir para algo. María vendría en busca de su madre y lo haría sola. De todas formas, nunca se sabía, y tenía hombres apostados en las inmediaciones de la casa de los St. James. Estaba a punto de amanecer y su barco casi listo para zarpar; ella no debería tardar mucho más.

Hacía tiempo que las cosas no le iban bien. Aunque la zorra de Isabel le había engañado, lo cierto es que aquel matrimonio había servido a sus fines con creces. Él era, en aquella época, un militar de alto rango bastante ambicioso. La unión con la hija de un grande de España le abrió muchas puertas, y durante mucho tiempo disfrutó de posición y riquezas. Pero él ansiaba más. Y su plan inicial de casar a María con el bastardo francés de la corte hubiera impedido que él se encontrase en esa situación desde hacía años.

Isabel había pagado por su traición. El peor golpe para aquella mujer había sido que él encontrase a María, y se iba a asegurar de que María también pagara por la miseria que había pasado durante los últimos diez años. El cerdo francés con el que la iba a casar era famoso por ser un depravado y un sádico en la cama. Decían que solo disfrutaba si provocaba verdadero dolor a las mujeres. Además, las quería vírgenes. Bien, María tendría su castigo y él se habría asegurado la riqueza y posición de la corte francesa. Al francés, conocido por todo el país, le costaba encontrar cada vez más mujeres debido a su mala reputación. Felipe solo le entregaría la virginidad de una diosa de la

belleza, como él mismo la había descrito para ese bastardo, a cambio de que se casara con ella. El francés había aceptado encantado ya que, según él, sus padres ya estaban impacientes por que se casara, y a él le daba igual quien fuera, mientras fuese joven y bella para poder disfrutarla.

—¡Señor! —anunció acercándose su segundo al mando—. La muchacha se dirige en estos momentos hacia aquí.

—Bien —dijo dando el último trago a su cerveza—, saldré a darle la bienvenida a mi hija. Una bienvenida como se merece.

Felipe había llegado la semana anterior a bordo de un pequeño barco que había logrado conservar, cuando todas las pertenencias le habían sido requisadas en España al ser acusado de afrancesado. Solo le acompañaba una pequeña tripulación; la justa para poder navegar. Eran españoles sin escrúpulos que había conocido en el exilio francés y que sabían navegar. Les había prometido que, si aquello salía bien, serían recompensados de sobra.

Felipe salió afuera, a la vez que María llegaba montada en su caballo. Desmontó para enfrentarlo, y en ese mismo instante recibió una sonora bofetada que consiguió que María cayese al suelo.

—¡Eso es solo un adelanto por las penurias que he tenido que pasar por tu culpa! —escupió con desprecio—. Jamás vuelvas a alejarte de mi lado o te retorceré el pescuezo. Soy tu padre y me debes respeto y obediencia.

María se quedó tendida en el suelo, mirando con horror la expresión de Felipe. ¡Dios mío! ¿Qué iba a ser de ella? Notó cómo el pánico nacía en su interior.

—Llevala dentro hasta que embarquemos y no le quitéis los ojos de encima —ordenó a sus esbirros. —Esta vez, no escaparás del matrimonio que te tenía preparado cuando desapareciste y que me dará la posición que he ansiado durante tanto tiempo.

Dos hombres la sujetaron por debajo de los brazos y la arrastraron al interior de la cantina, sin que María realizase el más mínimo esfuerzo por zafarse de ellos. Sin decir palabra y con la mirada perdida, María deseó, por primera vez en su vida, morir.

Capítulo 31

Te voy a matar

Jason no había podido dormir con el temor de que a María le sucedía algo malo. No tardó en confirmar sus sospechas cuando María abandonó la cama en medio de la noche. Se hizo el dormido para descubrir en realidad qué era lo que le sucedía a María. Comenzó a ponerse nervioso cuando al volver a entrar esta vio cómo sacaba un hato de debajo de la cama. Y ¿qué demonios le había dicho cuando le besó tan dulcemente? Odiaba reconocer que no tenía ni idea de español, aunque María hubiese puesto empeño tratando de enseñarle. Pero su corazón comenzó a latir con fuerza al ver que se vestía y salía a toda prisa de la habitación. Él se vistió a toda velocidad para averiguar qué demonios pasaba, pero sus latidos se desbocaron por completo al escuchar, momentos después, cómo un caballo en la calle salía al galope. Salió como un rayo de la habitación, con la esperanza de que no fuera María la que había abandonado la vivienda, a la vez que unos gritos llamaron su atención y la de toda la casa.

—¡María! —oyó gritar abajo—. ¡María! ¿Dónde estás? —gritaba desesperado Gabriel.

Jason bajó las escaleras como una exhalación.

—¡Gabriel! —informó con rapidez, mientras se ponía las botas—. María acaba de irse en su caballo.

—¿¿Qué? —chilló sin aliento, mientras agarraba con fuerza un papel arrugado—. ¡Dime que sabes a dónde ha ido! —obligó, agarrando por las solapas a su hermano.

—No lo sé. Pero creo saber dónde encontrarla, y pienso ir a buscarla en este mismo instante —afirmó, mientras se soltaba del fuerte agarre de su hermano, que estaba completamente furibundo.

—No puede ser. Ha tenido que ser el cerdo de Felipe —decía más para sí que para Jason—. ¡Juro que lo mataré! —amenazó con los dientes apretados.

En ese momento, se agolparon en el vestíbulo todos los habitantes de la casa que habían escuchado los gritos y venían a ver qué ocurría.

Al verlos entrar, Gabriel comenzó a dar órdenes.

—Sr. Hopkins, Andrés... quiero que os vistáis de inmediato y vayáis directos a las casas de mis hombres. Los quiero a todos y cada uno de ellos aquí en el menor tiempo posible. Decidles que se trata de una emergencia.

Los hombres de Gabriel eran férreos marineros con los que había compartido andanzas a bordo de su barco, el *Isabel*. Eran los hombres que habían navegado con él durante muchos años y con los que había compartido momentos difíciles y peligrosos. Eran hombres valientes, curtidos y le eran muy leales a Gabriel.

—¿Puedo saber qué ocurre? —preguntó desquiciado Jason, mirando el arrugado papel, que parecía que todos tenían menos él.

—María me ha dejado una carta. Dice que no es mi hija y que se va para ahorrarme la vergüenza. Solo hay una persona que ha podido decirle eso. Tiene que ser Felipe. ¡La ha encontrado! ¿Quién si no iba a haberle metido eso en la cabeza a mi niña? ¡Esa sombra que viste en la fiesta tiene que ser él! Dios sabe qué le diría ese cerdo a mi pequeña para que no haya confiado en mí, pero te juro que lo voy a averiguar.

Jason estaba impresionado por la capacidad de lógica de su hermano y la sangre fría que demostraba en un momento como aquel. No iba a profundizar en el hecho de que María no había confiado en él tampoco, y en que a él no le había dejado ninguna carta de despedida.

—¿Dices que sabes dónde puede estar? —preguntó Gabriel, impaciente por disminuir el creciente miedo que sentía en su interior.

—He estado haciendo averiguaciones por mi cuenta... lo que hablamos el otro día.

—¿Crees que está en el barco de esos españoles que arribaron la semana pasada?

—¿Tú también lo sabes? —preguntó Jason, impresionado.

—¡Te dije que iba a investigar! Pero, aunque sabía lo del barco, vi a María más tranquila y lo dejé pasar. Pero tienes razón ¡Hay que ir al muelle! —dijo ansioso—. Es la única pista que tenemos. ¿Tienes algo más que yo deba saber? —preguntó inquisitivo.

—El caso es que averigüé que hay un grupo de españoles en la posada Emery del puerto. Tienen que ser ellos —dijo más con esperanza que otra cosa, mientras terminaba de adecantar su indumentaria.

¿Por qué no le había dicho a María que estaba despierto? Tenía que haberla parado cuando estaba saliendo de la habitación. Claro que, en ese momento, no sabía que ella fuera a huir. Pero tenía que haberlo intuido al ver el hato.

De nada servía ahora sentirse culpable. Tenía que hacer algo y lo tenía que hacer ya.

—Seguro que es el cerdo de Felipe —dedujo Gabriel con convicción—. Bien, reuniré a todos mis hombres y... ¡¿qué crees que estás haciendo?! —preguntó Gabriel a Jason, viendo que este ya se dirigía hacia la puerta.

—Voy para allá. María está sola. Le puede pasar cualquier cosa —dijo, con un miedo que jamás, hasta ahora, había sentido en toda su vida.

—Espera, Jason. No sabemos cuántos hombres son con certeza... ¡Jason! —gritó, mientras su hermano se alejaba.

—Tú reúne a tus hombres. Yo me adelantaré para ver si la encuentro —rugió desesperado Jason.

Mientras se alejaba al galope por las oscuras calles de Londres, camino del muelle, Jason pensó que se volvería loco de preocupación. Si alguien le hacía daño a su María lo iba a pagar muy caro. Nunca en su vida había experimentado esa sensación de pánico y pérdida mezclados.

Y en cuanto a María... que se preparara, porque en cuanto le pusiera las manos encima, la iba a matar. ¿Por qué no había confiado en él? ¡Definitivamente la iba a matar! Y, ¿qué era eso de dejar notitas de despedida a todo el mundo menos a él? ¿Es que él no se merecía una triste despedida? ¡Sí! ¡La iba a matar!

Capítulo 32

Zarpamos para España

Jason llegaba al galope por la oscura calle en el mismo instante en que María era arrastrada fuera de la cantina por dos hombres para embarcar. El miedo y la rabia lo embargaron y, sin pensárselo dos veces, se tiró de su caballo sin que este llegara a detenerse del todo, y corrió hacia los dos tipos que sujetaban a María. ¡Los mataría solo por atreverse a tocarla!

—¡Eh, vosotros! —gritó cuando estaba prácticamente encima de ellos—. Nadie toca a María sin probar mis puños.

Y, en ese momento, cuando el primero se giró, le lanzó un directo de lleno en el mentón y lo dejó noqueado.

—¡Tú! —exclamó recomponiendo su pose pugilística—. Acércate, que eres el siguiente —informó con expresión asesina.

María no se lo podía creer. Jason estaba allí. Y estaba allí por ella... Por un momento perdió el norte de la situación y se sintió terriblemente halagada y feliz. Jason estaba tan impresionante allí de pie, con aquella expresión asesina... y por ella...

Pero, aunque el primer hombre al que había golpeado estaba inconsciente en el suelo, el otro era del tamaño de un oso. Dios del cielo, iba a destrozarlo. Y, lo más importante de todo, ¿con qué fin? Su padre podía seguir haciendo con ella lo que le diera la gana. Tenía a su madre. Ella no tenía más remedio que obedecer. El miedo porque aquel hombre golpeará a Jason la sacó de su ensoñación de «príncipe rescata a princesa y fueron felices para siempre».

—¡Jason! —gritó desesperada—, ¿se puede saber qué estás haciendo?

En ese momento, el *oso* atacó con un gancho que Jason esquivó por los pelos, gracias a la interrupción de María.

—¿Rescatándote?! —preguntó, cínicamente, fatigado por la carrera y la pelea.

Entonces lanzó un directo que dio de lleno a su oponente, pero, aunque este trastabilló, no pareció afectarle mucho. El *oso* le lanzó un gancho que lo dejó aturdido por un instante. Aquel gigante tenía una fuerza descomunal.

Mientras, el miedo hacía que María, poco a poco, se volviese violenta. Pero violenta con el hombre por el que temía.

—¿Y quién demonios te pidió ayuda, si puede saberse? —gritó, dando un zapatazo contra el suelo, para enfatizar sus palabras.

—¡De nada, cariño! —replicó, mientras trataba de esquivar otro lateral, sin mucho éxito, que lo dejó sin resuello durante un instante.

—¿Es esa tu manera de rescatarme? —preguntó enfurecida—. Porque no veo que estés teniendo mucho éxito en tu empresa.

Jason comenzaba a estar exhausto, pero el último comentario de María lo exasperó y enfureció de tal modo que hizo acopio de toda la fuerza que le quedaba, y le dio un directo final al *oso*, dejándolo finalmente inconsciente. Caminó con dificultad y dolorido en exceso por el combate, y se dirigió a María con el ceño fruncido.

—¡Pues sí... así es como te salvo! —enfaticó enfurecido.

—No lo entiendes, Jason. Nadie puede hacer nada. Felipe está aquí y dice que tiene a mi madre. Tengo que ayudarla —explicó, completamente desesperada—. ¡Estoy muerta de miedo! —se defendió, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Puedo saber por qué no has confiado en mí? Nos vamos ahora mismo de aquí antes de que aparezcan más tipos como ese —dijo señalando al *oso*—. Buscaremos la manera de liberar a tu madre —la tranquilizó, mientras agarraba del brazo a María, para llevársela de allí cuanto antes.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —gritó, zafándose de él—. ¡Te digo que tienen a mi madre en algún sitio! Si me voy, no sé de lo que será capaz Felipe. ¡Dijo que la mataría! —sollozó desbordada por la situación—. Además, no soy nada vuestro y sería un escándalo para la familia.

—¿Y desde cuándo han importado los escándalos en mi familia?

De pronto, desde la oscuridad del callejón, se oyó el sonido de una pistola amartillándose.

—Bueno, si no os importa el escándalo —se descubrió Felipe desde las sombras, apuntando a Jason—, puede que a las autoridades les interese saber

que habéis secuestrado a mi hija. Soy su padre y puedo demostrarlo, ¿sabes?

Otro ruido de pistola, cargándose, se oyó detrás de Felipe.

—Y tal vez —dijo Gabriel, con su pistola apoyada en la cabeza de Felipe —, a ti te interese saber lo poderosa e influyente que puede llegar a ser mi familia en los tribunales.

Nadie hubiera podido decidir quién de todos los allí presentes había quedado más sorprendido. Pero lo que vio María, era Felipe, que aún sonreía.

—¡A mí, mis hombres! —gritó Felipe triunfal.

Y en ese momento salieron unos diez esbirros de entre las sombras. María estaba aterrorizada. Matarían a los dos hombres de su vida, sin dudarlo.

—¿A mí, mis hombres? —se burló Gabriel con pausada ironía y cinismo inglés—. ¿Has oído eso, Jason?

—Ha dicho eso exactamente, Gabriel —dijo Jason con total tranquilidad.

María los miraba estupefacta. ¿Cómo podían estar tan tranquilos? De pronto, Gabriel silbó y unos veinte curtidos marineros salieron de las sombras.

Felipe se enfureció.

—Soy el padre de María. Exijo que me la entreguéis —dijo con los dientes apretados por la furia.

—Jamás —dijeron al unísono Jason y Gabriel.

—María... ¡perra! —escupió Felipe, arrastrando las palabras—. Te dije que no quería nada de juegucitos y hombres pretendiendo ser tus familiares fastidiando. Te toca asumir las consecuencias de tus actos.

—Lo primero —dijo Gabriel con los dientes apretados— es que nadie llama perra a «mi hija». Y ya me explicarás cómo pretendes hacer lo segundo.

De repente, de entre las sombras surgió la figura de un hombre que arrastraba un débil y frágil cuerpo de mujer, mientras apuntaba con el cañón de la pistola a la cabeza de esta.

—¡Mamá! —gimió María con el corazón encogido.

—¡¡Isabel!! —exclamó Gabriel completamente abrumado.

En ese instante, Felipe se giró tomando a Gabriel desprevenido, le asestó un puñetazo que le hizo trastabillar y, de repente, todo el mundo entró en acción.

Jason agarró a María para apartarla de en medio del camino y, en cuanto la tuvo en sitio seguro, corrió para ayudar a su hermano. En un abrir y cerrar de ojos, la calle se convirtió en un auténtico campo de batalla en el que todo el mundo luchaba, mientras el cobarde de Felipe huía a la seguridad de su barco,

sin que Gabriel pudiese hacer nada para evitarlo; dos esbirros de Felipe se le habían echado encima para cubrir la retirada de su jefe.

Pero la emoción de haber visto a Isabel y de cómo era arrastrada por aquel hombre le hizo recordar la escena a bordo del *Vengeance* y se juró a sí mismo que esta vez no. La desesperación del momento hizo que su adrenalina se disparase y lanzó un gancho y un lateral sucesivamente a los hombres que tenía encima, dejándolos momentáneamente fuera de combate.

—¡Encárgate tú, Jason! —gritó, siguiendo con la mirada la dirección en la que se llevaban a Isabel, al ver que Jason venía en su ayuda.

Y entonces emprendió la mayor carrera de toda su vida para poder rescatar a Isabel. Esta vez, nadie se la volvería a llevar. Demasiados años y demasiados intentos fallidos de poder volver a estar con ella. Cuando la estaba alcanzando se lanzó, literalmente, hacia el hombre que la tenía agarrada. El desgraciado no pudo ni respirar. Gabriel se le echó encima y lo sorprendió con una lluvia de golpes infernales. Jason, que llegaba a la carrera para ayudarlo después de haber dejado definitivamente a los otros dos fuera de combate, tuvo que retirar a su hermano para que no matara a aquel pobre desgraciado.

—¡Tranquilo, Gabriel! —calmó Jason, intentando que este saliese de aquel estado de furia—. ¡Está inconsciente! ¡No puede hacer nada! ¡Se acabó!

En aquel momento llegaba María, que no se había quedado en el oscuro rincón como le había señalado Jason y se abalanzó directamente sobre su madre con sollozos incontrolables.

Los hombres de Felipe comenzaron a dispersarse ante la superioridad numérica de los de Gabriel hasta que la lucha terminó.

Gabriel miró con furia hacia el barco de Felipe, que en ese mismo instante elevaba el puente, mientras intentaba zarpar a toda velocidad.

—¡Inglés! —bramó Felipe, completamente embriagado por la furia y el rencor—. ¡Me las pagarás! ¿Creéis que habéis ganado? ¡A ver si también eres capaz de salvar a Enriqueta! —farfulló mientras, tanto Isabel como María, levantaban la mirada en su dirección, con los ojos como platos y llenos de terror—. ¡Juro que la mataré si no me entregáis a María! ¡Quédate con la zorra de Isabel! ¡Te la regalo! ¡Pero María es mía! —gritó completamente desquiciado.

—¡No! —gimieron al unísono María e Isabel que seguían completamente abrazadas.

Gabriel se agachó para poder abarcar con sus poderosos brazos a las dos mujeres de su vida, y poder así reconfortarlas con su calor, mientras el barco de Felipe comenzaba a alejarse. Acto seguido, se irguió con orgullo y poder y comenzó a dar órdenes, como buen capitán que había sido.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Gabriel en voz alta a los que habían acudido en su ayuda.

—Sí, señor —respondió Nick, su primer oficial de a bordo—. Eran unos bastardos cobardes.

Nick era un tipo de unos cuarenta y tantos, que había servido siempre a Gabriel a bordo de su barco. Él y los otros tripulantes se decepcionaron bastante cuando Gabriel decidió dejar la vida de a bordo para quedarse con su hija.

—Bien, Nick —anunció seriamente Gabriel—, quiero que reúnas a toda la tripulación que puedas y que prepares el barco para, a más tardar, zarpar esta misma tarde.

Nick soltó una sonora carcajada. Parecía que ahora volvían a la carga. Los muchachos estarían más que contentos de embarcar con su capitán y tener un poco de diversión.

—Como usted mande, mi capitán —dijo Nick—, ¿y adónde nos dirigimos? —preguntó complacido.

—¡Zarpamos para España! —aseguró, a la vez que miraba intensamente la cara asustada de Isabel.

Capítulo 33

Conjeturas

Gabriel condujo a las dos mujeres hacia un carruaje, ayudado por Jason.

—Os dejaré solas para que habléis —dijo Gabriel a Isabel, con la promesa en su mirada de que más tarde sería para él.

Isabel no daba crédito a lo que acababa de suceder. Toda la angustia acumulada en el último mes, desde que sabía que Felipe había encontrado a María, se había disipado, en gran parte, ahora que sabía que su hija estaba a salvo. Pero también estaba la amenaza hacia su madre. El dolor en el pecho no cesaba.

Y Gabriel. Cuando Gabriel la vio por primera vez y sus miradas se habían cruzado renació en ella algo que hacía demasiado tiempo no sentía... y él la había mirado con amor en los ojos. ¡Estaba avergonzada! No sabía qué le iba a decir. Cuando envió a María a Londres pensaba que era su hija. Pero cuando él fue a España en su busca, le suplicó a su madre que le dijese que no intentara ayudarla para evitar que Felipe les siguiese y pudiera dar con la muchacha. No quiso verlo. Pero tampoco quiso que Enriqueta le dijese que María no era hija suya. Ahora ya lo sabía. ¿Cómo habría encajado él esta noticia? Volvían a España y sabía que Gabriel la ayudaría. Y ¿después?, ¿las echaría y las dejaría a su suerte?

¡Dios mío! Su mente no daba más de sí y lo único que importaba de verdad en ese momento era que estaba con su María. La tenía abrazada y no podía dejar de llorar. Ninguna de las dos era capaz de articular palabra por las fuertes emociones que acababan de vivir. Pero la emoción al verla tan mayor, tan bonita... ¡cuán doloroso era pensar que se había perdido toda la adolescencia de su hija, y qué satisfacción saberla bien y feliz, aunque fuese

lejos de ella!

Todos los St. James regresaron a casa para prepararse para el viaje y descansar un poco. Gabriel reunió a Jason, María e Isabel en su despacho, unas horas más tarde.

Cuando entraron, Gabriel vio a una abatida Isabel que no se atrevía ni a mirarle a los ojos y María estaba desbordada por los acontecimientos.

—María —dijo Gabriel serio—, te juro que no voy a permitir que nadie dañe a tu abuela.

—¿De veras? —preguntó María esperanzada, y con la ilusión reflejada en sus enormes ojos.

—Claro que sí, pequeña. ¿No te has dado cuenta todavía de que yo haría cualquier cosa por mi niña?

Mi niña. María estaba tan confusa. Bajó la cabeza al suelo y se abrazó a su madre con fuerza, como si quisiera inspirarse valor para enfrentar juntas una realidad que parecía que Gabriel todavía no había entendido.

—Pero yo no soy tu hija realmente. En la carta te expliqué...

—Tu carta era preciosa —interrumpió con voz grave y tierna—. Y debo decir que me has desilusionado profundamente, María —la amonestó, cambiando a un tono severo.

Si antes estaba confusa, ahora sí que se había perdido por completo.

—Pero yo...

—No hay peros que valgan —interrumpió serio a María—. Yo soy tu padre y deberías haberme contado todo la misma noche del baile.

—Pero tú no eres mi padre. La marca...

—¿Es eso así, Isabel? —la cortó bruscamente, para centrar su total atención en la única mujer que había amado en toda su vida, y con la que parecía que por ese momento no podría hablar en privado.

—Sí —admitió, contrita y dándose cuenta de que, quizás, Gabriel tenía la esperanza de que todo aquello no fuese cierto y que, ahora que sabía que no era así, le daría la espalda—. Felipe es su padre.

—Ah, ¿sí? Perdona, pero me he debido de perder algo —dijo volviendo a María, aunque le costaba horrores dejar de mirar a Isabel—. ¿Quieres decirme que consideras que ese bastardo de Felipe es tu padre y no yo? ¿Es que no valoras los años que he pasado junto a ti, el que dejara de navegar por ti, las tardes que hemos pasado riendo y charlando, las broncas que te he echado esforzándome por educarte lo mejor que sabía dadas las circunstancias, todo

lo que te he consentido...? —preguntó Gabriel, enfadado.

—¡Claro que lo valoro! —exclamó María defendiéndose—. Para mí, tú eres mi único y verdadero padre.

—Entonces, eres mi niña, te he criado como tal; eres una St. James de los pies a la cabeza. —Y dirigiendo una mirada intensa a Isabel, añadió—: Eres la hija de Isabel, para mí eso es suficiente y nadie va a separarme de ti —dijo Gabriel, suavizando la expresión y sonriendo para hacer comprender a María —, vamos a buscar la mejor manera de solucionar todo este embrollo.

María sintió que una oleada de felicidad la invadía. Gabriel realmente la amaba y estaba dispuesto a ayudarla; a ella y a su madre. No estaba sola en el mundo, como había creído hacía tan solo unas horas en la cantina. Estaba rodeada de toda la gente a la que amaba y ahora, además, tenía a su madre con ella. Solo faltaba su adorada abuela, y una oleada de renovado valor le hizo pensar por un instante que todo saldría bien.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Jason, que hasta ahora había permanecido relegado a un segundo plano.

—Intentaremos dar alcance a Felipe, aunque es difícil con la ventaja que nos lleva. Si no lo conseguimos, acudiré a las autoridades españolas. Lo que no termino de comprender es qué quiere ese tipo de María ahora —se preguntó mirando a Isabel—. Aunque sea su hija, nunca la trató como tal. ¿Qué es lo que quiere?

—Lo que siempre quiso —dijo Isabel abatida—. Casarla con un francés de la corte para volver a tener todo lo que un día perdió cuando María desapareció.

Los dos hombres se miraron instantáneamente con incredulidad.

—Pero —continuó Gabriel—, ¿es el mismo francés que el de hace ocho años? —preguntó incrédulo—. ¿Sigue queriendo el casamiento?

—¡El mismo! Cuando Felipe convenció a Jean Pierre, él no quería aún casarse y no le importó demasiado que María hubiese desaparecido. Pero ahora la familia del francés, que está desesperada, ha apelado hasta a la corte francesa y tiene hasta orden de casarse a como dé lugar. Su sadismo y su maldad son tan grandes y tan conocidos en toda Francia, que ninguna familia que se precie quiere desposar a su hija con él.

Los dos hermanos se enfurecieron en el momento, aunque por razones diferentes.

Gabriel, al darse cuenta de lo rastrero de la acción de Felipe y al

comprender, instantáneamente, el plan del español.

Jason no pudo contener la oleada de celos y rabia que lo invadió al pensar que María se casaría y que otro hombre que no fuese él la tocaría. Por no hablar de que jamás dejaría que nadie le hiciese daño.

—Eso no va a suceder jamás —anunció Jason de forma peligrosa.

—Bien —dijo Gabriel pensativo—, al menos ya sabemos que tu abuela no va a sufrir daño alguno, lo que nos da algo más de tiempo para buscar una solución.

—¿Por qué sabes que no le hará daño? —preguntó, desconcertada, María.

—Dijo aquello —comenzó sombríamente Jason—, para que vayamos a España. Sabe que tú —continuó mirando directamente a María a los ojos—, te ofrecerás a cambio de tu abuela.

—¡Dios mío! —dijo, sin saber si sentirse aliviada porque su abuela no corría peligro por ahora, o aterrada por el hecho de que no le veía solución a aquel problema—. Todo vuestro esfuerzo no ha servido de nada —dijo gimiendo.

—Nadie te separará de mí —enfaticó Jason, de una manera tan siniestra, que a María se le pusieron los pelos de punta.

Ni Gabriel, ni María, ni la propia Isabel pasaron por alto la posesividad de aquel comentario. Gabriel e Isabel se quedaron pensativos, mientras que María se sintió flotar.

—No te preocupes, cielo —dijo Gabriel—, encontraremos la manera de solucionar esto. Los St. James siempre salimos bien parados de los problemas. ¡Bien! —dijo sin poder dejar de mirar a Isabel—. ¡Tenemos que embarcar cuanto antes! Ya está todo preparado, así que pongámonos en camino.

Capítulo 34

El Isabel

Zarparon esa misma tarde. Lo cierto era que los hombres de Gabriel lo habían preparado todo en un abrir y cerrar de ojos. María hasta pudo notar la emoción contenida en algunos de aquellos hombres, que parecía que habían esperado demasiado tiempo para hacerse a la mar. Su padre no le había mentido en absoluto al contarle cómo había reunido a un grupo de hombres que amaban la vida en el mar tanto como él. Y no dudaba del comentario de Gabriel de que todos ellos amaban, además, las aventuras que todo aquello les podría deparar. Algunos de ellos parecían desear el peligro, al ver cómo reaccionaban cuando Gabriel les contó el objetivo de aquella misión.

En cuanto al barco, María nunca se había subido a él porque nunca le había llamado la atención, pero tenía que reconocer que era una auténtica belleza. Gabriel lo había mandado construir a conciencia. No es que ella entendiera mucho de barcos, pero, el *Isabel*, nombre que llenaba de orgullo a María y que le hacía comprender cuánto había amado Gabriel a su madre, era un barco enorme de tres mástiles y, hasta que no te instalabas en él, no te dabas cuenta del lujo y el gusto con el que estaba construido. Sin contar con que era el barco más limpio en el que ella había estado. Lo cierto era que estaba tan impoluto como la casa.

Su camarote era un auténtico derroche de lujo y comodidad. Eso le hacía preguntarse cómo sería el de su padre, que era el capitán; aunque sabía que esa misma noche su curiosidad se vería satisfecha, ya que cenarían allí mismo para definir más la estrategia que iban a seguir.

Pero fuera de todo aquel lujo interior, María no pudo dejar de notar que aquel barco parecía un auténtico buque de guerra, y eso la asustaba un poco,

hasta el punto de comprender qué era lo que le gustaba tanto a su padre y a aquellos hombres de la vida en el mar. Sin duda, no se dedicaban solo a contemplar el paisaje. Parecía que todos estuvieran deseosos y preparados para entrar en acción en cualquier momento. Y eso hizo que María tuviese miedo por todos los suyos y desease por un instante que no la hubiesen encontrado la noche anterior. Aunque estaba feliz de haber recuperado a su madre y de poder comprobar que seguía siendo la misma para su padre y para Jason, y por el alivio que había experimentado cuando la rescataron, no podía ahora por menos que sentirse tremendamente culpable. Ahora, no solo estaba en peligro la vida de su abuela, sino que, además, también la de su madre y la de todos aquellos hombres, incluidos los que ella consideraba su propia y única familia. Y todo por ella. Para librarla de un destino igual al de su madre. Podía ser que toda aquella gente, tan importante para ella, muriese. Aquello era demasiado arriesgado y, por un momento, María pensó en volver a escapar para poder poner a salvo a toda su gente querida.

Y, con aquel miedo en el cuerpo, se dirigió al camarote de su padre para cenar.

Cuando entró, lo primero en lo que reparó fue en que, en efecto, el camarote de su padre era enorme y todo lujo. Era como estar en casa. Sin duda, para no echar de menos su hogar en aquellos largos viajes que Gabriel había realizado, antes de optar por pasar más tiempo con María. Ese pensamiento la hizo entristecerse aún más. Aquel hombre lo había dejado todo por ella, y ni siquiera era su hija de verdad. Y ahora arriesgaba todo, incluso su vida, por ella. Eso la llenó de amor y de horror. ¡No podía dejar que eso sucediera!

Se dirigió hacia la mesa, con la angustia reflejada en el rostro, y vio a toda la gente que allí había congregado su padre. Estaban Isabel y Ana, que no podían dejar de hablar; Andrés, Jason, el primer oficial de a bordo de su padre junto con unos tripulantes que María no conocía, y Gabriel, que al ver su expresión se apresuró a hablar.

—Tranquilízate, María. De veras que no creo que, por ahora, tu abuela sufra daño alguno. Es demasiado valiosa para Felipe —dijo con cariño—. No dejes que te afecte. Decidamos qué es lo mejor que podemos hacer.

María se acomodó en su asiento mientras Jason, que se sentaba a su lado, le acariciaba la mano en gesto tranquilizador. Un gesto que no le pasó inadvertido a Isabel.

—Bien, señores. Para los que no estén todavía al tanto, voy a hacer un

breve resumen. Felipe nos lleva medio día de ventaja y se dirige a España para capturar como rehén a doña Enriqueta y poder así hacerse con María. Felipe es un exiliado español que huyó a Francia cuando el rey lo tachó de colaboracionista con el gobierno francés. Por lo visto, ahora busca alianzas en la corte francesa para recuperar el poder perdido.

—Perseguido, despojado de todas sus pertenencias y exiliado —dijo Jason, de forma reflexiva, más para sí que para los demás—. No creo entonces que estar en España le dé demasiada ventaja política —dijo ya en un tono más alto, para que todos pudiesen escucharle—. Deberíamos probar con las autoridades españolas antes de llegar más lejos.

—Puede ser una opción a tener en cuenta —correspondió Gabriel.

María se asustó al pensar en lo que haría Felipe con su abuela si avisaban a las autoridades. Les había asegurado, a bordo desde el barco, que no quería ningún intento nuevo de frustración de sus planes. Esto, en definitiva, condenaría a su abuela a una muerte segura.

—Pero ¡¿y si tiene retenida a mi abuela?! La matará. No se lo pensará dos veces —explicó con un grito ahogado.

—Tranquilízate —dijo Jason muy serio—. Solo estamos barajando las posibilidades que tenemos para determinar cómo actuar.

—¿Que me tranquilice? —demandó María con furia, ahora que todo el miedo por ellos y su abuela la había invadido de lleno—. Explícame cómo hago para tranquilizarme. Ese hombre nos lleva ventaja, atrapará a mi abuela y la matará si acudimos a las autoridades. Y si no, os matará a todos vosotros. —Esto último lo dijo levantándose de la silla y apoyando las dos manos sobre la mesa para hacerse oír mejor—. ¿Qué posibilidades son esas que tanto barajas? —exigió ya a voz en grito y dirigiéndose de forma expresa a Jason, ya que ahora él había pasado a ser la fuente de su furia—. ¿Por qué demonios no pensaste en la posibilidad de dejar que me fuese con Felipe? ¡Todo esto es por tu culpa! ¡No debí haber confiado en ti! ¡Mira la situación en la que nos encontramos! ¡Todo esto es culpa tuya!

Y con lágrimas no derramadas contenidas en los ojos, debidas al miedo que sentía, huyó a toda velocidad del camarote sin dar opción a nadie a contestar. Porque, aunque ahora su madre había escapado de las garras de Felipe, lo cierto era que todos estaban en serio peligro. Todos los que iban a bordo de aquel barco. María no le encontraba la solución. No la había. La única manera de que Felipe dejase en paz a toda la gente que ella amaba era entregándose a

él.

Jason intentó salir tras ella, pero Gabriel se lo impidió agarrándole por el brazo.

—Déjala, hermano, está demasiado angustiada. Cuando duerma un poco verá las cosas de otra manera. Ahora, intentemos discernir lo mejor para salir de este embrollo.

—Está bien —gruñó, casi ladrando—. No iré tras ella. Pero necesito salir y tomar un poco de aire fresco.

Jason salió fuera y sintió cómo todos los músculos se le habían quedado agarrotados de las ganas de estrangular a María. «Confiar en ella», claro, igual que había confiado ella en él. Por no hablar de que todavía quería saber por qué él no tenía su maldita nota de despedida, cuando el resto de sus seres queridos tenía una. Y encima se permitía el lujo de gritarle... Cuando la pillara se iba a enterar.

Capítulo 35

Todo es por tu culpa

María se encerró en su cuarto y avisó de que esa noche no cenaría. Tenía el estómago demasiado encogido para ello. La verdad era que estaba muerta de miedo. Temía por todos sus seres queridos. Y lo peor era que no sabía qué hacer para ayudar. Se sentía impotente frente a todos aquellos acontecimientos. Todo lo que había hecho era complicar la vida de todo el mundo. Todos por ella y ella por nadie. Tenía que hacer algo, pero ¿qué? Su madre había sacrificado media vida por ella y no quería el mismo destino para la que había llegado a ser su otra familia. Tenía que intentar huir otra vez. En cuanto pisaran tierra firme, escaparía. Era la única solución. No podía ser que tanta gente fuera a morir por su culpa.

Unos golpes en la puerta desviaron el curso de sus pensamientos.

—¡María! —demandó Jason desde el otro lado de la puerta, y con tono de evidente enfado—. ¡Abre la maldita puerta ahora mismo!

¡Bueno, esto ya era el colmo! Encima venía él enfadado y exigiendo, cuando era el culpable de todas sus penas. ¿Pero qué se había creído? María fue como una exhalación hacia la puerta para decirle un par de cosas. La rabia no le dejó darse cuenta de que tan solo llevaba puesto un fino camisón blanco con una ligera bata de cama. Abrió con energía la puerta para demostrarle que, no solo no estaba amedrentada, sino que, además, estaba muy enfadada con él.

—¿Puedo saber quién demonios te crees que eres para exigirme nada?! —gritó.

—Tu *tío*, por si no lo recuerdas bien —respondió ahora en tono sarcástico y con tranquilidad, mientras pasaba dentro del camarote y cerraba la puerta tras de sí.

—Por si no te has dado cuenta, tú no eres mi tío ni nada mío. No tienes ningún derecho sobre mí. ¡Ninguno! Así que no vuelvas a entrometerte en mi vida. ¿Entiendes? Lo único que consigues es complicarlo todo todavía más — enfatizó, desbordada por la preocupación.

Jason se giró para enfrentarla, y al hacerlo se dio cuenta de que María ya estaba preparada para ir a dormir. Parte de su enfado se disipó al instante para dar paso a una lujuria creciente. Allí estaba ella, hecha una furia como tanto le gustaba a él, medio desnuda y al lado de una cómoda cama. Tuvo que concentrarse para recordar por qué había ido enfurecido a aquel camarote, aun cuando había prometido a su hermano, y a sí mismo, que no iría.

—Soy demasiado consciente de que no soy tu tío. A lo mejor eres tú la que no se ha dado cuenta de lo que somos tú y yo —masculló con voz ronca—. Pero lo que cuenta es que mi hermano sigue considerándote su hija y, a efectos, que sigues siendo mi sobrina. Así que te gritaré cuanto quiera —dijo demasiado tranquilo.

María era plenamente consciente de la presencia de Jason en su camarote. De su proximidad. De su poder. De su virilidad. De su más que apuesto rostro frente a ella. ¡Dios, le costaba respirar y pensar cuando lo tenía tan cerca!

—Bien —dijo exasperada y más tranquila, pero comenzó a sentirse excitada por su proximidad—. ¿Qué quieres?

—Para empezar, *querida sobrina* —enfatizó aproximándose demasiado y agarrándola por el brazo de una manera que comenzó a ser dolorosa—, explícame por qué no confiaste en mí. Por qué no me lo contaste todo para que pudiera ayudarte y... —Se había jurado a sí mismo, una y otra vez, que no se lo preguntaría—. Por qué demonios te fuiste sin despedirte de mí. Por qué no hubo para mí ninguna estúpida carta —masculló con los dientes apretados.

María se quedó atónita. Estaba enfadado porque no se había despedido de él. ¿Qué demonios quería decir eso? ¿Acaso él sentía algo por ella? María estaba empezando a flotar ante ese pensamiento, cuando la realidad la golpeó con dureza. No era porque su *amada* no se hubiese despedido; era porque su *sobrina*, y se lo acababa de dejar muy claro al recalcarle que era a su tío efectos legales, se había despedido de toda la familia menos de él. María sintió que todo su enfado volvía con energía renovada. Cómo podía haber pensado que un libertino como él, que en cuanto se había enterado de que no era su tío había corrido para meterse debajo de sus faldas, podría llegar a sentir algo más profundo por ella. Pero menudo... pedazo de...

—¿Confiar en ti? —explotó consiguiendo soltarse del agarre de su mano—. ¡Mira lo que ha hecho tu confianza! ¡Ponernos a todos en peligro! Entiende que ni tú ni nadie puede ayudarme. Y si no te lo dije fue porque sabía que esto podía suceder. No puedes ayudarme. ¡Nadie puede ayudarme! Lo único que has hecho es alargar el mismo resultado, porque no te quepa duda de que Felipe se saldrá con la suya y, además, lo has complicado en extremo: ahora todos corréis peligro —gritó enfurecida levantando el mentón con orgullo y arrogancia.

—¿Te preocupa que yo arriesgue mi vida, o es por los demás por los que temes? —preguntó, arrastrando las palabras.

Jason no sabía por qué había dicho aquello. Pero tenía una necesidad ridícula de que ella mostrara algún tipo de sentimiento hacia él después de no haberse despedido. Necesitaba reafirmar que María sentía algo por él. Pero ¿qué? Él era su tío a ojos de toda la familia. ¿Quería ser su tío favorito? Honestamente, no. No sabía lo que quería y, mientras esperaba a que María contestase, lo único que tenía claro era que deseaba hacerla suya en ese preciso instante.

María pudo observar cómo sus ojos azules se volvían del color de una tormenta gris por el deseo. ¡Por Dios! ¡Aquel hombre la fascinaba completamente! Jason la desarmaba. Conseguía que se enfureciera como nadie y, al segundo, podía lograr que lo deseara. ¡Cómo lo amaba! No le importaba que él no la amase. Además, estaba el hecho de que otra vez le quedaba muy poco tiempo para estar con él. Deseaba estar con él. Necesitaba estar con él. Notó cómo todas sus defensas la abandonaban y cómo su enfado se transformaba, con excesiva rapidez, en deseo. Deseo por aquel hombre. Solo él. Y sin saber cómo, hipnotizada por aquella mirada, se encontró contestándole.

—No podría soportar que te sucediera nada malo. No a ti, Jason. No a ti —confesó, mientras notaba cómo la humedad acudía a sus ojos.

Fue más de lo que Jason necesitaba oír, o podía soportar, para atraparla entre sus brazos y comenzar a besarla con pasión. Ya pensaría más tarde por qué el corazón le había dado un vuelco en el pecho al oírla. Ahora, necesitaba su calor. Lo necesitaba con desesperación.

Capítulo 36

Grabando señales a fuego

En cuanto los labios de Jason se posaron sobre los suyos, María pensó que moriría quemada. Aquel hombre abrasaba. ¿O era ella? Daba igual. Qué bien se sentía entre aquellos brazos poderosos, rodeándola. En realidad, se sentía protegida. Como si nadie pudiera hacerle daño mientras estuviera en aquellos brazos. Pero aquello no podía ser. No estaba escrito que ellos pudiesen estar juntos. Y él no podía protegerla para siempre. Pero mientras tanto... mientras tanto ella disfrutaría de todos aquellos sentimientos, emociones y sensaciones que él despertaba en ella.

Rodeó el cuello de él con sus brazos y lo apretó con fuerza, como con miedo a despertar de un sueño. Lo abrazó como si en ello le fuese la vida. Ella le demostraría esa noche, con hechos, cuánto le amaba... otra vez. Le amaría hasta quedar exhausta si hacía falta. Se despediría así de él... otra vez... aunque él no fuese capaz de distinguirlo así.

Cuando Jason comenzó a besarla, quería castigarla. Quería expresarle todo el enfado que sentía por no haberse despedido de él y por no haberle demostrado el afecto que había mostrado al resto de la familia. Él quería, o necesitaba, y de esto no estaba muy seguro, ser el más importante de todos. Quería dejarle muy claro a María que él tenía que ser importante para ella. Y se lo iba a demostrar esa noche. Le dejaría grabada a fuego una huella que jamás podría olvidar. No pensó, ni por un momento, que esa señal ya estaba grabada, pero en él y en lo más profundo de su ser.

María notó que había algo fiero en Jason y, sin quererlo, ella también se contagió de esa salvaje pasión. Ambos sentían algo primitivo. Ambos tenían algo que demostrarle al otro. Y aquello desató una tempestad salvaje.

Jason arrancó las ropas del cuerpo de María, mientras que ella se afanaba con desesperación a la ardua tarea de quitarle los pantalones y las botas de caña alta con extremada urgencia. Cuando los dos estuvieron desnudos, se quedaron mirando a los ojos el uno al otro con las respiraciones demasiado agitadas. María se lanzó a sus brazos, acortando la poca distancia que los había mantenido separados durante esos breves instantes. Se aferró a su cuello y le besó con desesperación y audacia, pues María sentía que así le demostraría cuánto le importaba. Aquello hizo arder de lujuria a Jason que se sentía en el cielo, o quizás en el infierno, al notar cómo el cuerpo desnudo de María se amoldaba con tanta precisión al suyo propio. Deslizó la lengua dentro de la boca de ella, que no ponía objeción alguna, y capturó con una de sus manos uno de los majestuosos pechos.

María sentía que se iba a derretir allí de pie, en medio de su camarote, con semejante espécimen de hombre entre sus brazos. Notaba cada uno de sus duros músculos contra ella. La sostenía con fuerza y precisión. Y sobre todo, notaba la dura virilidad de él presionando con urgencia sobre su vientre. Eso, junto con sus besos y sus caricias, hicieron que el centro mismo de María se humedeciera en el acto y clamara con desesperación por la liberación que sabía que solo con él encontraría. En medio de aquel torrente de sensaciones salvajes, quiso retribuir a Jason agarrando su dura verga y comenzó a acariciarla como él mismo le había enseñado, pero imprimiendo un ritmo cada vez más frenético.

Jason pensó que iba a morir allí mismo. ¡Y él que había tenido miedo a demostrarle a María su pasión! ¡Ella era todo pasión! Siempre lo había sabido. Irascible, descarada y apasionada. Adoraba a aquella mujer y adoraba la respuesta que ella le estaba demostrando ante sus caricias. La urgencia que corría por sus venas, junto a aquella atrevida y fogosa respuesta por parte de María, le hizo olvidar por completo que aquello había comenzado como un castigo. Ahora solo existía la necesidad urgente de penetrarla y hundirse en los confines de aquella suave carne, que sabía le daría el mayor de los placeres que hubiera experimentado jamás.

Cuando María, en su prisa, se separó un poco para instarlo a ir a la cama, él no se movió ni un centímetro. Por un momento, sus miradas se encontraron y María vio en la profundidad de aquellos ojos, ahora más grises que azules, la promesa de que aquella noche iba a ser distinta a las otras y que no la decepcionaría en absoluto. Jason parecía un animal salvaje enfebrecido

cuando tiró nuevamente de ella para aproximarla a sí mismo otra vez. Pero cuando estaba a punto de abrazarle de nuevo, él la giró del todo, dejando su suave espalda y la curva de su trasero hacia él. María se sentía confusa, pero demasiado excitada para pensar. Jason comenzó a besarle el cuello, a la vez que con una de sus manos parecía querer cubrir sus dos pechos al tiempo y la otra volaba a la unión de sus muslos para acariciarla con urgencia febril. María no sabía muy bien qué hacer ella en aquella posición, pero sus brazos parecían tener vida propia, y los elevó para aferrarse a la cabeza de él a la vez que se curvaba como un gato y se frotaba más contra Jason con movimientos sensuales.

Jason pensó que en aquella posición podría refrenar algo más la prisa que amenazaba con destruirlo y que dejaba a María sin poder tocarlo. Pero se equivocó del todo. Aquellos movimientos felinos que María realizaba con urgencia para frotarse contra él fueron su perdición. La inclinó hacia delante y la guio para que se apoyase en una silla a la vez que la penetraba con salvaje pasión.

María sintió cómo se le aflojaban las rodillas y pensó que perdería el equilibrio y caería allí mismo. Con el siguiente pujo, sintió aún más placer y, de manera inconsciente, se arqueó aún más para facilitar la entrada a Jason. Pudo oír vagamente cómo él gemía ante sus movimientos, que reforzó apoyándose con más fuerza a la silla, para salir al encuentro de cada envite que él le daba, hasta que se perdió por completo en la explosión de placer que ambos encontraron al unísono.

Se quedaron allí, quietos, en aquella posición, hasta que sus respiraciones se normalizaron, y entonces Jason la incorporó, todavía de espaldas, y la abrazó con fuerza contra sí mientras hundía su cara en aquel maravilloso pelo de ébano.

—No nos va a ocurrir nada malo a ninguno —susurró Jason cerca de su oído—. Te lo prometo, cariño. No dejaré ni que sufras ni que nada malo te suceda.

María todavía no podía creerse lo maravilloso de las sensaciones que acababa de vivir cuando aquellas palabras ablandaron su corazón hasta el punto de creer, por un instante, que aquello podría ser cierto. Se sentía tan protegida cuando estaba con él... Sabía que él haría todo lo que estuviese en su mano por ella. Era demasiado noble para no hacerlo. Pero dudaba que hubiese alguna solución y no quería que nadie saliese herido por su culpa.

—Lo sé —dijo para tranquilizarlo.

Todavía estaban allí, de pie, en medio del camarote, y María se dio cuenta de que deberían tener cuidado porque en aquel barco era fácil saber dónde estaba la gente a cada momento. Sabía que él la soltaría y, en un momento, se iría. Debía dejarle marchar, pero no quería. No podía.

—Por favor, Jason —suplicó en un susurro—, no te vayas. Quédate conmigo esta noche.

Lo último que quería Jason en esos precisos instantes era soltar a María y mucho menos irse de allí. Pero aquello era muy arriesgado. Podrían descubrirlos con facilidad. Y no dejaba de pensar en lo arriesgado del problema que tenían entre manos y en la posibilidad de no poder volver a ver a María. Un escalofrío de miedo lo recorrió de arriba abajo al darse cuenta de que no podría soportar no estar cerca de María. ¡No! Él moriría antes de dejar que alguien, o algo, lo alejase de María.

—¿Tienes frío? —preguntó María malinterpretando aquel escalofrío.

—¿Contigo al lado? —se burló estupefacto—. ¿Estás loca? Cariño, me acabas de demostrar que eres un volcán en erupción. A tu lado podría tener de todo menos frío —dijo con una sonrisa, a la vez que giraba a María para enfrentarla—. Pero vamos a la cama. Me siento un poco débil después de lo que acaba de suceder y no quedaría muy masculino si me cayera aquí mismo de debilidad.

«Debilidad», pensó María. Ese hombre era de todo menos débil. Pero mientras se encaminaban hacia la cama, se dio cuenta de que él se iba a quedar con ella. Al menos esa noche volvería a dormir en los brazos de aquel hombre. Y al menos esa noche volvería a ser feliz.

Capítulo 37

Zafarrancho

María despertó de su ensoñación de felicidad con unos golpes en la puerta y la voz de Isabel al otro lado.

—María, ¿estás ya despierta? —preguntó Isabel vacilante.

María abrió mucho los ojos y dio un brinco en la cama para poner sobre aviso a Jason. Pero al girarse, y con el corazón desbocado por el susto, se dio cuenta de que Jason ya no estaba allí. Desde luego, era bastante más precavido que ella. Eso no se lo podía negar. Todavía con el corazón martilleándole en el pecho y la confusión de no ver allí a Jason, pudo contestar a su madre y hacerla pasar.

—¿Estás mejor, hija? —preguntó precavida, ya dentro del camarote de María.

—Sí, mamá. Ya se me ha pasado —contestó con sinceridad—. Pero es que esto me está desquiciando. Todo es una locura. Y siento que no deberíais arriesgaros todos solo por mí —dijo, mientras era consciente del enorme sacrificio que su madre había hecho por ella durante los últimos ocho años y de que todavía no habían hablado del tema, mientras un nudo de dolor se formaba en la boca de su estómago.

—Cariño, yo creo que la gente que hay a bordo de este barco ha venido gustosamente a este viaje. Y en cuanto a los que te queremos... bueno, las familias se protegen entre ellas. ¿Qué esperabas? ¿Que se quedasen de brazos cruzados mientras el salvaje de Felipe te llevaba? Todos te quieren demasiado —explicó con cariño.

—Mamá, aún no hemos podido hablar. Yo... —María rompió a llorar—. ¿Por qué hiciste todo esto? ¿Por qué nunca me contaste qué era lo que estaba

sucedendo realmente? Tantos años, tanto dolor... y yo tan tranquila.

—De eso se trataba, mi cielo —dijo Isabel abrazándola para recoger su llanto—. Mi sacrificio no ha sido en vano. Me doy cuenta de lo feliz que has sido. Para mí eso es lo único que siempre ha importado. Y no sabes lo dichosa que me siento ahora que veo los resultados.

—Pero, si nos lo hubieras dicho, hubiéramos ido a buscarte y entonces...

—Y entonces...—le cortó Isabel—, Felipe habría sabido dónde buscarte. Te hubiese encontrado.

—Felipe ya me ha encontrado y todo esto no ha servido para nada. Todos estos años de tu vida sufriendo por mí. ¡Y ha sido inútil!

—María, hija. No ha sido inútil. Tú has crecido. Eres toda una señorita. Y te has criado llena de amor. Y además, Felipe aún no te tiene. No creo que, ni Gabriel ni *Jason* —dijo con un tono extraño en la voz que hizo que María se cuestionase si su madre sabría lo que había ocurrido la noche anterior entre ellos—, le dejen salirse con la suya. Hace ocho años todo habría sido distinto. Felipe tenía más poder y le hubiera sido fácil recuperarte si hubiese sabido dónde buscarte. Ahora le será más complicado.

—¡Pero es que no se puede hacer nada! —expresó con desesperación—. Todo esto solo va a servir para que alguien muera por mi culpa y yo no creo que pueda soportarlo.

—¡Tranquila, María! Estoy segura de que Gabriel resolverá todo esto de una manera limpia —dijo con una sonrisa que a María se le antojó cargada de misterio.

—Mamá —dijo María dejando por un momento sus lágrimas y su dolor de lado—, ¿cómo has estado realmente todos estos años? Quiero decir, ¿te ha hecho daño? ¿Te ha tratado muy mal?

—Cariño, no sufras por eso. He sido feliz sabiéndote bien. Hice lo que hice muy convencida y eso me ha dado fuerzas para seguir todos estos años. No estés triste por mí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo... por ahora. Espero que podamos hablar con más tranquilidad del tema cuando pase todo esto.

—¡Hecho! —prometió sonriendo Isabel.

—¡Hecho!

En ese preciso instante, se oyó tocar la campana de zafarrancho y a María se le paró el corazón.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmada.

—¡Vístete, María! —dijo Isabel con preocupación—. Anoche avistaron el barco de Felipe. Espero que esto no signifique lo que me estoy imaginando. Hablaron de la posibilidad de capturarlo, pero...

—¿Qué?! ¿Qué ocurre?

—Es que yo no quiero derramamiento de sangre, María. No podría con ello sobre mi conciencia.

Sin perder más tiempo y decidida a frenar toda aquella locura, ayudó a vestirse a María a toda velocidad, corrió cuanto pudo junto con María, y llegó al castillo de popa donde se hallaban Jason y Gabriel discutiendo la estrategia a seguir.

—¿Qué ocurre, Gabriel? —preguntó con temor.

Gabriel y Jason levantaron la mirada hacia Isabel y María, que tenían las mejillas arrojadas por la carrera.

—Hemos avistado la embarcación de Felipe —aseguró Gabriel en tono determinante—. Mi barco es mucho más veloz que el suyo. Sabía que existía la posibilidad de que lo alcanzáramos en alta mar. Mis hombres y yo podemos detenerlo ahora, antes de que llegue a España y nos complique todavía más las cosas. El ataque ahora será perfecto. Tenemos el barlovento a nuestro favor. Será relativamente sencillo y, con suerte, no habrá muchas víctimas.

—¿Víctimas?! —exclamó Isabel horrorizada—. ¿Cómo puedes decirlo así de fácil? —preguntó con incredulidad.

—Isabel, puede que parezca que esto es personal —se defendió Gabriel—, pero es una guerra. Una guerra que él ha comenzado.

—Pero yo no quiero que mates a nadie por mi culpa ni por María. ¿No lo entiendes? —gritó desesperada.

—No es por tu culpa —explicó Gabriel enfadado—. La culpa es de ese cerdo de Felipe.

—Aun así, no tiene por qué haber víctimas.

—¿No? —preguntó con una mirada siniestra en la cara—. Primero, ese desgraciado te hizo daño y te separó de mí. Me causó años de insoportable sufrimiento. Te perdí, Isabel. Por su culpa. Y no pienso perder a María también. Así que, ten por seguro que ese cerdo va a recibir de mi mano el castigo que se merece. No tienes por qué sentirte culpable de nada. Hace tiempo que Felipe firmó su sentencia de muerte a mis manos.

Isabel sintió una oleada de regocijo al oír a Gabriel hablar así y comprobar cuánto la había amado. Pero no podría soportar cargar con la muerte de Felipe

en su conciencia. Él seguía siendo a los ojos de Dios su marido y ella tenía la obligación, si no de su mujer, de cristiana, de intentar salvarlo. Por no hablar de que la pelea sería una lucha encarnizada y podría morir mucha gente, incluso él o su María.

—Gabriel, por favor. No quiero defender bajo ningún concepto a ese hombre. Pero entiende que sigue siendo mi marido a los ojos de Dios —terció, en un último intento de hacerle entrar en razón.

—¡Me da igual, maldita sea! —estalló por el dolor del solo pensamiento de lo que debió de haber sufrido Isabel.

—Gabriel, por favor. Esto será una carnicería, morirá gente inocente. Por no hablar de nosotros. ¿Y si somos nosotros los que resultamos heridos o muertos en esta reyerta? —preguntó con miedo.

—Tranquila. He estado en suficientes batallas para saber que desde esta posición y con este barco, Felipe está perdido. Tendrá que rendirse de manera incondicional —afirmó con seguridad—. No lo haría si, tan solo por un instante, pensara que os iba a poner en peligro.

—No es solo a nosotras. A todo el mundo. Por favor, Gabriel, te lo suplico. No quiero derramamiento de sangre. No lo podría soportar y menos el de mi propio esposo —dijo en un ruego—. Además, ahora se trata de María y sabes que existen otras maneras.

Eso tocó la fibra sensible de Gabriel, que hasta ahora le había cegado la furia y el resentimiento que guardaba hacia Felipe a causa de haberla perdido y de que casi le quitara su posesión más preciada: su dulce María. Lo cierto era que quería matarlo, y con sus propias manos. Pero no se había parado a pensar nunca que aquel hombre, aunque despreciable, era el esposo de Isabel y el padre de María y que, quizás ella no comprendiera su punto de vista. Con un suspiro, alargó el brazo para agarrar con fuerza a Isabel y atraerla hacia sí para poder abrazarla.

—¿Le amas, Isabel? —preguntó con un hilo de voz debido al miedo que sentía por la probable respuesta.

Isabel separó un poco la cara del pecho de Gabriel para poder mirarlo a los ojos y contestar.

—Yo solo he amado una vez en toda mi vida. A un inglés que durante mucho tiempo pensé que era el padre de mi hija. Y nunca jamás dejé de amarlo. Supongo que debería amar, aunque solo fuera un poco, a Felipe. Después de todo, es el padre de mi hija. Pero no puedo. No después de todo lo que nos ha

hecho pasar y de la manera tan vil en la que quiere aprovecharse de mi niña — confesó con sinceridad—. Pero no deseo su muerte. Y menos si ello implica algún tipo de peligro para alguno de vosotros —dijo con lágrimas en los ojos.

Gabriel volvió a abrazarla de nuevo contra su pecho, mientras se debatía en su interior con sus sentimientos.

—Está bien —dijo, al cabo de unos instantes, con desilusión—. Será como tú digas. Sin sangre. Pero has de saber que esto lo único que hace es complicar demasiado las cosas —dijo a modo de regaño—. Y te juro que tú volverás a Inglaterra sana y salva con tu madre, con María y conmigo.

—¡Oh, Gabriel! —exclamó Isabel sollozando de alegría.

Gabriel la apretó entre sus poderosos brazos y comenzó a besarla con pasión, ante lo cual, el público restante se fue dispersando para dejar que tanto Isabel como Gabriel disfrutasen de un reencuentro que las circunstancias habían pospuesto durante demasiado tiempo.

María atisbó una expresión desconocida tanto en el rostro de su madre como en el de Gabriel. Pero estaba segura de que era la más pura felicidad reflejada en ellos. Una oleada de amor y de alegría la recorrió de arriba abajo y se rindió a las emociones que flotaban en el ambiente, mientras deseaba ese mismo tipo de felicidad para sí misma. Sin quererlo, se encontró mirando con descaro a Jason, deseando algún día alcanzar la misma dicha que ahora sentían los que ella consideraba sus padres.

Capítulo 38

Nervios

El tiempo transcurrido hasta la llegada al puerto de Cádiz pasó como una exhalación. María estaba aterrorizada. Esta vez tenía que conseguir escapar. Ahora, no había dicho ni insinuado nada a nadie. El único que podría haberle sonsacado algo era Jason, que la conocía de una manera que a veces llegaba a asustarla. Pero no habían podido volver a estar a solas desde la primera noche y, aunque le echaba de menos y desearía pasar todo el tiempo del mundo con él, ahora que sabía que se iría sabía que era lo mejor. De lo contrario, estaba segura de que él habría notado algo.

Cuando avistaron el puerto de Cádiz, los nervios estaban acabando con el estómago de María, que no paraba de vomitar a escondidas para que nadie descubriera su miedo, y que era incapaz de tragar un solo bocado. Tenía que encontrar la mejor manera para escapar y hacerlo antes de llegar a Córdoba. Pero cuanto más lejos de Córdoba, mejor. Si podía, lo haría en la primera hospedería en la que parasen la primera noche.

Atracaron al atardecer, con muy poca diferencia de don Felipe, y Gabriel estaba decidido a llegar antes que él al cortijo de doña Enriqueta. Habían parado en una hospedería cercana al puerto para que los hombres pudieran refrescarse y María tuvo que salir corriendo para arrojar, de una, lo poco que había cenado antes de bajar del barco.

—María, ¿te encuentras bien? —indagó Isabel, que la había seguido, al ver lo pálida que se estaba.

—Sí, mamá. Es que tengo los nervios agarrados al estómago y no consigo retener nada —confesó con sinceridad mirando a su madre.

Isabel, que ahora la miraba interrogante, había cambiado mucho durante el

viaje. La noche que Gabriel la había rescatado poco quedaba de la Isabel bella y sonriente que ella recordaba. Parecía haber envejecido siglos y su belleza no le hacía justicia. Pero, desde que *sus padres* se habían vuelto a encontrar, su semblante había cambiado de manera radical. Su belleza había reaparecido y la felicidad de estar con Gabriel y María se reflejaba ahora en su rostro dándole un aspecto magnífico y saludable.

Pero se dio cuenta de que su madre y Ana, que acababa de unírseles, la miraban con el ceño fruncido y con cara interrogante.

—¿Estás segura? —preguntó de manera inquisitiva.

—¡Pues claro! ¿Qué creéis que me ocurre? —preguntó María asustada, pensando que habían descubierto su plan.

—Hace unos días... —comenzó Isabel dubitativa— que, no sé... hija, yo no quiero juzgarte... —prosiguió nerviosa, mientras jugueteaba con el borde de un delantal que llevaba puesto—, pero es que parece... en fin, no es que crea que tú...

—¡Por Dios, mamá! —gritó María fuera de sí, buscando en su aterrada mente una manera de despistar a esas dos mujeres, si es que habían descubierto sus intenciones—. No creéis que yo, ¿qué?

—Pues que, no sé ni cuándo ni cómo, aunque puedo imaginármelo por todo lo que me ha contado Ana en estos días y lo que he visto con mis propios ojos, y también puedo imaginarme exactamente con quién, pero... —comenzó otra vez a irse por las ramas y a llevar los nervios de María a un extremo insospechado.

—¿¿Qué?! —preguntó exasperada.

—Vaya, niña —dijo Ana enfadada—, si nos preguntasen, juraríamos que estás embarazada.

—¿Qué? ¿Pero qué... —comenzó, pero se frenó en seco ante el solo pensamiento— tonterías... decís...?

La alarma creció dentro de María a una velocidad insospechada y abrió los ojos desmesuradamente. ¡No podía ser! Bueno, en realidad, sí podía ser. Pero ¿no era demasiado pronto para sentir náuseas? María intentó hacer cuentas en su mente. Era cierto que en esos días debería tener su menstruación, pero todo podía ser un simple retraso debido, sobre todo, a los nervios a los que se veía sometida. Y las náuseas también podían ser por los nervios. Lo más lógico era pensar que fuesen... ¡los nervios! Pero ahí estaba ella. Con una sonrisa tonta en la cara, que sabía que no podría borrar, ante la perspectiva de llevarse con

ella un pedacito de su Jason. Un hijo de Jason que podría estar desarrollándose en su interior. Nunca había pensado que la suerte pudiera sonreírle de aquella manera.

Tan ensimismada estaba en sus pensamientos, que no se dio cuenta de que, tanto su madre como Ana, si no lo sabían a ciencia cierta en un principio, ahora lo tenían más que claro. La sonrisa tonta en la cara de María lo decía todo.

—¿Es cierto, no? —observó ya confiada y segura su madre, sacando de golpe y porrazo a María de su ensimismamiento.

—Mamá... Ana... yo... —comenzó María poniéndose roja hasta las cejas, y muerta de vergüenza—. Bueno, en realidad...

—Está bien, hija —comenzó su madre seria, aunque comprensiva—. No seré yo quien te juzgue, pero esta situación habrá que solventarla cuanto antes —dijo severa—. En cuanto regresemos a Londres, hablarás con Gabriel y Jason. Hay que decírselo pronto.

María se asustó y abrió mucho los ojos. Ni loca le iba a decir a Gabriel, al que consideraba como a su propio padre, que esperaba un hijo de su hermano pequeño, que, por cierto, creía que era su tío. ¿En qué demonios estaban pensando esas dos mujeres? Gabriel mataría a Jason.

Pero su mente se negó a pensar más en ello, ya que, esa misma noche, si Dios la ayudaba, ella desaparecería de las vidas de todos sus seres queridos a los que no paraba de complicarles la existencia, y cada vez más. Con ese pensamiento pudo enfrentar la mirada asustada de su madre y la ceñuda de Ana, que no daban opción a contradecirlas en ese punto.

—Está bien —dijo decidida—. Pero no diremos nada a nadie hasta que no lleguemos a Londres, ¿de acuerdo? Además, todavía queda mi opción: los nervios.

—Niña, sabemos de lo que hablamos —aseveró Ana resuelta.

—Bueno, pero aun así no podremos estar en realidad seguras hasta que lleguemos a Londres —dijo María, confiando en poder salir del paso, por el momento.

—De acuerdo, hija.

—De acuerdo —dijo Ana prácticamente con un bufido—, como tú digas.

Capítulo 39

La persecución

Cuando regresaron al salón, Gabriel ya se levantaba y se preparaba, junto con una partida de sus hombres, para salir de inmediato.

—¿A dónde vais, papá? —preguntó María preocupada.

—Andrés, mis hombres y yo partiremos de inmediato para intentar adelantar a Felipe y llegar antes que él a Córdoba. Jason y los otros hombres se quedarán aquí con tu madre y contigo, para protegeros por si Felipe ha preparado alguna trampa.

—Pero yo quiero ir con vosotros...

—Rotundamente, no —afirmó de manera categórica—. Tú no te expondrás en ningún momento, si yo puedo evitarlo.

—Pero, si no lo alcanzáis, tendré que ir yo para que no le haga daño a mi abuela.

María estaba muy preocupada. Ella no había pensado en la estrategia que Gabriel seguiría y esto se le estaba yendo de las manos. Ella pensaba que esa noche, al escapar y desaparecer, no le dejaría opciones a Gabriel para continuar con aquel descabellado plan. Pero ¿de qué le serviría escapar si Gabriel ya había partido con sus hombres tras Felipe?

—Si no lo conseguimos, nos ocultaremos y vigilaremos hasta que vosotras lleguéis. No podéis seguir el ritmo, con seguridad frenético, que debemos llevar para llegar antes. En media hora estaremos en marcha.

¡Media hora! ¡Tenía que escapar antes de media hora para que su padre no partiera tras Felipe! María sintió que las náuseas volvían, pero logró contenerlas, y contenerse a sí misma.

—Está bien, papá. En media hora bajaré para despedirme y desearte buena

suerte, ¿de acuerdo? —exigió María pensando a toda velocidad.

—De acuerdo, cariño —dijo comprensivo Gabriel—. Pero no trates de retrasarme a posta. Nadie va a hacerme daño. Y menos Felipe. Ahora se trata de ayudar a tu abuela, ¿recuerdas? Si tardas, iré yo mismo a tu cuarto. Aquí, cada segundo es fundamental, y solo trato de que no tengamos que mostrarte ante Felipe.

¡Perfecto!, pensó María. Cuando fuera a su cuarto, nadie la encontraría y su padre no emprendería aquella misión suicida.

Salió del salón a toda velocidad, sin mirar a nadie, y subió como una exhalación a su cuarto donde preparó, en cuestión de minutos, un hato con lo justo y necesario para aquella loca huida. Después escribió una nota en la que se despedía de forma general de todo el mundo y explicaba los motivos de su marcha. La puso en un lugar bien visible para que cuando Gabriel entrase, no tuviera la opción de no verla. Salió del cuarto con cuidado de no ser vista, y se dirigió entre las sombras hasta las cuadras donde cogió en silencio las riendas del caballo y se perdió en la oscuridad de la noche.

María ya llevaba un rato forzando al galope a su montura mientras pensaba con el corazón desbocado que ya tenían que haberse dado cuenta de su ausencia. ¡Maldita fuera su suerte! Solo le habían dado media hora de ventaja, que esperaba que se transformase en algo más debido a la confusión que habría producido su desaparición. No podía bajar el ritmo frenético de huida que se había impuesto. Tenía que llegar hasta Felipe antes que ellos, para que todo aquello terminase.

De repente, fue consciente del peso de lo que acababa de hacer y las consecuencias que aquello le depararía. No volvería a ver a sus seres queridos nunca más y no volvería a estar con Jason jamás. Las lágrimas acudieron a sus ojos a la velocidad del galope del caballo y dio rienda suelta a su llanto nuevamente. Su vida había terminado y la única luz de esperanza que le quedaba era ese posible hijo de Jason, que podría estar formándose en sus entrañas.

El ruido de su propio llanto junto con el del galope de su caballo no dejó darse cuenta a María del ruido de otro galope, cada vez más cercano. Para cuando quiso oírlo, las lágrimas se le secaron de una, a la vez que se giraba en su montura intentando enfocar la vista hacia el jinete que se acercaba a la

velocidad del rayo hacia ella. La oscuridad le impedía la visión, pero fuera quien fuera venía claramente a por ella. Las posibilidades se agolpaban en su mente. Era demasiado pronto para que fuese alguien de los suyos debido a esa media hora que les llevaba de ventaja. Pero sí podía ser algún hombre de Felipe que se hubiera quedado a vigilar y trataba de capturarla al verla escapar. Aunque ese era su objetivo, ahora estaba demasiado aterrorizada para dejarse atrapar y trató de forzar al máximo a su pobre animal.

No funcionó. Unos brazos de hierro la arrancaron de su montura para estrellarla contra la del otro caballo, dejando a María momentáneamente sin respiración. El captor bajó el ritmo de su caballo hasta que este paró del todo y desmontó a tal velocidad, empujando a María con él, que casi se cae al suelo de culo.

—¡Maldita sea! —dijo una voz familiar y agradable, a gritos— ¡¿Qué crees que estás haciendo?!

María no se podía explicar por qué una oleada de alivio y ternura la recorrió cuando vio allí, erguido en toda su magnificencia, a Jason, y con aquella cara de pocos amigos. Estaba claro. Ella no quería alejarse de Jason y él había ido a buscarla. Se sentía embobada, allí, recorriendo con avidez cada milímetro de la cara del hombre al que tanto amaba y al que pensaba, tan solo hacia un momento, que no iba a volver a ver jamás.

Pero tuvo que hablar cuando vio que Jason no relajaba los músculos de la cara, en espera de una respuesta.

—¡¿Escapar?! —preguntó María encogiéndose de hombros igual que una cría indefensa.

Jason estuvo a punto de soltar una carcajada ante semejante respuesta. ¡Escapar! Había que tener valor para hacer semejante locura y, definitivamente, aquella mujer lo tenía. El temor lo había invadido cuando había leído la nota de María, pero ahora sentía un alivio que casi le hacía sentir flojas las rodillas.

—No. Más bien complicar la existencia de los que estamos a tu alrededor —dijo ya aflojando la expresión de su rostro.

—Lo siento —dijo María contrita—. Tenía que intentarlo.

—No. Tenías que haber confiado en mí. Es la segunda vez en pocos días que tengo que decírtelo. Espero no tener que volver a hacerlo, o la próxima vez juro que te levantaré las faldas y te daré una buena zurra en tu desnudo trasero —amenazó, a la vez que su cuerpo reaccionaba a las imágenes que sus

propias palabras habían evocado.

María se sonrojó y se indignó ante sus palabras. ¡Pero bueno!, si ella lo único que intentaba hacer era protegerlos.

—Bueno, ¿qué querías que hiciera? ¿Que me quedase de brazos cruzados mientras todo el mundo se arriesga por mí? —preguntó molesta.

—En efecto. Eso es lo que deberías haber hecho. Y no complicar más las cosas —aseveró, mientras trataba de que su cuerpo dejara de traicionarle de forma continua, cada vez que se encontraba en presencia de aquella fierecilla.

—Lo he estropeado todo y para nada, ¿no es así? —preguntó mientras era alzada, con sumo cuidado, al caballo, para después sentirse rodeada por la fuerza de aquellos poderosos brazos, cerrándose alrededor suyo.

—No has estropeado nada —continuó Jason, a la vez que le sujetaba con fuerza la cara para poder acomodarla a su gusto y plantarle en los labios un beso tan apasionado que María dejó de respirar.

La soltó al momento. Él había intentado castigarla con ese beso. Fue breve, pero tan intenso que María apenas podía oírle regañarla entre las brumas del deseo que él acababa de despertar.

—No vuelvas a hacerlo, María —continuó él, como si su cuerpo no se debatiera con agarrarla y hacerla suya allí mismo, sobre el caballo, si hacía falta—. Me he asustado. Menos mal que te seguí al notarte rara y te vi partir. De otro modo, no te hubiera encontrado tan pronto, y a saber qué tipo de delincuentes te hubieran encontrado y lo que te habrían hecho.

A Jason le recorrió un escalofrío solo de pensarlo.

—Entonces, ¿nadie sabe que he intentado escapar? —preguntó incrédula y saliendo de su estado de excitación momentánea.

—No —continuó Jason—. Cuando vi que te dirigías a las cuadras, subí a tu cuarto y leí la nota que destruí al instante. Le dije a Gabriel que podía marcharse con tranquilidad sin despedirse de ti porque si no te iba a afectar demasiado y, así, él podría seguir adelante con el plan sin preocuparse. Así que partí en tu busca. Por un momento pensé que lo que había tardado en leer tu nota y hablar con Gabriel me había retrasado demasiado. Pero luego divisé tu caballo... y las ganas de matarte reaparecieron.

Capítulo 40

El plan B

Llegaron a la posada ya avanzada la noche, y María descubrió pronto que Jason, antes de irse, también había puesto al corriente a Isabel y Ana de sus hazañas. Tuvo que soportar con estoicidad cómo su madre y Ana la regañaban sin parar hasta que la conversación, que se llevaba a cabo delante de Jason, llegó a un punto en el que a Ana casi se le escapó lo del posible embarazo de María. Y Jason se tensó cuando oyó ese «en tu estado».

—¿A qué estado se refiere? —preguntó Jason con el ceño fruncido, y mirando a los ojos a María.

—A mis nervios, por supuesto —apresuró María, y con toda la indignación que pudo mostrar, para despistar—. ¿A qué estado crees que se va a referir?

Jason se quedó mirándola con fijeza y no volvió a decir palabra mientras Isabel y Ana continuaban con su sermón. Cuando estas terminaron, Jason agarró a María del brazo y la condujo con fingida dulzura hacia su habitación. Ya en la puerta, la soltó con cierta brusquedad.

—Espero no tener que recordarte que estoy empezando a cansarme de que no confíes en mí y de que me ocultes información que debería conocer.

—No sé de qué me estás hablando ahora —dijo María, a la que la histeria empezaba a embargarle—. Te aseguro que ya no tengo ninguna intención de escapar ni de hacer ninguna tontería más.

—Ahora no me estoy refiriendo a tus locos planes de escape. Pero te advierto que, si hay algo de lo que debería estar informado y no lo estoy, este es el momento para que digas lo que me tengas que decir y resolvamos el problema —indicó de forma amenazante.

María se quedó muda mirando a los ojos oscurecidos por el enfado de

Jason. ¿Habría adivinado que estaba embarazada por culpa de la bocazas de Ana? María no supo cómo reaccionar ante aquel enfado y pensó que para Jason el embarazo sería el problema del que hablaba, y que resolverlo sería que ella dejase de estar embarazada. La furia la dominó por completo y tuvo que hacer todo el acopio que tuvo de fuerzas para responder de la manera más tranquila que pudo.

—Te repito que no sé a qué demonios te estás refiriendo ahora —masculló con los dientes apretados—, pero te agradecería que me dejases descansar por esta noche. Es tarde y mañana tenemos que partir temprano.

Y sin más, entró en su cuarto y cerró la puerta con un sonoro golpe.

Jason se quedó durante un buen rato mirando con fijeza la puerta, haciendo auténticos esfuerzos por no entrar y dar una buena zurra a aquella mocosa que siempre conseguía sacarle de quicio. ¡Maldita sea! No sabía si había entendido bien aquello, pero tal parecía por la reprimenda que María estuviese embarazada. Y si lo estaba, ¿por qué demonios no se lo había dicho? Por Dios, él era el padre. Debería ser el primero en saberlo y no Ana.

De pronto, se dio cuenta de la magnitud de lo que estaba pensando. El enfado no le había dejado darse cuenta de dos realidades importantes en exceso. La primera, puede que fuese a ser padre y la sensación le produjo una mezcla de pánico junto con un orgullo creciente, que hizo que a su cara asomase una sonrisa estúpida de felicidad. La segunda, cuando Gabriel se enterase lo iba a matar, y eso hizo que la sonrisa se le borrara de una.

Se dio la vuelta para dirigirse hacia su cuarto, mientras pensaba en cómo iba a sonsacarle la verdad a María, si es que todo aquello no era producto de su imaginación.

A la mañana siguiente, partieron hacia Córdoba tras un breve desayuno, junto con el resto de la tripulación que no había salido con Gabriel. Jason observó que María casi no probaba bocado y que se retiró con rapidez hacia la habitación sin haber acabado el desayuno, lo que hizo que sus sospechas crecieran como la espuma.

María se encontraba peor cada mañana que pasaba, hasta el punto de que si en algún momento había albergado alguna sospecha de que estaba embarazada, ya no le quedaba ni la más mínima duda. Cuando consiguió bajar de su cuarto, se encontró con que todo el mundo estaba montado a caballo y había un

carruaje que la estaba esperando frente a la puerta.

—¿Qué demonios significa esto? —preguntó, mirando sorprendida el carruaje.

—Irás en carruaje —afirmó categóricamente Jason, y sin mirarla a la cara.

—¿Estás loco? —preguntó confundida—. Eso retrasará un montón el viaje. Te recuerdo que está en juego la vida de mi abuela.

—Te recuerdo que anoche no parecía que pensases en eso cuando decidiste huir.

—Precisamente, por eso hui. Iba a encontrarme con Felipe para que dejase a mi abuela en paz —aseveró María enfadada.

—¿De veras crees que Felipe hubiese dejado a tu abuela, sabiendo que tenerla retenida era la única manera de que tú hicieses todo lo que él quiere?

María se quedó con la boca abierta a punto de responder al darse cuenta de la realidad de las palabras de Jason.

—De todas formas, ese no es el punto —enfaticó cambiando, ofendida, de tema—. ¿Por qué el carruaje?

—Anoche dijiste que estabas muy cansada —afirmó sin mirarla a los ojos, y con cierta incomodidad al hablar—, y hasta Ana dijo que no te encontrabas bien —dijo haciendo una pausa, por si María quería confesarle la verdad—. Bien —continuó al ver que ella no hablaba—, irás en el carruaje y descansarás.

María se había quedado muda de asombro. Lo cierto era que no le apetecía cabalgar hasta Córdoba, y que Ana tenía razón al afirmar que no era bueno montar a caballo en su estado. Pero la preocupación de Jason por su cambio de salud la confundió totalmente. Si él sospechaba que ella podía estar embarazada y no quería el niño, ya que había que solucionar aquel problema, ¿a qué venía este cambio de actitud? Lo cierto es que esa actitud protectora fue recibida por María con mucha ternura y agradecimiento. Tal vez, y solo tal vez, estaba equivocada.

El viaje se hizo bastante más largo de lo que todo el mundo esperaba, pero bastante más tranquilo. Jason había dividido a los hombres para ir vigilando todo el trayecto, por si los planes de Felipe eran atacar si estaban desprevenidos. La marcha aminoró cuando ya llegaban a los alrededores del cortijo de doña Enriqueta y todos los hombres se pusieron alerta.

Fue Gabriel el que salió de un escondrijo, cerca ya del cortijo, y se aproximó directamente a Jason con cara de pocos amigos.

—¿Se puede saber por qué habéis tardado tanto en llegar? —preguntó furioso—. He estado a punto de dismantelar toda la guardia y volver sobre nuestros pasos para averiguar qué es lo que había sucedido. Por Dios, pensé que habíais caído en alguna trampa de Felipe y que os habían capturado —dijo casi sin respirar.

—¡Tranquilo! Si me dejas hablar, te lo explicaré.

Pero mientras Jason comenzaba a hablar, Gabriel miró hacia el carruaje y al ver allí a María pálida como la cera, dejó hablando solo a Jason y corrió al encuentro de su pequeña.

—¡María! ¡Por Dios! Pero ¿qué te ocurre, mi niña? ¡Jason! —tronó—. ¿Qué le has hecho a mi pequeña? ¿Es que no eres capaz de cuidarla como Dios manda?

—Si me dejas hablar... —continuó exasperado, arrastrando las palabras—. Te lo explicaré —repitió.

—Estoy bien, papá —intervino María abrazando a su padre—. Es que todo esto me ha puesto muy nerviosa y tengo el estómago destrozado. Creo que he enfermado un poco. Nos hemos retrasado por mi culpa. Pero no te preocupes. Ya me encuentro mejor.

—Está bien, cariño. Pero te veo muy mala cara. ¿Estás seguro de que no le ocurre nada más, Jason? —preguntó, enfrentando a su hermano.

Jason volvió los ojos al cielo en claro gesto de rendición y decidió cambiar de tema, ya que en ese momento se aproximaban Isabel y Ana para ver qué es lo que sucedía.

—Seguro. Y ahora, dime, ¿qué ha ocurrido por aquí?

—Bien, vamos al refugio que tenemos en la casita del guarda que Andrés nos mostró y allí nos pondremos al día y descansaréis —dijo en tono conciliador, al cambiarle la cara por completo cuando Isabel le rodeó con sus brazos para besarle y saludarlo.

Cuando todos se hubieron recuperado del viaje y hubieron tomado un refrigerio, se sentaron alrededor de una mesa para ponerse al día de todos los acontecimientos y planear la mejor manera de resolver, de una vez por todas, aquel asunto.

—Bien —dijo Gabriel, tomando la voz—, obviamente no pudimos llegar antes que Felipe al cortijo de doña Enriqueta. Y lo que sabemos, gracias a Andrés y a los contactos que todavía mantiene dentro de la casa, es que Felipe retiene a todos, digamos, bajo arresto domiciliario. Continúan con sus tareas

como si nada fuera de lo común sucediese para despistar, pero no los dejan salir del cortijo, ni hablar con nadie, en espera de que aparezcamos para, por así decirlo, tendernos una trampa y cogernos por sorpresa. También hemos averiguado que, si bien aquí se le persigue por afrancesado, las autoridades no dejarían de darle la razón, ya que aún es el tutor legal de María. Y por otro lado, el alguacil del pueblo no es muy honrado que digamos y, para más inri, es amigo de Felipe. Y aunque podrían exiliarlo, podría exigir llevarse a María, si Felipe la culpa también a ella de afrancesada. No sabemos lo que puede ocurrir.

—¿Y entonces? —preguntó Jason desconcertado.

—Entonces, pasamos al plan B —categorizó rotundamente Gabriel.

—¿Plan B? ¿Y cuál es el plan B? —preguntaron al unísono Jason y María.

Capítulo 41

El diálogo

—¡Abuelita! —exclamó María, emprendiendo una alocada carrera hacia los brazos de su amada abuela, a la vez que lágrimas de felicidad caían a raudales por sus mejillas.

Doña Enriqueta no se podía creer lo que veía. Era la viva imagen de su Isabel, que corría directamente hacia sus brazos. ¡Cuánto había echado de menos a su pequeña María! El choque entre las dos hizo que doña Enriqueta casi cayese al suelo, pero la dicha le dio las fuerzas que le habían faltado durante los últimos años.

—¡Hija mía! —sollozó, con lágrimas rodándole por las mejillas—. Eres igual que tu madre —evaluó, al tiempo que la estrujaba entre sus brazos, como queriendo no despertar de una ilusión.

—Abuelita... soy yo. He vuelto por ti, y esta vez nada nos separará.

Doña Enriqueta volvió a abrazar a su nieta, y su expresión se ensombreció a la vez que se acercaba al oído de su nieta para advertirle, sin ser vista, hablando todo lo bajo que podía.

—Hija, no pensé que fueras a venir. Felipe está en la casa esperando que llegues para capturarte. ¿Por qué lo has hecho? —preguntó con profunda aflicción.

—Tranquila, abuela —susurró María, mientras la abrazaba—, todo está bajo control. Mi padre, quiero decir, Gabriel, sabe lo que ocurre y te sacaremos de aquí, cueste lo que cueste.

—Pero no tenías que haberlo hecho. Yo ya soy solo una vieja, y lo último que yo quería era causarte problemas.

—No pasa nada. Te repito que mi padre lo tiene todo bajo control.

¡Gabriel no tenía nada bajo control! Habían decidido llegar al cortijo y seguirle el juego a Felipe, como si no supieran su existencia, y habían entrado como quien viene de visita. Decidieron pasar solo María, Gabriel, Jason y otros dos hombres. Los demás estaban apostados en las inmediaciones, esperando la señal oportuna en caso necesario. María había salido disparada a los brazos de su abuela, mientras él y Jason trataban de averiguar las posiciones de los hombres de Felipe, desde unos pasos más atrás. Andrés, desde fuera, coordinaría el ataque llegado el momento.

Pero Felipe no se hizo esperar y apareció justo detrás de donde se encontraban, todavía abrazadas y emocionadas, María y doña Enriqueta, con un arma que las apuntaba directamente.

—¡Vaya, vaya! —se regodeó, con una sonrisa triunfal en la fea boca—. He de reconocer, inglés, que eres más valiente de lo que creía. O eso, o más tonto. En todo caso, aquí estáis. En mis manos, para que haga con vosotros lo que se me antoje.

—No nos has dejado más alternativas —se lamentó Gabriel con voz decidida, y sin el más mínimo atisbo de miedo en la voz—. Venimos a dialogar.

—¿A dialogar?! —preguntó incrédulo Felipe—. Vaya, no es valor lo que tú tienes. Es locura. No sé si te das cuenta de que no estás en posición de dialogar nada. Tengo hombres por todas partes que en estos momentos os están apuntando con armas. Y ya tengo en mi poder lo que quería, que es a María. No necesito dialogar nada contigo porque no tenemos nada de lo que hablar, inglés.

En ese momento, y para dar más énfasis a las palabras de Felipe, varios hombres salieron de entre las sombras de la casa, con armas apuntándoles directamente. Gabriel comenzó a pensar frenéticamente en la manera de poder resolver aquello, antes de que Jason, al que ya veía con claridad dispuesto a actuar ante la amenaza hacia María, hiciese algo que echase a perder completamente el plan. Tenía que conseguir enfurecer a Felipe para que arremetiese contra él y se alejase así de María y doña Enriqueta, y estas se pusiesen a salvo con Jason, ya que suponía que nadie se arriesgaría a herir a María. Gabriel sabía que, mientras que Felipe estuviese cerca de él, sus hombres no dispararían por temor a matar a su jefe, y eso le daría el tiempo que necesitaba para que entrasen los hombres que esperaban fuera y pudiesen hacerse con el control de la situación. Era muy arriesgado, pero era lo único

que podían hacer, dadas las circunstancias.

—Yo creo que sí —comenzó con tranquilidad Gabriel—. Lo cierto es que tengo varias cosas que decirte. La primera es que vas a pagar con creces lo que le hiciste a mi Isabel —amenazó en tono lúgubre.

Felipe soltó una risotada.

—¡Qué tierno! Pero Isabel nunca fue *tu* Isabel. Ni siquiera la que creíste que fue tu hija es nada tuyo.

—Te equivocas —contrarrestó Gabriel—. Isabel fue y es mía. Se hizo mujer en mis brazos, y disfrutó en ellos como nunca lo hizo contigo. Sus pensamientos y sus sentimientos siempre fueron míos. Tú solo fuiste un cornudo en sus brazos.

—¡Basta, hijo de perra! —vociferó Felipe, al ver que sus hombres se hacían miraditas de burla—. Ella fue mía, ante Dios y ante la ley, al igual que María.

—También ahí te equivocas —contrarrestó Gabriel con voz tranquila—. Puede que Isabel no fuese, ante tu ley, una St. James, pero María sí lo es.

—Ya sé que adoptaste a mi hija. Pero estamos en mi patria y aquí todo el mundo sabe que me robasteis a mi hija. El alguacil todavía es amigo mío, y no dudará en devolverme legalmente lo que es mío —espetó triunfal, aunque bastante irritado por el curso de la conversación.

—También tiene la obligación legal de exiliarte —cuestionó en tono calmo.

—Pero no me iré sin mi hija —replicó rechinando los dientes.

—Si no consigo matarte primero con mis propias manos por lo que le hiciste a Isabel, tendrás que irte sin María porque tú ya no eres ni serás jamás su tutor legal.

—Te digo que puedo demostrar aquí que soy su tutor legal —decretó ya fuera de sí.

Era el momento. Felipe estaba a punto de salirse de sus casillas. Gabriel sacó y desenvolvió, muy despacio, para no alarmar a los hombres de Felipe, un papel que llevaba en el bolsillo, y se lo mostró a Felipe.

—En efecto, ayer fuimos a hablar con el padre Francisco, que reconoció de inmediato a María como una Uriarte, gracias al tremendo parecido que esta tiene con su madre. El problema para ti es que ayer, ante *tu Dios* y ante *tu ley*, María se convirtió en una St. James al unirse en santo matrimonio con Jason St. James.

Capítulo 42

El descubrimiento

María miró hacia la expresión enfurecida de Felipe, que perdió por completo los estribos al pedirle a Gabriel que le lanzase el papel que, tan solo hacía unas horas, había cambiado de manera tan rotunda su vida.

Todavía podía ver la expresión de incredulidad en el rostro de Jason cuando Gabriel les había explicado a ambos el famoso plan B. Famoso porque todos, excepto ellos dos, sabían de la existencia del plan que se habían perdido durante aquella noche de pasión a bordo del barco. Los detalles los habían solucionado en el espacio de tiempo que Jason y María habían tardado en llegar al cortijo.

—El plan B —había comenzado diciendo Gabriel—, es el plan en el que no podemos dejar que las autoridades intervengan. María tiene que ser, legalmente, nuestra. El resto será fácil porque nadie osará tener un juicio contra nosotros, lores ingleses, ya que somos los aliados de los españoles.

—Y ¿cómo piensas hacer exactamente eso? —preguntó Jason, seguro de la imposibilidad del plan.

—Fácil, pequeño. ¡María será legalmente una St. James porque se va a casar! Ya hemos hablado con el cura del pueblo. Un tipo muy amable, cansado de la tiranía del alguacil, y que conoce sobradamente a Felipe. No nos ha puesto ninguna pega. Mañana por la mañana, María será toda una St. James.

La expresión de Jason cambió, según Gabriel iba hablando, del asombro al enfurecimiento más grande de toda su vida.

—¿Piensas casarte con la que has creído tu hija durante media vida?! —preguntó con asco, a la vez que los celos comenzaban a apoderarse de él a una velocidad inverosímil.

Gabriel miró divertido a su hermano confirmándose así mismo que nunca había visto a un hombre más enamorado que Jason. Recordó cada vez que se había quedado en ascuas estando con esos dos tortolitos, sin entender qué ocurría, porque jamás se le había cruzado por la mente que pudiesen estar enamorados. Pero las sospechas habían comenzado justo cuando supo que María no era su hija, y ver la reacción de Jason la primera vez que ella había escapado. A partir de ahí, lo había confirmado con el paso de los días y con las conversaciones que ahora mantenía con su adorada Isabel.

—Tranquilo, chico. Para mí sigue siendo mi niña. Y no olvides que yo tengo a Isabel, su madre, toda para mí y que no necesito a nadie más. No pienso ser yo el que se case con ella.

—Y ¿entonces? —prosiguió Jason todavía enfadado y más celoso, si cabía —, ¿con quién piensas casarla, si puede saberse?

—Contigo, por supuesto. No voy a quitarte a la mujer que ha conseguido, por fin, enamorarte. Además, ya es hora de que sientes la cabeza.

Jason abrió la boca y la volvió a cerrar de una. Se quedó mudo. ¿Casarse con María? ¿Él? Y... ¿enamorado? Tenía muy claro que adoraba a María, y la había querido con locura toda la vida, pero... ¿enamorado...?

—Además —continuó Gabriel, como si no se hubiese dado cuenta de que el asombro, tanto de Jason como de María, no les dejaba ni pestañear—, así conseguiremos todos nuestros objetivos. No tendrá potestad sobre María y, como ya está casada, también acaba su empeño por casarla con otro hombre para enriquecerse, porque esta ya no le sirve como medio para sus fines. La dejará en paz de una vez por todas. ¿No es genial? —preguntó Gabriel, con una gran sonrisa de satisfacción en la cara, mientras daba un sonoro golpe en la espalda de Jason, para que saliera de su estupor y para confraternizarse con él.

María no salía de su estado de asombro. ¡Ella... casada con Jason! Su mayor sueño hecho realidad. Y su padre parecía encantado con la idea. No podría haber pedido un deseo más imposible que se hubiese hecho realidad en toda su vida. Se hubiera abalanzado hacia su padre para besarlo, llena de dicha, si no hubiese sido por la expresión de la cara de Jason. Obviamente, la idea no le había gustado en absoluto. Su desdicha creció tan rápido como su dicha hacía tan solo un momento. Y su padre que pensaba que Jason estaba enamorado de ella. ¡Qué ingenuo! El libertino más afamado de todo Londres, casado. Y además esperando un hijo. Las hormonas del embarazo de María

comenzaron a traicionarla y las lágrimas acudieron a sus ojos con excesiva velocidad. Antes de que nadie se diera cuenta, salió corriendo.

—¡Mira! La novia se ha puesto nerviosa —replicó enfadado, con todo el cinismo que pudo, mirando a su hermano, que todavía no había conseguido articular una sola palabra.

—¡La amo! —asimiló Jason, sorprendiéndose a sí mismo por sus palabras, mientras miraba al infinito.

—Lo sé.

—No, en serio. Quiero decir, que estoy enamorado de ella —explicó Jason como si Gabriel no lo hubiese entendido, porque él mismo acababa de darse cuenta.

—Gracias, amor mío —se burló Gabriel—. Pero, creo que deberías decírselo a ella y no a mí. Por si no te has dado cuenta, no me parece que haya interpretado muy bien tu silencio.

—Pero ¿qué le digo? —preguntó de repente, preocupado.

—¡Dios me proteja de los imbéciles! —expresó Gabriel volviendo los ojos, y elevando los brazos al cielo, mientras Isabel se levantaba de la mesa para ir en busca de su hija, con cara de incredulidad y diversión.

La boda se celebró unas horas más tarde, sin que María ni Jason hubiesen vuelto a hablar. La ceremonia fue sencilla y corta. Después, sin celebración, dadas las circunstancias, se planificaron al detalle los pasos a seguir al día siguiente cuando fueran al cortijo de doña Enriqueta, y poder así poner fin a todo aquel embrollo.

Capítulo 43

Lucha en el cortijo

Felipe recogió, todo fuera de sí, el papel que declaraba que María era la esposa de Jason.

—¡No puede ser! —comenzó a decir fuera de sus casillas—. ¡Esto es una trampa! ¡Este papel tiene que ser falso!

—El padre Francisco podrá confirmártelo en el momento en el que lo creas oportuno —aseveró Gabriel con orgullo.

—Esto fue anoche —comentó desesperado, con los ojos inyectados en sangre y tratando, con desesperación, de buscar en aquel trozo de papel una solución para la frustración de todos sus planes—. Puede que ese matrimonio ni siquiera se haya consumado. Me llevaré a María, anularé ese matrimonio y la casaré con quien debería haber estado casada desde hace muchos años.

La cara de Gabriel adquirió un tono cetrino al darse cuenta del fallo del plan que con tanto celo había preparado. Porque Gabriel sabía que Jason y María no habían dormido juntos, y la sombra de la preocupación fue visible de forma clara para todos los presentes. Así pues, María intervino hablando en alto, pero mirando de frente a Jason.

—No hay anulación posible, Felipe —comenzó con voz temblorosa—. Estoy embarazada de mi esposo, y en breve será visible para todo el mundo.

—¿Desde anoche? —preguntó con voz burlona—. ¿Acaso te has casado con un semental de primera categoría?

—Está claro que estoy embarazada desde hace más tiempo —aseveró María, totalmente avergonzada, al ver la expresión de Gabriel.

En ese momento ocurrieron varias cosas a la vez. Jason frunció el ceño, claramente molesto, por el hecho de que María lo anunciara en público antes

de decírselo a él el primero, ya que él era el padre. Pero María lo interpretó como un claro desagrado hacia el hecho de que estaba esperando un bebé.

La cara de Gabriel pasó del color de la ceniza, a causa del miedo ante las palabras de Felipe, al rojo vivo al darse cuenta de que su propio hermano había mancillado a María sin que él se hubiese enterado, para poder haberle propinado una soberana paliza y haberlo obligado a que se casara con la niña. Sus manos se apretaron formando puños mortales debido al enfado que corría por sus venas, a la vez que se encaminó hacia su hermano con la expresión más amenazante que María había visto en toda su vida.

—Hijo de perra... —exclamó Gabriel con los dientes apretados y con paso decidido hacia su hermano.

Pero Felipe, en su locura creciente por la frustración total de sus planes, quiso aprovechar lo que creyó una oportunidad de oro para matar, de una vez por todas y con sus propias manos, al cerdo inglés que se había entrometido hacía dieciocho años en su vida y le había arruinado todos los planes de forma tan contundente. Así que se abalanzó hacia Gabriel, pensando que este estaba concentrado en su hermano y, espada en mano, arremetió contra él.

Y lo siguiente que sucedió fueron una serie de hechos en los que María pensó que toda la gente a la que ella amaba moriría allí sin remedio, incluyéndose a sí misma.

Cuando parecía que Felipe iba a alcanzar a Gabriel con la espada, María dio un grito desgarrador que atravesó el aire cargado de odio de la habitación, y Gabriel se giró con su espada, la cual María nunca supo de dónde había salido, hacia Felipe. Comenzó así una encarnizada lucha de espadas.

Jason se abalanzó sobre María y su abuela para ponerlas a cubierto, al tiempo que Andrés y el resto de los hombres entraban tomando posesión del cortijo. Cuando Jason las hubo puesto bajo la protección de algunos hombres, se unió a la desesperada lucha.

Los disparos comenzaron a sonar a la vez que el ruido del acero de las espadas llenaba por completo los oídos de María, que no podía dejar de temblar. Los hombres de Felipe, como Gabriel había sospechado, no se atrevían a disparar en aquella dirección por miedo a herir a su líder, y nadie quería entrometerse entre aquellos dos ya que su lucha era algo personal. Gabriel quería matar al hombre que le había arrebatado a Isabel, y Felipe estaba fuera de sí y sediento de sangre.

Mientras, Jason intentaba llegar sin éxito hacia Gabriel para ayudarle.

Había demasiados hombres que intentaban interceptarle a cada momento. Pero Jason era un experto espadachín, además de un excelente pugilista que derribaba a todo hombre que se interponía entre él y su hermano. Si no era con la espada era con sus propios puños. Pero, de repente, vio cómo uno de los esbirros de Felipe intentaba escabullirse para pedir apoyo de los hombres de fuera. Corrió hacia él cuanto pudo, pero en el mismo instante en que su espada le alcanzaba de herida mortal, el malnacido disparaba alcanzando a Jason, que caía herido entre la masa de gente que había aparecido, como de la nada, para luchar.

Mientras, Gabriel luchaba con arrojo y valor contra Felipe y, aún en su odio y rencor, era consciente del sufrimiento de Isabel y de su clara superioridad física. Su honor no le permitiría matar a un hombre en esas circunstancias. Así pues, en cuanto tuvo la oportunidad, desarmó a su oponente que se quedó tendido en el suelo, esperando el golpe de gracia. Un final que no llegó, para su enorme suerte.

Cuando levantó la vista, el resto de los hombres de Gabriel habían saldado la lucha con una clara victoria y sin causar casi ninguna baja.

María buscaba desesperada a Jason entre la multitud, que ahora se lamentaba entre sonidos de dolor y que se esparcían a lo largo y ancho del gran salón del cortijo, entre varios muertos tendidos por el suelo. Su miedo se acrecentó a una velocidad imposible al no poder verlo por ninguna parte y comenzó a llamarlo con gritos desesperados.

Pero, por desgracia, sus gritos pronunciando el nombre de Jason hicieron que Gabriel se girase buscando alarmado a su hermano, y Felipe, que aprovechó para recuperar su espada, trató de hundirla en el abdomen de Gabriel. De repente, de entre la oscuridad de una columna, salió a toda velocidad la sombra de Jason, que pudo desviar la espada de Felipe hacia la pierna de Gabriel. Este aulló de dolor al sentir penetrar el frío acero en su muslo y, con extrema rapidez, al ver que Felipe volvía a arremeter contra él, le propinó una estocada mortal en el mismísimo corazón. Felipe se derrumbó con la cara desgarrada por la rabia y el dolor, exhalando su último suspiro.

Los dos hermanos cayeron al suelo, heridos; Gabriel en el muslo y Jason, afortunadamente, había recibido la herida de bala en el brazo. Fue por ello que, al salir de detrás del soportal, no había podido desviar totalmente la estocada de Felipe, al no tener en el brazo la fuerza necesaria.

María sintió que el corazón se le paraba y corrió, como nunca, hacia los dos

hombres de su vida, llorando a lágrima viva. Cuando llegó junto a ellos, se tiró encima para abrazarlos con toda la fuerza que tenía. Por fin, todo había terminado y, al darse cuenta de ello, dio rienda suelta a todo el miedo y los nervios contenidos durante las últimas semanas. Lloró con amargura hasta que, despacio, todas esas sensaciones fueron sustituidas por un inmenso alivio.

Capítulo 44

El amor está en el aire

El alguacil del pequeño pueblo de Córdoba donde se hallaba el cortijo de doña Enriqueta resultó ser de lo más servicial para con los ingleses, dadas las circunstancias. Estaba claro que era un hombre interesado y, sobre todo, en sí mismo. Y aunque había sido amigo de Felipe y había estado dispuesto a ayudarlo por una considerable suma, no dudó en cambiar de bando en cuanto se vio acosado por unos ricos lores ingleses que, por supuesto, tenían a la ley de su parte.

Las autoridades habían detenido y ajusticiado a todos los compinches de Felipe y trajeron a los mejores médicos para curar a todos los heridos.

Entre tanto, María se había parado a pensar con detenimiento en Gabriel. *Su padre*. En cómo había vivido él toda esta situación. Lo cierto es que había estado demasiado concentrada en sí misma y ahora se sentía muy egoísta. Ahora que estaba enamorada, podía pararse a pensar en lo mal que lo tenía que haber pasado Gabriel sin Isabel durante todos aquellos años, en la gran responsabilidad que había sido el criarla a ella, en todo lo que dejó por el camino...

El día anterior había presenciado dos hechos que le habían dado qué pensar. El primero fue cuando su padre se levantó herido del suelo y lo primero que hizo fue lanzarle a Jason un directo a la mandíbula que casi lo volvió a tirar al suelo. «Agradece que estás herido, hermano», le había dicho a Jason. Isabel le había ayudado a mantenerse en pie y, si en la expresión sombría que le había dedicado a Jason vio todo el amor hacia sí misma y el reproche a su hermano, fue la cara al mirar a Isabel la que la desarmó por completo. Era la expresión de un hombre sin esperanzas y que sentía que había fallado. María quiso

abrazarlo para reconfortarlo, pero no hizo falta... Isabel lo miró y los dos entendieron; lo rodeó en sus brazos y Gabriel reemplazó aquella expresión por la de un inmenso alivio y una dulce sonrisa. ¡Cuánto amor contenido se respiraba en aquel momento! Y María se sentía llena de dicha al comprender que, tanto su padre como su madre, por fin iban a ser realmente felices. Su historia era ya un hecho. Una historia que había comenzado hacía dieciocho años y que el destino les había impedido continuar. Hasta ahora...

Durante los siguientes días, en cuanto María estuvo segura de que tanto Jason como Gabriel estaban fuera de peligro, se dedicó a pasar gran parte del tiempo con su abuela y con su madre, y a ponerse al día, entre todas, de todo lo sucedido durante los últimos ocho años.

Una tarde, María salió a pasear por el cortijo sola. Anduvo muy despacio pensando en todo el amor que sentía por Jason y en cómo, sin que él lo quisiera, habían llegado a esta situación.

Una mano cariñosa se deslizó por su hombro en una suave caricia. María se sobresaltó durante un instante, hasta que reconoció el amado rostro de su abuela, que la miraba con ternura.

—Abuelita, estoy tan confundida —dijo completamente afligida.

—Hija, no me has contado qué es lo que ocurre con Jason, ¿no eres feliz?

—¡Oh, abuelita! Le amo tanto, que me duele hasta el decirlo...

La cara de su abuela se iluminó con una sonrisa radiante.

—Al menos tu madre ha conseguido que su sacrificio no haya sido en vano. Quería que crecieras feliz y que encontraras el amor verdadero. El amor que Isabel sintió por Gabriel la marcó a fuego para siempre, ¿sabes? Su mayor deseo siempre ha sido que tú encontrases para ti ese sentimiento. Gabriel fue para ella el motor de su existencia. Aquel amor, y sentir que tú eras su fruto, la animaba a seguir día a día.

—Pero... es que...

—¿Qué ocurre, hija?

—Él...

—Oh, vamos. A esta vieja no puede engañarla nadie. No vayas a decirme que él no te ama, porque se le ve enamorado de ti a distancia —aseguró.

—¿Tú crees?

—Cariño, algunas cosas se ven muy claras para una persona que ha vivido ya demasiado tiempo.

—Tú no has vivido demasiado tiempo —dijo María, regañando a su abuela

— Y sí, supongo que me quiere. Al menos, siempre me quiso mucho cuando yo era pequeña. Estábamos muy unidos, ¿sabes? Nos entendíamos de maravilla. Él me conocía mejor que nadie y éramos inseparables... —María se tomó un momento para recordar aquellos tiempos felices al lado de Jason —. Pero él se marchó a un largo viaje y, cuando volvió, todo había cambiado. Estaba distante y no conseguíamos cruzarnos dos palabras sin reñir continuamente.

La abuela de María sonrió de forma sospechosa ante aquel último comentario suyo.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó María molesta—. Fue una época horrible para mí. Yo estaba completamente enamorada de él, y él me evitaba todo el tiempo.

—No te molestes conmigo, cariño. Tu padre, es decir, Gabriel, ya me ha hablado de esas disputas vuestras —aseguró con la sonrisa aún puesta en los labios.

—¿Ves? —dijo como para enfatizarle a su abuela que estaba en lo cierto—. ¿Cómo puede estar entonces enamorado de mí?

—Amores reñidos, amores queridos —explicó triunfal, como si hubiese resuelto algún tipo de enigma.

—¿Qué quieres decir?

Doña Enriqueta suspiró y miró a su nieta con ternura.

—No te preocupes, hija. Él te ama. ¿Lo que deseas es que él te lo diga? —esperó brevemente a que María asintiera—. Pues sé valiente y díselo tú a él primero.

—¿Y si te equivocas y no me ama? ¿Y si solo me quiere como a su sobrina?

Esta vez, doña Enriqueta, soltó una sonora carcajada.

—Cariño, estás esperando un hijo de ese hombre. ¡Y desde antes de casarte! ¿Crees que los bebés se hacen con ese tipo de amor? Para que haya ocurrido eso tiene que haber pasión —explicó su abuela con una mirada picarona en los ojos.

—¡Abuela! —gritó María poniéndose roja hasta las cejas.

—María, soy una mujer con mucha vida —dijo haciéndose la interesante—. Algún día te la contaré. Pero, créeme, sé de lo que hablo. Y por tu reacción, yo diría que ha habido mucha pasión, ¿no es así?

—¡Abuela! —repitió María, bajando la voz al ver que se acercaba su madre desde el cortijo hacia ellas.

—Está bien, hija —rio doña Enriqueta—. *No hay peor ciego que el que no quiere ver.*

—¿Ya estás otra vez con tus dichos? —preguntó incrédula, mientras su abuela no podía parar de sonreír.

Isabel llegó hasta ellas para anunciar la hora de la cena. Y las tres, abuela, madre y nieta, se encaminaron con una sonrisa en la cara hacia el cortijo.

Capítulo 45

Malentendidos

Cuando llegaron al salón, todo el mundo las estaba esperando. Andrés y Ana sonreían en un extremo de la mesa. Gabriel, con su pierna toda vendada, lucía un espectacular ceño por su imposibilidad de movimiento. Le habían dado unas muletas, pero lo cierto era que era un enfermo terrible, y lo único que quería era que le quitasen los vendajes, de una vez por todas, y le dejarasen caminar, sin *esos apéndices*.

Jason estaba con el brazo vendado en un cabestrillo, y lucía tan espectacular y guapo como siempre. Incluso así, herido y con la cara morada e inflamada por el directo que Gabriel le había propinado, lucía vestido y peinado de manera impecable. Parecía que los hermanos habían solventado sus problemas ya que estaban hablando igual que siempre y se sonreían entre sí. A María se le encogió el estómago con solo mirarlo. Él se levantó de la mesa según ella apareció en el salón, con una perfecta sonrisa en la cara, para ayudarla a acomodarse a su lado en la mesa. Según se aproximaba a él, María notaba cómo se aceleraban los latidos de su corazón y cómo, sin poder evitarlo, le devolvía la sonrisa.

La cena transcurrió de una manera distendida y amena protagonizada, sobre todo, por Gabriel y doña Enriqueta. Lo cierto es que alegraron la velada y entretuvieron a todos con anécdotas de María en las distintas épocas de su vida y las preguntas que deseaban hacerse el uno al otro, ya que no se conocían casi nada. Pero fue obvio que la simpatía fue mutua.

María agradeció que Gabriel y su abuela llevaran la batuta de la conversación, porque así ella quedó relegada a un segundo plano y pudo pensar con tranquilidad. Pensar en lo que había hablado con su abuela y en los

acontecimientos de las últimas semanas. Si bien se había emocionado con las palabras de su abuela, en las que quería creer como en el credo, no le era fácil pensar en las reacciones de Jason de los últimos días. Su reacción en cuanto al bebé había sido demasiado mala, por no hablar de la cara que se le quedó cuando Gabriel le había comunicado su inminente casamiento con ella. Ambas veces, la respuesta desapasionada de Jason había conseguido arrancar lágrimas de tristeza a María. Era cierto que podía ser que él la amara, aunque María dudaba que fuese la clase de amor que ella deseaba. Y lo que era innegable era que entre ellos existía una pasión ardiente. Pero Jason era un libertino afamado. ¿Cuántas veces le había oído jurar que él no se casaría? Y si en sus planes no entraba el matrimonio, mucho menos un hijo. María notaba cómo, según transcurría la cena, su desesperación y su desánimo crecían.

Si bien era cierto que su abuela le había subido la moral, a su cabeza volvieron los pensamientos que esa misma mañana la habían tenido atareada. Había encontrado la solución perfecta. Aunque no fuera, para nada, perfecta para ella. Tenía que quedarse en España, con su abuela. Tenía que poner distancia entre ella y Jason. Era lo mejor para todo el mundo. Su madre había conseguido ya su objetivo, alejarla definitivamente de Felipe, y se había reencontrado con el amor de su vida, Gabriel. Ella ya era una mujer hecha y derecha, pero no era justo que permaneciese con ellos. Solo les estorbaría porque sus padres tenían que recuperar el tiempo perdido. Y además, gracias a su abuela, no estaban en una mala posición económica, pese a los desgastes de la guerra en España.

En cuanto a Jason, era fácil. El padre Francisco anularía el matrimonio en cuanto doña Enriqueta se lo pidiera. El padre Francisco era testigo del porqué del matrimonio y la noche de la boda había pernoctado con ellos y sabía que su matrimonio no se había consumado. No tendría por qué saber que ella estaba embarazada. Y a Jason, por si acaso, le diría que había sido un simple retraso en su menstruación debido a los nervios, pero que, en cuanto todo había acabado, su menstruación había vuelto. ¡Era lo mejor!

Saliendo de sus pensamientos, volvió a la conversación que se desarrollaba en la mesa. Había risotadas por todas partes y Jason se veía, en ese momento, bastante incómodo. Poniendo un poco más de atención, María se dio cuenta de que ahora el foco de las burlas había dejado de ser ella para ser Jason.

—Ya era hora —aseguraba Gabriel lleno de orgullo— de que consiguiéramos casar al sinvergüenza de Jason. Si usted supiera, doña

Enriqueta, que ha traído de cabeza a todas las damiselas de Londres...

A Jason no le parecía bien que hablaran de sus andanzas pasadas delante de Isabel ya que, aunque lucía una espectacular sonrisa y se la veía muy feliz al lado de Gabriel, era consciente de que era su suegra y lo que él quería era causar una buena sensación. Pero su hermano lo estaba estropeando todo.

—Me lo puedo imaginar —aseguraba doña Enriqueta sonriente, con cara de picarona—. Es un hombre de lo más apuesto. No me extraña que mi nieta haya puesto sus miras en él.

Era más de lo que María podía aguantar. Sus hormonas estaban al límite y era consciente de que en cualquier momento rompería a llorar como una niña pequeña. Interpretó la incomodidad de Jason como que ni siquiera hacía el más mínimo esfuerzo por ocultar su frustración por no volver a tener la vida de libertinaje que había estado gozando durante tanto tiempo. ¡Tenía que salir de allí en aquel mismo instante! ¡No quería llorar delante de todo el mundo! ¡Y no quería volver a ver a Jason en toda su vida! Se levantó excusándose por un dolor de cabeza y salió del salón como una exhalación, sin esperar ningún tipo de respuesta por parte de nadie.

Un silencio repentino llenó el salón, que solo fue roto por la silla de Jason levantándose para ir tras María. Acto seguido, todo el mundo se levantó y salieron, también, para ver qué ocurría.

—María —levantó la voz Jason para que ella, que ya subía por la escalera, le oyera—, ¿te encuentras bien?

María estaba hundida en la miseria y, aunque no quería mirar a nadie, ni sus hormonas en estado álgido pudieron impedir que su temperamento hiciera aparición y se girase para enfrentarse a aquel hombre que tanto la turbaba.

—¡Me encontraré mejor cuando te hayas largado a tu querido Londres, para continuar con tu amada vida! —espetó con desprecio.

—«¿Me haya ido?» —preguntó incrédulo Jason—. ¿Es que me voy a ir yo solo?

—Supongo que Gabriel y mi madre también querrán partir. Me encantaría que se quedasen conmigo, pero entiendo que no puede ser. Allí está su vida.

—Allí está *nuestra* vida —corrigió, arrastrando las palabras—. La de todos. La de Gabriel y la de tu madre, y la tuya y la mía —aseveró con el ceño, cada vez más ensombrecido.

El resto de los comensales se arremolinaban cerca de la puerta para no perder ningún detalle de la conversación, que se desarrollaba en la entrada de

la casa.

—¡No! Mi vida ya no está allí. Ya no existe ninguna razón para que regrese. ¡He decidido quedarme en mi tierra y con mi gente! —aseguró con decisión, alzando el mentón, para desafiar a Jason con la mirada.

—¿Has decidido? —preguntó con la mandíbula apretada, debido al creciente enfado—. ¿No *deberíamos* haber decidido? Parece que me veo en la obligación de recordarte que eres mi esposa...

—¡Ja! —le interrumpió María—. Eso fue una farsa urdida por Gabriel para salvarnos a mi abuela y a mí. Pero ya está. Se acabó —puntualizó María, elevando el tono de su voz—. Mañana hablaré con el padre Francisco para anular el matrimonio que te une a mí.

—No puedes hacer eso —afirmó con una escalofriante calma.

—¡Sí que puedo! No hemos consumado este matrimonio.

Ni Jason, ni nadie en la estancia, pudieron reprimir una carcajada ante aquel comentario. Así pues, Jason sacó a relucir su cinismo.

—¿Puedo saber, entonces, de quién es el bebé que estás esperando? ¿O es que ahora me vas a decir que te ha embarazado el Espíritu Santo y tú te crees la Virgen María?

—Técnicamente no lo hemos consumado. ¡Y no hay ningún bebé! Os lo dije a todos. He estado muy nerviosa. Pero todo está ya normal en mí.

Esa información dejó a Jason boquiabierto y mudo. Nunca se había planteado ser padre, pero, en ese instante, un sentimiento de desilusión y disgusto lo atravesó por entero.

María aprovechó el silencio y la confusión que ella misma había provocado con su último comentario, para hacer un mutis estupendo y largarse escaleras arriba, cuando la voz atronadora de Jason hizo que se detuviera de nuevo en seco.

—¡Me da igual si estás o no embarazada y si *técnicamente* no hemos consumado este matrimonio! Soy tu marido y ni el mismísimo Jesucristo va a disolver este matrimonio —juró con una voz tan siniestra que asustó hasta al mismísimo Gabriel—. Y mejor será que guardes todas tus cosas porque tú vuelves conmigo a Londres.

—¡Ni lo sueñes! —gritó María sin mirarle, y continuó subiendo las escaleras con un pánico creciente que le subía por la columna vertebral al darse cuenta de que había desafiado de más a Jason.

—¡María...! —vociferó Jason, echando a andar con pasos agigantados

hacia las escaleras y comenzando a subir los escalones de dos en dos.

En ese momento, la concurrencia que había abajo se quedó frustrada, ya que era obvio que la discusión continuaría donde ellos no pudiesen enterarse de nada.

—¿Y dices que siempre han estado así? —preguntó doña Enriqueta a Gabriel, como si lo que acabasen de ver fuese un juego de niños.

—¡Siempre! —aseguró Gabriel, mientras daba cada uno de sus brazos a Isabel y doña Enriqueta, respectivamente, para conducir las de nuevo al salón con tranquilidad.

—¿Y no sospechaste antes que estaban completamente enamorados?

—Doña Enriqueta... ¡soy un hombre! Ver ese tipo de sentimientos no está en mi naturaleza, y, aun así, lo hice. Me costó, pero lo hice.

—¡Más vale tarde que nunca! —añadió doña Enriqueta—. Bien, dejemos que esos dos tortolitos resuelvan sus diferencias en la intimidad, y nosotros continuemos con nuestra cena. —Y añadió en alto, para el resto de los comensales—: ¿No os parece?

La respuesta que recibió al comentario fue una sonora carcajada por parte de todo el mundo.

Capítulo 46

Cuando pronunciaste mi nombre

Jason persiguió a María hasta su habitación. Aunque ella trató de cerrarle la puerta en las narices, no lo consiguió, y Jason entró en la habitación con paso enérgico, la cerró y se fue acercando con gesto peligroso a María, hasta que llegó a ella y la aferró con fuerza por el brazo.

—Explicame lo que acabas de decir —exigió con su habitual tranquilidad, conteniéndose, mientras sus ojos volvían a oscurecerse al tono gris tormenta que tanto le gustaba a María, y que adquirirían cuando él experimentaba sentimientos extremos.

María trató de soltarse, de manera inútil, de la poderosa mano que se aferraba dolorosamente a su brazo.

—¿Quieres lograr que también yo use ese cabestrillo? —preguntó con expresión de dolor.

—Lo siento —se excusó soltándola, en el acto.

—No hay nada que explicar. Ya lo has oído todo. Mañana serás libre otra vez y podrás continuar con tu vida sin que yo te la destroce —le soltó con voz amarga.

Jason no podía creer lo que oía. María creía que le estaba estropeando la vida. Esta sí que era buena. Y él lo único que quería era estar con ella desde hacía tanto tiempo que ni se acordaba.

—Tú no me estás destrozando nada. La cuestión aquí es lo que realmente deseas. ¿Deseas que nuestro matrimonio se disuelva? —preguntó, suavizando la voz y volviendo a agarrar el brazo de María con el suyo libre, pero con una dulzura extrema, mientras la enfrentaba de manera directa a él.

María sintió que se le secaba la boca al verlo tan guapo como siempre, tan

cerca de ella, y volver a observar sus ojos gris tormenta, pero con un cambio importante. Ahora estaban cargados de deseo. Y ella ya no aguantaba más esa situación. Lo amaba con desesperación. Iba a confesárselo cuando él habló primero.

—Me enamoré de ti el mismo día en que te conocí —admitió sin tapujos, con la voz ronca por el deseo creciente y sabiendo que, si no confesaba su amor, podría perderla para siempre.

María, estupefacta, sintió que su corazón estallaba de placer y, a la vez, tuvo un miedo horrendo ante la posibilidad de no haber oído bien.

—¿Qu... qué...? —atinó a decir, con los ojos nublados por las lágrimas.

—Cuando pronunciaste mi nombre... aquella tarde... cuando eras una niña... algo sucedió dentro de mí —admitió desnudando por completo su alma ante la mujer que había cautivado su corazón—. En ese momento no fui capaz de reconocer aquel sentimiento. Pero ahora sé que en el fondo de mi alma siempre supe que algo importante había comenzado aquel día. Sencillamente, no sé cómo ni cuándo, pero me enamoré de ti.

—¡Oh, Jason! —exclamó María dando rienda suelta a sus emociones y a sus lágrimas— ¡Perdóname! Lo siento tanto...

—¡Sshhh! —dijo Jason cubriendo con suavidad los labios de ella con sus dedos—. Soy yo el que lo siente. Por no haberme dado cuenta antes de que lo más importante en mi vida era tu amor. Por negar una y otra vez que lo que sentía por ti iba mucho más allá del simple deseo.

—¿No me estarás tomando el pelo? —preguntó entre hipo—. Porque te advierto que luego no voy a dejar que te retractes de todas las cosas maravillosas que me estás diciendo. Y espero que lo estés diferenciando del amor *paternal* que siempre me has tenido, porque...

—¿Paternal?! —Jason soltó una sonora carcajada—. Te aseguro que mi amor por ti no tiene nada de paternal. No sabes cómo todo lo que haces le afecta a todo mi cuerpo... cuando ríes, cuando te enfadas... —dijo mientras comenzaba a cercar con lentitud a María contra el borde de la cama con su andar felino y la mirada fija en ella—. Es como si me hubieras embrujado y mi cuerpo siempre reaccionara ante todo lo que haces... Y cuando me miras... — En ese instante, él rozó con sus labios los de María, con mucha suavidad, y ella se sintió volar ante aquel simple roce y aquellas palabras—. ¡Te amo, María!

Y en ese momento, él cubrió su boca en un tórrido beso de pasión que

descartó para siempre de la mente de María que él podía albergar algún tipo de sentimiento *paternal*, por ella.

—¡Te amo, te amo, te amo...! —logró decir ella, aunque en español, cogiendo aire entre los besos de Jason.

—Eso fue lo que me dijiste —recordó interrogante—, la noche que intentaste huir en Londres. ¿Puedo saber qué significa? —preguntó ceñudo y aliviado porque al fin iba a descubrir el significado de aquellas palabras.

María se quedó asombrada ante el poco interés que Jason había puesto en aprender español.

—No me puedo creer que no lo sepas. Significa que te amo —dijo volviendo al inglés—. No puedes haber aprendido tan poco en tanto tiempo.

—¿Que me amas? ¿Me dijiste, ya en Londres, que me amabas? —preguntó con regocijo—. Un momento, yo no aprendí tan poco. Me estás mintiendo. Yo aprendí a decir eso en español. Se decía «te quiero».

María no pudo, por menos, que echarse a reír.

—En español, diferenciamos varias palabras. Te enseñé a decir te quiero porque, en aquel momento, tú querías decirme que me querías, no que me amabas. Yo era tu sobrina. Aquí, *te amo* solo se le dice a la persona de la que estás enamorada. A los demás, los quieres... no los amas. ¿Comprendes? —dijo María sonriendo.

Jason rio por fin con alivio.

—«Te amo» —pronunció en español, mientras besaba suavemente la boca de María.

María se sentía en una nube de felicidad que no quería disolver. Sabía que aún tenía que decirle que estaba pero que muy embarazada, pero tenía miedo de que, en efecto, Jason no quisiera niños. Lo último que quería era estropear ese momento mágico, y entre los besos de Jason se perdió en una dulce neblina en la que decidió que se lo confesaría más adelante, cuando hubiese afianzado su amor.

Jason estaba totalmente pletórico. Desde que se había dado cuenta de que la amaba y, lo más importante de todo, desde que podía amarla sin ningún problema, habían desaparecido de su vida los sentimientos tortuosos que llevaba acumulando durante los dos últimos años. Ahora sentía que su alma era libre, y lo más importante era que podía volar. Podía estar con María. Y ella también le amaba. Se sentía más feliz de lo que jamás pudiese recordar.

María lo apartó suavemente para quitarle la ropa poco a poco y con

cuidado, debido a su brazo herido.

—¿Estás seguro de que puedes...? —preguntó dubitativa.

—¡Puedo! —aseguró demasiado deprisa, con la voz oscurecida por la pasión.

María sonrió con dulzura, y prosiguió desnudando al hombre que era el objeto de su deseo, y se recreó en ello más de lo que a Jason le hubiera gustado. Cuando terminó de desnudarlo del todo, se sentó en la cama para observar toda la belleza y el poder que emanaban de él. Su masculinidad ejercía una fascinación en María que la dejaba sin aliento. Alzó lentamente las manos para acariciarlo a gusto, mientras Jason contenía la respiración dejándola hacer lo que quisiera con él.

—Eres todo mío —susurró fascinada—. Y te advierto que se te acabó esa vida de libertinaje que tanto te gusta.

Jason no pudo reprimir una carcajada, y se recostó en la cama junto con María.

—No me entusiasma la vida de libertinaje. Bueno —dijo ante el ceño de María—, puede que antes lo encontrara excitante. Pero dentro de un rato te aseguraré que ya no es así.

—¿Por qué dentro de un rato?

—Dame un ratito, amor... —susurró, mientras su lengua dibujaba suaves y húmedos círculos por su cuello.

Las olas de placer que Jason enviaba a lugares remotos de su cuerpo, hicieron que María se conformase por el momento con aquella respuesta.

—Si estimas en algo ese vestido, por Dios, quítatelo ahora mismo o juro que te lo arrancaré a mordiscos —aseguró al sentirse incapacitado con una sola mano.

María se quitó presurosa la ropa entre risas, pero estas desaparecieron al ver la expresión del rostro de Jason. La miraba con reverencia, y ella sintió que la zona de entre sus muslos se humedecía al instante. Se tumbó en la cama a su lado y la mano libre de Jason voló por todo su cuerpo, como si estuviera ávido de ella. En menos de un minuto, María había perdido toda noción de tiempo o espacio. Solo estaba Jason y su boca, húmeda y caliente, por todo su cuerpo. Su mano aparecía y desaparecía de los lugares más insospechados, y ella se sumió en un mar de placer del que pensó que le sería muy difícil salir. Sus propios instintos la guiaban a acariciar aquel cuerpo que reverenciaba, a tocar aquellos duros músculos, a seguir su recorrido... Su piel era muy suave

pero firme. Todo en él era consistente. Y su miembro henchido le fascinaba. Tan duro, pero a la vez tan suave... Tan sensible, pero tan poderoso... Comenzó a sentir la urgencia de necesitarlo dentro y se lo hizo saber con los movimientos excitados de su cadera, que se elevaba clamando por tenerlo dentro.

Jason había realizado un esfuerzo enorme al no penetrarla según se había acostado desnuda a su lado. Llevaba demasiado tiempo sin tenerla entre sus brazos y el hecho de haber descubierto que la amaba, junto con la siempre tan ardiente respuesta de ella, hacían de él un crío inexperto. Cuando la cadera de ella clamó por él, no dudó ni por un instante en colocarse encima de ella, y con toda la ternura y el escaso control que le quedaba, la penetró con tal profundidad que María soltó un largo suspiro de placer. Solo entonces, cuando estuvo envuelto por completo por ella, por aquella carne suave y firme que lo rodeaba, borrándole todos sus sentidos, le susurró en el oído.

—No quiero volver a mi vida de libertinaje porque, ahora y solo ahora que, según tú, este matrimonio está consumado, tengo una mujer maravillosa con la que hacer esto.

Y procedió a explicarle, con todo el control que pudo, lo que «esto» significaba. Salió de su interior, muy despacio, y volvió a entrar con la misma dulzura con la que había salido. Y así repetidamente, mientras la besaba con exquisita suavidad.

María no lo pudo soportar y comenzó ella a imprimir un ritmo cada vez más frenético. Así, hasta que todo su cuerpo y su mente se disolvieron en el más puro goce que jamás había experimentado, a la vez que Jason absorbía su sonoro grito con un beso apasionado. Acto seguido, y sin dar tregua a María, Jason conseguía su culminación.

Los dos cayeron extenuados en un profundo sueño reparador, lleno de felicidad. María cayó en los brazos de Morfeo feliz, con solo la nube de su embarazo en medio de un día soleado. Pero sus sueños continuaron donde lo había dejado. Soñaba que Jason estaba tumbado detrás de ella, abrazándola mientras descansaba. La desnudaba y María podía notar cómo todo el esplendor de su erección presionaba en su espalda, y su cuerpo respondía con fervor a las caricias de él. Y cuando la boca de Jason estaba torturando su sensible cuello, mientras sus manos acariciaban sus pezones sin piedad, María despertó solo para darse cuenta de que no era un sueño. Su recién estrenado marido la estaba penetrando desde atrás, y María sintió que se elevaba

nuevamente al cielo.

—¿Otra vez? —preguntó sorprendida.

—¿Qué esperabas de un réprobo libertino como yo, corazón? —preguntó entre risas.

Y juntos, volvieron a alcanzar límites insospechados de placer hasta quedar exhaustos y dormidos.

A la mañana siguiente, María y Jason bajaron a desayunar bastante tarde, y con ojeras. María sabía que tenía que dar muchas explicaciones, pero se encontró con que todo el mundo los miraba entre risas, como si hubiesen sabido de antemano lo que había ocurrido. Jason le estampó un sonoro beso en la boca, delante de todo el mundo, y pareció que todos dieron por zanjado el tema. Así pues, María no lo volvió a mencionar.

Capítulo 47

Regreso a Londres

La mañana en que partían, María estaba demasiado triste. Sin duda, aunque los primeros síntomas del embarazo habían desaparecido, seguía con las hormonas seriamente revolucionadas. Lloraba por todo. Y esa mañana no era menos, ya que se tenía que despedir de su abuela.

Doña Enriqueta se había mostrado inamovible con respecto a no ir a vivir a Inglaterra. «El casado, casa quiere», había dicho. María comenzaba a sentirse exasperada con su abuela y sus dichos. Pero había prometido ir de visita a menudo. Gabriel quería ayudarla económicamente, pero ella también se había negado alegando que tenía lo suficiente para vivir con comodidad, dadas las circunstancias que rodeaban todo el asunto de la guerra.

Lo que no sorprendió mucho a nadie fue el hecho de que Andrés y Ana comunicasen su deseo de casarse y quedarse en España con doña Enriqueta. María estaba muy feliz por ellos.

—Ana —dijo María con regocijo—, ¡cuánto me alegro por ti!

—Hija... Andrés y yo hemos tardado en tomar esta decisión mucho porque yo pensaba que, ahora más que nunca, me ibas a necesitar...

—¿Yo? —preguntó incrédula—. Pero si Jason tiene una auténtica legión de criados. Además, ahora cuando compremos una residencia de casados estoy segura de que contratará aún a más.

—Sí —dijo Ana—, pero en tu situación, tú sí que necesitas a alguien de confianza, aunque ahora que tienes a tu madre, me quedo más tranquila.

—¿Mi situación? —preguntó María con miedo.

—Sí, hija. Tu embarazo —dijo Ana.

—Pero si yo...

—¡Tú nada, María! —cortó su abuela que se había sumado a la conversación—. Podrás engañar a tu marido, pero no a nosotras. Sabe más el diablo por viejo que por pellejo.

—Ya estamos con los refranes —dijo María exasperada y asombrada de que lo supiesen—. ¿Cómo lo habéis podido saber?

Las mujeres, a las que ahora se había sumado además Isabel, se sonrieron entre ellas, y María se miró la tripa de manera instintiva. A ella no le parecía que se le notase en absoluto.

—Está bien —continuó—. No voy a preguntar más, y lo cierto es que me apetecía un montón que fueses tú, Ana, la que cuidases de mi bebé. Pero es cierto que ahora tengo a mi madre y tenemos que recuperar el tiempo perdido —dijo mirando con amor hacia Isabel.

—¿Cuándo piensas decírselo a Jason? —preguntó su abuela.

—¡Oh, abuela! No tengo ni idea. Seguro que se enfadará conmigo. No quiero decírselo ahora que las cosas están tan bien entre nosotros dos...

—¿Por qué piensas que se enfadará? —preguntó Ana—. Los mayores libertinos demuestran ser los mejores esposos, y eso incluye también lo de ser padres.

—Vamos, Ana. Tú lo conoces mejor que mi abuela. ¿Cuántas veces lo has oído jurar que no se casaría?

—Exacto. Y se ha casado. Y debo decir que se le ve muy feliz.

—Sí, hija —intervino doña Enriqueta—. Además, un hijo siempre enorgullece a un hombre.

—No a este. No le visteis la cara cuando se enteró —dijo María con tristeza.

—Tonterías —cortó doña Enriqueta—. Todos se asustan al principio, y luego parecen pavos orgullosos regodeándose delante de todas sus amistades.

Y así, las tres mujeres mayores habían zanjado la conversación.

La despedida de su abuela fue muy emotiva, aunque esta vez María se iba con la convicción de que estaría bien y de que podrían verse y escribirse sin miedo a ser descubiertas. Era más bien como un «hasta luego», y no una despedida como la que había tenido lugar hacía ya ocho largos años. Ocho años en los que la vida de María había dado un vuelco vertiginoso. Había pasado de ser la prometida de un réprobo y malvado francés, a ser la mujer del hombre del que se había enamorado. Su precioso Jason, un rico lord inglés que bebía los vientos por ella. Un hombre, al que además iba a darle un hijo.

El viaje de regreso se le hizo más largo de lo que debería, debido a los nervios de María. No entendía cómo iban a explicar en el escalafón social los últimos acontecimientos. Como siempre, pensaba que iba a ser una carga para la familia, que tendría que explicar cómo la hija de Gabriel había acabado casada con su hermano. Y luego estaba el asunto del embarazo. Nunca encontraba el momento adecuado para decírselo. Y cuando se retiraban por las noches a la intimidad de su cuarto, Jason se mostraba tan apasionado que María no quería que nada estropease el momento.

Llegaron a Londres una madrugada y, al día siguiente, Jason y María se marcharon hacia la residencia de soltero de Jason, mientras buscaban una nueva residencia para instalarse. A María no le importaba en lo más mínimo, ya que la residencia de soltero de Jason era más que grandiosa y deseaba dejar a sus padres solos, en la intimidad, para que recuperasen el tiempo perdido.

Y Gabriel decidió «coger el toro por los cuernos», como diría doña Enriqueta, y dedicarse a la ardua tarea de contar cuanto antes los sucesos ocurridos en las últimas semanas, y de su propia boca.

Mientras, María se instaló cómodamente en la casa de Jason que, por supuesto, se conocía al dedillo. Lo más complicado fue explicarle a Dobson, el mayordomo de Jason, que ella no era ya su sobrina, sino su mujer. Superado el susto inicial del hombre, que demostró después tener una integridad total, María se dedicó, junto con su madre, a colocar parte de su vestuario en sus nuevos armarios hasta que encontrasen la residencia perfecta para ellos. Durante el día casi no vio a Jason, pero no le importó porque estuvo todo el tiempo organizando su nuevo hogar. Ya en la tarde, su madre se despidió para ir acomodándose ella también en su nueva residencia y a su nueva situación.

Justo cuando se despedían llegaba Jason, con cara de cansancio, y María salió a saludarle con un cariñoso abrazo y un beso apasionado.

—Si así es como vas a recibirme siempre que no aparezca en todo el día, y sin haberte dado explicaciones, creo que me he casado con la esposa ideal — aseguró con humor, en sus facciones cansadas.

—Ni lo sueñes. Solo estoy haciendo una excepción. ¿Qué tal todo? — preguntó con cautela.

—Ni lo preguntes. He ido al club para contar de primera mano lo ocurrido, siguiendo el plan de Gabriel.

—¿Y?

—Y cuesta mucho entender la situación. Me imagino que mañana todo Londres murmurará. Los amigos nos defenderán, pero tienes que estar preparada para todo tipo de rumores hasta que encuentren un chisme mejor que este. Incluso yo he oído ya que eres tan bella que no he podido, como buen libertino, resistirme a los encantos de mi propia sobrina, y que ahora lo queremos encubrir con la milonga de que no eres hija de Gabriel. Debes estar preparada.

—Estoy preparada —aseguró con una amplia sonrisa—. Sobre todo, porque ese chisme que me has contado no iba tan desencaminado. Yo no pude resistir enamorarme de mi propio tío —explicó con picardía, abrazándolo con coquetería.

—¿Sí? —preguntó haciéndose el sorprendido—. Pues yo hui del país, durante dos malditos años, para evitar rumores como ese.

—Pero no soy tu sobrina... —dijo, mientras acariciaba el pecho de su esposo, con la palma de la mano.

—Afortunadamente. Si no, hubiera tenido que volver a escapar de ti y no volver nunca.

—¿Vas a escapar de mí ahora? —preguntó acariciando provocativamente las nalgas de su esposo, que ya hacía rato tenía una erección.

—Si lo que quieres es que subamos al cuarto ahora mismo, para que te demuestre cuanto te amo, durante al menos... quince minutos —consultó mirando un reloj que sacó del bolsillo—, sigue por ese camino. De lo contrario, para, porque me vas a matar.

—¿Quince minutos? —preguntó sorprendida.

—Perdóname, cariño. No es que quiera escapar de ti, pero he quedado en el club con unos amigos que pueden ayudar a que toda esta situación no vaya más allá de lo que por sí ya va a ir. Pero si me esperas levantada —aseguró con una sonrisa seductora en sus perfectos labios—, juro que haré todo lo que esté en mi mano para dejarte contenta durante el resto de la noche.

María rio en los brazos de su marido y se despidió de él con un beso ardiente, bajo la promesa de una noche llena de pasión.

Capítulo 48

El ataque

Como Jason y su recién y flamante esposa habían llegado de imprevisto, no había ningún criado en la casa, salvo Dobson, que se había encargado de avisarlos a todos para que llegaran al día siguiente. Cuando María se iba a retirar a descansar, Dobson llamó su atención.

—Lady María —pronunció el hombre con sus habituales e impecables modales—. Durante el día no he podido contactar con la cocinera. Había pensado en salir para avisarla de que ya están aquí los señores, ya que vive aquí al lado y el señor ya ha llegado.

Dobson no se había dado cuenta de que Jason había vuelto a salir y María no se lo comentó, puesto que de esa forma él nunca se iría dejándola sola, y le pareció una ridiculez. Además, necesitaban a la cocinera para el desayuno del día siguiente.

—De acuerdo, Dobson. Vaya pues. Pero no se retrase mucho —ordenó María, con amabilidad.

Dobson realizó una reverencia y salió de la casa dejando a María sola en la mansión.

No había ni cruzado el vestíbulo cuando unos golpes sonaron en la puerta. María dio por sentado que era Dobson que habría olvidado las llaves, y se giró nuevamente hacia la puerta. Pero se llevó una gran sorpresa al encontrarse de frente a lady Anne de Hampshire.

—¡María! —exclamó, bastante más sorprendida lady Anne de lo que estaba la propia María—. No esperaba encontrarte en casa de tu tío.

—Ni yo que usted acostumbrase a ir sola a las casas de los solteros de Londres —replicó con cinismo, sabiendo que eso era precisamente lo que se

dedicaba a hacer.

María sintió un creciente enfado debido al repentino ataque de celos.

—Bueno —explicó, entrando a sus anchas, al interior de la casa—, es que tengo una amistad un tanto especial con tu tío.

María no quiso sacar del error a lady Anne de que Jason no era su tío, sino su marido, y así poder averiguar cuáles eran las intenciones reales de aquella arpía.

—Siento comunicarle que en estos momentos no se encuentra en la casa —anunció con los dientes apretados.

Anne la miró con cierto desprecio, como si realmente la presencia de aquella mocosa no le importase en absoluto. Había venido con el objetivo de volver a seducir a Jason, incluso rebajándose a pedir disculpas si era necesario, por haberlo presionado algo más de la cuenta durante las semanas en las que había sido suyo. Sabía que tenía mejores partidos para sus propósitos, pero una vez probada la miel... No quería perderlo. Era demasiado bueno para ser cierto.

Al principio, Anne había pensado que era un hombre que no se dejaría manejar con facilidad, pero había comprobado que era muy complaciente y que no le importaría asignarle una cantidad mensual desorbitada, ya que era lo suficientemente rico. Y en cuanto a los escarceos amorosos que había mantenido con otros hombres, ¿quién los necesitaba con aquel hombre en su cama? ¡No! Se había encaprichado demasiado de él, y estaba resuelta a hacer lo que hiciera falta para que volviese a su lado. ¡Hasta suplicar! Cosa que era bastante impensable para ella.

—Bien, María. Acuéstate. Lo esperaré hasta que llegue —dijo casi sin mirarla, mientras se encaminaba resuelta hacia el salón—. Y dile a Dobson que vaya a atenderme. Me tomaré una copa mientras espero.

La familiaridad y la seguridad con la que aquella mujer se desenvolvía por la casa de Jason, unida a aquella condescendencia hacia ella, fue más de lo que María pudo soportar.

—Pues tendrá que servírsela usted solita porque Dobson ha salido.

—Pues llama a cualquier otro.

—No hay nadie. ¿Acaso pretende que le sirva yo? ¿Y es que nadie le ha enseñado ninguna norma de decencia, lady Anne? —preguntó arrastrando las palabras.

—Vaya, María. Desde que has crecido, te has vuelto muy molesta —dijo

girándose hacia ella—. Cuando crezcas un poquito más entenderás este tipo de cosas sin escandalizarte tanto.

—¿Qué he de entender? —preguntó fuera de sus casillas por la autoconfianza de aquella mujer—. ¿Que es normal que una zorra como tú vaya a las casas de los hombres casados a altas horas de la noche? ¿Con qué propósito, si es que puedo preguntarlo, para entender «este tipo de cosas»?

—¿Casado?! —cuestionó Anne con desmesurada sorpresa, a la vez que comenzaba a reír con una risa histérica que rayaba entre la incredulidad y el horror—. ¿Me estás tomando el pelo?

—No. No lo hago. Debes ser la única persona de todo Londres que todavía no se ha enterado —dijo María, recuperando la confianza en sí misma al ver que ganaba el terreno perdido.

—Jason no se casaría —expuso con incredulidad—. Y menos sin enterarme yo. Y tan pronto desde que él y yo... —dudó más para sí misma que para María, ensimismada en sus pensamientos, hasta que tuvo clara la situación—. ¿Quién es? ¿A quién ha dejado embarazada? —exigió a María, que se había quedado muda ante las conclusiones de Anne.

—¿Por qué crees que la ha dejado embarazada?

—¿Por favor...! —dijo con desprecio, como si ella no supiese nada de la vida—. Hace tan solo unas semanas que estábamos juntos. Y un libertino como él jamás se casaría, y menos en tan poco tiempo, a no ser que su maldito honor estuviese en juego. ¿Quién es?

María ya estaba harta de su maldita condescendencia y de que la tratara como si fuese tonta, y en su arrebató de furia se acercó peligrosamente a ella.

—¿Soy yo! ¿Acaso ves a alguna otra mujer por aquí cerca? —preguntó sin pensar.

—¿Qué?! —exclamó soltando una histérica carcajada—. No me digas que el libertino más grande de toda Inglaterra no ha sido capaz de mantener las manos alejadas ni de su propia sobrina —dijo extrayendo sus propias conclusiones—. ¡No sabía que fuese un perverso!

—¿No es un perverso! —defendió María a su esposo—. Es que yo no soy su sobrina en realidad.

La cara de Anne estaba totalmente desencajada, y a sus ojos comenzaba a asomar una expresión de locura. Sus rasgos, que nadie dudaba que fueran bellos, ahora estaban retorcidos en una mueca de franca locura, que la afeaban al punto de que María comenzó a temer que aquella mujer no estuviera en sus

cabales.

—Vaya. ¿Esa es la excusa que pensáis dar? ¡Qué pobre! —dijo con ojos desorbitados, mirando en todas las direcciones, como buscando una solución a aquello que estaba destruyendo por momentos todos sus planes de futuro—. No importa —dijo de repente con expresión triunfal—. No tendréis que inventar esa estupidez delante de nadie. Vamos a resolver ahora mismo este pequeño problema. Tú y yo. En este mismo instante.

Si en algún momento de la conversación María había dudado de la cordura de Anne, ahora tenía muy claro que aquella mujer estaba completamente loca y fuera de sí. Tanto, que comenzó a cuestionarse por qué le había dado un dato tan importante como el de que estaban solas en la casa.

Anne comenzó a avanzar hacia María con una expresión tan asesina y resuelta en la cara, que María comenzó a temer en serio por su vida y la de su pequeño. Fue retrocediendo despacio según Anne trataba de acercarse. No es que María fuese una cobarde. Siempre había sido muy resuelta. Pero ahora estaba embarazada. Y lo más importante para ella era proteger a su bebé.

—¿Qu... qué te propones, Anne? —preguntó asustada, mientras miraba a su alrededor con desesperación, buscando una escapatoria o algo que pudiese ayudarla a desembarazarse de esa mujer.

—Quitaremos de en medio a ese bebé. Así mataremos dos pájaros de un tiro.

—¿Qué dos pájaros? —preguntó María, tratando de hacer tiempo esperando que Dobson apareciese en cualquier momento.

—Si mato a ese bebé, Jason me estará eternamente agradecido por haberlo librado de semejante escándalo. Correrá a mis brazos y se casará conmigo en agradecimiento —explicó con una sonora carcajada—. Por Dios, es perfecto. Hasta el mismísimo Gabriel me estará agradecido por no tener que inventar nada para salvarse del escándalo.

No había tiempo. Aquella mujer estaba resuelta a hacerle daño a su bebé. María solo tenía la escapatoria de su cuarto y, en cuanto pudo, no lo dudó y echó a correr escalones arriba.

Anne salió detrás de ella a la velocidad del rayo y la alcanzó en medio de las escaleras. Agarró a María, que se aferró a la barandilla con una fuerza que la sorprendió por su intensidad, para intentar por todos los medios no caer, mientras forcejeaba con Anne.

En ese mismo instante, Dobson entró por la puerta y, cuando vio la escena,

no supo cómo reaccionar. Pero al oír el grito desesperado de María, corrió escaleras arriba para socorrer a su ama. Por desgracia, llegó en el instante en el que un cuerpo caía sobre él quitándole la visión de quién era, y aunque intentó sujetarlo, la fuerza del impulso que el cuerpo llevaba, hizo que los dos cayeran escaleras abajo, entre un loco remolino de muselina y faldas.

Capítulo 49

El pecado

Jason se bajó del carruaje a toda velocidad y presa del pánico. Un recadero le había llevado una escueta nota hasta el exclusivo club de juego al que pertenecía, y donde estaba celebrando con unos amigos íntimos su estrenado matrimonio. En la nota solo ponía que debía regresar de inmediato a su hogar, ya que había sucedido una tragedia.

Cuando llegaba a los escalones principales de su residencia se chocó de frente con el doctor Watson.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó al doctor, que estaba con la cara pálida.

En ese mismo instante, vio cómo la policía se arremolinaba en el interior de su vestíbulo y elevaban un cuerpo cubierto, claramente de mujer, entre varios hombres.

—¡¡¡María!!! —rugió con el pecho oprimido por el dolor e intentando acceder al interior de la vivienda, mientras varios oficiales trataban de impedirle la entrada.

—¡No es ella, Jason! —le urgió el doctor Watson.

Y dirigiéndose a los oficiales de policía que le impedían el paso, les explicó que era sir Jason St. James, y que podía pasar a ver a su esposa.

—Ella está bien —agregó para Jason, que no se quitaba de encima el pánico que acababa de sentir—. Está en su cuarto, pero sufre un pequeño shock...

Jason no se paró a escuchar nada más. En cuanto los oficiales que quedaban en pie, debido a que los estaba derribando a puñetazos, le dejaron pasar, corrió hacia su cuarto, subiendo los escalones incluso de tres en tres. Entró como un auténtico huracán en el cuarto en el que María yacía con expresión

desmadejada en la cama.

—¡María! —gritó con un miedo que lo asustó.

María abrió los ojos, sobresaltada, al oír aquella voz que necesitaba con tanta desesperación en aquellos momentos.

—¡Jason! —dijo con voz temblorosa, a la vez que, ahora que se encontraba totalmente segura, daba rienda suelta a todas las emociones contenidas y se echaba a llorar como una niña pequeña.

Jason corrió a la cama y la cogió entre sus brazos, con la misma delicadeza con la que hubiese cogido el objeto más valioso y sublime que pudiese existir sobre la faz de la tierra, a la vez que comenzaba a acunarla para que, con el movimiento, también pudiese él sacarse los nervios y el miedo que acababa de pasar.

—¿Estás bien, cielo? —preguntó en un susurro, con suma delicadeza.

—Ahora sí —contestó ella, con sinceridad.

—Pero ¿qué demonios ha ocurrido? ¿Y de quién era el cuerpo de ahí abajo? —preguntó, ahora que sabía que su mujer estaba bien.

—¡Oh, Jason! Ha sido horrible —explicó entre hipos—. Lady Anne se presentó aquí...

—¿Anne de Hampshire? —interrumpió Jason, que continuó ante la afirmación con la cabeza de María—. ¿Qué diablos hacía esa mujer aquí?

—Vino para reconciliarse contigo. Pero comenzamos a discutir, nos acaloramos y... —María titubeó ya que, aunque acababa de ocurrir, su mente lo recordaba como en un sueño—. Esa mujer estaba loca, pretendía hacerme daño...

—Está bien, está bien —trató de tranquilizarla, al ver que María se alteraba al recordar los hechos—. Lo importante es que tú estás bien. María —dijo titubeando—, ¿estás bien, verdad? No he tenido tiempo de hablar con el doctor...

—Estoy bien —argumentó María, que lo miró a los ojos y vio, en esos instantes, las lágrimas contenidas junto con una expresión de terrible dolor—. De veras, estoy bien.

—¿Y nuestro hijo? —preguntó con angustia.

María quedó paralizada en ese mismo instante, ya que le había advertido al doctor que no dijese nada del bebé, debido a que todavía tenía que darle la noticia a su esposo.

—¿Cómo...?

—¿Lo has perdido?

—No —le tranquilizó—. No, está perfectamente —dijo con incredulidad, al darse cuenta de que Jason amaba a ese bebé—. ¿Cómo lo has sabido?

Jason soltó un suspiro contenido y comenzó a relajarse, mientras volvía a abrazar a María como para reafirmar que todo estaba bien y comenzó a sonreír de nuevo.

—¿Cómo no podría darme cuenta, amor? Tu temperamento se ha suavizado tanto, que hasta me has asustado —aseguró, entre risas, mientras María intentaba darle golpes y separarse de él, haciéndose la ofendida—. ¡Basta! ¿Qué quieres que te diga? Me conozco de memoria cada rincón de tu precioso cuerpo, y para alguien que idolatra tanto algo, es muy fácil darse cuenta de cualquier pequeño cambio que se produzca en él. O no tan pequeño —dijo, mientras sus manos volaban a los pechos de María que, aunque había notado que habían crecido algo, no supuso que Jason se hubiese dado cuenta.

—¡Suelta! —dijo María entre risas, ya que no era capaz de creer en su propia suerte y en la completa felicidad que la iba invadiendo poco a poco—. Entonces, ¿quieres a este bebé? —preguntó con cierto miedo.

—¡Por supuesto! —respondió indignado—. ¿Por eso me mentiste? ¿Pensaste que no querría a mi propio hijo?

—Es que... tu expresión cuando te enteraste...

—Vamos, María —dijo volviendo a reír—. No puedes pretender dar un susto semejante a un hombre y que no ponga caras.

—¿Susto? ¿Llamas susto a nuestro hijo? —preguntó enfadada.

—No te enfades, amor. Sabes que te amo más que a mi propia vida. Y por descontado, será todo un orgullo amar con locura a todos los hijos que me des.

—¿Hijos? ¿Quieres más de uno? —preguntó incrédula.

—Muchos, muchísimos —aseguró, mientras comenzaba a besar a María en el cuello lentamente, y su voz se tornaba sensual.

—¿Sabes? Durante mucho tiempo pensé que amarte era pecado. Pero ahora, estoy segura de que el único pecado hubiera sido no amarte.

—Estoy totalmente de acuerdo —confirmó Jason con la voz oscurecida por el deseo, a la vez que procedía a explicarle con hechos, cuán de acuerdo estaba con esa afirmación.

Epílogo

Un año más tarde

Aquella fría mañana de diciembre, Jason bajó a las cocinas atraído por el dulce aroma que fluía por toda la casa y que emanaba de aquella cálida estancia. Sabía lo que allí iba a encontrar, al objeto de sus deseos, a su dulce esposa. Sin él quererlo, la sonrisa afloró a sus sensuales labios.

María adoraba bajar allí por la calidez de los fuegos y porque ella misma preparaba el desayuno de su amado esposo. Siempre le había atraído la cocina y disfrutaba preparando algunas recetas, pero, desde que hubiese dado a luz a su retoño, se levantaba siempre temprano, apremiada por el llanto desconsolado y hambriento de su bebé, y descendía las escaleras con sigilo para no despertar a Jason. Una vez allí, el ambiente caldeado y acogedor la había embaucado de tal manera que había dado orden a las cocineras de no acudir en los desayunos, ya que ella se encargaría de esos menesteres. Primero, amamantaba a su primogénito en la cómoda hamaca colocada junto a la chimenea y frente a un amplio ventanal; adoraba escuchar tan solo el suave chisporroteo de la leña ardiendo en el hogar mientras acariciaba y alimentaba a su pequeñín. Después, cuando su hijo caía rendido al sueño, ella preparaba el desayuno.

Jason había observado que cada vez que desayunaba el maravilloso dulce con chocolate que María le preparaba desde hacía unos meses, un alimento traído de las Américas, según ella le había especificado, sus cualidades amorosas se veían incrementadas de forma grata. María cocinaba aquel chocolate de forma magistral y él estaba convencido de que, de alguna manera,

las emociones de María se impregnaban en el glorioso pastel. Al llegar, vio la joven y voluptuosa figura de su esposa contonearse por la sala, mientras tarareaba algo que él desconocía, y decidió permanecer oculto entre las sombras, como un chiquillo, espiando con avidez las formas de aquel cuerpo que no se sabía ultrajado por su anhelante mirada en aquel momento.

María, ajena al escrutinio de su guapo esposo, disfrutaba mucho tan solo imaginando la cara de felicidad de este al probar su receta. Con el fuego de las cocinas y de los hornos encendidos con fuerza, la estancia llegaba a alcanzar una temperatura que haría sudar a cualquiera, y más si se estaba trabajando. Era por ello que María llevaba muy poca ropa encima. Tan solo una camisa que utilizaba como ropa interior y una enagua ligera. No le importaba porque sabía que el servicio no llegaría hasta más tarde.

Jason observaba desde las sombras cómo su bella mujercita, a la cual no le quedaba ningún vestigio de su embarazo, vertía en un cuenco el dulce chocolate que había mantenido caliente en una jarra cerca de la lumbre.

María se posicionó, sin ella saberlo, de frente al intruso que la espiaba hipnotizado. Incorporó el azúcar al chocolate y comenzó a remover enérgicamente la mezcla, a fin de que los ingredientes se integrasen bien. Tan solo paraba para cascar e ir añadiendo, uno a uno, los huevos que tenía depositados al lado, y continuar con sus rápidos movimientos. Unos movimientos que tenían totalmente extasiado a Jason, que era incapaz de apartar la mirada de aquel par de pechos maduros que se agitaban de un lado a otro de la prieta y fina camisa que la joven llevaba puesta. Tanto, que sus pezones se habían puesto erectos debidos a la fricción de la tela. Jason se llevó instintivamente la mano a su miembro viril cuando este se tensó dolorosamente contra sus pantalones. Definitivamente no era el chocolate el causante de su desproporcionado deseo sexual, era su despampanante esposa que lo excitaba con sus movimientos y contoneos celestiales. Durante unos instantes, dudó en salir en aquel momento para engatusarla con su zalamería, pero echaría a perder el magnífico desayuno que su mujercita, con tanto cariño, le estaba preparando. Así que decidió continuar con aquella visión llena de sensualidad.

María se incorporó hacia delante para alcanzar un bote con harina, dejando así expuestos a la descarada vista del joven intruso aquel par de pechos plenos, por los que el sudor resbalaba como lamiendo cada poro de la piel de la joven. El colmo fue cuando ella, después de añadir la harina, introdujo uno

de sus delicados dedos en la mezcla para, acto seguido, llevárselo a la boca y lamérselo de una manera que a Jason le pareció terriblemente provocadora. ¿Sabría María que él estaba allí observándola?

Ajena al escrutinio realizado sobre su persona, volcó la dulce mezcla sobre unos moldes y los introdujo en el horno, y cuando se giró para limpiar la mesa que había dejado embadurnada de harina se encontró con la presencia arrebatadora y masculina de su deseado esposo, por el cual seguía suspirando noche y día.

Jason tenía las pupilas completamente dilatadas y en su mente solo existía un objetivo.

—¡Lord Jason! —exclamó la joven jugueteando con él de forma erótica al ver la expresión de deseo en el rostro masculino, frente a ella, magnífico en su apostura—. ¿Deseaba usted algo? —le provocó descarada, tratando de que este le siguiera el juego.

Jason la observó lentamente de arriba abajo tomándose todo el tiempo del mundo y dejando claro, con su abrasadora mirada, qué era lo que deseaba. Y el juego con el que María parecía querer enredar lo excitó todavía más, si cabe. Observó su brillante pelo negro recogido, que quería desplegar; sus grandes ojos negros dilatados por el deseo que también a ella le consumía; sus labios plenos y sensuales, provocadores; sus pechos lozanos cubiertos por aquella película de sudor que él mismo quería retirar lamiéndolos con suavidad; los pezones erectos que se adivinaban a través de la fina tela; la curvatura de sus caderas... ¡Sí! ¡Deseaba algo y lo deseaba ya!

—Quería probar esos pasteles de chocolate, por favor —dijo, con la voz oscurecida por el deseo, de manera sensual.

—¡Claro, milord! —contestó María, girándose de forma traviesa mientras rozaba con la cadera su prominente y tensa masculinidad—. Deben de estar ya listos. En un segundo se lo sirvo.

María sacó los pastelillos del horno para colocarlos en un plato, junto con una cucharilla, bajo la atenta mirada de su *lord*.

—Aquí lo tiene. ¿Desea que se lo lleve a algún sitio? —insinuó solícita ofreciéndole el postre, que de forma provocativa se había acercado a su abierta camisa a la altura de sus senos.

—¿No debe probar antes la cocinera sus creaciones? —preguntó con un travieso mohín y la voz ronca, debido al inmenso deseo que en esos momentos lo consumía.

María se quedó eclipsada por la seductora sonrisa de su marido y aquella inspección visual, con aquellos ojos azules como zafiros, que habían conseguido inflamar su cuerpo de tal forma que parecía tener el corazón en su húmeda entrepierna. Tomó la cucharilla y la hundió en el pastel que, al abrirse, dejó salir el dulce chocolate líquido que encerraba en su interior. Se llevó el pedazo a la boca para probarlo, tal como Jason le había indicado.

Jason no pudo aguantar más y se lanzó, cual ave de presa, sobre *su cocinera*.

—¡Me toca probarlo a mí! —suspiró, mientras tomaba posesión de los sumisos labios de María, que estaban endulzados por el chocolate.

Fue lo último que la joven escuchó antes de que su boca fuese asaltada por la de Jason, que introdujo su lengua con avidez y lujuria. María se derritió en sus brazos y escuchó un suave ronroneo de triunfo cuando Jason levantó sus faldas y se encontró con su húmedo cuerpo más que preparado y dispuesto para él.

La receta de María para Jason

Ingredientes:

170 g de chocolate fondant
170 g de mantequilla
3 huevos
3 yemas de huevo
70 g de azúcar
50 g de harina de repostería

Preparación:

Receta sencilla donde las haya. Derretimos el chocolate al microondas con la mantequilla, con cuidado de que no se nos queme. Mejor si lo vais calentando de treinta en treinta segundos. Añadimos los huevos, las yemas y el azúcar. Mezclamos bien. Agregamos la harina tamizada con cuidado y con movimientos envolventes.

Ponemos la mezcla en moldes individuales engrasados como los de los flanes, aunque son mejor los de silicona.

Introducimos en el horno, precalentado a 250° C, y horneamos durante siete minutos.

Retiramos, desmoldamos y servimos inmediatamente.

Queda hecho por fuera y el chocolate derretido por dentro. Riquísimo acompañado de una gran bola de helado de vainilla.

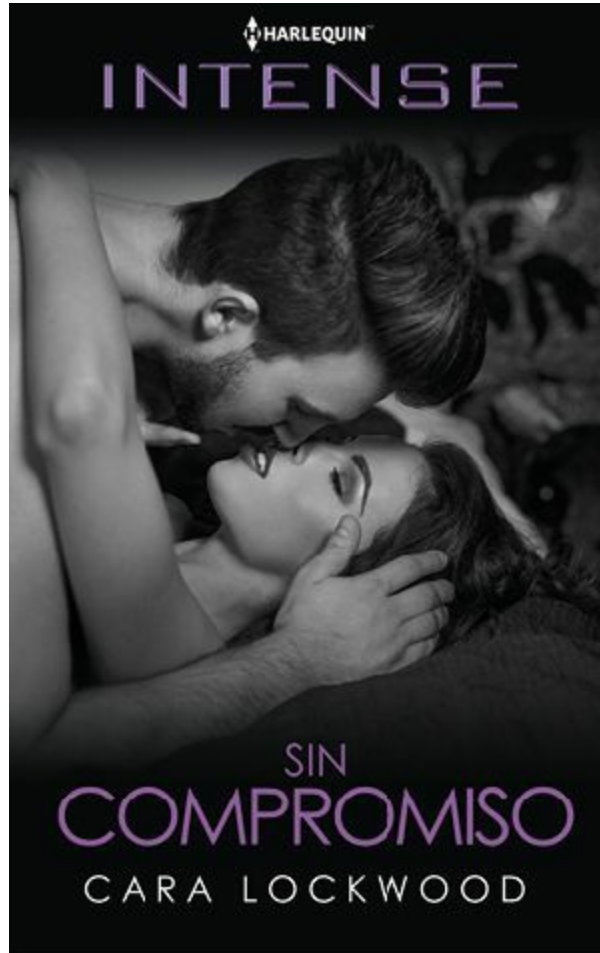
Agradecimientos

Esta historia es LA HISTORIA, así, con mayúsculas. Fue la primera novela que me atreví a escribir de forma seria y la primera que se publicó. Me dio muchísimas alegrías, varios meses en el número uno de Amazon, varios premios, reconocimiento... Pero, sobre todo, fue la novela que me impulsó a querer escribir más y a conocer un mundo nuevo que solo me ha reportado felicidad.

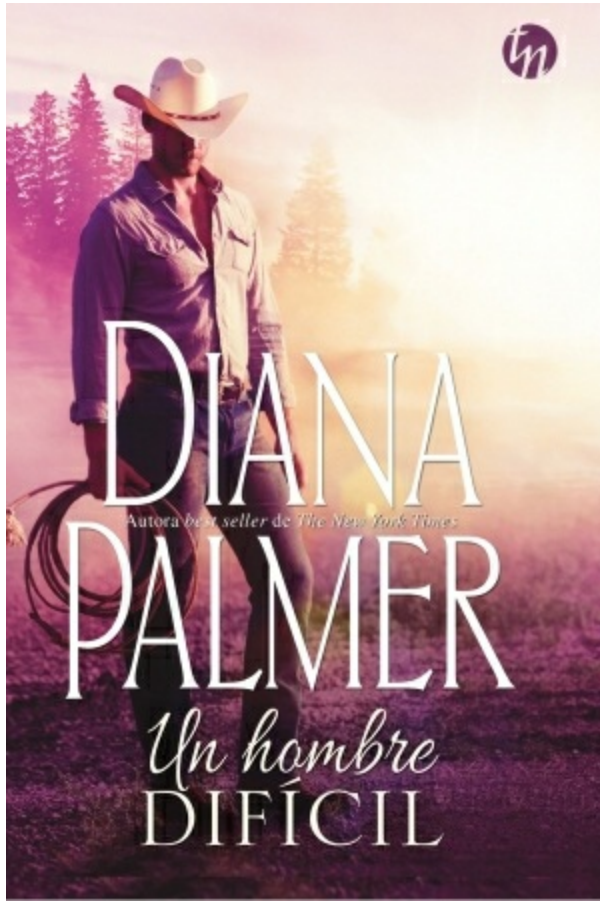
Y hoy comienza su nueva andadura. Una andadura que no sería posible sin vuestro apoyo incondicional y sin mi querida Elisa Mesa, que vuelve a apostar por mí y por esta historia renovada. Porque le hemos dado el lavado de cara que me habéis pedido a lo largo de estos años, sí, con vuestra ayuda, con vuestros comentarios cariñosos y con todas las buenísimas aportaciones que me habéis dado con tanto afecto. Espero haberlo dejado a la altura de vuestras expectativas.

Gracias a Mayte Esteban por haber hecho posible ese cambio en mi forma de escribir y por toda su paciencia explicándome con tanto humor mis meteduras de pata, gracias a todas mis lectoras por estar ahí dándome tantas ganas de seguir adelante, y gracias a mi familia, en especial a mis tres hijos, por ser el motor de mi existencia y, sobre todo, gracias por esta nueva oportunidad de volver a entrar en vuestros corazones.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



tn

DIANA
Autora best seller de The New York Times
PALMER
Un hombre
DIFÍCIL

Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".The Romance Reader"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

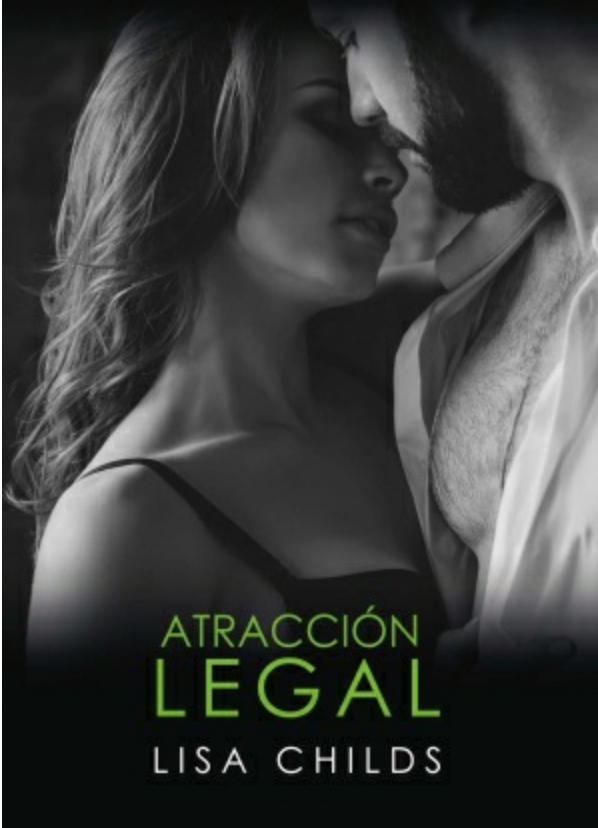
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL
LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)